

PRÍNCIPE Y MENDIGO

Mark Twain

Voy a contaros un cuento, tal como me fue relatado por cierta persona que lo sabía por su padre, el cual, a su vez, se lo había oído igualmente explicar a su progenitor... y así sucesivamente, de generación en generación, durante más de trescientos años, los padres lo transmitían a los hijos, y éstos lo conservaban en la memoria. Tal vez se trata de una historia, quizá únicamente de una leyenda o de una tradición, pero pudo haber ocurrido. Es posible que los sabios y los perspicaces lo creyeran cierto, pero también puede ser que únicamente los ignorantes y los ingenuos lo encontraran agradable y lo creyeran real.

1. Nacimiento del príncipe y del Mendi- go

En la antigua ciudad de Londres, cierto día de otoño del segundo cuarto del siglo m, nació un niño en el hogar de una familia pobre, apellidada Canty, que no lo deseaba. El mismo día nació otro niño inglés en una familia acaudalada conocida por el nombre de Tudor, que sí lo deseaba. Y no lo esperaba con menos anhelo todo Inglaterra. Gran Bretaña lo había ansiado y lo había pedido a Dios durante tanto tiempo, que el pueblo, al ver su ilusión realizada, se volvió medio loco de alegría. Durante varios días y varias noches, personas que apenas se conocían, se abrazaban y se besaban llorando, todo el mundo se tomó un día de jubilosa holganza, aristócratas y vasallos, ricos y pobres lo celebraron con festines, con danzas, canciones y borracheras. De día, Londres ofrecía un espectáculo digno de verse: alegres ondeaban las banderas en balcones y azoteas, y espléndidos

desfiles recorrían las calles. Por la noche, había otro espectáculo no menos digno de admiración: grandes hogueras en todas las esquinas, rodeadas de gentío que armaba gran algazara. No se hablaba en toda Inglaterra más que del recién nacido Eduardo Tudor, príncipe de Gales, que se hallaba tendido entre sedas y rasos, ignorante de todo aquel bullicio y de las atenciones y cuidados que le prodigaban grandes lores y distinguidas damas, ajenos por esta razón a la diversión general. Pero no se hablaba en absoluto del otro pequeño, Tom Canty, envuelto en miserables andrajos, excepto entre sus familiares mendigos, a quienes venía a perturbar con su presencia.

2. La infancia de Tom

Pasemos por alto unos cuantos años.

Londres contaba ya mil quinientos de existencia y era una gran ciudad, al menos para aquella época. Tenía cien mil habitantes, y según algunos, el doble de esta cifra. Las calles eran muy angostas, sinuosas y sucias, particularmente en el barrio donde vivía Tom Canty, no lejos del Puente de Londres. Las casas eran de madera, con el segundo piso más saliente que el primero, y el tercero asomando los codos por encima del segundo. Cuanto más altas, más anchas eran las casas. Eran esqueletos de gruesas vigas entrecruzadas, con sólido material intermedio, revestido de yeso. Dichas vigas estaban pintadas de rojo, de azul o de negro, según el gusto del dueño, y esto daba a aquellas casas un aspecto muy pintoresco. Las ventanas, pequeñas y con vidrieras formadas por cristalitos en forma de rombo, se abrían hacia el exterior, sobre goznes, como las puertas.

La casa en que vivía el padre de Tom estaba situada en un inmundo callejón sin salida, llamado Offal Court, cercano a Pudding Lane. Era pequeña, vetusta y destartada, pero albergaba numerosas familias indigentes que vivían en ella lamentablemente hacinadas. La tribu de Canty ocupaba una habitación en el tercer piso. La madre y el padre tenían una especie de camastro en un rincón, pero Tom, la abuela de éste y sus dos hermanas, Bet y Nan, no sufrían tal restricción, pues disponían de todo el cuarto y podían dormir donde mejor les parecía. Había allí los restos de una o dos, mantas y algunos haces de paja vieja y sucia, pero a aquello no podía llamársele propiamente camas, porque no estaban dispuestas debidamente; eran montones de paja, acumulada por la mañana a puntapiés y repartida por la noche en pilas para que sirviera de lecho.

Bet y Nan eran gemelas y tenían quince años. Dos muchachitas de buen corazón, desaseadas, harapientas y muy ignorantes. Su madre se

parecía a ellas, pero el padre y la abuela eran un par de demonios que se embriagaban siempre que tenían ocasión de hacerlo, y entonces se pegaban o dirigían sus golpes al primero que se interponía entre ellos; borrachos o serenos blasfemaban y echaban maldiciones sin parar. Juan Canty era ladrón y su madre pordiosera. Convirtieron en mendigos a sus hijos, pero no lograron que fueran ladrones. Entre la horrible chusma que vegetaba en aquella morada se hallaba un bondadoso sacerdote anciano, a quien el rey había dejado sin casa ni hogar, con sólo una pensión de unos cuantos peniques; éste solía preocuparse de los niños y les enseñaba en secreto a encaminarse por la senda del bien. El padre Andrés enseñó también a Tom algo de latín y a leer y escribir; y lo mismo hubiera hecho con las niñas si éstas no hubieran temido la burla de sus jóvenes amigas, que no habrían podido sufrir un beneficio moral tan peligroso para ellas.

Todo Offal Court era una colmena en todo igual a la casa de Canty. Las borracheras, las peleas y los altercados estaban, no a la orden del día, sino de toda la noche. Las cabezas rotas eran, en aquel lugar, cosa tan corriente como el hambre. Sin embargo, el pequeño Tom no era desdichado. Lo pasaba muy mal, pero no se daba cuenta de su situación. Todos los muchachos de Offal Court se hallaban en idénticas circunstancias y, por lo tanto, suponía que aquella vida era normal y agradable. Cuando por la noche volvía a su casa con las manos vacías, sabía que su padre le maldeciría y le propinaría una paliza en concepto de bienvenida, y cuando él se hubiese cansado de azotarle, su repulsiva abuela repetiría el vapuleo corregido y aumentado; no ignoraba tampoco que en el silencio de la noche, su madre hambrienta se acercaría cautelosamente a él para darle a escondidas algún miserable mendrugo que hubiera podido guardarle, aunque hambre no le faltaba para comérselo ella misma y a pesar

de que era con frecuencia descubierta al llevar a cabo aquella especie de traición y brutalmente golpeada por su marido.

No, la vida de Tom transcurría bastante bien, particularmente en verano. Mendigaba únicamente lo necesario para comer, pues las leyes contra la mendicidad eran muy severas y las penas muy graves, y pasaba largas horas escuchando las encantadoras leyendas y los viejos cuentos y fábulas que le relataba el buen padre Andrés, pobladas de gigantes, hadas, enanos, genios, castillos encantados, y fastuosos reyes y príncipes. Su cabeza se fue llenando de visiones fantásticas, y más de una noche, tendido en su yacija inmunda, en plena oscuridad, fatigado, hambriento y dolorido por la acostumbrada paliza, daba rienda suelta a su imaginación infantil y, olvidando su sufrimiento y sus pesares, pronto se representaba deliciosas escenas de la vida regalada de un príncipe mimado. Entonces comenzó a sentirse dominado, noche y día, por el deseo de ver por sus propios ojos

un príncipe de carne y hueso. Comunicó una vez su ardiente anhelo a uno de sus compañeros de Offal Court, pero éstas le hicieron objeto de tal rechifla, que desde entonces Tom decidió guardar para sí el secreto de sus sueños.

Leía con frecuencia los viejos libros del sacerdote, y conseguía que éste se los explicara detalladamente. Poco a poco, los sueños y las lecturas produjeron un cambio en su temperamento. Los personajes que veía en sueños eran tan elegantes que empezó a lamentar su propio modo de vestir tan harapiento y desaseado, y al compararse con ellos sintió el deseo de verse limpio y mejor trajeado. Pero siguió jugando y divirtiéndose en el lodo. Sin embargo, en vez de echarse al Támesis únicamente para solazarse braceando, como solía hacerlo, empezó ahora a considerar el baño como un medio de aseo muy apreciable.

Tom podía, pues, ir ahora a las ferias y fiestas de mayo de Cheapside y de otros distritos, y de cuando en cuando, entre los habitantes de Lon-

dres, tenía ocasión de ver alguna parada militar, cuando algún personaje caído en desgracia era llevado a la Torre, prisionero, por tierra o en bote. Cierta día de verano vio quemar a la pobre Ana Askew y a tres hombres en una hoguera en Smithfield. Y oyó el sermón de un antiguo obispo, que no le interesó en absoluto. Sí, en conjunto, la vida de Tom era variada y bastante agradable.

Poco a poco, las lecturas y los sueños de Tom sobre la vida principesca produjeron a éste un efecto tan profundo que comenzó, inconscientemente, a *actuar* como un príncipe. Su manera de hablar y sus modales se volvieron curiosamente corteses y ceremoniosos, lo cual produjo sorpresa e hilaridad entre sus familiares. Pero la influencia de Tom entre aquellos jovencuelos iba en aumento de día en día, y con el tiempo acabaron por mirarle con cierto temor respetuoso, como a un ser superior. ¡Parecía tan instruido! ¡Y hablaba y obraba tan admirablemente! Y, además, ¡era tan reflexivo y sabio! Los

consejos, advertencias y actos de Tom eran comunicados por los niños a sus padres, y éstos comenzaron a contar todo lo que se refería al muchacho, considerando a Tom Canty como una criatura extraordinaria y prodigiosa. Las personas mayores sometían sus dificultades al juicioso criterio de Tom, y quedaban con frecuencia asombradas ante el acierto de sus sabias decisiones. Por ello se convirtió en un héroe para todos los que le conocían, excepto para su propia familia, porque ésta no sabía descubrir en él nada extraordinario.

Por su cuenta, al cabo de algún tiempo, Tom organizó una corte figurada, en la que él era el príncipe, y sus compañeros más apreciados actuaban de guardias de palacio, de escuderos, de cortesanos y de familia real. Diariamente el supuesto príncipe era recibido con muy estudiada ceremonia, que Tom había copiado de sus lecturas novelescas. También eran debatidos, cada día, los problemas de aquel reino de pantomima en real consejo, y cotidianamente

Su Alteza fingida, dictaba decretos a sus ejércitos, a su marina y a sus virreyes imaginarios. Después de todo lo cual se escabullía con sus andrajos para ir a pedir limosna, para lograr algunos peniques y comer su acostumbrado mendrugo, seguido de las consabidas maldiciones y de la paliza, para echarse, finalmente, encima del montón de paja nauseabunda donde, en sueños, volvía a repetirse su delirio de grandezas.

Y día tras día, fue aumentando su deseo ansioso de ver un príncipe verdadero, de carne y hueso, hasta que llegó a absorber todos sus demás anhelos y se convirtió en la única aspiración de su vida.

Cierto día de enero, en su habitual recorrido de pordiosero, vagabundeando melancólicamente por el distrito de Mincing Lane y de Little East Cheap, descalzo y aterido, contemplaba los escaparates de un fonducho y se extasiaba ante las empanadas de cerdo y otros manjares torturadores, puesto que todas aquellas cosas

exquisitas estaban, indudablemente, destinadas a los ángeles, a juzgar por su delicioso aroma, y él nunca había tenido la suerte de poder comer ninguna. Caía una lluvia helada, la atmósfera era sombría y el día en extremo desapacible; Tom, por la noche, llegó a su casa tan empapado, abatido y hambriento, que su padre y su abuela no pudieron contemplar su deplorable estado sin sentirse conmovidos, aunque a su manera, y se apresuraron a propinarle una gran paliza y le mandaron a la cama. Durante largo rato, el hambre, el dolor que le producían los golpes recibidos y las blasfemias que oía resonar en el edificio, le impidieron conciliar el sueño. Pero, por fin, sus pensamientos se elevaron, muy lejos, hacia países imaginarios y se durmió en compañía de jóvenes príncipes y soñó que vivían en vastos palacios, atendidos por criados que les halagaban constantemente o iban volando a ejecutar sus órdenes; y entonces, como de costumbre, soñó que él era también príncipe, y durante toda la noche se meció en el

deleite esplendoroso de su condición regia; se hallaba rodeado de encoquetados caballeros y de distinguidas damas, en un ambiente de luz, de perfumes y de música religiosa, y correspondiendo con sonrisas y ligeras reverencias principescas a las respetuosas cortesías de que le hacía objeto aquella multitud de cortesanos que se apartaba ceremoniosamente para permitirle el paso.

Y cuando se despertó por la mañana y se dio cuenta de la miseria que le rodeaba, su sueño principesco produjo el efecto habitual: intensificó mil veces la sordidez de todo lo que le rodeaba. Y entonces vino la amargura, el tormento del corazón y las lágrimas.

3. El encuentro de Tom con el príncipe

Tom se levantó hambriento, y hambriento abandonó también su pocilga, pero con el pensamiento acariciado por los esplendores de sus dulces sueños nocturnos. Vagabundeó de un lado a otro de la ciudad, sin fijarse apenas hacia dónde se dirigía o en lo que ocurría a su alrededor. La gente le daba empujones y le prodigaba insultos, pero todo pasaba desapercibido para aquel muchacho meditabundo. Poco a poco se fue alejando hasta llegar a Temple Bar, el distrito más apartado de su casa, que alcanzaba la primera vez en aquella dirección. Se detuvo y reflexionó un momento, y sumido de nuevo en sus fantasías franqueó las murallas de Londres. Strand, en aquella época, había dejado de ser una carretera y se consideraba como una calle, pero de construcción muy irregular, pues aunque tenía una hilera bastante compacta de casas en uno de sus lados, en el otro sólo había unos cuantos grandes edificios muy distancia-

dos, palacios de nobles acaudalados, con hermosos parques anchurosos que se extendían hasta el río, parques que actualmente se hallan cubiertos de vulgares casuchas de piedra y ladrillo.

Allí divisó Tom el villorio de Charing, y se quedó contemplando la espléndida cruz que hizo instalar en aquel lugar un amargado soberano de tiempos antiguos. Luego siguió lentamente por una agradable carretera que, dejando atrás el majestuoso palacio del gran cardenal, llevaba a otro palacio todavía mayor y más imponente, que se alzaba más allá de Westminster. Tom quedó asombrado ante aquella mole gigantesca de mampostería, con sus extensas alas, los amenazadores bastiones y torrecillas, la gran entrada de piedra con sus rejas doradas, magníficamente ornamentada con colosales leones de granito y otros símbolos y emblemas de la realeza inglesa. ¿Iba por fin a ver realizado el anhelo que atormentaba su alma? Aquello era, en efecto, el palacio de un

rey. ¿ No le cabía ahora la esperanza de ver a un príncipe de carne y hueso, si tenía a bien concedérselo la Providencia?

A cada lado de aquella verja dorada había una estatua viviente, es decir, un hombre en armas, tieso, erguido, majestuoso e inmóvil, cubierto de pies a cabeza por una armadura de bruñido acero. A respetuosa distancia se hallaban numerosos campesinos y gente de la ciudad, esperando la ocasión de ver fugazmente a algún personaje regio. Espléndidos carruajes con personas de calidad en el interior y elegantes lacayos llegaban y salían por otras varias puertas suntuosas que daban paso al real recinto.

El pobre Tom, con su aspecto harapiento, se acercó allí y, con el corazón palpitante, se deslizaba poco a poco, tímidamente y con esperanza creciente, por delante de los centinelas, cuando de pronto vio a través de las doradas rejas un espectáculo que casi le hizo prorrumpir en gritos de júbilo. Dentro del real recinto había un

muchacho esbelto, de tez morena, curtida por los ejercicios deportivos y los juegos al aire libre cuyo traje de seda y raso resplandecía cubierto de joyas. Llevaba espada y daga al cinto, calzaba lindas zapatillas con tacones rojos y ostentaba en la cabeza un elegante sombrerito carmesí con graciosas plumas colgantes sujetadas por relucientes gemas. Junto a él había varios caballeros que lucían vistosos trajes... y que, indudablemente, eran sus criados. ¡Oh! ¡Era un príncipe, un príncipe de veras, vivo, real..., no cabía duda! ¡Por fin había escuchado la Providencia la plegaria de un desdichado niño mendigo!

Tom no podía apenas respirar a causa de su extrema excitación y en sus ojos brillaban destellos de admiración y de delicia. En su espíritu sólo quedó lugar para un único deseo, el de acercarse al príncipe y contemplarlo con mirada devoradora. Antes de darse cuenta de lo que hacía, tenía ya la cara pegada a los barrotes de la reja, pero inmediatamente uno de los centi-

nelas le apartó de allí con violencia y, de un empujón, lo mandó dando tumbos contra la multitud de aldeanos babiecas y de ociosos ciudadanos londinenses.

—¡Ten cuidado con lo que haces, mocosos por-diosero!

La muchedumbre hizo muecas y prorrumpió en carcajadas, pero el joven príncipe se precipitó hacia la verja con el rostro encendido y los ojos echando chispas de indignación y exclamó:

—¡Cómo te atreves a tratar de esta manera a un pobre muchacho! ¡Cómo te atreves, aunque fuese el más insignificante de los vasallos de mi padre! ¡Abre la verja y déjale entrar!

Entonces habríais visto cómo aquella multitud voluble se descubrió respetuosamente y comenzó a aplaudir con gritos Tic: «¡Viva el príncipe de Gales!»

Los soldados presentaron armas con sus al bardas, abrieron la verja y volvieron a presentar armas cuando el pequeño príncipe de la pobre-

za, cubierto de harapos, entró y estrechó la mano al príncipe de la abundancia ilimitada.

Eduardo Tudor dijo:

—Me parece que estás fatigado y hambriento y que sufres malos tratos. Ven conmigo.

Media docena de criados se abalanzaron para... ignoro para qué; indudablemente para interponerse, pero el príncipe los hizo a un lado con un gesto verdaderamente regio que les dejó clavados en el sitio donde se hallaban, como si de otras estatuas se tratara. Eduardo acompañó a Tom a una rica estancia de palacio, que dijo era su gabinete, y, por orden suya trajeron manjares como Tom no había saboreado ni visto jamás, a no ser en los libros que leía. El príncipe, con delicadeza y educación principescas, mandó a los criados que se retiraran con objeto de que su humilde huésped no se sintiera avergonzado por sus miradas de reprobación; luego se sentó a su lado y empezó a hacer preguntas a Tom mientras éste comía:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

–Tom Canty, para serviros, señor.

–Tienes un nombre extraño. ¿Dónde vives?

–En la ciudad, con vuestra venia, señor. En Offal Court, cerca de Pudding Lane.

–¿Offal Court? Este nombre también es raro.

¿Tienes padres?

–Tengo padre y madre, señor, y, además, una abuela que no me merece el menor aprecio, y Dios me perdone si cometo pecado al decir tal cosa... Tengo también dos hermanas gemelas, Nan y Bet.

–Entonces, por lo que veo, tu abuela no se muestra muy bondadosa para contigo...

–Ni para con nadie, y perdone Vuestra Alteza. Tiene un corazón perverso y no pasa un momento sin planear alguna fechoría.

–¿Te maltrata?

–A veces no, porque está ebria o dormida, pero cuando recobra el juicio me lo compensa con tremendas palizas.

Los ojos del príncipe brillaron de indignación, al mismo tiempo que exclamaba:

–¡Cómo! ¿Palizas?

–En efecto, señor.

–¡Propinarte palizas a ti, que eres tan pequeño y tan débil! Te aseguro que antes de anochecer esa vieja estará encerrada en la Torre. Mi padre, el rey...

–Perdonad, señor, pero olvidáis su baja condición. La Torre es sólo para los grandes.

–Es verdad. No he caído en eso. Meditaré otro castigo. ¿Y tu padre te trata con cariño?

–Ni más ni menos que mi abuela, señor.

–Por lo visto, todos los padres se parecen. El mío, por ejemplo, tampoco se queda manco. Corrige con mano dura, pero a mí no me castiga, aunque, a decir verdad, a veces me dedica epítetos atroces. ¿Y tu madre, cómo te trata?

–Es muy buena, señor, y no me da disgustos ni me causa penas de ninguna clase. Y en esto Nan y Bet son como ella.

–¿Qué edad tienen?

–Quince arios, señor.

–La princesa Isabel, mi hermana, tiene catorce años, y mi prima Juana Grey tiene la misma edad que yo. Es muy bonita y graciosa. En cambio, mi hermana María, con su aspecto taciturno y... Escucha. ¿Prohíben tus hermanas a sus criados que sonrían para que el pecado no corrompa sus almas?

–¿Mis hermanas? ¡Oh, señor! Pero ¿creéis que mis hermanas tienen criados?

El príncipe se quedó contemplando al pequeño mendigo y luego le dijo:

–¿Y por qué no he de creerlo? ¿Quién las desnuda al acostarse y quién las viste cuando se levantan?

–Nadie señor. ¿Os parece que tendrían que quitarse su vestido y dormir desnudas como las bestias?

–¿Su vestido? Pero ¿es que no tienen más que uno?

–¡Oh, Alteza! ¿Qué harían con más de uno? La verdad es que cada una de ellas no tiene más que un cuerpo.

—¡Vaya idea curiosa y sorprendente! Dispensa, chico, no lo he dicho en tono de mofa. Pero tu buena Nan y tu Bet tendrán en breve excelentes trajes y lacayos; yo haré que mi mayordomo se cuide de ello. Y no me des las gracias, porque no vale la pena. Té expresas con corrección y con gracia. ¿Estás bien instruido?

—Ignoro si lo estoy o no lo estoy, señor. Un buen sacerdote, a quien llaman el padre Andrés, tuvo la bondad de enseñarme lo que explican sus libros.

—¿Sabes latín?

—Sí, pero muy poco, señor.

—Apréndelo, muchacho. Es difícil solamente al principio. El griego es más complicado, pero ni éste ni ningún otro idioma son difíciles, creo yo, para la princesa Isabel y para mi prima. ¡Ya oirás cómo hablan! Pero explícame lo de Offal Court. ¿Llevas allí una vida agradable?

—Sí, en verdad, señor, excepto cuando paso hambre. Se dan representaciones de títeres y de monos... ¡Qué animalitos estrafalarios pero qué

bien vestidos van! Además, hay comedias en las que los actores vociferan y se pelean hasta matarse todos... Es un espectáculo muy bonito y no cuesta más que un cuarto de penique, aunque muchas veces uno no puede disponer de esta moneda.

–Cuéntame más cosas.

–De vez en cuando los chicos de Offal Court nos liamos a palos con una estaca, a la manera de principiantes, señor.

Los ojos del príncipe centellearon.

–¡Caramba! Pues eso no me desagradaría –contestó–. Continúa, continúa.

–Nos desafiamos a correr, señor, para ver cuál de nosotros es el más veloz.

–Eso también me gustaría mucho. Ve diciendo.

–En verano, señor, vadeamos y nadamos en los canales y en el río, y nos chapuzamos y nos remoamos los unos a los otros a manotazos, sumergiéndonos entre gritos y piruetas, y...

–Daría yo todo el reino de mi padre para poder disfrutar ahora mismo de todo eso. Continúa, continúa.

–Bailamos y cantamos en torno de la alegoría de mayo en Cheapside; jugamos en la arena, cubriendo cada cual con ella a su vecino, y a veces hacemos tortas de barro. ¡Oh, qué barro delicioso, no hay otro igual en el mundo para divertirse jugando! Nos revolcamos casi en él, y perdone Vuestra Alteza.

–¡Cállate, por favor! ¡Qué delicioso! Si yo pudiera vestirme con unos harapos como los tuyos, descalzarme y chapotear en el barro, aunque no fuera más que una sola vez, una sola, sin que nadie me regañase, creo que sería capaz de renunciar a la corona.

–Y si yo pudiera vestirme como vos, señor, únicamente una vez...

–¡Ah! ¿Te gustaría? Pues lo lograrás. Quítate tus andrajos y ponte mi ropa esplendoroso. Será una felicidad muy pasajera, pero no por ello dejaremos de disfrutarla menos. Nos diver-

tiremos los dos tanto como nos sea posible durante unas horas, y volveremos a cambiarnos los trajes antes de que venga alguien a molestartos.

Pocos minutos más tarde, el joven príncipe de Gales se había ataviado con los lamentables harapos de Tom y el pequeño príncipe de la pobreza vestía el lujoso traje y ostentaba las plumas de la realeza. Los dos fueron a contemplarse ante un espejo y, ¡oh, milagro!, no parecía haber cambio ni diferencia alguna entre ambas. Se miraron uno a otro, dirigieron luego la vista al cristal, y se miraron de nuevo. Por fin, el príncipe, asombrado, dijo:

—¿Qué te parece?

—¡Ah, generoso señor, no me pidáis que conteste! Un muchacho de mi condición no debe ni puede decir lo que piensa.

—Pues ya te lo diré yo. Tienes el mismo cabello, los mismos ojos, la misma voz, idénticas maneras e igual perfil, estatura y rostro que yo. Si saliésemos por ahí desnudos, nadie sería

capaz de reconocer cuál de los dos es el príncipe de Gales. Y ahora que llevo puesta tu ropa me parece que mis sentimientos concuerdan más con los tuyos cuando aquel soldado bruto... Pero ¿qué es eso? Tienes una contusión en la mano...

—Sí, pero no tiene importancia, y Vuestra Alteza ya sabe que el pobre soldado...

—¡Nada, nada! ¡Ha sido un gesto vergonzoso y cruel! —exclamó el joven príncipe, golpeando el suelo con el pie descalzo—. Si el rey... Bueno, no des un paso hasta que yo vuelva. ¡Es una orden!

En un abrir y cerrar de ojos cogió un pliego de importancia nacional que había encima de la mesa, lo guardó, cruzó el umbral, y echando a correr por los jardines, salió de palacio cubierto con sus guiñapos, con el rostro encendido y los ojos brillantes. Al llegar a la verja, asió los barrotes de la misma y, pretendiendo moverlos violentamente, gritó:

—¡Abrid, abrid la verja!

El soldado que había maltratado a Tom obedeció inmediatamente, y al cruzar el príncipe la puerta, muy sofocado de indignación, el soldado le dio un pescozón contundente, que le hizo rodar dando tumbos hasta la carretera, al mismo tiempo que le decía:

—Toma eso, demonio de mendigo, por lo que por tu culpa me ha reprochado Su Alteza.

La multitud prorrumpió en una estrepitosa risotada. Entonces el príncipe se levantó del barro donde había ido a caer y abalanzándose furioso contra el centinela, gritó:

—¡Soy el príncipe de Gales, mi persona es sagrada, y te van a ahorcar por haberte atrevido a ponerme la mano encima!

El soldado presentó armas con la alabarda y con tono de mofa exclamó:

—Saludo a Vuestra Alteza. —Y en seguida añadió, irritado—: ¡Largo de ahí, rufián inmundo!

En aquel momento la multitud se congregó con bulliciosa hilaridad en torno del príncipe y

comenzó a darle empujones, carretera abajo, al mismo tiempo que gritaba burlescamente: «¡Paso a Su Alteza! ¡Paso al príncipe de Gales!»

4. Las primeras tribulaciones del príncipe

Después de varias horas de persecución y hostigamiento, el joven príncipe se vio por fin libre de la turba y quedó solo. Mientras pudo aplacar su cólera contra el populacho dirigiéndole amenazas de soberano y órdenes que provocaban la hilaridad general, el príncipe refociló extraordinariamente a la multitud, pero cuando al fin la fatiga le obligó a guardar silencio, ya no sirvió de diversión a sus atormentadores, que fueron en busca de recreo a otra parte. El príncipe, entonces, miró a su alrededor, pero no consiguió reconocer el distrito en que se encontraba; únicamente sabía que estaba en Londres. Continuó andando sin rumbo, y al cabo de un rato, las casas y los transeúntes empezaron a escasear. Bañó sus pies ensangrentados en el arroyo que había en aquella época en el lugar que ocupa hoy la calle de Farringdon, descansó luego unos momentos, volvió después a andar y no tardó en llegar a una gran

explanada donde sólo había unas cuantas casas diseminadas aquí y allí y una iglesia que era un verdadero prodigio. El jovencito reconoció aquel templo. Estaba ahora rodeado de andamios, por los que pululaban una multitud de obreros que estaban procediendo a reparar el edificio cuidadosa y minuciosamente. El príncipe se animó en seguida, pensando que se habían acabado sus contratiempos, y dijo para sus adentros: «Esta es la antigua iglesia de los monjes franciscanos, que el rey, mi padre, tomó a los referidos frailes para destinarla a asilo de niños pobres y abandonados, y que ahora es conocida por Hospicio de Cristo. Supongo que acogerán muy gustosamente al hijo del rey que tan generosamente se portó con ellos..., tanto más cuanto que ese hijo se ve tan pobre y abandonado como cualquiera de los que alberga hoy este asilo, o de los que pueda albergar en lo sucesivo. »

No tardó en hallarse en medio de una multitud de muchachos que corrían y brincaban ju-

gando a la pelota y a saltacabrilas, y se entregaban a otras diversiones en extremo ruidosas. Todos iban vestidos de la misma manera y según la moda de aquellos tiempos entre los criados y aprendices: se cubrían con gorra plana, del tamaño de un plato salsero, que no servía para taparse, dadas sus escasas dimensiones, ni tampoco; de adorno; por debajo de ella les pendía el cabello hasta mitad de la frente, sin raya, y cortado alrededor; llevaban una cinta monacal a manera de cuello, una falda corta azul, muy ceñida que llegaba sólo hasta las rodillas, mangas completas, un ancho cinturón rojo, medias de color chillón, sujetadas por encima de las rodillas, y zapatos bajos con grandes hebillas de metal. Era un uniforme de bastante mal gusto.

Los muchachos interrumpieron sus juegos y se agruparon en torno del príncipe que, con su innata dignidad, dijo:

—Escuchad, buenos chicos, decid al director que Eduardo, príncipe de Gales, desea hablarle.

Hubo una risotada general estentóreo, y uno de aquellos mozalbetes, de aspecto rudo, exclamó:

—¿Vas a ser tú, quizá, pobre mendigo, mensajero de Su Alteza?

El rostro del príncipe se puso encendido de indignación, y su mano hizo el gesto de empuñar la espada que, naturalmente, no llevaba. Se produjo de nuevo una tempestad de risas y otro de aquellos muchachos dijo:

—¿No os habéis fijado? Se figuraba que ceñía espada... Tal vez sea verdaderamente el príncipe.

Estas palabras provocaron nuevas risotadas. Entonces el pobre Eduardo se irguió muy altanero y dijo:

—Soy el príncipe, y hacéis muy mal en tratarme de esta vergonzosa manera, precisamente vosotros que vivís de la bondadosa compasión de mi padre.

Lo dicho por el príncipe provocó nueva hilaridad demostrada por repetidas carcajadas. El

muchacho que había hablado primeramente vociferó a sus compañeros:

–¡Vamos a ver, cerdos esclavos, pensionistas del padre de Su Alteza! ¿Qué hicisteis de vuestros modales? ¡Postraos todos de rodillas y haced completa reverencia a su aspecto regio y a sus reales andrajos!

Con gran bullicio burlesco cayeron a un tiempo todos de rodillas y rindieron a su víctima burlona pleitesía. El príncipe dio un puntapié al muchacho más próximo y gritó, iracundo:

–Toma eso de momento, mientras llega el día de mañana en que te haré preparar la horca.

¡Ah! Aquello no era, pues, ya una chanza... e iba perdiendo el carácter de diversión. La risa cesó instantáneamente para dar paso a la furia.

Una docena de muchachos gritaron: «¡Coged-le! ¡Al abrevadero de los caballos! ¿Dónde están los perros? ¡Búscalos, "León"! ¡Búscalos, "Colmillos"! »

Y a estos gritos siguió un espectáculo nunca visto hasta entonces en Inglaterra: la sagrada persona del heredero del trono maltratada por manos plebeyas y atacada y mordida por los perros.

Cuando fue negra noche, el príncipe se encontró muy en el interior de la parte populosa de la capital. Tenía el cuerpo magullado, las manos ensangrentadas y sus andrajos con múltiples salpicaduras de lodo. Siguió vagabundeando, cada vez más desorientado y rendido por la fatiga, tan débil que apenas podía dar un paso. Había cesado de hacer preguntas a los transeúntes, pues con ellas no conseguía más que insultos en lugar de información. No cesaba de repetir, muy quedo: «¡Offal Court! Este es el nombre. Si puedo llegar allí antes de que mis fuerzas estén completamente agotadas y me desplome al suelo, estaré salvado, porque la familia de Tom me llevará a palacio y demostrará que no soy de los suyos, sino el verdadero príncipe, y recobraré lo que me pertenecen Y de

vez en cuando volvía a pensar en los malos tratos de que le habían hecho objeto los muchachos salvajes del Hospicio de Cristo, y se decía: «Cuando yo sea rey, no solamente se les dará pan y albergue, sino también enseñanza, porque de poco sirve tener la tripa llena cuando el cerebro y el corazón están hambrientos. No se borrará nunca de mi memoria lo que me ha ocurrido hoy; será una lección que jamás olvidaré. Mi pueblo sufre las consecuencias de su ignorancia, y la instrucción enternece el corazón e induce al hombre a ser noble y caritativo. »

Las luces de la ciudad comenzaron a parpadear, se puso a llover, sopló el viento y la noche se volvió cruda y tormentosa. El príncipe sin hogar, el desamparado heredero del trono de Inglaterra continuaba andando, hundiéndose más y más en el laberinto de destartalados callejones en que se apiñaba un hormiguero de pobreza y de miseria.

De repente, un rufián robusto, borracho, le asió por el cuello y le dijo:

—¡Otra vez por la calle a estas horas y sin traer ni un céntimo a casa! ¡Ya me lo figuro! ¡Si es así, y no te rompo todos los huesos de tu cuerpo mezquino, es que no soy Juan Canty!

El príncipe se desprendió de sus garras de un tirón, y frotándose instintivamente su hombro profanado, exclamó con angustiosa impaciencia:

—¡Ah! ¿Sois verdaderamente su padre? ¡Dios quiera que sea así, pues entonces iréis por él y me restituiréis a mi palacio!

—¿Su padre? ¿Qué quieres decir con eso? Lo que sí sé es que so tu padre, como vas en seguida a comprobar...

—¡Oh, no os burléis, no hagáis chanzas, ni os entretengáis! Estoy muy cansado y herido. No puedo resistir más. ¡Conducidme ante el rey, mi padre, y él os recompensará enriqueciéndoos como nunca pudisteis soñar! ¡Creedme, no

miento, digo la verdad! ¡Ayudadme y salvadme! Soy el príncipe de Gales.

El hombre le miró asombrado, movió la cabeza y masculló:

–Se ha vuelto loco.

Y cogiéndole otra vez por el cuello, con una carcajada sarcástica y una blasfemia, añadió:

–¡Pero loco o cuerdo, yo y tu abuela Canty encontraremos los sitios más blandos donde tienes los huesos, o no soy un hombre!

Dicho esto arrastró al príncipe, que no dejaba de resistirse frenéticamente, y desapareció en un patio, seguido por una caterva de sabandijas humanas que expresaba su regocijo bulliciosamente.

5. Tom en palacio

Tom Canty, al quedar solo en el gabinete del príncipe, supo aprovechar la ocasión. Comenzó a contemplarse por un lado y por otro delante de un gran espejo, admirando su esbeltez y su elegancia. Luego anduvo de un lado para otro imitando al distinguido porte innato del príncipe y sin dejar de observar el efecto que producía en el cristal. Desenvainó después la preciosa espada, hizo una reverencia, besó la hoja de acero y se la puso sobre el pecho, como había visto hacer a un caballero noble, que saludó al lugarteniente de la Torre, hacía unas cinco o seis semanas, cuando puso en sus manos a los grandes lores de Norfolk y Surrey en calidad de prisioneros. Tom se puso a jugar con la daga adornada con piedras preciosas que pendía de su cinto, examinó los fastuosos adornos de la estancia, probó uno por uno todos los lujosos sillones, y pensó cuán orgulloso se sentiría si la grey de Offal Court pudiera asomarse

y verle rodeado de todas aquellas grandezas. Se preguntaba si al volver a su casa creerían el relato de aquella maravillosa circunstancia, o si moverían la cabeza dudando, y dirían quizá que su imaginación exaltada había al final turbado su razón.

Al cabo de media hora se dio cuenta súbitamente de que hacía ya mucho rato que el príncipe estaba ausente, y en el mismo instante empezó a sentirse solo. No tardó en ponerse a escuchar ansioso y dejó de jugar con las bonitas cosas que le rodeaban. Se iba sintiendo cada vez más inquieto, más a disgusto y más desesperado. Si alguien se presentara en aquel momento –pensaba– y lo encontrara allí ataviado con los trajes del príncipe, sin que éste se hallara presente para explicar lo ocurrido, ¿no le ahorcarían inmediatamente, sin contemplaciones, para averiguar después lo sucedido? Había oído decir que los grandes tenían procedimientos muy expeditivos en los asuntos de poca importancia. Sus temores fueron en aumento, y,

tembloroso, abrió cautelosamente la puerta de la antecámara, decidido a huir para ir en busca del príncipe y hallar con él protección y libertad. Seis criados distinguidos y lujosamente trajeados y dos pajes de alto rango, vestidos como mariposas, se pusieron instantáneamente de pie y le hicieron grandes reverencias. Entonces el muchacho retrocedió precipitadamente y cerró la puerta, diciéndose:

«¡Oh! Se están burlando de mí. Ahora irán a contarlo todo. ¿Por qué vine aquí a perder la vida?»

Se puso a andar por el aposento, dominado por indecibles temores, escuchando y sobresaltándose al más ligero rumor. De pronto se abrió la puerta y un paje vestido de seda anunció:

–La princesa Juana Grey.

Se cerró de nuevo la puerta al mismo tiempo que una linda joven, ricamente vestida, se dirigió hacia Tom saltando alegremente, pero se

detuvo de pronto, con acento compungido, preguntó:

—¡Oh! ¿Qué es lo que os entristece, mi señor?

A Tom le faltó casi el aliento, pero hizo un esfuerzo para balbucear:

—¡Oh! ¡Tenedme compasión! No soy señor, sino únicamente el pobre Tom Canty del barrio de Offal Court. Os suplico que me permitáis ver al príncipe, que tendrá a bien devolverme mis andrajos y me dejará salir de aquí indemne. ¡Tened piedad y salvadme!

Y en esta imploración fervorosa, el muchacho se postró de rodillas ante la joven, con los ojos y las manos levantadas a tono con la vehemencia de sus palabras, La joven pareció horrorizada y exclamó:

—¡Oh, mi señor! ¡De rodillas... y a mis pies!

Dicho esto, huyó, asustada. Y Tom, anonadado por la desesperación, se desplomó al suelo, murmurando:

—Nadie me ayuda, estoy perdido. Ahora vendrán y se me llevarán preso.

Mientras yacía allí, paralizado por el terror, corrían por el palacio muy alarmantes noticias. El susurro (porque era siempre susurro) volaba de criado en criado, de dama a caballero, por los largos corredores, de piso en piso y de salón en salón. «¡El príncipe se ha vuelto loco!.» Pronto, en cada salón, en cada vestíbulo de mármol formaron grupos los caballeros y las señoras encopetados y también las personas de menor rango, igualmente elegantes, conversando afanosamente, pero muy quedo, con aire de desaliento.

En aquel momento apareció por entre los grupos un pomposo oficial que pronunció la solemne proclama:

–¡En nombre del Rey! ¡Que nadie dé crédito y divulgue o hable de esa torpe suposición, bajo pena de muerte! ¡En nombre del rey!

Los cuchicheos cesaron instantáneamente como si los murmuradores hubieran quedado mudos.

Poco después hubo un murmullo general a lo largo de los corredores:

–¡El príncipe! ¡Mirad, viene el príncipe!

El pobre Tom avanzó lentamente por entre los grupos de palaciegos que le saludaban con respetuosas reverencias, mientras él trataba de corresponder a la atención contemplando con humildad aquella extraña escena con ojos lánguidos y llenos de asombro. A ambos lados de él iban grandes caballeros nobles que le ofrecían el brazo para sostener sus pasos. Tras del muchacho venían los médicos de la corte y algunos criados.

Luego Tom entró en una suntuosa sala del palacio, cuya puerta se cerró así que hubo atravesado el umbral con sus acompañantes. A poca distancia, delante de él, había un hombre recostado muy alto y obeso, con cara ancha y abotargada y expresión severa. El pelo de su voluminosa cabeza era completamente gris, y la barba, que le ceñía el rostro como un marco, era también canosa. Vestía traje de rica tela, pero

vieja y algo deshilachado en alguno de sus pliegues. Una de sus piernas hinchadas descansaba apoyada sobre un almohadón y estaba envuelta con vendas. Reinaba el silencio y no hubo cabeza que no se inclinara con reverencia, excepto la de aquel hombre. Aquel inválido de rostro sereno era el temido Enrique VIII. Tomó, al empezar a hablar, una expresión afable y dijo:

—¿Cómo va mi señor, mi príncipe Eduardo? ¿Te has propuesto engañarme, burlar a tu padre, el buen rey, que tanto te quiere y tan bien te trata, con una lamentable chunga?

El pobre Tom prestó al comienzo de aquella peroración toda la atención que le permitió la turbación de sus sentidos, pero al oír las palabras de «el buen rey», palideció y cayó instantáneamente de rodillas, como alcanza o por un disparo. Entonces, alzando las manos, exclamó:

—¿Sois vos el rey? ¡Así pues, estoy perdido!

Estas palabras parecieron desconcertar al monarca. Sus ojos comenzaron a vagar de rostro en rostro, extraviados, y luego, atontado, se quedó mirando fijamente al muchacho, y dijo por fin, con tono de profunda decepción:

–¡Ay! Me figuraba que el rumor no tenía visos de verosimilitud, pero temo que no es así.

Y con un profundo suspiro y voz afable, prosiguió:

–Acércate a tu padre, muchacho, no te encuentras bien.

Sostenido por algunos de los presentes, Tom pudo levantarse y se acercó, humilde y tembloroso, a Su Majestad de Inglaterra. El rey cogió entre sus manos la cabeza de rostro asustado del muchacho, la contempló un momento con fijeza y cariño, como si buscara en ella alguna señal de que recobraba la razón, y estrechándola después tiernamente contra su pecho, dijo:

–¿No conoces a tu padre, hijo mío? No des troces el corazón de este anciano; di que me conoces, ¿no es verdad?

–Sí, vos sois mi temido señor rey, que Dios guarde.

–Es cierto, es cierto..., está muy bien..., cálmate, no tiembles de esta manera. No hay nadie aquí que pretenda hacerte daño. Todos te queremos... ¿Te encuentras mejor? Ha pasado ya la pesadilla, ¿verdad? Y sabes también quién eres tú, ¿no es eso? ¿No volverás a olvidar quién eres como dicen que te ha ocurrido hace poco rato?

–Suplico a Vuestra Majestad que me crea. He dicho la pura verdad, mi muy temido señor, pues soy el más insignificante de tus súbditos. Nací mendigo y me hallo aquí por casualidad y por una muy sensible desgracia en la que nada hay que reprocharme. Soy demasiado joven para morir, y vos, señor, podéis salvarme con una sola palabra. ¡Pronunciadla, señor!

–¿Morir? Pero no digas eso, mi querido príncipe... ¡Cálmate, tranquiliza tu corazón trastornado, no morirás!

Tom volvió a caer de rodillas con un grito de alegría.

—¡Dios os premie vuestra bondad, oh, rey mío, y os salve para bien de vuestro reino!

Entonces se puso de pie de un brinco, miró con cara, jubilosa a los dos palaciegos que le acompañaban y exclamó:

—¿Lo habéis oído? No me matarán. Lo ha dicho el rey.

Nadie hizo más movimiento que el de una respetuosa reverencia, ni fue pronunciada una sola palabra. El muchacho vaciló, algo turbado, y volviéndose tímidamente hacia el monarca, le preguntó:

—¿Me puedo marchar ahora?

—¿Marcharte? Naturalmente, si éste es tu deseo... Pero ¿por qué no te quedas aquí un momento? ¿Adónde quieres ir?

Tom, entornando los párpados, contestó humildemente

—Quizá no he comprendido bien, pero me creía libre y me disponía a ir en busca de la pocil-

ga donde nací y fui criado en la más completa miseria, pero alberga a mi madre y a mis hermanas, y por eso es mi hogar, mientras que toda esta fastuosidad a la que no estoy acostumbrado... ¡Oh, señor, dejadme marchar!

El rey guardó silencio y estuvo largo rato taciturno. Sus facciones dejaban traslucir la inquietud creciente. Por fin dijo con tono esperanzado:

–Quizá su locura se reduce a este punto, y en todo lo demás razona cuerdamente. ¡Dios lo haga! Tendremos que hacer la prueba.

Seguidamente hizo una pregunta a Tom en latín y el muchacho le contestó débilmente en la misma lengua. El rey expresó su satisfacción y lo mismo hicieron los lores y los médicos. El monarca dijo:

–No lo ha hecho con la perfección que exigen su instrucción y su talento, pero la respuesta demuestra que su cerebro está enfermo, pero no completamente desquiciado. ¿Qué os parece a vos, doctor?

El médico a quien el soberano consultaba hizo una gran reverencia y contestó:

–Estoy plenamente convencido, señor, de que habéis adivinado la verdad.

Esta declaración alentadora pareció dejar al monarca muy complacido, oída de boca de autoridad tan competente, y prosiguió, muy animado:

–Ahora fijaos bien todos; vamos a hacer otra prueba.

Dirigió a Tom una pregunta en francés. El muchacho guardó silencio un momento, turbado al ver todos los ojos que le tenían fija la mirada, y luego dijo con timidez:

–No tengo la menor noción de este idioma, Majestad.

El monarca se dejó caer de espalda en el sofá.

Los criados corrieron en su auxilio, pero apartándolos, dijo:

–No me molestéis. No es más que un desfallecimiento sin importancia. Levantadme y nada más. Acércate, pequeño. Apoya tu pobre

cabeza perturbada sobre el corazón de tu padre y cálmate. Pronto te repondrás. Esto no es más que un ligero desvarío. No tengas miedo. Pronto recobrarás la salud.

Y volviéndose hacia los presentes, cambié su bondadosa actitud, y con ojos que lanzaban chispas de mal presagio, exclamó:

—¡Oídmelos todos! Mi hijo está loco, pero su demencia no es permanente. Es el resultado de un exceso de estudio y también, tal vez, de su vida de confinamiento. ¡Basta, pues, de libros y de profesores! Que cada cual cuide de lo que ordeno. Solazadle con juegos deportivos y entretenedle con toda clase de distracciones amenas, para que pueda recobrar la salud.

Luego, irguiéndose aún con más arrogancia, prosiguió, enérgico:

—Está loco, pero es mi hijo y el heredero del trono de Inglaterra. ¡Loco o cuerdo, reinará! Es más, y oíd bien mis palabras y proclamadlas por doquier: ¡todo el que comente su enfermedad labora contra la paz y el orden de mis do-

minios y será condenado a las galeras! Dadme de beber..., que me estoy abrasando. Esta pena agota mis fuerzas. Retirad la copa..., aguantadme. Así está bien. ¿Conque está loco? Pues aunque lo estuviera de remate, mil veces, no dejaría de ser el príncipe de Gales, y yo el rey lo confirmaré. Mañana mismo será consagrado en su dignidad de príncipe con el ceremonial tradicional. Dad las órdenes oportunas inmediatamente, caballero Hertford.

Uno de los nobles palaciegos hincó la rodilla ante el regio diván, y dijo:

—Vuestra Majestad sabe que el gran heraldo hereditario de Inglaterra se halla encarcelado en la Torre, y no conviene que un prisionero...

—¡Silencio! ¡No ofendáis mis oídos con ese nombre odioso! ¿Por ventura ese hombre ha de vivir eternamente? ¿Se han de poner obstáculos a mi voluntad? ¿Y tiene que verse el príncipe privado de su dignidad porque, ¡maldita sea!, no hay en el reino un heraldo sin la mácula de la traición para investirle de sus honores? ¡No,

por la gloria de Dios! Ordenad a los miembros de mi Parlamento que antes de la nueva aurora me traigan la sentencia de muerte de Norfolk, pues de lo contrario recaerá sobre ellos la sentencia.

–La voluntad del rey es ley –declaró lord Hertford, y, levantándose, volvió a ocupar su puesto.

Gradualmente, la expresión de ira del viejo monarca se fue disipando y dijo:

–Dame un beso, querido príncipe. Vamos, ¿qué temes? ¿No soy tu padre cariñoso?

–Sois demasiado bueno para conmigo y no soy digno de vuestra generosidad. ¡Oh, poderoso y magnánimo señor! Conozco vuestra benevolencia, pero... pero... me horroriza pensar en el que va a morir, y...

–¡Ah! Esos son tus sentimientos, que dicen mucho en tu favor. Sé que tu corazón continúa siendo el mismo, aunque tu espíritu se haya perturbado, porque siempre tuviste un temperamento muy bondadoso, pero ese duque se

interpone entre tú y los honores que te corresponden. Pondré en su lugar otro que no deshonre su elevado cargo. Consuélate, príncipe mío, no tortures más tu cerebro con este asunto.

—Pero ¿no soy yo el que precipita su muerte, señor? A no ser por mí, ¿cuánto tiempo hubiera vivido?

—No te preocupes por él, príncipe mío, que no lo merece. Bésame otra vez, y ve a jugar y a divertirte, porque mi enfermedad me hace padecer. Ve con tu tío Hertford y tu séquito, y vuelve a mi lado cuando mi cuerpo sienta algún alivio.

Llevaron a Tom fuera de la presencia del monarca con el corazón oprimido, porque la última frase fue un golpe mortal para la esperanza de verse libre que tenía momentos antes. Nuevamente oyó murmurar: «¡Viene el príncipe, viene el príncipe! »

Y su ánimo fue decayendo a medida que iba avanzando entre las dos flamantes hileras de respetuosos cortesanos que le hacían reveren-

cia, pues se dio cuenta de que ahora era verdaderamente un cautivo, y de que podía quedar para siempre encerrado en su dorada jaula, como un príncipe abandonado y sin amigos, a no ser que Dios, siempre bondadoso, se apiadara de él y le dejara en libertad.

Y hacia dondequiera que se volviese le parecía ver flotando en el aire el rostro conocido del gran duque de Norfolk en la cabeza cortada del tronco, con los ojos mirándole fijamente con expresión de profundo reproche.

¡Sus antiguos sueños habían sido muy agradables, pero la realidad era tan lúgubre!

6. Tom recibe instrucciones

Tom fue conducido al aposento principal de una serie de estancias fastuosas, donde le hicieron sentar, lo cual le repugnaba en gran manera, puesto que se hallaban en presencia de caballeros ancianos y de personas de alto rango. El muchacho les suplicó que se sentaran también, pero todo el mundo permaneció de pie, limitándose a expresar las gracias muy quedo y con repetidas reverencias. Se disponía a insistir, pero su «tío» el conde de Hertford susurró a su oído:

–No insistáis, señor, la etiqueta cortesana no admite que se sienten en vuestra presencia.

Anunciaron a lord Saint John, quien, después de rendir pleitesía a Tom, dijo:

–Vengo por mandato del rey para un asunto privado. ¿Quiere Su Alteza real dignarse despedir a los presentes, excepto mi señor el conde de Hertford?

Observando que Tom parecía no saber cómo salir del paso, Hertford le dijo en voz baja que hiciera una seña con la mano y no se molestase en hablar a menos que le pareciera bien hacerlo. Cuando se hubieron retirado los allí presentes, lord Saint John dijo:

—Su Majestad ordena que, por poderosas razones de Estado, Vuestra Alteza tiene que ocultar su enfermedad por todos los medios que se hallen a su alcance, hasta que recobre la salud y Vuestra Alteza vuelva a ser el mismo de antes. Por lo tanto, Vuestra Alteza no negará a nadie que es el verdadero príncipe y heredero de la grandeza de Inglaterra, mantendrá alta su dignidad principesco, y acogerá sin palabra ni ademán de protesta, la reverencia y pleitesía que se le deben por derecho y por antigua costumbre; no habrá de hacer mención a nadie de ese origen y de esa vida miserables que su dolencia ha creado falsamente en su imaginación sobrecargada; tendrá, además, que procurar urgentemente recordar los rostros conocidos, y

cuando no lo consiga, guardará silencio, sin descubrir con expresión de sorpresa o en cualquiera otra forma que los ha olvidado; y en las ceremonias de Estado, siempre que ignore lo que tiene que hacer o decir, no demostrará la menor inquietud a los espectadores curiosos, sino que habrá de pedir consejo sobre el particular a lord Hertford o a mí mismo, vuestro humilde servidor, que tenemos mandato del rey para tal servicio y que habremos de estar siempre al lado de Vuestra Alteza hasta que quede anulada la presente orden. Así lo dispone Su Majestad el rey, que envía sus saludos a Vuestra Alteza Real y ruega a Dios que le conceda la gracia de devolver la salud prontamente a Vuestra Alteza y de teneros ahora y siempre bajo su santa protección.

Lord Saint John hizo una reverencia y se apartó a un lado. Tom contestó resignadamente:

—El rey lo ha ordenado. Nadie puede desobedecer los mandatos del soberano, ni ajustarlos a

su propia conveniencia, como tampoco puede burlarlos con pícaras evasivas cuando éstos le resultan enojosos. El rey será obedecido.

Entonces lord Hertford dijo:

—Respecto a lo que acaba de ordenar Su Majestad el rey sobre los libros y otras cosas serias, ¿le sería W vez grato a Vuestra Alteza pasar el tiempo con tranquilas diversiones, con objeto de que al asistir al banquete no se sienta fatigado?

Las facciones de Tom expresaron extrañeza y cierto rubor al ver que los ojos de lord Saint John se fijaban en él, apesadumbrados. Su Excelencia dijo:

—La memoria os es todavía infiel, pues habéis demostrado sorpresa, pero no os preocupéis, porque es un defecto que quedará corregido tan pronto como hayáis mejorado vuestra dolencia. Milord de Hertford se refiere al banquete de la ciudad, al cual Su Majestad el rey prometió que asistiría Vuestra Alteza, hará cosa de dos meses... ¿No os acordáis ahora?

–Lamento tener que confesar que lo he olvidado –contestó el muchacho, vacilando y poniéndose colorado.

En aquel preciso momento fue anunciada la presencia de la princesa Isabel y de la princesa Juana Grey. Los dos lores cambiaron una mirada significativa y Hertford avanzó rápidamente hacia la puerta. Cuando las jóvenes pasaron por delante de él, les dijo muy quedo:

–Os ruego, altezas, que no hagáis caso de su estado de ánimo y de sus extravagancias, pues os dolerá notar que tropieza con toda clase de futilidades.

Mientras tanto, lord Saint John susurraba al oído a Tom:

–Os suplico, señor, que no olvidéis el deseo de Su Majestad. Haced lo posible para recordarlo todo... y fingid recordar lo que no os venga a la memoria. Procurad que no se den cuenta de cuán cambiado estáis comparado con vuestro modo de ser de antes, pues ya sabéis cuán tiernamente os tienen en su corazón vues-

tros antiguos compañeros de juegos y cuál sería la pesadumbre que les causaríais. ¿Queréis, señor, que me quede a vuestro lado... y vuestro tío también?

Tom expresó su asentimiento con un ademán y una palabra murmurada muy quedo, pues iba aprendiendo ya lo que tenía que hacer, y su corazón ingenuo estaba decidido a salir lo más airosamente posible en lo que el rey le había ordenado.

A pesar de todas las precauciones, la conversación entre los jóvenes fue en algunos momentos bastante embarazoso. En efecto, en más de una ocasión, Tom estuvo a punto de confesar su incapacidad para representar aquel papel terrible, pero le salvó el tacto de la princesa Isabel o una simple palabra de uno u otro de los dos lores vigilantes, pronunciada, aparentemente, como por casualidad. Una de las veces, la princesita Juana se volvió de cara a Tom y le aturrulló con esta pregunta:

—¿Habéis presentado ya hoy vuestros respetos a Su Majestad la reina, señor?

Tom vaciló, se mostró apurado, y estaba a punto de decir cualquier cosa, fuere o no acertada, cuando lord Saint John tomó la palabra para contestar por él, con la soltura del cortesano acostumbrado a afrontar situaciones delicadas y a saber salir del paso.

—Sí, en efecto, señora, y Su Majestad la reina le ha animado mucho respecto al estado de salud de Su Majestad el rey. ¿Verdad, señor?

Tom barboteó unas palabras muy confusas que fueron interpretadas como una aquiescencia a lo dicho por el cortesano, pero comprendió que iba por un terreno peligroso. Poco después se habló de que Tom abandonaría interinamente sus estudios, y la princesita exclamó:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! ¡Tantos progresos que hacíais! Pero tened paciencia, porque esto no durará mucho tiempo. No tardaréis en tener tantos conocimientos como vuestro padre

y en dominar tantos idiomas como él, mi buen príncipe.

–¡Mi padre! –exclamó Tom, que estaba en aquel instante distraído–. Estoy seguro que no sabe hablar ni su propia lengua más que para que le entiendan únicamente los cerdos que hay en el cuchitril. Y en lo tocante a otra clase de instrucción...

Alzó los ojos y vio una solemne advertencia en la mirada de milord Saint John.

Guardó silencio, se sonrojó, y luego prosiguió lenta y tristemente:

–¡Ah, vuelve a perseguirme mi dolencia y mi espíritu desvaría! No he pretendido manifestar irreverencia para con Su Majestad el rey.

–Ya lo sabemos, señor –repuso la princesa Isabel, cogiendo entre las suyas la mano de su «hermano», respetuosamente, pero con cariño–. No os turbéis por eso. La culpa no es vuestra, sino de la enfermedad que sufrís.

–Sois muy amable al consolarme de esta manera, encantadora joven –contestó Tom, agra-

decido—, y mi corazón me induce a daros las gracias, si es que puedo ser tan atrevido.

Una vez la atolondrada princesita Juana dijo a Tom una sencilla frase en griego. La perspicacia de la princesa Isabel comprendió en seguida por la serena impassibilidad de la frente de Tom que la flecha no había dado en el blanco, y soltó tranquilamente una verdadera andanada de griego a favor de Tom y en seguida desvió la conversación hacia otro tema.

En general, el tiempo transcurrió agradablemente y sin dificultades. Los escollos y los arrecifes fueron cada vez menos frecuentes, y Tom se sintió poco a poco más a sus anchas al ver que todos estaban tan cariñosamente dispuestos a auxiliarle y a pasar por alto sus equivocaciones. Cuando se traslució que las damitas le acompañarían por la noche al banquete ofrecido al alcalde de la ciudad, el corazón le dio un salto de consuelo y de alegría, pues pensó que ahora, entre toda aquella multitud de extranjeros, no se hallaría falto de amigos, mientras que

una hora antes, la sola idea de que las dos princesas iban a acompañarle le hubiera causado un terror insoportable.

Los ángeles guardianes de Tom, los dos lores, habían estado menos tranquilos durante la entrevista que los demás personajes que a ella asistieron. Les parecía que estaban gobernando el timón de una gran embarcación por un canal muy peligroso. Estaban ojo avizor constantemente y se daban cuenta de que su misión no era un juego de niños. Por consiguiente, cuando la visita de las jóvenes tocaba ya a su fin, y fue anunciada la presencia de lord Guilford Dudley, no sólo pensaron que habían llevado a cabo su cometido suficientemente, sino que, además, no se hallaban en la mejor de las disposiciones para poner su barco rumbo al punto de partida y emprender de nuevo una angustiosa travesía. Por lo tanto, aconsejaron respetuosamente a Tom que se excusara, lo que éste hizo de muy buena gana, aunque habría podido observarse una leve sombra de decepción en el semblante

de la princesa Juana, cuando oyó que le era negada la admisión al elegante joven.

Hubo una pausa, un silencio expectante, que Tom no acertó a comprender. Miró a lord Hertford, y éste le hizo una seña, pero tampoco logró entenderla. Isabel acudió en su auxilio con su despejada donosura habitual. Hizo una reverencia y dijo:

—¿Tenemos permiso de Su Alteza, mi hermano, para marcharnos?

Tom contestó:

—Vuestras señorías pueden obtener de mí todo cuanto gusten con sólo pedirlo, pero preferiría concederos cualquier otra cosa que estuviera en mis pobres atribuciones antes que autorizaros para privarme de la luz y el deleite bienhechor de vuestra presencia. ¡Dios os guíe y esté siempre con vosotras!

Dicho esto, sonrió, pensando:

«No en vano viví únicamente entre príncipes en mis lecturas y aprendí en ellas el florido léxico de la realeza. »

Cuando las ilustres damitas se hubieron retirado, Tom se volvió con aire fatigado a sus guardianes, y dijo:

—¿Tendrán vuestras señorías la amabilidad de permitirme que me vaya a descansar en cualquier rincón?

—A Vuestra Alteza le corresponde mandarnos a nosotros obedecer. En efecto, es necesario que descanséis, puesto que muy en breve tenéis que emprender el viaje a la ciudad.

Tocó una campanilla y se presentó un paje, a quien se dio orden de llamar a sir William Herbert. Este caballero apareció inmediatamente y condujo a Tom a un aposento interior. El primer gesto de Tom fue alcanzar un vaso de agua, pero antes que él, lo cogió un criado vestido de seda y terciopelo que, hincando la rodilla, se lo ofreció en una bandeja de oro.

Luego, el fatigado cautivo se dispuso a quitarse las zapatillas, después de pedir permiso con una mirada tímida, pero otro criado, igualmente vestido de seda y terciopelo, se

arrodilló también ante él y le ahorró aquella molestia. El muchacho intentó dos o tres veces más servirse a sí mismo, pero como siempre se le anticipaban con presteza, acabó por ceder con un suspiro de resignación y murmuró:

—¡Me asombra que no se empeñen también en respirar por mi cuenta!

En babuchas y envuelto en lujosa bata, se tendió por fin para descansar, pero no pudo dormir, porque su cabeza bullía de pensamientos y la habitación estaba demasiado llena de gente. Como no podía librarse de los primeros, éstos continuaron en su cerebro, y no teniendo bastante tacto para despedir a los segundos, también éstos se quedaron allí con gran contrariedad del príncipe... y de ellos mismos.

Al retirarse Tom habían quedado solos sus dos guardianes, que estuvieron durante un momento meditabundos, paseando por la estancia, moviendo repetidamente sus respectivas cabezas, y, de pronto, lord Saint John dijo:

—Francamente, ¿qué estáis pensando?

–Pues francamente estoy pensando que el rey se halla en el umbral de la muerte. Mi sobrino está loco..., loco subirá al trono, y continuará demente. ¡Dios proteja a Inglaterra, que mucho lo necesitará!

–Así parece, en verdad, pero... ¿no os asaltan las dudas sobre si..., no presentís que... ?

El personaje vacilaba y acabó por guardar silencio. Evidentemente, se daba cuenta de que pisaba un terreno resbaladizo. Lord Hertford se quedó parado delante de él, le miró el rostro fijamente, con ojos de franqueza, y dijo:

–Proseguid..., nadie puede oírnos..., ¿dudáis respecto a qué?

–Me repugna manifestar lo que estoy pensando, mucho más, puesto que vos sois de su misma sangre, milord... pero después de pedir os disculpa, si es que os ofendo, me permitiré preguntamos: ¿no os parece extraño que la demencia pueda haber cambiado hasta tal punto su porte y sus modales? No es que su actitud y sus palabras no corresponden a las de un

príncipe, pero difieren siempre en una u otra cosa insignificante de las que le eran peculiares al príncipe anteriormente. ¿No os parece inexplicable, por ejemplo, que la locura haya borrado de su memoria las inconfundibles facciones de su padre, las costumbres y las observancias que a éste le deben todos los que le rodean, y que, dejándole el latín, le haya hecho olvidar el griego y el francés? No os ofendáis, milord, pero calmad mi inquietud y recibid ya por ello mis más expresivas gracias. No puedo olvidar su insistente afirmación de que no es el príncipe y, naturalmente...

–Callad, milord, porque vuestras palabras indican traición. ¿Olvidasteis el mandato del rey? Recordad que al escuchaos me hago cómplice de vuestro crimen.

Saint John palideció y se apresuró a añadir:

–He faltado, lo confieso. Pero que vuestra cortesía me conceda la gracia de no delatarme. No volveré a hablar de eso, ni siquiera a pen-

sarlo. No os mostréis inclemente para conmigo, milord, pues de lo contrario estoy perdido.

—Estoy satisfecho, milord, y si no faltáis de nuevo, aquí o en presencia de otras personas, será como si no hubierais dicho ni una palabra. Pero no debéis sentir recelos; es hijo de mi hermana. ¿No me son familiares desde que nació, su voz, sus facciones y toda su figura? La locura puede producir esos extraños fenómenos que notáis en él y muchos más todavía. ¿Por ventura habéis olvidado que el viejo barón Marley, al volverse loco, olvidó su propio modo de ser, al que estaba acostumbrado desde hacía sesenta años, hasta el extremo de creer que sus maneras eran las de otra persona? Como sabéis, afirmaba que era el hijo de María Magdalena, y que su cabeza era de vidrio español. Por cierto que no podía sufrir que nadie le tocara, por temor de que una mano atolondrada pudiera romperle la cabeza por inadvertencia. Dejaos de presunciones y de sospechas, mi buen milord. Este es el príncipe auténtico... le

conozco perfectamente, y no tardará en ser vuestro rey. Os conviene pensar más en esto que en lo otro...

Después de un rato más de conversación, durante la cual lord Saint John enmendó su yerro lo mejor, que pudo con repetidas protestas de que su fe quedaba desde aquel momento completamente arraigada y que, por lo tanto, no podría sentir nuevos recelos, lord Hertford relevó a su compañero de custodia, y continuó la vigilancia solo. No tardó en quedar sumido en una profunda meditación, y era evidente que, cuanto más reflexionaba, más aturrullado se sentía. De pronto, comenzó a pasear por la estancia y a murmurar para sí:

—¡Ah, sí, debe ser el príncipe! ¿Puede haber en el reino alguien capaz de sostener la posibilidad de que existan dos seres tan maravillosamente iguales sin haber nacido en la misma cuna ni ser le la misma sangre? Y aunque fuera así, resultaría aún milagro más extraño que la

casualidad hubiese puesto el uno en el lugar del otro. No, ¡es locura, locura, locura!

Y luego siguió diciendo para sus adentros:

–Porque si fuese un impostor y se llamara príncipe, sería cosa muy natural, muy lógica, pero ¿hubo por ventura alguna vez en que alguien, al ser llamado príncipe por el rey, por toda la corte y por todo el mundo, negara su dignidad y suplicase que prescindieran de su exaltación? ¡No! ¡Ni pensarlo! Decididamente, éste es el verdadero príncipe que se ha vuelto loco.

7. La primera comida regia de Tom

Poco después de la una de la tarde, Tom sufrió resignadamente la tradicional costumbre palaciega de que le vistieran para comer. Se vio cubierto de ropas tan ricas como las que llevaba momentos antes, pero todas distintas, todas cambiadas, desde la golilla hasta las medias. Luego fue conducido pomposamente a una sala espaciosa decorada con gran fastuosidad, en la que había ya una mesa preparada para una sola persona. El servicio era de oro macizo, embellecido con dibujos que le daban un valor incalculable, puesto que eran obra del famoso Benvenuto Cellini. La estancia estaba medio llena de nobles servidores. Un capellán bendijo la mesa, y Tom se disponía a caer sobre ella con avidez, impulsado por el hambre, que era crónica en él desde hacía mucho tiempo, cuando fue retenido por milord el conde de Berkeley, que le sujetó una servilleta alrededor del cuello, porque el elevado cargo de Mantelero de Su Alteza el

Príncipe de Gales era hereditario en la familia de aquel noble. Se hallaba allí presente el cope-ro del príncipe que se anticipaba solícito a todas las tentativas de Tom de servirse vino. También estaba allí el catador de Su Alteza el Príncipe de Gales, dispuesto a probar, si así se lo ordenaban, cualquier manjar que pareciera sospechoso, corriendo el riesgo de envenenarse. En la referida época no era más que un apéndice decorativo, y eran muy raras las veces que tenía que cumplir el cometido que le imponía su profesión; pero había habido épocas, y no precisamente muy remotas, en que el oficio de catador tenía sus peligros y no era un alto cargo muy envidiable. Parece extraño que no echaran mano de un perro o de un plebeyo cualquiera, pero todas las costumbres de la realeza son singulares. Milord d'Argy, primer paje de cámara, también se hallaba en la sala, Dios sabrá el porqué de su presencia, pero allí estaba, y esto basta. El lord jefe dispensero estaba igualmente allí, de pie detrás de la silla que

ocupaba Tom, vigilando el servicio, bajo las órdenes del lord primer mayordomo y del lord cocinero-jefe, también de pie a poca distancia. Además de éstos, Tom tenía a su servicio trescientos ochenta y cuatro criados, que no estaban, naturalmente, todos presentes en la sala, ni siquiera la cuarta parte, de los mismos y cuya existencia Tom ignoraba.

Todos los que se hallaban allí presentes habían sido severamente advertidos de que no tenían que olvidar que el príncipe sufría demencia temporal y no debían demostrar sorpresa ante sus antojos extravagantes. Estos antojos no tardaron en ponerse de manifiesto a los criados, en quienes no despertaron hilaridad, sino compasión y pesadumbre. Se sintieron profundamente afligidos al ver a su amado príncipe en tan lamentable estado.

El pobre Tom comía casi siempre con los dedos, pero sus modales vulgares no hacían sonreír a nadie y todos fingían no verlos. Se quedó observando con interés y curiosidad su serville-

ta, porque era una pieza de tejido muy hermoso y fino y dijo con ingenuidad:

–Lleváosla, os lo ruego, porque tengo miedo de mancharla distraídamente.

El mantelero hereditario retiró la servilleta con actitud respetuosa sin pronunciar palabra u objeción de ninguna clase.

El muchacho examinó con mucho interés los nabos y la lechuga y preguntó qué era aquello y si era comestible; y su ignorancia no era de extrañar, porque hacía poco tiempo que se había comenzado a cultivar aquella especie de vegetales en Inglaterra, en vez de importarlos de Holanda¹ como artículo de lujo. La pregunta de

¹ Hasta el final del reinado de Enrique VIII no se cultivaron en Inglaterra lechugas, zanahorias, nabos y otros tubérculos comestibles. Lo poco que se consumía de estos vegetales había sido hasta entonces importado de Holanda y de Flandes. Cuando la reina Catali-

Tom fue contestada con profundo respeto y sin demostrar sorpresa. Cuando hubo terminado los postres, el muchacho llenó sus bolsillos de nueces, pero nadie pareció prestar atención a lo que estaba haciendo. Pero unos momentos después, fue él quien se mostró contrariado, porque se dio cuenta de que aquél había sido el único servicio que durante la comida le habían permitido llevar a cabo por sus propias manos, y no le cabía duda de que acababa de cometer una incorrección impropia de un príncipe. En aquel preciso instante, su nariz tuvo un temblor nervioso, y en esta situación Tom comenzó a dar señales de hallarse muy apurado. Miró con aire suplicante primero a uno y después a otro de los lores que se hallaban a su lado, y asomaron lágrimas en sus ojos. Los lores, acercándose más a él con la ansiedad pintada en el rostro, le

na deseaba comer ensalada se vela obligada a enviar un recadero a dichos países.

rogaron que les indicara cuál era el motivo de su disgusto. Tom dijo con verdadera angustia:

–Pido vuestra indulgencia, pero la nariz me pica a rabiar... ¿Cuáles son los usos y costumbres en este caso? ¡Contestad pronto, porque no voy a poder aguantarlo mucho rato!

Nadie sonrió. Todos se quedaron perplejos y se miraron unos a otros pidiéndose consejo, atribulados. No hay que olvidar que aquella circunstancia era algo así como un muro enorme y la historia inglesa no explicaba la manera de franquearlo. No se hallaba presente el maestro de ceremonias y no había nadie que se aventurara a meterse en aquel mar inexplorado o se atreviera a correr el riesgo de intentar solucionar un problema de tal trascendencia. ¡Ay, no había rascador hereditario! Entretanto, las lágrimas habían desbordado su dique y empezaban a deslizarse por las mejillas de Tom. La nariz contraída de éste estaba pidiendo auxilio con más urgencia que nunca. Por fin, la Naturaleza derribó las barreras de la etiqueta. Tom

elevó mentalmente una plegaria de perdón por si estaba obrando mal, y tranquilizó los angustiosos corazones de sus cortesanos decidiéndose a rascarse la nariz por sí mismo.

Al terminar la comida, se presentó un lord con una ancha jofaina de oro que contenía fragante agua de rosas, para que el príncipe se enjuagara la boca y se lavara los dedos, y milord el mantelero hereditario se acercó y le ofreció una servilleta para secarse. Tom miró intrigado la jofaina durante unos dos segundos, y luego la cogió, y, acercándola a sus labios, bebió gravemente un sorbo. Pero se la devolvió en seguida al lord y le dijo:

—No me gusta, milord. Tiene un aroma agradable, pero le falta fuerza.

Esta nueva extravagancia de la mente perturbada del príncipe dejó muy apesadumbrados los corazones de todos los presentes, y el triste espectáculo, a la vez grotesco, no despertó la hilaridad de nadie.

La siguiente torpeza inconsciente de Tom fue levantarse y abandonar la mesa en el preciso momento en que el capellán se situaba detrás de la silla del príncipe, y con las manos levantadas y los ojos en alto, pero con los párpados medio entornados, se disponía a comenzar la acción de gracias. Sin embargo, nadie pareció darse cuenta de que el príncipe acababa de cometer un acto indebido.

A petición suya, nuestro amigo fue conducido a su gabinete particular, donde le dejaron solo y a sus anchas. De unos garfios que había en el friso de madera pendían varias piezas de una bruñida armadura de acero, toda cubierta de hermosos dibujos exquisitamente incrustados de oro. Aquella panoplia marcial pertenecía al verdadero príncipe, y era un regalo reciente de madame Parr, la reina. Tom se puso las grebas, los guanteletes, el yelmo empenachado y todas las demás piezas de que pudo revestirse sin valerse de nadie y hubo un momento en que sintió la tentación de llamar para que le

ayudaran a completar su singular atavío. Pero de pronto se acordó de las nueces que se había reservado durante la comida, y pensó con alegría que iba a poder comérselas sin que nadie le estuviera contemplando y sin grandes hereditarios que le importunaran con sus atenciones officiosas que él no requería. Volvió, pues, a colocar las flamantes piezas en su lugar respectivo, y en seguida se puso a cascar nueces, sintiéndose, naturalmente, feliz por primera vez desde que Dios le había convertido en príncipe como castigo por sus pecados. Cuando hubo terminado de comerse las nueces, se fijó en unos libros llamativos que había en una estantería, y entre los cuales figuraba uno relativo a la etiqueta en la corte de Inglaterra. Aquello era un hallazgo afortunado. El muchacho cogió el volumen, se tendió en un suntuoso diván y comenzó a hojearlo para instruirse con honrada intención y muy fervoroso celo. Dejémosle, pues, ahí por ahora.

8. La cuestión del sello

A eso de las cinco, Enrique VIII despertó después de una siesta agitada, y murmuró para sí:

«¡Pesadillas, pesadillas! Mi fin se acerca. Así lo anuncian esas advertencias de mal presagio y mi pulso débil lo confirma.»

Y con ojos que lanzaban chispas de perversidad, añadió:

«Sin embargo, no moriré antes de que él me preceda.»

Al observar sus servidores que el monarca estaba despierto, uno de ellos le preguntó qué se debía hacer con el lord canciller que estaba esperando.

—¡Que pase, que pase! —exclamó el rey, con vehemencia.

El lord canciller entró y fue a arrodillarse ante el lecho del soberano, diciendo:

—He dado las órdenes oportunas y, cumpliendo los mandatos de Su Majestad, los pares del reino, en traje de ceremonia, se hallan en

estos momentos en los estrados de la Cámara, donde después de confirmar la sentencia contra el duque de Norfolk, esperan humildemente lo que se digne disponer Su Majestad.

En las facciones del monarca se reflejó una alegría feroz. Este dijo:

—¡Levantadme! Quiero ir al Parlamento para sellar allí con mi propia mano la orden que ha de librarme de

Su voz se fue apagando y una palidez cenicienta borró el color de sus mejillas. Sus servidores se apresuraron a recostarle cómodamente sobre sus almohadas y le administraron diversos reconstituyentes.

Al cabo de un rato, el monarca, apesadumbrado, dijo:

—¡Ay! ¡Con qué impaciencia he estado esperando este momento delicioso! Y ahora llega demasiado tarde y me veo privado de aprovechar una ocasión tan anhelada. ¡Pero no tengo tiempo que perder! ¡Que cumplan otros el feliz cometido que yo no puedo realizar! Voy a en-

tregar mi gran sello a la comisión, y a elegir los lores que han de formarla para que actúen inmediatamente. ¡Pronto, pronto! Antes de que el sol salga y se ponga de nuevo, que me traigan su cabeza para que yo pueda verla.

–Todo se hará de conformidad con lo que Su Majestad ordena –dijo el lord canciller–. Pero ¿os dignaréis ordenar que me sea devuelto el sello para que yo pueda resolver el asunto?

–¡El sello! ¿Quién guarda el sello sino vos?

–Recuerde Vuestra Majestad que me lo quitó hace dos días y me dijo que no haría falta para nada hasta que la propia mano de Vuestra Majestad lo empleara para sellar la sentencia contra el duque de Norfolk.

–Sí, en efecto, así lo hice, lo recuerdo. Pero ¿dónde guardé el sello? Estoy muy débil... Estos últimos días la memoria me falla muy a menudo. Es extraño, muy extraño...

El rey se puso a balbucear vocablos inarticulados, moviendo de vez en cuando ligeramente su cabeza canosa, esforzándose en recordar qué

había hecho del sello. Por fin milord Hertford se aventuró a arrodillarse y a ofrecer detalles informativos.

–Perdonad mi atrevimiento, señor, pero varios de los presentes recordarán, sin duda, como yo mismo, que pusisteis el gran sello en manos de Su Alteza el príncipe de Gales para que lo guardase hasta el día en que...

–¡Es verdad, muy cierto! –interrumpió el rey–. ¡Id por él, corred, que el tiempo pasa volando!

Lord Hertford salió aceleradamente en busca de Tom, pero no tardó en volver a presentarse ante el rey, turbado y con las manos vacías, y explicó lo siguiente:

–Lamento profundamente, señor mío y rey, traeros tan malas noticias, pero la voluntad de Dios es que la dolencia del príncipe subsista todavía, y Su Alteza no puede recordar que le fue entregado el sello. Por eso he venido inmediatamente a comunicároslo, pues creí que sería perder un tiempo precioso intentar registrar la

larga serie de gabinetes, dormitorios y salones que pertenecen a Su Alteza...

Un quejido del rey vino a interrumpir al lord en este punto, y al cabo de un rato Su Majestad dijo, con tono de profunda melancolía:

—¡No le molestéis más, pobre muchacho! La mano de Dios pesa con fuerza sobre él, mi corazón se deshace en cariñosa compasión y sufro horriblemente al pensar que no me es posible librarle de esa carga poniéndola sobre mis viejos hombros agobiados para devolverle la paz.

Cerró los ojos, se puso a murmurar y acabó guardando silencio. Al cabo de un rato volvió a abrirlos, miré vagamente a su alrededor, y al vean que el lord canciller estaba todavía allí arrodillado, su rostro se encendió de cólera y gritó:

—¿Aún estáis aquí? Por la gloria de Dios, que si no vais a escape a solventar el asunto de ese traidor, vuestra mitra holgará mañana por no tener cabeza que ceñir.

El canciller contestó temblando:

–Imploro el perdón de Vuestra Majestad, pero estaba esperando el sello.

–¿Habéis perdido el juicio? El sello pequeño que yo acostumbraba antes a llevar conmigo cuando me ausentaba, está en mi tesoro, y puesto que el gran sello se ha perdido, ¿no bastará el pequeño? ¿Habéis perdido el juicio? Idos y no olvidéis... que no tenéis que volver aquí hasta que me traigáis su cabeza.

El pobre canciller no tardó en alejarse de aquella peligrosa vecindad. Tampoco perdió tiempo la comisión en dar el beneplácito real a la obra del Parlamento esclavizado y en fijar la fecha del día siguiente para la decapitación del primer par de Inglaterra, el infortunado duque de Norfolk.

9. El festival en el río

A las nueve de la noche, toda la extensa ribera del Támesis frente al palacio resplandecía con vivos fulgores de iluminación fastuosa. El mismo río, en toda la distancia que podía alcanzar la vista en dirección a la ciudad, estaba tan lleno de botes y barcas de recreo, adornados con farolillos de colores y movido suavemente por las olas, que parecía un inmenso jardín de flores mecidas por el aire estival. La gran terraza, cuya escalinata de peldaños de piedra servía de embarcadero, era lo bastante espaciosa para dar cabida a todo el ejército de un principado alemán, era un espectáculo digno de verse, con sus filas de alabarderos que ostentaban sus bruñidas armaduras y toda una pléyade de servidores lujosamente trajeados, que iban de un lado a otro con la presteza de los preparativos urgentes.

De pronto se dio una orden e inmediatamente no quedó ni un alma en los peldaños de la esca-

linata. Había gran expectación. Hasta donde alcanzaba la vista, se observaba que los ocupantes de los botes se levantaban, y, protegiendo sus ojos contra el excesivo resplandor de faroles y antorchas, dirigían la mirada hacia palacio.

Una hilera de unas cuarenta a cincuenta barcas vino a atracar en el embarcadero de la terraza. Iban ricamente adornadas y sus proas y popas encasilladas lucían primorosas esculturas. Algunas iban empavesadas con banderas y gallardetes, otras lucían brocados y tapices con escudos de armas, y en muchas flotaban banderolas de seda con innumerables campanillas de plata, formando una cascada de sones armoniosos, y otras, en fin, de mayores pretensiones, pues pertenecían a nobles al servicio inmediato del príncipe, tenían sus costados pintorescamente protegidos por flamantes escudos fastuosamente blasonados de armas e insignias. Cada una de estas suntuosas barcas iba remolcada por un bote. Además de los remeros, iban

en el bote cuatro hombres con cascos, corazas y armas relucientes y también una banda de música.

Apareció luego un grupo de alabarderos, vanguardia del esperado desfile, que se situó en el amplio portal de la terraza. Formaban dos largas hileras que llegaban hasta el borde del agua. Luego fue extendida una grueso alfombra de rayas entre las dos referidas hileras de alabarderos, colocada allí cuidadosamente por criados que iban ataviados con libreas escarlata y oro, colores distintivos del príncipe. Una vez hecho esto, resonó un toque armonioso de trompetas y siguió en seguida un alegre prelude ejecutado por los músicos de las barcas. Dos ujieres con sendas varas blancas salieron del anchuroso portal con paso lento y solemne. Iban seguidos por un oficial que llevaba la maza cívica, detrás del cual iba otro con la espada de la ciudad. Luego varios sargentos de la guardia de la villa y el rey de armas, seguidos de varios caballeros de la Orden del Baño, que

ostentaban un lazo blanco en la manga, y tras de ellos sus escuderos, después los jueces con sus togas escarlata y sus pelucas, el lord gran canciller de Inglaterra, una comisión de regidores y, finalmente, los jefes de las distintas compañías cívicas en traje de ceremonia. Bajaron después por la escalinata doce caballeros franceses que vestían ricos jubones de damasco blanco listado de oro y capas cortas de terciopelo carmesí, forradas de tafetán violeta. Constituían el séquito del embajador de Francia e iban seguidos por doce caballeros del séquito del embajador de España, con traje de terciopelo negro sin el menor adorno. Detrás de éstos venían varios grandes nobles ingleses con toda su servidumbre.

Se dejó oír nuevamente el toque de las trompetas, y el tío del príncipe, el futuro gran duque de Somerset, salió de la verja ataviado con un jubón negro bordado de oro y una capa de raso carmesí con flores también de oro, ribeteada de redecilla de plata y, quitándose su sombrero de

plumas, se volvió, hizo una muy parsimonioso reverencia, y empezó a bajar de espaldas; saludando a cada paso. Siguió un prolongado y muy sonoro toque de trompetas, y una voz gritó, « ¡Paso a Su Alteza Real, el lord Eduardo, príncipe de Gales! » En lo alto de los muros de palacio se vio en seguida una larga hilera de rojas lenguas de fuego y, simultáneamente, se dejó oír un estruendo atronador; la multitud apiñada en el río prorrumpió en un griterío de bienvenida entusiasta Y ensordecedora; y Tom Canty, el admirado personaje objeto de todo aquel júbilo ruidoso, apareció a la vista de todos e hizo con su cabeza principesco una ligera reverencia.

Iba magníficamente ataviado, con un justillo de raso blanco, pechera de púrpura y oro con diamantes y ribetes de armiño. Sobre el justillo llevaba una capa de blanco brocado de oro, cubierto con un sombrero rematado por un penacho de tres plumas, forrado de raso azul y adornado con perlas y piedras preciosas, y suje-

tado con un broche de brillantes. De su cuello pendía la insignia de la Orden de la Jarretera y ostentaba también varias condecoraciones extranjeras, y cada vez que le daba la luz, las joyas resplandecían con deslumbrantes destellos. ¡Oh, Tom Canty, nacido en una pocilga, criado en el arroyo de Londres y familiarizado con los andrajos, la inmundicia y la miseria! ¿Qué espectáculo es ése?

10. Los apuros del príncipe

Dejamos a Juan Canty arrastrando al verdadero príncipe a Offal Court, seguido por la plebe entregada al bullicio y a la hilaridad. No hubo entre la turba más que una persona que elevara la voz en favor del cautivo, pero no fue escuchada, ni apenas pudo oírse en medio de aquel enorme barullo. Continuó el príncipe luchando por su libertad y protestando por el brutal trato de que se le hacía objeto, hasta que Juan Canty perdió la poca paciencia que le quedaba y con repentino furor levantó su estaca de roble sobre la cabeza del príncipe, disponiéndose a asestarle un golpe. El único defensor del muchacho dio un salto para detener el brazo de aquel bruto y recibió el golpe en su propia muñeca. Canty refunfuñó:

—¿Pretendes entrometerte? ¡Pues ahí tienes tu recompensa!

La estaca cayó sobre la cabeza del mediador. Se oyó un gemido, y un cuerpo se desplomó al

suelo entre los pies de la multitud, y pocos momentos después yacía allí solo en la oscuridad. La turba siguió dándose empujones sin que su algazara fuese interrumpida por aquel incidente.

Poco después, el príncipe se hallaba en la morada de Juan Canty, con la puerta cerrada para alejar a los curiosos. A la tenue luz de una bujía de sebo ajustada en una botella, contempló los detalles del inmundo cubinche y sus moradores. Dos muchachas desgredadas y una mujer de edad madura estaban acurrucados en un rincón, apoyadas en la pared, con el aspecto de animales acostumbrados a los malos tratos, que están siempre esperando con temor. En otro rincón había una bruja cubierta de harajos, con cabello enmarañado y mirada maligna.

Juan Candy, dirigiéndose a ésta, dijo:

—¡Espera! Vamos a divertirnos de lo lindo. No lo vayas a echar a perder antes de empezar; después deja caer tu mano pesada tanto como te plazca. Ven aquí, pilluelo; repite tus majader-

ías, si no las has olvidado. Dime cómo te llamas. ¿Quién eres?

El insulto a su dignidad hizo subir la sangre a las mejillas del príncipe, que miró con fijeza e indignación el semblante de aquel rufián y dijo:

La mala crianza propia de los individuos de tu calaña se demuestra aquí en que me mandes a mí que hable. Te repito ahora, como ya te dije antes, que soy Eduardo, príncipe de Gales, y basta.

El asombro que causó a la bruja esta contestación le dejó los pies clavados en el suelo y el pecho casi sin aliento. Se quedó contemplando al príncipe con tal estupefacción, que el bergante de su hijo prorrumpió en una risotada estrepitosa. Pero el efecto fue distinto en la madre y en las hermanas de Tom Canty. Su temor a los daños corporales dio paso a una angustiada preocupación de distinta índole. Se abalanzaron sobre el príncipe con semblante compungido y exclamaron, lastimeras:

—¡Oh, Pobre Tom! ¡Pobre muchacho!

La madre cayó de rodillas ante el príncipe, le puso las manos sobre los hombros y le miró la cara con fijeza, con los ojos llenos de lágrimas.

–¡Oh, pobre hijo mío! –exclamó–. ¡Tus descabelladas lecturas te han llevado al final a esta desgracia! ¡Te han perturbado la razón! ¿Por qué no escuchaste mis advertencias? ¡Has destrozado el corazón de tu madre!

El príncipe la miró a la cara y le dijo cariñosamente:

–Tu hijo goza de perfecta salud, no ha perdido el juicio, buena mujer. Tranquilízate. Llévame a palacio, donde se halla ahora, y el rey mi padre te lo devolverá inmediatamente.

–¡El rey tu padre! ¡Oh, hijo mío! No repitas estas palabras, que pueden acarrear tu muerte y la de todos los que te rodean. Aparta de tu mente esa pesadilla horrible y, recobra tu perdida memoria. Mírame. ¿No soy yo tu madre, la que te dio la vida y que tanto te quiere?

El príncipe movió ligeramente la cabeza y dijo, apesadumbrado:

–Dios sabe cuánto lamento afligir tu corazón, pero la verdad es que nunca había visto tus facciones.

La mujer se desplomó sobre el suelo, sentada, y ocultando los ojos entre sus manos, prorrumpió en llanto desgarrador.

–¡Siga la comedia! –exclamó Canty–. ¡A ver, Nan! ¡A ver, Bet! ¡Tías groseras! ¿Os atrevéis a permanecer de pie en presencia del príncipe? ¡De rodillas, miserables pordioseras! ¡Hacedle reverencia!

Dicho esto, Canty soltó una carcajada. Las muchachas comenzaron tímidamente a intervenir en favor de su «hermano».

–Como quieras, padre –dijo Nan–, pero déjale que se acueste, que descanse, y el sueño curará su locura. Te lo suplico, déjale dormir.

–¡Oh, sí, padre! –intervino Bet–. Está más fatigado que de costumbre. Mañana volverá a ser el mismo, mendigará con diligencia y no volverá a casa con las manos vacías.

Esta observación detuvo la hilaridad del padre y le indujo a meditar sobre lo positivo. Entonces, volviéndose, indignado, de cara al príncipe, le dijo:

—Mañana tendremos que pagar dos peniques al dueño de este cubinche, óyelo bien, ¡dos peniques! Y todo ese dinero únicamente para el alquiler de medio año, de lo contrario nos echarán de aquí. ¡A ver, enséñame lo que has logrado reunir con tu manera perezosa de mendigar!

El príncipe contestó:

—No me ofendáis con vuestras sórdidas elucubraciones. Os vuelvo a repetir que soy el hijo del rey.

Un manotazo brutal dado por Canty al hombro del príncipe hizo caer a éste, tambaleando, en brazos de la bondadosa mujer del bárbaro atropellador, que lo estrechó contra su pecho y lo defendió cuanto pudo de una verdadera lluvia de puñetazos y pescozones interponiendo su propia persona. Las muchachas, asustadas,

fueron a acurrucarse en su acostumbrado rincón, pero la abuela se apresuró, rabiosa, a ir a ayudar a su hijo en el vapuleo. Entonces el príncipe se separó de la madre de Tom y dijo:

—No habéis de sufrir por mi culpa, señora. Dejadme solo que esos cochinos hagan conmigo lo que se les antoje.

Estas palabras irritaron de tal manera a los aludidos cochinos, que, enfurecidos, pusieron manos a la obra sin pérdida de tiempo. Entre ambos zarandearon y golpearon a más y mejor al pobre muchacho, luego dieron también una tunda a las dos chicas y a su madre por haber demostrado simpatía por la víctima.

—Ahora —dijo Canty— ¡todo el mundo a la cama! La diversión me ha cansado.

Apagaron la luz y todos se acostaron. Tan pronto como los ronquidos del cabeza de familia y de la abuela demostraron que los dos estaban durmiendo, las muchachas se deslizaron sigilosamente hacia el rincón donde yacía el príncipe y le resguardaron tiernamente del frío

con paja y pingajos. También la madre llegó furtivamente hasta él, le acarició el cabello y vertió lágrimas sobre su cuerpo, al mismo tiempo que le susurraba al oído palabras entrecortadas de compasión y de consuelo. Le había guardado, además, un bocado para que se lo comiera, pero los dolores que sentía el muchacho habían dejado a éste sin apetito..., por lo menos para comer mendrugos negros y sosos. Se sintió conmovido por la valiente y sufrida actitud de aquella buena mujer al defenderle y por la conmiseración que le demostraba, y le testimonió su gratitud con palabras nobles y principescas, rogándole luego que se fuera a dormir y olvidara sus sinsabores. Añadió que el rey su padre no dejaría sin recompensa su bondadosa abnegación y su lealtad. Esta vuelta a su «demencia» desgarró de nuevo el corazón de la buena mujer, que estrechó repetidamente al muchacho contra su pecho y, por fin, volvió a su yacija sumida en lágrimas.

Mientras se hallaba tendida meditando con tristeza, empezó a sentir su espíritu atormentado por la idea de que aquel muchacho tenía algo indefinible que no era por cierto lo que distinguía a Tom Canty, loco o cuerdo. No le era posible determinar de qué se trataba y, sin embargo, su inteligente instinto maternal lo observaba y parecía descubrirlo. ¿Y si el muchacho no fuese realmente su hijo?. Pero no, ese pensamiento era absurdo. Y esta idea casi le hizo sonreír, a pesar de su aflicción y de sus penas. Pero aquel pensamiento no se desvanecía y persistía en atormentarla. La perseguía continuamente, la acosaba, se pegaba a ella, la dominaba y se negaba a alejarse de su cerebro y a ser olvidado. Al fin comprendió que su espíritu no podría calmarse hasta que pudiera hacer una prueba con la cual le fuese dable comprobar de una manera que no dejase lugar a dudas si aquel muchacho era o no su hijo. Ah, sí, éste era el mejor modo de salir del atolladero. Se puso, pues, a reflexionar cuál sería la mejor

manera de llevar a cabo la prueba. Pero resultaba más difícil el proyecto que la realización. Iba meditando distintas formas, pero se veía obligada a desecharlas todas, pues ninguna ofrecía una seguridad completa, y una prueba imperfecta no podía satisfacerle. Evidentemente estaba atormentando en vano su cabeza y parecía indudable que iba a tener que desistir de su propósito. Pero mientras se sentía desanimada por esta preocupación, llegó hasta sus oídos la acompasado respiración del muchacho, que venía a anunciarle que éste se había dormido. Luego, al escuchar su regular resoplido, el niño exhaló un grito tenue de espanto, como el suspiro que interrumpe, a veces, la pesadilla de un sueño agitado. Este hecho casual sugirió a la buena mujer una idea luminosa, mil veces mejor que todos los planes que hasta entonces habíase forjado. Se puso, pues, en seguida febril y silenciosamente manos a la obra: encendió de nuevo la vela y dijo para sí: «Si *entonces* le hubiese visto, le habría reconocido. Desde

aquel día, cuando era tan pequeño, en que se inflamó la pólvora en su cara, no se sobresaltó, tanto en sueños como despierto, sin taparse los ojos con las manos, como lo hizo aquel día, y no precisamente como lo harían otros chiquillos, con las palmas de la mano hacia dentro, sino siempre con las palmas de la mano hacia fuera. Lo observé centenares de veces y nunca dejó de hacerlo de la misma manera. Sí, ahora podré comprobarlo. »

Y con este pensamiento se deslizó hasta llegar junto al muchacho dormido, ocultando con la mano la llama de la bujía que llevaba en la otra. Se inclinó sobre él muy cautelosamente, conteniendo la respiración y la angustiada excitación que lo dominaba y, súbitamente, acercó la luz a la cara del muchacho, al mismo tiempo que daba un golpe suave en el suelo con los nudillos de sus dedos. Los ojos del príncipe se abrieron completamente y dirigieron la mirada a su alrededor, pero no hizo ningún gesto singular con sus manos.

La pobre mujer se quedó anonadada de sorpresa y de dolor, pero logró disimular sus emociones y tranquilizar al muchacho hasta hacerle nuevamente conciliar el sueño. Luego se apartó y se puso a meditar muy afligida sobre el desastroso resultado de su experimento. Procuraba convencerse de que la locura de Tom había disipado en éste su gesto habitual, pero no conseguía admitir esta posibilidad.

«No –decía para sus adentros–, sus manos no están locas y no pueden haberse desacostumbrado en tan poco tiempo a un gesto que le era habitual desde hacía tantos años. ¡Oh, qué día aciago para mí!» Pero la esperanza era tan persistente en la pobre mujer como lo había sido antes la duda. No podía resignarse a admitir el veredicto de aquella prueba. Tendría que hacer otro ensayo porque tal vez el fracaso era debido a un accidente. Despertó, pues, al muchacho segunda y por tercera vez, a intervalos, con idéntico resultado, y al fin se arrastró hasta su

yacía y, profundamente afligida, acabó por dormirse, diciendo:

—¡No puedo renunciar a él! ¡Tiene que ser mi hijo!

Habiendo cesado las interrupciones de la pobre madre y también, gradualmente, el dolor de su cuerpo vapuleado, el príncipe, con extrema facilidad, quedó sumido en un profundo sueño tranquilo. Transcurrió una hora tras otra y el muchacho seguía tan inmóvil como si estuviera muerto.

Pasaron así cuatro o cinco horas y, al fin, su estupor comenzó a aligerarse. De pronto, medio dormido y medio despierto, murmuró:

—¡Sir William!

Y al cabo de un rato, añadió:

—¡Hola, sir William Herbert! ¿Estáis ahí?. Venid y escuchad el sueño más raro que... ¿Me oís, sir William?. He soñado que me convertía en mendigo y que... ¡Hola, guardias! ¡Sir William! ¿Cómo? ¿No hay aquí ningún caballero de servicio? ¡Ay! ¡Qué fastidio!

–¿Qué te pasa? –susurró una voz junto a su lecho–. ¿A quién estás llamando?

–A sir William Herbert. ¿Quién eres tú?

–¿Quién voy a ser sino tu hermana Nan? ¡Oh, Tom ¡Se me había olvidado! ¡Todavía estás loco! ¡Pobre chico! ¡Ojalá no hubiera despertado nunca más para no verte en este estado! Pero te suplico que domines tu lengua para que no nos azoten a todos hasta matamos.

El príncipe, estupefacto, se incorporó de un salto, pero el vivo dolor de sus contusiones le hizo darse cuenta de la realidad, y entonces, hundiéndose en el montón de paja inmunda en que descansaba, exclamó con un gemido:

–¡Ay! ¡Entonces no era un sueño!

Inmediatamente todo el pesar y la miseria que el sueño había disipado volvieron a anondarle, y comprendió que no era ya un príncipe mimado en su palacio, con los ojos adoradores de todo un pueblo fijos en él, sino un simple pordiosero, un paria cubierto de pingajos, pri-

sionero en una guarida propia sólo para bestias y en compañía de mendigos y de ladrones.

En medio de su aflicción empezó a notar gran barullo y voces de hilaridad que resonaban, al parecer, a una o dos travesías de distancia. En aquel preciso momento se oyeron varios golpes dados a la puerta, y Juan Canty, cesando de roncar, preguntó:

–¿Quién llama? ¿Qué quieres?

Una voz contestó:

–¿Sabes quién es la persona contra la cual descargaste el golpe con tu estaca?

–No lo sé ni me importa saberlo.

–Es posible que pronto cambies de parecer. Y sólo con la fuga podrás salvar tu gañote. En este momento el agredido está entregando el alma a Dios. ¡Es el cura, el padre Andrés!

–¡Válgame Dios! –exclamó Canty.

Despertó en seguida a su familia y ordenó, bruscamente:

–¡Levantaos todos y huyamos! ¡A no ser que queráis quedaros aquí para que nos maten a todos!

Apenas habían transcurrido cinco minutos que ya toda la familia Canty se hallaba en la calle huyendo para salvar su vida. Juan llevaba al príncipe de la mano y, haciéndole correr por los callejones sombríos, le iba diciendo, muy quedo:

–¡Cuidado con tu lengua, maldito loco, y no pronuncies tu nombre! Yo tomaré otro nombre para despistar a los sabuesos de la ley. ¡Cuidado con tu lengua! ¡Y que, no tenga que repetírtelo!

Y dirigiéndose a los demás de su familia, añadió, refunfuñando:

–Si por casualidad llegamos a separarnos, que cada cual vaya al puente de Londres, y el que se encuentre primero frente a la última tienda de lencería que se ve desde el puente, que espere allí hasta que aparezcan los demás,

para podernos escapar todos juntos hacia Southwark.

En aquel momento, la atolondrada familia salió de la oscuridad a la luz, y no sólo a la luz, sino en medio de una multitud que, en la orilla del río, cantaba, bailaba y vociferaba jubilosamente. Una línea interminable de hogueras se extendía a uno y otro lado del Támesis hasta perderse de vista. El puente de Londres y el de Southwark estaban iluminados. Todo el río resplandecía con el fulgor continuamente variable de los farolillos de colores y de los fuegos artificiales que esparcían por el firmamento su complicada luminosidad multicolor entre una copiosa lluvia de chispas deslumbrantes. Una inmensa muchedumbre invadía las calles.

Juan Canty lanzó una furiosa maldición y ordenó retirada, pero era demasiado tarde. El y su tribu fueron engullidos por aquel inmenso océano humano y separados irremediablemente en un abrir y cerrar de ojos.

No incluimos, naturalmente, al príncipe al hablar de «tribu», pues Canty no lo soltaba ni un momento. En aquellos instantes, el corazón del muchacho latía vivamente con la esperanza de poder escapar. Un barquero robusto que a la sazón se hallaba muy exaltado por el exceso de licor, se vio rudamente empujado por Canty, que se esforzaba en abrirse paso entre la multitud, y poniendo su manaza sobre el hombro de éste, dijo:

—¿Adónde vamos con tanta prisa, amigo? ¿Está quizá tu alma gangrenándose por sórdidas preocupaciones mientras los hombres leales expresan su sincera alegría?

—Mis preocupaciones son cosa mía y nada te importan a ti —contestó Canty, con aspereza—. Quitá tu mano de mi hombro y déjame pasar.

—Pues ya que demuestras tan mal humor, *no pasarás* hasta que hayas bebido y brindado a la salud del príncipe de Gales —replicó el barquero, cerrándole el paso resueltamente.

—¡Venga, pues, la copa, pero de prisa, de prisa!

Esta escena había llamado la atención de varios curiosos, que exclamaron:

—¡La copa de los brindis! ¡La copa de los brindis! ¡Que beba ese rufián con la copa de dos asas, si no quiere que le echemos al río para que sea pasto de los peces!

Trajeron la copa tradicional de dos asas, con la cual en la antigüedad se obligaba al bebedor a emplear sus dos manos, impidiendo así a éste que pudiera llevar a cabo alguna añagaza con una mano mientras bebía con la otra. El barquero, cogiendo la enorme copa por una de sus asas y fingiendo sostener con la otra mano el extremo de una servilleta imaginaria, se la ofreció a Canty en la forma empleada en otros tiempos. Este tuvo que coger la otra asa y quitar la tapa, como se hacía en la antigüedad, lo cual dejó libre al príncipe durante un segundo, y éste, sin perder tiempo, se sumergió en el mar de piernas que le rodeaba y desapareció. Un

momento después no habría resultado más difícil encontrar una moneda de seis peniques perdida en el fondo del Atlántico que hallar al muchacho en medio de aquel enorme torbellino humano.

El príncipe se dio pronto cuenta de esta circunstancia, y olvidando en seguida a Juan Canty, se puso a reflexionar sobre su propia situación. Inmediatamente pensó en otra cosa: que en toda la ciudad, y en su lugar, se estaba festejando a un falso príncipe de Gales, y dedujo de ello que, sin duda, el golfillo pordiosero Tom Canty había aprovechado deliberadamente aquella preciosa ocasión para convertirse en usurpador. Por lo tanto, no había más que un camino a seguir, y éste era el que conducía al Ayuntamiento, donde él podría darse a conocer y denunciaría al impostor. También resolvió que concedería a Tom un tiempo prudencial para que pudiera pedir perdón a Dios y arrepentirse, y luego sería ahorcado, arrastrado y

descuartizado, como era costumbre para los casos de alta traición en aquella época.

11. En el Ayuntamiento

La gran barcaza real, remolcada y custodiada por su fastuosa flotilla se encaminó por el Támesis hacia abajo entre la espesura de botes iluminados. Resonaba en el aire la música, y toda la orilla del río resplandecía con el reflejo de alegres llamaradas. La ciudad se veía a la lejos envuelta en una nube suavemente luminosa producida por sus innumerables fogatas invisibles. Por encima de ella se elevaban hasta el cielo finas espirales incrustadas de brillantes lucecitas, que, a lo lejos, producían el efecto de enhiestas lanzas cubiertas de joyas. La suntuosa flotilla era continuamente saludada con vítores entusiásticos y salvas de artillería.

Para Tom Canty, medio enterrado en almohadones de seda, aquellos sonidos y aquel espectáculo eran una sorprendente maravilla sublime e indecible, pero para las dos amiguitas que tenía a su lado, la princesa Isabel y Juana Grey, todo aquello no tenía nada de particular.

Al llegar a Dowgate, la flotilla subió por el límpido Walbrook (cuyo canal, durante dos siglos, ha ido quedando invisible entre una larga extensión de compactos edificios) hasta Bucklers-bury, dejando atrás una casa tras otra y pasando por debajo de puentes repletos de público bullicioso y espléndidamente iluminados. Por fin se detuvo en una ensenada, conocida hoy por Barge Yard (recinto de gabarras), que se halla en el centro de la antigua ciudad de Londres. Allí desembarcó Tom, y seguido de su fastuosa comitiva atravesó Cheapside y anduvo poco trecho a través de la Old Jewry (Vieja Judería) y la Basinghall Street hasta el Guildhall.

Tom y las jóvenes damas que le acompañaban fueron recibidos con la debida ceremonia por el alcalde y los patricios de la villa, que lucían sus cadenas de oro y sus lujosas vestiduras escarlata. Fueron conducidos hasta un dosel instalado en lo alto del gran salón, precedidos por heraldos que iban dando voces para abrir

paso, y por el portador de la maza y de la espada de la ciudad.

Los lores y las damas que hablan de atender a Tom y a sus dos amiguitas se situaron detrás de sus señores. Ante una mesa más baja tomaron asiento los grandes de la Corte y otros huéspedes de alto rango y los magnates de la ciudad. Los parlamentarios ocuparon una porción de mesas en el piso principal del vestíbulo. Desde su elevado puesto, los gigantes Gog y Magog, antiguos guardianes de la villa, contemplaban aquel espectáculo al cual estaban ya acostumbrados los ojos de muchas generaciones. Hubo un toque de clarín, y después de anunciarlo el heraldo, apareció el despensero, seguido de sus ayudantes transportando solemnemente un regio solomillo de buey, humeante y preparado para el cuchillo.

Después de la oración de acción de gracias, Tom, que había sido ya oportunamente instruido, se levantó, y toda la concurrencia se puso también en pie. Bebió con la princesa Isabel en

una espléndida copa de oro de dos asas. Luego la copa pasó de ellos a Juana Grey y después fue pasando por todas las manos de los allí reunidos. Así comenzó el banquete.

A medianoche el festín alcanzó su punto álgido. Entonces tuvo lugar uno de aquellos pintorescos espectáculos tan admirados antiguamente. Así lo describe en singulares palabras, el cronista que lo presencié:

«Se despejó el centro de la sala, e hicieron su entrada un barón y un conde ataviados a la turca, con largas túnicas bordadas en oro, turbantes de terciopelo carmesí con rodetes de oro, y que ceñían dos cimitarras. Detrás de ellos venían otro barón y otro conde, vestidos con trajes de satén amarillo cruzados por franjas de satén blanco, al estilo ruso. Se tocaban con gorros de piel gris, llevaban un hacha y calzaban botas con una larga punta vuelta hacia arriba. Les seguía un caballero, y el lord almirante acompañado de cinco nobles con escotados jubones de terciopelo carmesí abrochados en el

pecho con cadenas de plata; sobre ellos llevaban cortas capas del mismo color, y en la cabeza, sombreros adornados con plumas de pavo real, como los danzarines. Estos iban ataviados al estilo de Prusia. Los portadores de antorchas, que serían unos cien, iban vestidos de satén rojo y verde, como los moros, y sus rostros estaban ennegrecidos.

Después apareció una *mommarye* y luego los juglares, también disfrazados, ejecutaron una danza. Las damas y caballeros se pusieron asimismo a bailar con tal frenesí, que era un placer contemplarlos. »

Y mientras Tom presenciaba desde su elevado sitio aquellas danzas «salvajes», admirando el destello deslumbrador de los colores calidoscópicos de aquel impetuoso torbellino de figuras llamativas y vistosas, el harapiento, pero verdadero príncipe de Gales estaba exponiendo sus derechos y sus agravios en el umbral del Ayuntamiento, denunciando al impostor y rogando a gritos qué se le dejara franque-

ar la verja de Guildhall. La multitud, extraordinariamente divertida con este episodio, se apretujaba afanosamente y estiraba el cuello hasta desnudarse para ver al pequeño alborotador. Los curiosos empezaron en seguida a dirigirle improperios y a burlarse de él con objeto de exasperarle todavía más, lo cual aumentaba la hilaridad de aquella gente. Lágrimas de mortificación asomaron a los ojos del muchacho, pero se mantuvo firme y adoptó ante la plebe una actitud regia muy retadora. Pero continuaron las mofas, y el príncipe, cada vez, más ofendido, exclamó:

—¡Os repito, manada de perros de mala ralea, que soy el príncipe de Gales! Y a pesar de verme desamparado y sin amigos, sin ni siquiera alguien que pronuncie una sola palabra de compasión o de auxilio hacia mí, nadie me hará abandonar mi puesto, que conservaré a toda costa.

—Tanto si eres príncipe como si no lo eres, pues lo mismo me da, me resultas un mucha-

cho valiente y no te han de faltar amigos. Aquí estoy yo a tu lado para demostrarlo. Y he de decirte que por más que anduvieras buscando llegarías a cansar tus piernas sin encontrar mejor amigo que Miles Hendon. No te esfuerces en convencerles con tu palabrería, hijo mío. Yo sé hablar perfectamente el lenguaje de esa repugnante jauría.

El que se expresaba en estos términos era una especie de hidalgo castellano, tanto por su traje corno por su porte y todo su aspecto. Era alto, esbelto y musculoso. Su jubón y sus calzones eran de tela rica, pero pelada y descolorida, y sus adornos de encaje de oro estaban lastimosamente desastrados, Su golilla estaba estropeada, y la pluma de su chambergo estaba rota y tenía un aspecto lamentable de suciedad y de abandono. Llevaba al costado un largo estoque en una vaina de hierro oxidada, y tenía en conjunto la apariencia inmediata e inconfundible de un espadachín pendenciero.

Las palabras de aquel individuo estrafalario fueron acogidas por un estallado de exclamaciones burlescas y carcajadas. Hubo alguien que gritó: «¡Es otro príncipe disfrazados «¡Domina tu lengua, amigo! ¡Parece ser peligroso!... ¡Mira qué ojos tiene!» «¡Apartad al muchacho!» «¡Llevemos al zopenco al abrevadero!. »

Al instante, inducida por esta luminosa idea, una mano cayó sobre el príncipe, pero al propio tiempo el forastero desenvainó la espada y el mal intencionado instigador cayó al suelo a consecuencia de un fuerte golpe de plano con la hoja de acero. Inmediatamente se oyeron muchas voces que gritaban a coro: «¡Matad a ese perro! ¡Matadlo, matadlo!» Y la turba se abalanzó sobre el valiente que, poniéndose de espaldas a una tapia, comenzó a blandir la espada como un loco. Sus víctimas caían aquí y allí, pero la turba se precipitaba contra el campeón con furia incesante. Los momentos de vida de éste eran contados, su muerte cierta, cuando, inesperadamente, sonó un toque de clarín y

una voz gritó: «¡Paso al mensajero del rey!», y dicho esto se presentó en seguida un grupo de jinetes que realizando una carga contra la muchedumbre, la dispersó en un instante, pues todo el mundo corría a más y mejor para ponerse a salvo. El intrépido desconocido tomó al príncipe en sus brazos y pronto se halló lejos del peligro y de la multitud.

Volvamos al interior del Ayuntamiento. De repente, dominando la estrepitosa alegría popular y el bullicio atronador del festival, se dejó oír la nota aguda del clarín. Hubo un momento de silencio, un prolongado siseo, y luego una sola voz, la del mensajero de palacio, comenzó a pronunciar una proclama que fue escuchada de pie por toda la muchedumbre.

El mensajero anunció solemnemente:

—¡El rey ha muerto!

Todo aquel gentío inclinó la cabeza sobre su pecho y así permaneció unos momentos en silencio, hasta que todo el mundo cayó simultáneamente de rodillas, y tendiendo las manos

hacia Tom resonó un grito estruendoso que pareció hacer estremecer al edificio:

–¡Viva el rey!

Los ojos asombrados del pobre Tom vagaron de una a otra parte ante el sorprendente espectáculo y, finalmente, se fijaron, soñadores, en las dos princesas que tenía junto a él, arrodilladas, y luego en el conde de Hertford. Sus facciones revelaron una intención repentina. Y acercándose al oído del conde le susurró muy quedo:

–Contéstame lealmente, por tu fe y por tu honor. Si yo diera ahora aquí una orden que sólo un rey pudiera tener el privilegio de dictar, ¿sería obedecido mi mandato sin que nadie opusiera objeciones?

–Nadie en todo este reino las opondría, señor. En vuestra persona reside la Majestad de Inglaterra. Sois el rey y vuestra palabra es ley.

Tom contestó en voz alta, con energía y vivacidad:

–Entonces, en lo sucesivo, la ley del rey será ley de perdón y nunca más ley de sangre. ¡Levantaos! Id a la Torre y anunciad que el rey ha decretado que el duque de Norfolk no sea ejecutado.

Estás palabras pasaron rápidamente de boca en boca de un extremo a otro del salón, y cuando Hertford salió a toda prisa para cumplir la orden, estalló otro grito unánime de entusiasmo:

–¡El reinado sangriento ha terminado! ¡Viva el rey Eduardo de Inglaterra!

12. El príncipe y su libertador

Tan pronto como Miles Hendon y el joven príncipe se vieron libres de la turba se dirigieron hacia el río por callejones angostos. No hallaron obstáculos en el camino hasta que estuvieron cerca del puente de Londres, y entonces volvieron a meterse entre la multitud, pero Hendon no soltó todavía al príncipe, es decir, al rey, que llevaba cogido de la mano. La gran noticia se había divulgado ya por doquier, y Eduardo se enteró de ella por millares de voces que exclamaban al unísono «¡El rey ha muerto!» El anuncio de este importante suceso hizo estremecer el corazón, del pobre muchacho desamparado, que comenzó a temblar por efecto de la intensa emoción. Dándose cuenta de su pérdida incalculable, se sintió dominado por un muy profundo pesar, porque el tirano cruel que había aterrorizado a todo su pueblo le había demostrado siempre a él generosidad y cariño. Asomaron las lágrimas a sus ojos y le turbaron

la vista. Durante unos instantes se juzgó la más abandonada e infeliz de las criaturas de Dios. Poco después resonó en la noche hasta muchas millas a la redonda otro grito atronador de «¡Viva el rey Eduardo! » y esto hizo centellear los ojos del muchacho y le estremeció de orgullo hasta las yemas de los dedos.

—¡Ah! —pensó—. ¡Cuán extraordinario e inexplicable parece! ¡ Soy rey! »

Nuestros héroes se abrieron paso lentamente por entre la multitud que ocupaba por completo el puente. Aquella construcción, que contaba seiscientos años de existencia y había sido durante todo ese tiempo un lugar muy frecuentado y ruidoso, era curioso, porque había en él toda una hilera de tiendas y de almacenes, con habitaciones para las familias en su piso superior, que se extendía a ambas orillas del río. Aquel puente constituía, por sí solo una especie de ciudad, con sus hosterías, sus mercados, sus cervecerías y panaderías, sus manufacturas e incluso su iglesia. Se hallaba entre los dos dis-

tritos vecinos que ponía en comunicación, Londres y Southwark, a los que parecía considerar sus propios suburbios, sin concederles, desde luego, particular importancia. Era una especie de sociedad cerrada, por así decirlo; era una ciudad estrecha, de una sola calle de una quinta parte de milla de largo; su población no era más que la de un simple villorrio, y todo el mundo en ella conocía íntimamente a sus conciudadanos, y había tratado con igual intimidad a sus padres antes que a ellos, perfectamente enterado de los más ínfimos asuntos familiares del prójimo. Tenía, naturalmente, también su aristocracia, sus distinguidas y viejas familias de carniceros, panaderos y otros comerciantes por el estilo que venían ocupando aquellos mismos locales desde hacía quinientos o seiscientos años, y conocían de cabo a rabo la gran historia del puente, con todas sus extrañas leyendas. Aquella gente había acabado por hablar un lenguaje particular creado en el puente, y hasta sus pensamientos y su afición

peculiar a mentir eran también propias del puente. Era una especie de población que por fuerza tenía que ser tan jactancioso como ignorante. Los niños nacían en el puente, se criaban en él Y allí llegaban a viejos sin haber puesto los pies en ninguna parte del mundo que no fuera el Puente de Londres. La vecindad en cuestión se imaginaba, naturalmente, que la interminable procesión bulliciosa que circulaba por su calle noche y día, con su confuso barullo de voces, gritos, relinchos y pateos, era la cosa más grande del mundo, y que ella, en cierto modo, era la dueña de aquel lugar. Y así lo era, en efecto... o por lo menos como tales podían considerarse sus moradores desde sus ventanas, particularmente cuando un rey o un héroe que regresaban daban motivo a algunos festejos, pues no había mejor sitio que aquél para poder presenciar perfectamente el desfile de las largas y pomposas comitivas.

Los que habían nacido en el puente, cuando se alejaban de él, encontraban la vida aburrida

e insoportable. La historia nos habla de uno de esos habitantes del puente que lo abandonó a la edad de setenta y un años para ir a vivir retirado en el campo, pero el silencio de la campiña le puso nervioso, y como por la noche le impedía conciliar el sueño, desesperado y casi enfermo, decidió por fin volver a su antiguo hogar. Su carácter se había vuelto intratable y se había convertido en un espectro macilento. Cuando se halló de nuevo en Londres, se entregó al descanso reparador y a los sueños deliciosos, mecido por el agradable rumor de las aguas y por el bullicio atronador del Puente de Londres.

Por aquel entonces, el puente suministraba «lecciones prácticas» de historia de Inglaterra a los niños, al permitirles contemplar las lívidas y putrefactas cabezas de los hombres famosos, hincadas en las afiladas puntas de sus portales de hierro. Pero me estoy apartando de mi narración.

Hendon se hospedaba en la pequeña posada del puente. Al acercarse, pues, al umbral de ésta, acompañado de su amiguito, se oyó una voz bronca que decía:

—¡Ah! ¡Por fin has vuelto! ¡Ahora ya no vas a escaparte más! ¡Te lo aseguro! Y ten por cierto también que voy a machacarle los huesos hasta hacerlos papilla para que aprendas a no hacerme esperar en otra ocasión cualquiera.

Y dicho esto, Juan Canty alargó la mano con intención de agarrar al muchacho, pero Miles Hendon se interpuso, diciendo:

—No tan de prisa, amigo. Me parece que no tienes necesidad de ser tan brusco. ¿Qué te importa a ti este muchacho?

—Si tu ocupación es meterte en los asuntos de los demás, te diré que este chico es mi hijo.

—¡Es mentira! —exclamó, indignado, el reyecito.

—Muy bien dicho y te creo, hijo mío, tanto si tu cabecita está sana como si la tienes trastornada. Pero poco importa que ese rufián sea o

no sea tu padre, pues no te entregaré a él para que te pegue y te maltrate como amenaza, si es que prefieres quedarte conmigo.

–¡Sí quiero quedarme con vos! ¡No conozco a ese hombre, me repugna, y antes que ir con él prefiero morir!

–Entonces, asunto concluido. No hay más que hablar.

–¡Eso ya lo veremos! –vociferó Juan Canty, acercándose a Hendon con intención de coger al muchacho–. De buen grado o por la fuerza.

–Si te atreves a tocarlo, desperdicio viviente, te ensartaré como a un pato –repuso Hendon, cerrándole el paso y empuñando la espada.

Canty retrocedió y Hendon continuó diciendo

–Te advierto que he tomado a este muchacho bajo mi protección cuando una turba de individuos de tu calaña pretendía maltratarlo y quizá lo habría matado. ¿Te figuras, pues, que ahora voy a entregarlo a un destino peor? Porque tanto si eres su padre como no... y me permito

decir y creer que eso es una mentira, una muerte decorosa e instantánea sería mucho mejor para él que la vida en manos tan brutales como las tuyas. Sigue, pues, tu camino y pronto, porque no me gusta hablar en vano ni me sobra la paciencia.

Juan Canty optó por alejarse refunfuñando maldiciones y amenazas hasta que desapareció entre la muchedumbre. Hendon subió tres tramos de escalera hasta llegar a su habitación acompañado del chiquillo, después de ordenar que les sirvieran de comer. Era un cuarto pobre con una cama destartada y alguna que otra pieza suelta de mobiliario viejo. Estaba muy tenuemente iluminado por dos cabos de vela. El reyecito se arrastró hasta la cama y se tendió en ella, casi exhausto de hambre y de fatiga. Había estado de pie una gran parte del día y de la noche, pues eran entonces las dos o las tres de la madrugada y además, no habla probado bocado. Soñoliento, murmuró:

—Os ruego que me llaméis cuando esté puesta la mesa. Y dicho esto se quedó profundamente dormido.

Hendon, con una sonrisa en los labios, murmuró para sí:

—¡Vaya con el pordioserillo ese! Se mete en el aposento del prójimo y le usurpa la cama con una graciosa desenvoltura tan natural como si fuese el dueño, sin ni siquiera decir «con permiso», «dispensadme» o algo por el estilo. En el desvarío de su demencia, ha afirmado que era el príncipe de Gales, y lo cierto es que sostiene gallardamente su rango. ¡Pobre ratoncillo sin amigos! Sin duda los malos tratos han perturbado su cerebro. Pues bien, yo seré su amigo. Le he salvado y hay en él algo que me atrae irresistiblemente. Siento cariño por ese golfillo procaz. ¡Con qué actitud marcial ha hecho frente a la chusma y le ha lanzado su reto arrogante! ¡Y qué cara tan bonita, tan dulce y fina tiene ahora que el sueño ha disipado sus contratiempos y sus pesares! Yo le educaré, curaré su en-

fermedad... Sí, seré su hermano mayor, le cuidaré y velaré por él constantemente. ¡Y quien pretenda avergonzarse o hacerle algún daño, ya puede encargarse de su propia mortaja, porque la necesitará, aunque por ello me condenen a ser quemado vivo!

Se inclinó sobre el chiquillo, le contempló con interés bondadoso y compasivo, le dio unos suaves golpecitos en la mejilla, y le desenmarañó cuidadosamente los rizos con su manaza de piel morena. Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo del joven, y Hendon dijo para sus adentros: «¡Vaya torpeza la mía! ¡Dejarlo yacer aquí sin taparlo, para que el reuma se apodere de su cuerpo! ¿Qué voy a hacer ahora? Si lo cojo y lo meto dentro de la cama, se despertará; y necesita, indudablemente, descansar. » Miró a su alrededor en busca de ropa para cubrirlo, y no encontrando nada, se quitó el jubón y envolvió con él al muchacho, diciendo para sí: «Como estoy acostumbrado a las punzadas del viento y a la falta de abrigo, no sufriré mucho por el frío.

» Y se puso a andar por el cuarto con objeto de mantener su sangre en continua moción, mientras seguía su monólogo.

«Su mente perturbada le hace creer que es el príncipe de Gales. Será algo muy original continuar teniendo aquí a un príncipe de Gales ahora que el que era príncipe ha dejado de serlo, para convertirse en rey. Porque su pobre cerebro tiene sólo una idea fija, y en su desvarío no razonará que ahora tiene que dejar de llamarse príncipe y considerarse rey. Si mi padre vive todavía, después de estos siete años en que no he sabido nada de mi casa en mi mazmorra extranjera, acogerá bien al infeliz muchacho, y en atención a mí, consentirá en albergarlo en casa. Lo mismo hará mi buen hermano mayor, Arturo. Mi otro hermano, Hugo..., pero si se interpone le voy a romper la crisma, por zorro y mal intencionado. Sí, hacia allí nos iremos, y más que de prisa. »

Entró un criado con comida humeante; la colocó encima de una mesita, arrimó a ésta las

sillas y se retiró, dejando que los modestos huéspedes se sirvieran ellos mismos. Cerré la puerta tras de él con tal estrépito, que el muchacho se sentó en la cama y miró alegremente a su alrededor. Pero en seguida sus facciones expresaron una profunda aflicción y sus labios murmuraron:

—¡Ay! ¡No era más que un sueño! ¡Qué desgraciado soy!

Se fijó luego en el jubón de Miles Hendon que le cubría, y mirando al dueño de la prenda, comprendió e sacrificio que éste había hecho por él, y le dijo, cariñosamente

—Sois muy bueno para conmigo, sí, muy bueno. Tomad esto y ponéoslo, yo ya no lo necesito.

Entonces se levantó, y dirigiéndose a un rincón donde había un palanganero, se quedó allí esperando. Hendon, muy animado, le dijo:

—Bien, ahí tenemos una sopa sabrosa y un buen bocado, todo humeante y oloroso. Eso y

tu sueño reparador volverán a hacer de ti un hombrecito intrépido.

El muchacho no contestó y sólo dirigió una mirada de sorpresa y de cierta impaciencia al alto caballero de la espada. Hendon preguntó extrañado:

—¿Qué te pasa?

—Buen señor, quisiera lavarme.

—¡Ah! ¿Nada más que eso? No pidas permiso a Miles Hendon para nada que te apetezca. Bienvenido a esta casa. Puedes hacer lo que te convenga con entera libertad.

Pero el muchacho seguía inmóvil, es más: una o dos veces pateó ligeramente con impaciencia. Hendon, perplejo, preguntó:

—Pero ¿qué esperas?

—Os ruego que echéis el agua en el palanganero y no gastéis tantas palabras.

Hendon contuvo una risotada y dijo para sus adentros: «¡Por todos los santos del cielo, eso es admirable!» Se adelantó presuroso y cumplió la orden del pequeño insolente. Luego se quedó

como atontado por una especie de estupefacción, hasta que una nueva orden le despertó de su azoramiento.

—¡La toalla... pronto!

Cogió la toalla bajo las mismas narices del muchacho y se la entregó sin chistar. Después procedió a lavarse, a su vez, la cara, y mientras lo estaba haciendo, su hijo adoptivo se sentó a la mesa y se dispuso a comer. Hendon terminó su aseo con presteza y luego, cogiendo otra silla, se disponía a sentarse también cuando el muchacho, indignado, le advirtió:

—¿Qué es eso? ¿Te atreves a sentarte en presencia del rey?

Este golpe llegó hasta lo más hondo del alma de Hendon, pero pensó: «La locura de este pobre chiquillo está a la altura de las circunstancias actuales. Ha variado con el gran cambio habido en el reino, y ahora se le antoja que es el monarca... Pero le seguiremos la corriente, puesto que no hay más remedio... ¡no vaya a ser que me mande a la Torre!»

Y encontrando esta broma agradable, apartó la silla de la mesa, se situó detrás del rey y se dispuso a servirle con los modales más cortesanos de que se viera capaz.

Mientras el rey comía, el rigor de su real dignidad disminuyó un poco, y con una satisfacción que iba en aumento, sintió el deseo de hablar y dijo.

—Si no me equivoco, tengo entendido que os llamáis Miles Hendon.

—Sí, señor —repuso Miles mientras iba pensando: «Para seguirle la corriente a este muchacho loco tendré que llamarle "señor" y "majestad". No conviene hacer las cosas a medias y no he de detenerme ante nada de lo que se refiere al papel que estoy representando, pues, de lo contrario, cumpliré mal mi cometido y no serviré bien esta causa bondadosa y caritativas

El rey se reanimó con un nuevo vaso de vino, y dijo:

–Me gustaría saber quién eres. Cuéntame tu historia. Tienes un carácter generoso e hidalgo. ¿Naciste noble?

–Nos hallamos en la cola de la nobleza, Majestad. Mi padre es barón, uno de los lores de menor importancia que obtuvo el título por servicios caballerescos. Se llamaba Ricardo Hendon, de Hendon Hall, junto a Monk's Holm, en el condado de Kent.

–No recuerdo tal nombre. Continúa. Cuéntame tu historia.

–No es muy larga, Majestad, pero tal vez os pueda distraer, a falta de otra. Mi padre, sir Ricardo era muy rico, y de carácter en extremo generoso. Mi padre falleció cuando yo era todavía un niño. Tengo dos hermanos: Arturo, el mayor, con un alma igual a la del padre, y Hugo, menor que yo, que es un espíritu mezquino, codicioso, traidor, vicioso, astuto... un verdadero reptil. Así nació en su cuna, y tal vez era hace diez años, cuando le vi por última vez: un rufián de diecinueve años. En aquel enton-

ces yo tenía veinte y Arturo veintidós. No tengo más familia, exceptuando a mi prima lady Edith, que a la sazón era una joven de dieciséis años, hermosa y muy buena muchacha. Es hija de un conde, la última de su estirpe, heredera de una gran fortuna y de un título prescrito. Mi padre era su tutor. Yo le amaba y ella también me quería, pero quedó prometida a Arturo desde la cuna; y sir Ricardo no consintió que se deshiciera el contrato. Arturo estaba enamorado de otra joven, y nos alentaba con dulces esperanzas, prediciendo que con el tiempo la suerte favorecería nuestros propósitos. Hugo codiciaba la fortuna de lady Edith, pero fingía amar a mi prima. Siempre tuvo la costumbre de decir lo contrario de lo que pensaba. Pero su picardía no consiguió burlar a la doncella. Pudo engañar a mi padre, pero a nadie más. Mi padre le quería más a él que a los demás, y le tenía una confianza ciega, porque era el hijo menor y los demás le odiaban, circunstancias éstas que en todas las épocas fue-

ron siempre suficientes para granjearse el amor de un padre. Hugo tenía una manera de hablar muy afable y persuasiva y una disposición extraordinaria para la mentira, cualidades que constituyen una buena ayuda para conseguir el más acendrado de los afectos. Yo estaba furioso..., podría decir más que furioso, furiosísimo, aunque era un furor salvaje, pero ingenuo, puesto que a nadie perjudicaba como no fuera a mí mismo, ni trajo baldón ni pérdida, ni germen alguno de crimen o de bajeza que no alcanzara a mi noble condición.

»Sin embargo, mi hermano Hugo supo sacar partido de estos defectos y de mi indignación, al ver que la salud de nuestro hermano Arturo dejaba mucho que desear, pues esperaba que su muerte podría beneficiarle si yo le dejaba el camino expedito, de manera que..., pero éste sería un relato demasiado largo que no vale la pena explicar. Diré, pues, brevemente, que mi hermano procuró exagerar mis defectos hasta convertirlos en crímenes y terminó su labor

miserable y calumniosa fingiendo haber hallado en mi habitación una escalera de seda, que él mismo puso en mi dormitorio, y convenció a mi padre con ella y con la falsa declaración de algunos criados sobornados y otros villanos, de que yo proyectaba raptar a Edith para casarme con ella, en manifiesto desacato a la voluntad paterna.

»Como consecuencia de todo eso, mi padre dijo que tres años de destierro lejos de mi hogar y de Inglaterra podrían convertirme en un soldado, en un hombre entero y al mismo tiempo prudente. Sufrí duras pruebas en las guerras continentales, durante las cuales aprendí lo que eran los rudos golpes, las terribles privaciones y las arriesgadas aventuras, pero en la última batalla fui hecho prisionero, y durante los siete años que han transcurrido desde entonces, he vivido en tierra extraña encerrado en una mazmorra. Con ingenio e intrepidez logré evadirme y vine directamente aquí, donde acabo de llegar falto de recursos, y de ropa, y más

falto todavía de noticias relativas a Hendon Hall, de cuyos moradores no he sabido nada durante esos siete años sombríos. Y con esto, señor, queda explicada mi insignificante historia.

—Os hicieron víctima de un vergonzoso ultraje —exclamó el pequeño monarca, con ojos centelleantes. Pero yo os vengaré... ¡Os lo juro por la cruz! ¡Lo ha dicho el rey!

Entonces, enardecido por el relato de los agravios de Miles, dio rienda suelta a su lengua y se vertió la historia de sus recientes desgracias en los oídos de su atónito interlocutor. Cuando hubo acabado, Miles se dijo para sus adentros:

«¡Caramba, qué imaginación tiene el muchacho! Decididamente no es un espíritu vulgar, pues si lo fuera, loco o cuerdo, no le sería posible pintar un cuadro tan real y pintoresco, ni representar una escena tan original. ¡Pobre cabecita enferma! ¡No te faltará un amigo y un amparo mientras yo figure entre los vivos! Te

tendré siempre a mi lado. Serás mi niño mimado, mi pequeño compañero... Y recobrarás la salud. Entonces se hará un nombre y yo podré decir: Sí, este muchacho es mío, yo lo recogí cuando era un miserable golfillo sin hogar, pero comprendí que anidaban en su alma ideas muy elevadas y que llegaría un día en que sería famoso... Miradle, observadle... ¿Tuve o no tuve razón?»

El rey habló con voz mesurada y semblante pensativo:

–Me habéis librado de la injuria y de la vergüenza y, tal vez, me habéis salvado también la vida, y con ello mi corona. Un favor como éste merece muy espléndida recompensa. Dime qué deseas, y tu pretensión está al alcance de mis atribuciones reales, será complacida.

Esta proposición fantástica sacó a Hendon de sus meditaciones. Estaba ya a punto de dar gracias al rey y dejar la cuestión de lado, manifestando que no había hecho más que cumplir con su deber y que no anhelaba recompensa,

cuando, de pronto, acudió a su mente una idea más sensata, y pidió permiso para guardar silencio durante unos momentos y reflexionar la generosa oferta, a lo cual accedió gravemente el monarca, considerando que era mejor no precipitarse en un asunto de tanta importancia.

Miles meditó durante breves instantes y dijo para sus adentros: «Sí, ese es. Por cualquier otro medio me sería imposible lograrlo... y por cierto que la experiencia de estas últimas horas pasadas me ha demostrado que sería penosísimo e inconveniente seguir como ahora. Sí, lo propondré... Fue una casualidad afortunada que no dejara perder la ocasión. »

Después de pensado esto, Miles hincó la rodilla y dijo:

—Mi pobre servicio no ha llegado a más que al simple deber de un vasallo y, por lo tanto, no tiene ningún mérito; pero puesto que Vuestra Majestad considera que merece una recompensa, voy a permitirme hacer una petición a tal efecto: Hará cosa de unos cuatrocientos años,

como Vuestra Majestad no ignora, estando enemistados Juan, rey de Inglaterra, y el rey de Francia, se decretó que dos campeones; tendrían que combatir en el palenque con objeto de poner fin a la disputa con lo que se dio en llamar juicio de Dios. Reunidos, pues, los dos mencionados monarcas y el rey de España para ser testigos del combate y juzgarlo, apareció el campeón francés, tan temible, que nuestros caballeros ingleses se negaron a medir sus armas con él. Por ello, aquella cuestión, por cierto muy grave, estuvo a punto de ser fallada en contra del soberano inglés por falta de contrincante en la lucha decisiva. Lord de Courcy, el más potente brazo de Inglaterra, se hallaba a la sazón en la Torre, despojado de sus honores y de sus posesiones y consumiéndose en largo cautiverio. Se recurrió, pues, a él, que accedió y se presentó armado de punta en blanco para el combate, y apenas contempló el francés su cuerpo hercúleo y oyó su famoso nombre, huyó más que de prisa, y el rey de Francia perdió su

causa. Entonces el rey Juan restituyó a De Courcy sus títulos y sus posesiones y le dijo: «Dime lo que desees y te lo concederé, aunque haya de costarme la mitad de mi reino. » A lo cual De Courcy, hincando la rodilla como ahora yo estoy haciendo, contestó a su soberano: «Pido una sola cosa, señor, y es que yo y mis sucesores tengamos y conservemos el privilegio de permanecer cubiertos delante del rey de Inglaterra mientras perdure el trono. », Como Vuestra Majestad no ignora, la merced fue concedida, y como en estos cuatrocientos años a la familia nunca le ha faltado hasta el día de hoy el jefe de la antigua casa lleva ante la majestad del rey la cabeza cubierta con el sombrero o el yelmo, sin la menor dificultad y sin que nadie más pueda hacerlo. Invocando, pues, este precedente, en apoyo de mi petición, suplico a Vuestra Majestad que me otorgue esta gracia y privilegio... como más que suficiente recompensa para mí... y ninguna otra cosa más, sino sólo que yo y mis herederos tengamos para siempre autori-

zación para *sentarnos* en presencia del rey de Inglaterra.

–Levantaos, sir Afiles Hendon, caballero –dijo gravemente el rey, dando a aquél el espaldarazo con su propia espada–. Levantaos y sentaos. Vuestra petición queda concedida. Mientras Inglaterra exista y continúe su corona, vuestro privilegio no desaparecerá.

Su Majestad se apartó y comenzó a andar por la habitación, cavilando, y Hendon, dejándose caer en una silla, se quedó contemplándole, pensando: «Ha sido una idea acertada que me ha procurado un gran consuelo, porque mis piernas están fatigadísimas. De no haberseme ocurrido, indudablemente habría tenido que estar de pie durante semanas enteras, hasta que el cerebro del pobre muchacho hubiera recobrado la salud... ¡Y heme aquí convertido en un caballero del reino de los sueños y de las sombras! Para un hombre tan realista como yo, esta situación es, en verdad, muy particular y extraña. No quiero reírme, ¡Dios me libre!, porque

esto que para mí es tan inverosímil, tan insustancial, para el muchacho es real. Y para mí, de cierto modo, tampoco es una falsedad, porque refleja fielmente el espíritu dulce y generoso de este jovencito.

—Y después de una pausa, reflexionó finalmente—: ¡Ah, si me llamara con mi elevado título delante de la gente! ¡Vaya contraste entre mi gloria y mis pobres prendas de vestir! Pero no importa, llámeme como quiera, si éste es su gusto, estaré muy contento. »

13. La desaparición del príncipe

Una profunda modorra adormecía ahora a los dos compañeros.

–Quitadme esos harapos –dijo el reyecito, refiriéndose a su lamentable atavío.

Hendon desnudó al muchacho sin objetar nada, sin pronunciar palabra, le tendió en la cama, lo arropó y, mirando en torno de la habitación, dijo para sus adentros, tristemente:

«¡Otra vez me vuelve a quitar mi cama! ¿Y qué hago yo ahora?»

El reyecito se dio cuenta, de su perplejidad y la disipó con la siguiente indicación que pronunció soñoliento:

–Tú dormirás atravesado en la puerta y la guardarás celosamente.

Poco después se hallaba ya libre de sus desazones, sumido en un profundo sueño.

«¡Caramba con el muchacho! ¡Decididamente habría tenido que nacer rey –se dijo Hendon,

admirado—, pues representa su papel a las mil maravillas! »

Y se tendió en el suelo de parte a parte de la puerta, pensando con alegre resignación: «Peor cama tuve durante siete años. Encontrar esto insoportable —sería una ingratitud hacia el Altísimo. »

No concilió el sueño hasta el amanecer. Hacia el mediodía se levantó, destapó muy cautelosamente a su protegido y tomó la medida de su cuerpo con un cordel. Pero no había terminado todavía la operación cuando el rey se despertó, se quejó de frío y le preguntó qué estaba haciendo.

—Ya he terminado, señor, —repuso Hendon—. Y ahora tengo que ir a hacer alguna diligencia, pero vuelvo en seguida. Dormid de nuevo, que bien lo necesitáis. Permitidme que os tape también la cabeza y así entraréis más pronto en calor.

No había Hendon terminado de hablar que el rey vagaba ya por la región de los sueños. En-

tonces aquél salió silenciosamente y volvió, a entrar con gran sigilo al cabo de unos treinta o cuarenta minutos, con un traje completo de niño adquirido en una tienda de saldos: era de tela de baja calidad y mostraba señales patentes de haber sido usado, pero limpio y apropiado a la estación del año. Se sentó y se puso a examinar su compra, al mismo tiempo que se decía:

–Una bolsa más repleta habría comprado cosa mejor, pero cuando uno no dispone de buen caudal se ha de contentar con lo que le permiten obtener sus medios...

*»Había una mujer en nuestra ciudad
En nuestra ciudad habitaba...*

Parece que se ha movido. Tendré que cantar más quedo. No conviene turbar el sueño cuando le espera un viaje tan pesado y, además, el pobre chico está excesivamente cansado... Esta prenda está bastante bien; con un remiendo aquí y otro allí, quedará magnífica. Esta otra es

mejor, pero no estará de más un pequeño repaso. Estos zapatos están en buen estado, y con ellos tendrá sus pies secos y calientes. Serán algo nuevo para él, porque, indudablemente, está acostumbrado a ir descalzo en verano y en invierno... ¡Ah, si el hilo fuese pan! ¡Con qué poco dinero se compra lo que se necesita para un año! Y, además, regalan una aguja tan linda como ésta. Pero ahora me va a costar una eternidad enhebrarla.

Y, en efecto, así fue. Como les ha ocurrido siempre a los hombres y probablemente les seguirá ocurriendo por los siglos y los siglos. Pero al cabo de muchas pruebas logró enhebrarla y cogiendo la prenda se la puso encima de las rodillas y comenzó a coser.

—La posada está pagada, incluido el desayuno que nos han de traer y, aún me queda bastante dinero para comprar un par de borricos y sufragar los pequeños gastos de viaje durante los dos o tres días de camino que nos separan de la

abundancia que nos está esperando en Hendon Hall.

»Amaba a su es..

»¡Uy! Me he clavado la aguja en la uña..., pero no importa; no me viene de nuevo, aunque no por eso me hace mucha gracia... ¡Allí seremos muy felices! No te quepa duda, pequeño... Tus desazones se habrán acabado y tu malhumor también.

*»Amaba a su esposo con pasión,
pero otro hombre...*

»¡Eso sí que son puntadas magníficas! –exclamó, admirando la prenda que remendaba–.

Tiene una grandeza majestuosa a cuyo lado esos puntos mezquinos del sastre tienen un aspecto desdeñable y plebeyo...

»Amaba a su esposo con pasión,

pero otro hombre la amaba a ella...

»¡Vamos, ya está! No puede negarse que ha sido un remiendo rápido y perfecto. Ahora voy a despertar al pequeño, le vestiré, le refrescaré, le daré de comer y nos dirigiremos al mercado que hay cerca de la posada del Tabardo, en Southwark y... Dignaos levantaros, señor... ¡No contesta! ¿Qué es eso? Tendré forzosamente que profanar su sagrada persona con mi tacto, puesto que su sueño le ha vuelto sordo... ¡Cómo!

Apartó la ropa... ¡El muchacho había desaparecido!

Hendon miró a su alrededor, anonadado y durante unos momentos no pudo expresar en palabras su estupefacción. Notó también entonces que faltaban las ropas harapientas de su protegido y entonces comenzó a echar maldiciones y a llamar furioso al posadero. En aquel preciso momento se presentó un criado con el desayuno.

–¡Habla, aborto de Satanás! ¡Habla o ha llegado tu hora! –rugió Hendon, al mismo tiempo que daba tan salvaje salto hacia el camarero, que éste quedó mudo de sorpresa y de espanto durante unos momentos ¿Dónde está el muchacho?

Balbuceando sílabas confusas y entrecortadas, el criado dio con voz temblorosa la información que se le exigía.

–Apenas habíais salido de aquí, señor, cuando se presentó un muchacho corriendo y dijo que vuestra voluntad era que el pequeño que dormía aquí fuese a reunirse con vos en el extremo del puente, por el lado de Southwark. Yo lo traje aquí, y cuando, el pequeño se despertó y le di el recado, se mostró algo contrariado por haber sido despertado «tan temprano», según dijo, pero se puso precipitadamente sus andrajos y se marchó con el muchacho desconocido, murmurando que mejor hubiera sido que vos hubierais venido en persona en lugar de enviar a un extraño..., de modo que...

–¡De modo que eres un necio, un insensato, un bobo que se deja engañar fácilmente! ¡Maldita sea toda tu casta! Pero quizá no le han hecho daño... Voy en su busca. Mientras tanto, prepara la mesa. Pero, espera... La ropa de la cama estaba puesta en forma que pareciera tapar a alguien. ¿Fue casualidad o está hecho adrede?

–Lo ignoro, señor. Yo he visto que el muchacho desconocido revolvía la ropa de la cama.

–¡Rayos y truenos! Lo hicieron sin duda para engañarme, y procuraron ganar tiempo. Oye, ¿iba solo el rapaz en cuestión?

–Completamente solo, señor.

–¿Estás seguro?

–Segurísimo.

–Reflexiónalo bien, procura recordar..., tómallo con calma.

Después de meditar un momento, el criado declaró:

–Cuando ha llegado no iba nadie con él, pero ahora recuerdo que al salir los dos, antes de

confundirse entre la multitud que había en el puente, un hombre con aspecto de rufián ha salido de un sitio próximo y en el preciso momento en que se reunía con ellos...

–¿Y qué ha ocurrido entonces? ¡Acaba de una vez! –gritó Hendon, interrumpiéndole, con voz de trueno.

–Pues que en aquel momento la multitud les ha rodeado y no me ha sido posible ver nada más, porque me ha llamado mi amo, furioso al darse cuenta de que había olvidado un cuarto de pollo encargado por el escribano, aunque yo tomo a todos los santos por testigos de que regañarme por tal distracción es como llevar a juicio a un niño antes de nacer por sus futuros pecados...

–¡Quítate de mi vista, idiota! ¡Tu charla estúpida me vuelve loco! Pero espera... ¿Adónde vas tan de prisa? ¿No puedes aguardar un instante? ¿Se fueron hacia Southwark?

–En efecto, señor..., pues como iba diciendo, respecto a aquel maldito cuarto de pollo, el

niño que no ha nacido no tiene ni más ni menos culpa que. ..

–¿Aún estás aquí? ¡Y todavía charlando! ¡Procura desaparecer si no quieres que te estrangule!

El criado se retiró. Y tras de él salió Hendon, que pasó por su lado y le adelantó bajando los escalones de dos en dos, al mismo tiempo que refunfuñaba:

–¡Ha sido ese villano ruin que lo reclamaba cómo hijo suyo! ¡Te he perdido, mi pequeño señor demente... y ése es un pensamiento muy amargo! ¡Con lo que me había encariñado ya contigo! Pero, ¡no! ¡Por los clavos de Cristo! ¡No te he perdido! No te he perdido porque voy a registrar cada rincón de Inglaterra hasta encontrarte... ¡Pobre muchacho! Allí ha quedado su almuerzo... y el mío, pero ya no tengo apetito... que se lo coman los ratones... ¡De prisa, de prisa! ¡Esta es la palabra!

Mientras se abría paso hacia el puente entre la multitud tumultuosa, dijo varias veces para sí,

aferrándose a este pensamiento como si le resultara agradable:

«Regañó, se quejó, pero si se ha marchado es porque ha creído que Miles Hendon le llamaba... ¡Simpático muchacho! Estoy seguro que no hubiera obedecido la indicación de nadie más...

»

14. «¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey! »

Aquella misma mañana, al amanecer, Tom Canty despertó pesadamente de un profundo sueño y abrió los ojos en las tinieblas. Permaneció en silencio unos momentos, tratando de analizar sus ideas confusas y sus impresiones y de encontrarles relación. De pronto, exclamó, con voz de exaltación feliz, pero contenida:

—¡Ahora lo veo todo claro! ¡Lo veo todo claro! ¡Por fin desperté, gracias a Dios! ¡Ven, alegría! ¡Márchate, pesadumbre! ¡Oh, Nan, Bet! Abandonad vuestra yacija y venid a mi lado para que pueda hacer llegar a vuestros oídos incrédulos el sueño más fantástico que forjaron jamás los espíritus de la noche para dejar asombrada la mente humana. ¡Nan, Bet!

Una forma confusa apareció a su lado, y una voz dijo:

—¿Os dignáis darme vuestras órdenes?

—¿Mis órdenes? ¡Oh, desdichado de mí! Conozco vuestra voz. ¡Hablad! ¿Quién soy yo?

–¿Vos, señor? En verdad que ayer erais el príncipe de Gales, pero hoy sois mi magnánimo y muy venerado rey Eduardo de Inglaterra.

Tom hundió su cabeza en la almohada y exclamó con voz lastimera:

–¡Ay! ¡No era un sueño! Id a descansar y dejadme con mis penas.

Tom se durmió nuevamente, y al cabo de un rato tuvo el siguiente sueño agradable: Su fantasía le transportó a la hermosa pradera llamada Goodman's Fields donde se le antojó estar jugando en pleno verano. De pronto vio aparecer un enano de sólo unos dos palmos de estatura, con larga barba y muy jorobado.

–Cava junto a este tronco –le dijo.

Así lo hizo Tom y encontró doce peniques nuevos y relucientes. ¡Una gran fortuna! Pero no fue esto lo mejor, pues el gnomo prosiguió:

–Te conozco. Eres un buen muchacho y mereces ser dichoso. Tu existencia desgraciada ha terminado. Ha llegado el día de la recompensa. Ven a cavar aquí cada siete días, y siempre en-

contrarás el mismo tesoro: doce peniques nuevos, y brillantes. No lo digas a nadie... guarda el secreto.

Cuando hubo desaparecido el enano, Tom fue volando a Offal Court con su premio, diciendo para sus adentros: «Daré cada noche un penique a mi padre. Se figurará que lo he ganado pidiendo limosna, estará contento y no recibiré más palizas. Cada semana daré un penique al buen sacerdote que se dedicó a instruirme, y los otros cuatro peniques serán para mi madre, Bet y Nan, ¡Basta ya de sufrir hambre y de llevar andrajos! ¡Se acabaron los temores, los apuros y las brutalidades!

Llegó en sueños a su sórdido hogar, jadeante, pero con los ojos centelleantes de entusiasmo y de gratitud. Echó cuatro de sus peniques en el halda de su madre y dijo:

–Todos son para ti y para Nan y Bet... obtenidos honradamente, sin pedir limosna ni robarlos.

La madre, feliz y asombrada, le estrechó contra su pecho y exclamó:

–Se está haciendo tarde. ¿Quiere levantarse Vuestra Majestad?

¡Ah, no era ésta la contestación que Tom esperaba! El sueño se había disipado, estaba despierto... estaba despierto.

Abrió los ojos y vio al primer lord de cámara arrodillado junto a su lecho, y ricamente vestido. El encanto del delicioso sueño se desvaneció y el pobre muchacho se dio cuenta de que todavía era cautivo y monarca. La estancia estaba llena de cortesanos que lucían capas de púrpura, el color del luto en la corte, y de nobles servidores del soberano. Tom se sentó en la cama, y por entre las gruesas cortinas de seda, observó el lujo de las personas allí reunidas.

Comenzó la complicada operación de vestir al rey, y mientras tanto uno tras otro, los cortesanos fueron hincando la rodilla para rendir homenaje y testimoniar al joven monarca el pésame por la irreparable pérdida sufrida. Al

principio, el primer escudero del servicio tomó una camisa, que pasó al primer lord de las jaurías, éste la entregó al segundo caballero de cámara, quien, a su vez, la pasó al guarda mayor del bosque de Windsor, y éste al canciller real del ducado de Lancaster, quien la entregó al jefe del guardarropa, quien la pasó a uno de los heraldos jefes, y éste, al condestable de la Torre, quien la pasó al mayordomo jefe de servicio, que, a su vez, la entregó al gran mantelero hereditario, quien la pasó al lord gran almirante de Inglaterra, y éste al arzobispo de Canterbury, el cual la pasó al primer lord de cámara, que tomó lo que quedaba de la prenda y se la puso a Tom. Al pobre muchacho esta escena le hizo pensar en el caso del cubo que pasa de mano en mano cuando se pretende apagar un incendio.

Cada prenda tuvo que sufrir este solemne proceso lento, inacabable, y Tom se aburrió de lo lindo con aquella fastidiosa ceremonia. Tal era su tedio, que llegó a experimentar casi un

sentimiento de gratitud cuando al fin vio que aparecían las largas medias de seda y supuso que tocaba ya a su fin toda aquella mojiganga. Pero se alegró demasiado pronto, pues el primer lord de cámara recibió las medias y se disponía ya a ponerlas en las piernas de Tom, cuando súbitamente su semblante se puso colorado, y devolviéndolas, avergonzado, al arzobispo de Canterbury, murmuró: «Mirad, señor.» Este palideció y pasó las medias al lord gran almirante, cuchicheando: «Fijaos, milord.» A su vez, el gran almirante las entregó al gran mantelero hereditario que, lleno de asombro, apenas le quedó aliento para decir: «¡Mirad, milord!», y de este modo, las medias, como había ocurrido con la camisa, comenzaron a desfilar por las manos de todos aquellos personajes, hasta que llegaron a manos del primer escudero del servicio, quien, contemplándolas, anonadado, balbució: «¡Cielo santo! ¡Se ha escapado un punto! ¡A la Torre con el custodio mayor de las medias del rey!» Y dicho esto, se

apoyó en el hombro del primer lord de las jaurías, mientras recobraba fuerzas y traían otras medias sin ningún defecto.

Pero todas las cosas tienen su fin, y por ello Tom, Canty, después de tan engorrosa circunstancia, pudo abandonar el lecho. Entonces, el funcionario encargado del servicio echó agua al palanganero, otro funcionario de igual categoría presentó la toalla, después de lo cual, Tom se halló preparado para recibir los servicios del peluquero real. Cuando por fin el muchacho salió de las manos de aquel maestro del tocado, presentaba una bella figura, tan fina que parecía una niña, con su capa y su pantaloncito corto de raso púrpura y su sombrero con plumas del mismo color. Se dirigió fastuosamente al comedor del desayuno, entre dos hileras de cortesanos que, a su paso, hincaban la rodilla. Después del desayuno fue conducido con toda pompa al salón del trono, donde comenzó a despachar los asuntos de Estado. Su «tío», lord Hertford,

se situó junto al trono para ayudar a la mente real con prudentes consejos.

Se presentaron los ilustres magnates nombrados albaceas por el difunto rey, para solicitar, por pura fórmula, la aprobación de Tom sobre determinados actos. El arzobispo de Canterbury se refirió al decreto del consejo de albaceas relativo a las exequias de Su difunta Majestad, y acabó por dar lectura a las firmas de los albaceas que eran: el arzobispo de Canterbury; el lord Canciller de Inglaterra; lord William Saint John; lord John Rusell; conde Eduardo de Hertford; vizconde John Lisle y el obispo de Durham, Cuthbert.

Tom no prestaba atención, porque estaba absorto reflexionando una de las primeras cláusulas del documento que le indujo a preguntar, muy intrigado y en voz baja a lord Hertford:

—¿Qué día han dicho que ha quedado fijado para el entierro?

—El 16 del mes próximo, señor.

—¡Qué desatino! Pero ¿va a conservarse el cadáver?

El pobre muchacho desconocía las costumbres de la realeza. Sólo sabía que en Offal Court los muertos eran sacados de allí en forma sencilla y extraordinariamente expedita. Sin embargo, lord Hertford le hizo comprender las cosas con dos palabras. Un secretario de Estado presentó una orden del Consejo señalando el día siguiente, a las once de la mañana, para la recepción de los embajadores extranjeros, y solicitó la conformidad del rey.

Tom dirigió una mirada interrogadora a Hertford, y éste le susurró al oído:

—Vuestra Majestad tiene que dar su consentimiento. Vienen a testimoniar el dolor de sus respectivos monarcas por el gran infortunio que aflige a Vuestra Majestad y a Inglaterra.

Así lo hizo Tom.

Otro secretario de Estado expuso los gastos de la casa del difunto monarca, que durante los seis meses anteriores, ascendieron a veintiocho

mil libras esterlinas, cantidad fabulosa que dejó a Tom con la boca abierta, y más asombrado quedó todavía cuando oyó declarar que veinte mil libras esterlinas estaban aún pendientes de pago, pero su pasmo aumentó, si cabe, al enterarse de que las arcas estaban vacías y de que los mil doscientos criados de la familia real se hallaban en grave apuro por falta de pago de sus salarios.

Tom, muy preocupado dijo:

—No cabe duda que iremos a parar a la más absoluta miseria. Conviene, pues, alquilar una casa más pequeña y despedir a la servidumbre, porque los criados no sirven más que para demorar todo y para fastidiar a uno con servicios aparatosos e interminables, como si uno fuese un muñeco con cabeza y manos, pero que no pudiera servirse de ellas. Ahora recuerdo una casita en Billingsgate, situada frente al mercado de pescado...

Una fuerte presión en el brazo de Tom obligó a éste a interrumpir sus palabras y le hizo sen-

tirse avergonzado, pero ninguno de los presentes pareció haberse dado cuenta de las extrañas consideraciones del joven soberano.

Un secretario dio cuenta de que, en atención a que el difunto rey había dispuesto en su testamento que fuese conferido el título de duque al conde de Hertford y se elevara a su hermano sir Thomas Seymour a la dignidad de par, y al hijo de Hertford a la de conde, junto con similares concesiones a otros grandes servidores de la corona, el Consejo había decidido celebrar, sesión el 16 de febrero para la confirmación y entrega de dichos honores, y que, por lo tanto, no habiendo fijado el difunto rey, por escrito, cláusulas convenientes para el sostenimiento de las referidas dignidades, el Consejo, que sabía cuáles eran los deseos del monarca fallecido sobre este particular, había resuelto conceder a Seymour terrenos por valor de quinientas libras esterlinas, y al hijo de Hertford terrenos por valor de ochocientas libras, y trescientas libras del terreno del primer obispado que quedaría

vacante..., si Su Majestad se dignaba dar su real conformidad.

Tom se disponía a decir algo relativo a la conveniencia de empezar por el pago de las deudas del difunto rey antes de malgastar todo aquel dinero, pero un suave golpecito oportuno dado al brazo del muchacho por el previsor Hertford evitó esta indiscreción; por consiguiente, Tom dio el asentimiento real sin comentarios, aunque muy contrariado. Mientras se hallaba sentado meditando sobre la facilidad con que estaba realizando extraños milagros sorprendentes, cruzó por su cerebro una idea luminosa. ¿Por qué no nombrar a su madre duquesa de Offal Court y darle la correspondiente hacienda? Pero instantáneamente un pensamiento triste borró esta idea. El no era rey más que de nombre, y aquellos sesudos ancianos y nobles encopetados eran sus amos. Como para ellos su madre no era más que la criatura imaginaria de una mente perturbada, escucharían simplemente su proposición con increduli-

dad y mandarían llamar al médico inmediatamente.

La aburrida labor prosiguió con tedio exasperante. Se dio lectura a peticiones, proclamas, patentes y a toda clase de fastidioso papelamen relativo a asuntos públicos, y por fin Tom suspiró patéticamente diciendo para sus adentros: «¿Qué pecado habré cometido para que Dios haya decidido privarme de los campos, del aire libre y de la luz del sol, encerrándome aquí para convertirme en rey y desesperarme de esta manera?»

Su pobre cabeza trastornada se movió un momento y acabó por inclinarse dormida sobre un hombro. Y los asuntos del reino quedaron en suspenso por falta del augusto factor: el poder que tenía que ratificarlos. Se hizo el silencio en torno del jovencito dormido, y los sabios del reino interrumpieron sus deliberaciones.

Antes del mediodía, Tom pasó una hora deliciosa, con el consentimiento de sus guardianes Hertford y Saint John, en compañía de la prin-

cesa Isabel y la princesa Juana Grey, aunque el ánimo de las dos muchachas estaba bastante decaído por el gran infortunio que acababa de caer sobre la casa real. Al final de la visita, su «hermana mayor», que fue posteriormente «María la sanguinaria», de la cual nos habla la historia, le dejó perplejo con una solemne entrevista que, a sus ojos, no tenía más que un mérito: la brevedad. Tom permaneció unos instantes solo y luego fue admitido a su presencia un niño de unos doce años, cuyo traje, excepto la nivea golilla y los encajes de las mangas, era negro; con su jubón, sus medias y demás. No ostentaba más señal de luto que un lazo de cinta morada en el hombro. Avanzó, vacilando, con la cabeza descubierta e inclinada en reverencia. Hincó la rodilla delante de Tom. Este le contempló un momento y le dijo:

—Levántate, muchacho. ¿Quién eres y qué deseas?

El niño se levantó con graciosa desenvoltura, pero con semblante temeroso, y contestó:

—Por fuerza debéis acordaros de mí, señor. Soy vuestro «niño de azotes».

—¿Mi «niño de azotes»?

—El mismo, señor. Soy Humphrey... Humphrey Marlow.

Tom pensó que aquel muchacho era alguien respecto al cual sus guardianes habrían tenido que darle instrucciones. La situación era, pues, delicada. ¿Qué hacer? ¿Fingir que le conocía para luego demostrar ya con las primeras palabras que no le había visto jamás? No, no resultaba conveniente. Pero una idea vino a ayudarlo. Trances como aquél le ocurrirían probablemente muy a menudo, cuando asuntos perentorios apartaran de su lado a Hertford y a Saint John, que eran miembros del Consejo de albaaceas. Por lo tanto, lo mejor sería quizá que preparara él mismo un plan para salir airoso de tales apuros. Iba a probarlo ya con aquel muchacho. Se pasó, pues, la mano por la frente con aire de perplejidad y al cabo de un momento dijo:

–Ahora creo acordarme algo de ti..., pero el sufrimiento anubla mi memoria.

–¡Ah, mi pobre señor! –exclamó el «niño de azotes» con sentimiento compasivo. Y añadió para sus adentros: «Entonces es verdad lo que dicen... ¡Se ha vuelto loco! Pero ¡desgraciado de mí! ¡Olvidaba que me han indicado que está absolutamente prohibido demostrar que uno se ha dado cuenta de su demencia!»

–Es extraño cómo me falla la memoria estos días –dijo Tom–. Pero no hagas caso..., ya voy corrigiéndome..., y a veces, con un pequeño indicio cualquiera consigo recordar de nuevo las cosas y los nombres que había olvidado. (Y no sólo éstos –pensó Tom–, sino hasta los que nunca oí... como podrá ver este muchacho.) Dime qué motivo te trae aquí.

–Es asunto de poca importancia, señor, pero lo expondré a Vuestra Majestad si os dignáis escucharme. Hace dos días, cuando Vuestra Majestad se equivocó tres veces en sus leccio-

nes matinales de griego... ¿Se acuerda Vuestra Majestad?

–Sí..., me pa...rece que sí. (Y no miento mucho, porque si me llego a meter con el griego, no me habría equivocado sólo tres veces, sino cuarenta.) Sí, sí, ahora me acuerdo... Continúa.

–El profesor, indignado por lo que él llamaba vuestra desidia estúpida, dijo que me azotaría de lo lindo, y...

–¿Azotarte a ti? –exclamó Tom, asombrado hasta perder su presencia de ánimo–. ¿Por qué te han de azotar a ti por faltas mías?

–¡Ah! Vuestra Majestad olvida nuevamente... Cuando no sabéis la lección me propinan una gran paliza

–Cierto, cierto..., lo había olvidado. Tú me das lecciones particulares y, claro, si luego me equivoco, deducen que no tienes aptitud para instruirme, y...

–¡Oh, Majestad! ¿Qué palabras son ésas? ¿Yo, el más humilde de vuestros criados, iba a atreverme a educaros a vos?

–Entonces, ¿qué te pueden reprochar? ¿Qué enigma es éste? ¿Me he vuelto loco de veras o eres tú el que ha perdido la razón? Explícate..., explícate.

–Pero, Majestad, huelga toda explicación... Nadie puede poner la mano en la sagrada persona del príncipe de Gales; por lo tanto, cuando él comete una falta, los golpes impuestos como castigo los recibo yo, y así ha de ser y me conviene a mí que así sea, porque éste es mi oficio y mi medio de vida².

Tom se quedó contemplando al muchacho, pensando:

«Este es un caso extraordinario, una profesión singular y muy curiosa; me extraña que no

² Jacobo I y Carlos II, en su infancia, tuvieron "niños de azotes" que sufrían el castigo en lugar de ellos cuando no sabían sus lecciones. Me he, pues, aventurado a dotea un "niño de azotes" al héroe de mi novela. (N. del A.)

hayan contratado también un muchacho para que se peine y se vista por mí... ¡Ojalá lo hagan! Si así fuese, sería capaz de aceptar los azotes en mi cuerpo y daría gracias a Dios por el cambio.

»

Y prosiguió, en voz alta:

—¿Y te han pegado, pobre amigo mío, de conformidad con la promesa?

—No, señor. Mi castigo fue fijado para hoy, y tal vez será anulado en atención a los días de luto que atravesamos. Lo ignoro, y por esto me he permitido venir para recordar a Vuestra Majestad su generosa promesa de interceder en mi favor...

—¿Con el maestro, para librarte de los azotes?

—¡Ah, Vuestra Majestad lo recuerda!

—Como puedes ver, mi memoria se enmienda. Puedes estar tranquilo... Ya me preocuparé de que tu espalda quede sana y salva.

—¡Oh, gracias, mi buen señor! —exclamó el chiquillo, hincando nuevamente la rodilla—. Tal

vez me he excedido en mi atrevimiento y, sin embargo...

Tom, al ver que Humphrey vacilaba, le animó para que continuara hablando, diciéndole que se sentía «inclinado a las concesiones».

—Entonces voy a hablar sinceramente porque se trata de algo que me interesa en gran manera. Puesto que no sois ya príncipe de Gales, sino rey, podéis ahora ordenarlo todo a vuestro capricho y voluntad, sin que nadie se pueda oponer a vuestros deseos... Por lo tanto, no hay motivo para que, en lo sucesivo, os toméis la molestia de estudiar fastidiosamente... Quemad, pues, los libros y dejad que vuestro cerebro piense cosas más divertidas. Pero entonces, naturalmente, yo quedaré en la miseria, y mis pobres hermanas, huérfanas igualmente, en la indigencia conmigo.

—¿En la miseria? ¿Por qué?

—Porque mi espalda es mi pan. ¡Oh, generosa Majestad! Si quedo sin empleo voy a morir de hambre. Si vos dejáis de estudiar, perderé mi

ocupación, puesto que no necesitaréis «niño de azotes». ¡No me despidáis!

Tom se sintió conmovido por esta súplica patética, y con un arranque de regia generosidad, dijo:

—No te preocupes por eso, muchacho. Tu oficio será permanente y seguirá siendo siempre tu especialidad.

Dicho esto, dio al muchacho el espaldarazo con la parte plana de su espada y exclamó:

—¡Levántate, Humphrey Marlow, gran «niño de azotes» hereditario de la casa real de Inglaterra! Cierra el paso a tus penas... Yo volveré a hojear mis libros, pero estudiaré tan mal, que tendrán, muy merecidamente, que triplicar tu salario, pues procuraré que tengas mucho trabajo.

El agradecido Humphrey contestó fervorosamente:

—¡Gracias, oh, nobilísimo señor! Vuestra magnanimidad de príncipe viene a cumplir sobradamente mis anhelos y ensueños de for-

tuna. Ahora voy a ser dichoso durante toda mi vida y también, después de mí, la casa de Marlow.

Como Tom tenía suficiente perspicacia para comprender que aquel muchacho podía serle útil, incitó a Humphrey a que siguiera hablando, a lo cual, el pobre chico no tenía el menor reparo que oponer, pues sentía una gran satisfacción al figurarse que contribuía a que el rey recobrarla la salud, pues siempre al acabar de relatar a éste los diversos detalles de su experiencia y aventuras en la regia sala de clase o en cualquier otro lugar de palacio, observaba que Su Majestad, a pesar de su mente perturbada, recordaba todas las circunstancias con perfecta clarividencia. Al cabo de una hora, Tom se halló perfectamente informado respecto a los personajes y a los asuntos de la Corte y, por consiguiente, decidió enterarse cada día por medio de la misma fuente. Y con este objeto dio orden de que Humphrey fuera admitido a la regia presencia siempre que lo deseara, excepto

en las ocasiones en que Su Majestad de Inglaterra se encontrara, ocupada con otras personas. Pero apenas había despedido a Humphrey, cuando entró lord Hertford con nuevas molestias para Tom.

Venía a comunicarle que los lores del Consejo, temiendo que algún informe exagerado sobre la mente perturbada del rey hubiera trascendido al exterior y se hubiera divulgado, estimaban conveniente que Su Majestad empezara a comer en público uno e dos días después... ya que su aspecto sano y su paso firme, añadido a un talante sereno, a unos modales estudiados y a una actitud gentil, tranquilizarían seguramente la opinión general, en caso de que hubiesen circulado graves rumores, mucho mejor que de cualquier otra manera que pudiera imaginarse.

Luego, el conde, muy discreta y delicadamente, procedió a instruir a Tom sobre el modo de comportarse en esta clase de ceremonias regias, con el pretexto bastante vulgar de «recordarle»

cosas que él de sobra sabía. Pero, con gran satisfacción, se dio cuenta de que Tom, sobre este punto, necesitaba muy pocas instrucciones... Se había valido de Humphrey, que le comunicó que dentro de pocos días iba a tener que comenzar a comer en público, pues lo había oído murmurar por la Corte. Y Tom conservó estos datos para su gobierno.

Al ver la memoria del rey tan mejorada, el conde se aventuró a hacer algunas pruebas, fingiendo no hacerlo adrede, con objeto de observar hasta qué grado alcanzaba su mejoría. Los ensayos tuvieron un resultado feliz en los puntos en que subsistían las huellas de Humphrey, y en conjunto el conde se sintió muy satisfecho y animado, hasta el extremo de exclamar, con acento de completa confianza:

—Ahora estoy persuadido de que si Vuestra Majestad se digna poner un poco más a prueba su memoria conseguirá —descubrir el enigma del gran sello, una pérdida de gran importancia en días pasados, aunque no la tenga ahora por-

que sus servicios terminaron al fallecer nuestro hoy difunto rey. ¿Quiere Vuestra Majestad dignarse hacer la prueba?

Tom se encontraba entre la espada y la pared, porque el gran sello era para él un objeto completamente desconocido. Después de estar un momento vacilando, levantó inocentemente la vista, y preguntó:

—¿Cómo era, milord?

El conde se estremeció casi imperceptiblemente y dijo para su adentros:

—¡Ay! ¡Su juicio ha vuelto a abandonarle! Ha sido un desatino ponerlo a prueba.

Y hábilmente encauzó la conversación hacia otros asuntos, con el propósito de borrar el desdichado sello de los pensamientos de Tom..., lo cual consiguió fácilmente.

15. Tom actúa como rey

Al día siguiente se presentaron los embajadores extranjeros con sus fastuosas comitivas, y Tom, despavorido, les recibió sentado en su trono. Sin embargo, el esplendor de la escena deleitó sus ojos y exaltó su imaginación, pero como la audiencia fue larga y fastidiosa, con sus interminables discursos y demás, lo que al principio resultaba agradable acabó poco a poco por trocarse en extremo aburrimiento y profunda nostalgia. Tom, de vez en cuando, repetía las palabras que le dictaba Hertford, y procuraba salir del aprieto lo más airoosamente posible; pero en tales cuestiones era un verdadero novato, y estaba, además, demasiado desconcertado para conseguir siquiera un éxito regular. Su aspecto era bastante regio, pero en su fuero interior no lograba sentirse rey. Su corazón experimentó un gran alivio cuando hubo terminado la engorrosa ceremonia.

El tercer día del reinado de Tom transcurrió muy parecidamente a los demás, pero en cierto modo se disipó algo la nube que envolvía al muchacho, y éste se sintió menos molesto y apurado que al principio, pues, poco a poco, iba acostumbrándose a las circunstancias y al ambiente que le rodeaba. Le dolían aún las posaderas, pero no continuamente, y encontraba que la presencia y el homenaje de los grandes le contrariaba y apuraba menos a cada hora que pasaba.

A no ser por cierto acto que temía, habría podido ver acercarse el cuarto día de su reinado sin gran sobresalto... : la comida en público fijada para dicho día. Figuraban en el programa graves asuntos: iba a tener que presidir un consejo para exponer su parecer respecto a la política a seguir con las naciones extranjeras. Luego, Hertford tendría que ser elegido oficialmente para el importante cargo de lord protector. Pero todo lo que había de llevarse a cabo aquel día no tenía gran importancia comparado con

el engorro de tener que comer solo, ante una multitud de curiosos que tendrían los ojos fijos en él mientras andarían cuchicheando comentarios respecto a sus actos y a sus errores, si por desgracia llegaba a cometerlos.

Y como nada podía detener el cuarto día, éste, naturalmente, llegó y encontró al pobre Tom cabizbajo y abstraído, y sin poder dominar su malhumor. Los deberes ordinarios de la mañana le aburrieron extraordinariamente, y volvió a sentir la pesadumbre de su cautiverio.

Unas horas más tarde estuvo en la sala de la audiencia conversando con el conde Hertford y esperando que sonara la hora señalada para una visita de ceremonia de gran número de cortesanos y de altos funcionarios de palacio.

Al cabo de un rato, Tom, que se había asomado a una ventana y contemplaba con interés la vida y el movimiento de la carretera real que pasaba junto a las puertas de palacio (y no con interés ocioso, sino con ferviente anhelo de tomar parte en aquel bullicio en plena libertad),

observó la vanguardia de una turba alborotada de hombres, mujeres y chiquillos de la más pobre y baja ralea, que iba aproximándose por la carretera.

–Quisiera saber qué ocurre –exclamó con la curiosidad de un niño ante tal suceso.

–Sois el rey –repuso solemnemente el conde con una reverencia–. ¿Puedo contar con vuestra venia para actuar?

–¡Oh, si, encantado! –exclamó Tom con exaltación, añadiendo para sí con viva satisfacción: «Verdaderamente, ser rey no significa siempre aburrimiento, pues tiene sus compensaciones y sus ventajas. »

El conde llamó a un paje y le encargó que llevara al capitán de la guardia la siguiente orden:

–Que se cierre el paso a la muchedumbre y se pregunte el motivo de ese barullo. ¡De orden del rey!

Unos segundos más tarde, una larga procesión de guardias reales, cubiertos de bruñido acero, salió al exterior de las verjas, y quedaron

formados a través de la carretera frente a la multitud. Volvió un mensajero para anunciar que aquel gentío venía siguiendo a un hombre, a una mujer y a una niña que iban a ser ejecutados por delitos cometidos contra la paz y la dignidad del reino.

¡La muerte... y una muerte violenta... para aquellos desgraciados! Esta idea conmovió las fibras del corazón de Tom. Se sintió dominado por un sentimiento de piedad, con exclusión de toda otra clase de consideraciones. No pensó en la ley quebrantada, ni en el daño que aquellos tres criminales habían causado a sus víctimas. No le era posible pensar en nada más que en la horca y en el horrendo destino que pendía sobre las cabezas de los condenados. Su interés le hizo olvidar durante unos momentos que no era más que la falsa sombra de un rey, no su esencia, y sin darse cuenta de lo que hacía dio la orden vociferando:

—¡Traedlos aquí!

Luego se sonrojó. Iba a brotar de sus labios cierta excusa, pero al observar que su orden no había sorprendido al conde ni al paje que estaba esperando, contuvo las palabras que se disponía a pronunciar. El paje, de la manera más natural, hizo una profunda reverencia y salió de la sala para dar la orden. Tom experimentó entonces un sentimiento emocionado de orgullo, y meditando sobre las ventajas compensadoras que ofrecía la profesión de monarca, se dijo:

«Realmente es lo que yo acostumbraba a figurarme cuando leía los cuentos del viejo sacerdote y se me antojaba que era príncipe y que dictaba leyes y daba órdenes a todo el mundo, diciendo: Hágase esto, hágase lo otro, sin que nadie opusiera objeciones a mi voluntad. »

Se abrieron las puertas de par en par, y, uno tras otro, fueron, anunciándose varios títulos altisonantes, a medida que iban entrando los personajes que los ostentaban. El aposento quedó pronto lleno de gente noble y distinguida. Pero Tom apenas se dio cuenta de la pre-

sencia de aquellas personas encopetadas; tan abstraído estaba en aquel otro asunto más interesante. Tomó asiento en su regio sillón, con aire distraído, y dirigió la mirada a la puerta con muestras de expectación e impaciencia, en vista de lo cual los allí presentes no se atrevieron a molestarle, y optaron por iniciar una charla entre sí, que era una mezcla de chismes y de consideraciones sobre los asuntos públicos.

Al cabo de poco rato se dejaron oír unos pasos mesurados de hombres de armas que iban acercándose, y los reos entraron a presencia del rey, custodiados por un alguacil y un piquete de la guardia real. El funcionario civil hincó la rodilla ante el monarca y se apartó a un lado. Los tres delincuentes se arrodillaron también y así permanecieron mientras la guardia se situaba detrás del sillón de Tom. Este contempló con mirada escudriñadora a los prisioneros. En el traje y en la apariencia del condenado había algo que despertó en él algún recuerdo, «Me parece haber visto a ese hombre en otra oca-

sión, pero no viene a mi memoria cómo ni cuándo», pensaba Tom.

En aquel preciso momento el reo levantó la vista y volvió a bajar los ojos rápidamente, avergonzado de hallarse en presencia del monarca, pero aquel vistazo fugaz a su rostro fue suficiente para que Tom le reconociera. Este dijo para sus adentros: «¡Ahora me acuerdo! ¡Es el desconocido que en aquel día crudo y ventoso de Año Nuevo se echó al Támesis y salvó la vida a Giles Witt! Fue un acto humanitario y valeroso. ¡Lástima que haya ahora cometido alguna acción tan baja que le ha conducido a esta triste situación! No he olvidado nunca ni el día ni la hora en que llevó a cabo aquel acto heroico, porque, un poco más tarde, al dar las once, la abuela Canty me propinó una paliza de tal magnitud, que todas las que me había dado antes y las, que me dio después, comparadas con aquélla, resultaban tiernos mimos y caricias. »

Tom ordenó, pues, que la mujer y la niña se retiraran un momento y, dirigiéndose al alguacil, dijo:

—¿Qué delito ha cometido este hombre?

El alguacil hincó la rodilla y contestó:

—Señor, ha envenenado a un súbdito de Vuestra Majestad.

La compasión de Tom por el preso y la admiración que le inspiraba éste por el abnegado arrojo que demostró al salvar al muchacho que se ahogaba experimentaron los lamentables efectos de la decepción.

—¿Se ha comprobado su culpabilidad? —preguntó.

—Con la mayor evidencia, señor. Tom suspiró y dijo:

—Llévatelo, porque se ha hecho merecedor de la pena capital. Es una lástima, porque tenía un corazón valeroso... bueno..., quiero decir que *parece* ser intrépido.

El preso juntó repentinamente las manos con energía y, retorciéndolas con desesperación

extrema, imploró al rey con frases de espanto, entrecortadas:

—¡Oh, señor, mi rey! ¡Si podéis apiadaros de los perdidos, tened compasión de mí! ¡Soy inocente! Se me acusa de un crimen del que no existe la menor prueba. Pero no me refiero a eso. Se ha dictado sentencia contra mí, y ésta no puede ser alterada. Pero en los últimos momentos de mi destino aciago, os suplico una gracia, porque esto excede de lo que puede soportarse. ¡Uña gracia, una gracia, oh, mi señor y rey! ¡Que vuestra piedad regia acceda a mi ruego! ¡Dad orden de que me ahorquen!

Tom quedó perplejo. No era esto ni mucho menos lo que esperaba.

—Por mi vida que es bien extraña la gracia que pides. ¿No era, pues, ésta la muerte que te estaba reservada?

—¡Oh, mi señor! ¡No era ésta! Se ha ordenado que me hiervan vivo.

La sorpresa, que le causó esta declaración horrible casi hizo saltar a Tom de su asiento. Tan pronto como pudo serenarse, exclamó:

—¡Se cumplirá tu deseo, pobre desdichado! Aunque hubieras envenenado a cien hombres, no tendrías que sufrir una muerte tan espantosa.

El prisionero se inclinó hasta dar con el rostro en tierra, y prorrumpió en apasionadas exclamaciones de gratitud, que terminaron con estas palabras: ,

—Si alguna vez, ¡Dios no lo quiera!, llegarais a sufrir una desdicha, ¡ojalá el Todopoderoso recuerde vuestra buena acción para conmigo en el día de hoy y os recompense vuestra bondad!

Tom, dirigiéndose al conde Hertford, le dijo:

—Milord, ¿puede creerse que se haya dictado una sentencia tan cruel contra ese hombre?

—Así lo ordena la ley contra los envenenadores, señor. En Alemania los falsificadores de moneda son hervidos en aceite hasta que mueren, pero no echándolos de repente dentro de la

caldera, sino sumergiéndolos poco a poco con una cuerda. Primeramente los pies, luego las piernas, luego.

—¡Basta, milord! ¡Os ruego que no prosigáis! No puedo seguir escuchándoos —exclamó Tom, tapándose los ojos con las manos, como para borrar la visión de aquella horrible escena. Os ruego que deis orden de que se cambie esta ley... ¡Que no haya más infelices criaturas que puedan sufrir semejante tortura!

Las facciones del conde expresaron una profunda satisfacción, porque era hombre de instintos generosos y compasivos, cualidad poco corriente en su clase social en aquella época de costumbres feroces.

—Vuestras nobles palabras, señor —dijo Hertford—, han sellado la derogación de esta ley. La historia lo recordará en honor de vuestra real casa.

El alguacil se disponía a llevarse al preso, pero Tom le hizo una señal de que esperara, y le dijo:

–Quiero cerciorarme mejor sobre los detalles de este asunto. El acusado afirma que no existen pruebas del crimen que se le imputa. Cuéntame lo que sepas sobre el particular.

–Con la venia de Vuestra Majestad: En el juicio quedó demostrado que ese hombre penetró en una casa de la aldea de Islington, en la que había un enfermo. Hay tres testigos que declaran que entró allí a las diez de la mañana, y otros dos afirman que fue unos minutos más tarde. El paciente se hallaba a la sazón solo y durmiendo. El acusado no tardó en salir de la casa y en proseguir su camino. Al cabo de una hora, el enfermo falleció entre horribles espasmos y violentas convulsiones.

–¿Vio alguien el líquido ponzoñoso? ¿Se encontró el veneno?

–No, señor.

–Entonces ¿cómo se sabe que murió intoxicado?

–Porque los doctores certificaron que nadie muere con esos síntomas si no es por el veneno.

En aquella época de credulidad esto equivalía a la evidencia. Tom comprendió el carácter extraordinario de la declaración, y dijo:

—Los doctores saben su oficio y, por consiguiente, deben tener razón. El asunto se presenta mal para este hombre.

—Pero no fue eso todo, señor. Hay algo más y peor. Muchas personas declararon que una bruja, que después desapareció de la aldea y cuyo paradero se ignora, predijo que el enfermo moriría envenenado, es más: indicó que el envenenador sería un desconocido de pelo castaño que vestiría ropa vulgar muy usada, y no cabe duda que esas señas coinciden exactamente con las del preso. Dígnese Vuestra Majestad reconocer el valor que tiene esta circunstancia, puesto que fue predicha por la bruja.

Era éste un argumento de gran consistencia en aquellos tiempos de superstición. Tom consideró que el asunto estaba resuelto y que si para algo servían las pruebas, la culpabilidad de aquel hombre quedaba bien demostrada. Sin

embargo, ofreció al prisionero una esperanza de salvación, diciéndole:

–Si puedes alegar algo en defensa propia, habla.

–Es inútil, mi rey y señor. Soy inocente, pero no puedo demostrarlo. No tengo amigos; si los tuviera podría probar que no estuve el día del crimen en Islington. También podría probar que a la hora citada me hallaba a más de una legua de distancia: estaba en la Antigua Escalera de Wapping. Es más señor: me sería dable probar que cuando dicen que estaba *quitando* una vida, estaba, al contrario, *salvándola* a un, muchacho que se ahogaba...

–¡Calla! Alguacil, decidme en qué día se cometió el delito.

–El día primero de año, señor. A las diez de la mañana o unos minutos más tarde...

–Sí es así, el preso queda libre. ¡Lo manda el rey!

Un nuevo sonrojo de Tom siguió a estas palabras tan impropias de un monarca, pero el mu-

chacho disimuló su indiscreción lo mejor que pudo, añadiendo:

–¡Me indigna que se pueda ahorcar a un hombre con pruebas de su culpa tan poco convincentes!

Un murmullo de admiración corrió por el auditorio. No era precisamente admiración por el decreto dictado por el «soberano», pues la necesidad o la inconveniencia de perdonar a un preso convicto y confeso era cosa que ninguno de los presentes se habría creído con derecho a discutir o a admirar, no. La admiración de los allí presentes era debida a que se daban cuenta de la inteligencia y el ánimo que Tom acababa de demostrar. Algunos de los comentaristas decían muy quedo:

–Este rey no está loco; está en su perfecto juicio

–¡Con qué acierto ha hecho las preguntas!

–¡Y qué propia de su peculiar modo de ser ha sido esta manera brusca e imperiosa de solventar el asunto!

–¡Alabado sea Dios! ¡Su enfermedad se ha curado! Este no es un ser débil, sino un rey enérgico. Ha obrado a semejanza de su difunto padre.

Como reinaba en el ambiente una absoluta aprobación, forzosamente tuvieron que llegar algunas de las ponderaciones a oídos de Tom, lo cual le tranquilizó y le causó una satisfacción inmensa. Sin embargo, su curiosidad infantil dominó pronto su satisfacción y sus agradables pensamientos, y le indujo a enterarse de qué clase de delito podían haber cometido la mujer y la niña, también presas, y, por orden suya, trajeron a las dos desventuradas criaturas aterrorizadas y llorosas.

–Y estás, ¿qué has hecho? – preguntó al alguacil.

–Se les acusa, señor, de un crimen tenebroso y bien probado, por lo cual los jueces, con arreglo a la ley, las han condenado a la horca. Se han vendido al diablo. Este es su crimen.

Tom se estremeció. Le habían enseñado a aborrecer a todos aquellos que cometían acción tan depravada. Pero como no quería privarse del gusto de satisfacer su curiosidad, preguntó:

–¿Dónde fue eso... y cuándo?

–En una noche de diciembre, señor, y en una iglesia en ruinas.

Tom se estremeció nuevamente.

–¿Quién estaba presente? –preguntó.

–Únicamente esas dos, señor..., y *el otro*.

–¿Se han confesado culpables?

–No, señor. Lo niegan.

–Entonces ¿cómo se sabe?

–Porque varios testigos las vieron encaminarse hacia allá, señor. Esto despertó sospechas, y los hechos las han confirmado y justificado. En particular, es evidente que, con el maligno poder que de este modo obtuvieron, invocaron y consiguieron provocar una tormenta que devastó toda la comarca. Más de cuarenta testigos han declarado que hubo, en efecto, tempestad, y se hubieran podido encontrar fácilmente, mil,

porque todos tuvieron motivo para recordarla, puesto que fueron víctimas de la misma.

–Verdaderamente es un caso muy grave.

Tom estuvo meditando durante unos momentos aquel caso de truhanería y luego preguntó:

–¿Y no fue también esa mujer víctima de la tormenta?

Varias cabezas de personas ancianas allí presentes se movieron indicando que aprobaban aquella pregunta juiciosa, pero el alguacil, que no acertó a comprender la importancia que tenía, contestó sin vacilar:

–Sí, ciertamente, Majestad, y más que nadie. Su casa fue barrida por el agua y el viento, de modo que tanto ella como la niña quedaron sin albergue.

–A mi modo de ver las cosas, considero que le costó muy cara la facultad de poder provocar la tormenta. Por poco que pagara para tener dicha facultad, le engañaron, y si pagó nada menos que con su alma y la de su hija, esto de-

muestra que está loca, y estando loca no sabe lo que hace, y por lo tanto no comete crimen ni pecado.

Los ancianos aprobaron de nuevo con la cabeza la sensatez de Tom, y uno de ellos dijo:

–Si el rey está loco, como dicen, su demencia me resulta de tal especie que la considero más apreciable que la cordura de algunos que, si Dios lo permitiera, podrían mejorar su cerebro cambiándolo con el de Su Majestad.

–¿Qué edad tiene la niña? –preguntó Tom.

–Nueve años, señor.

–Según las leyes de Inglaterra, ¿puede una niña realizar pactos y venderse a sí misma, mi lord? –preguntó Tom a un juez competente. .

–La ley no permite que una niña establezca ningún convenio importante ni intervenga en el mismo, señor, pues considera que su juicio no está capacitado para tratar con un cerebro maduro ni puede ser capaz de entender las intenciones perversas de los mayores. El diablo puede comprar una niña, si así se le antoja, y ella

accede, pero no un inglés, pues en este último caso el trato no tendría ningún valor, sería nulo.

–Parece una cosa impía y desatinada –replicó Tom, con exaltación honesta– que la ley de Inglaterra niegue a los ingleses privilegios que concede al diablo.

Esta nueva apreciación acertada del asunto hizo sonreír a muchos de los presentes y quedó grabada en su memoria para ser repetida después en la corte como prueba de la originalidad de Tom y de los progresos de su mente, que iba recobrando la razón.

La mujer culpable había dejado de llorar y estaba ahora pendiente de, la palabra de Tom con excitado interés y esperanza creciente. El muchacho lo notó en seguida y sintió una irresistible simpatía hacia aquella mujer indefensa y en situación muy peligrosa. De pronto, preguntó:

–¿Cómo consiguieron provocar la tormenta?
–Quitándose las medias, señor.

Esto dejó intrigado a Tom y aumentó su curiosidad febril.

–¡Esto es prodigioso! –exclamó con vehemencia–. ¿Y produce siempre tan terribles efectos?

–Siempre, señor. Por lo menos, si la mujer lo desea y pronuncia las imprescindibles palabras con la lengua o sólo con el pensamiento.

Tom se volvió de cara a la mujer y le ordenó con tono de imposición absoluta:

–¡Ejerce tu poder!... ¡Quisiera ver una tempestad!

Las mejillas de los supersticiosos circunstantes palidieron súbitamente, y hubo entre éstos un deseo general muy vivo, aunque inexpresado, de huir de allí más que de prisa. Pero a Tom todo esto le pasó desapercibido, porque sólo pensaba en él cataclismo que acababa de proponer. Al ver el asombro de la pobre mujer, añadió, excitado:

–No temas..., nadie te va a regañar. Además, quedarás libre y nadie te tocará... No sufrirás ningún daño. ¡Demuestra tu poder!

–¡Oh, señor, mi rey! ¡No tengo tal poder, se me ha acusado falsamente!

–Tienes miedo. Anímate. Te repito que no sufrirás ningún daño. Haz estallar la tormenta..., por pequeña que sea..., ¡no importa! No deseo una tempestad devastadora, más bien prefiero lo contrario. Hazlo y salvarás tu vida; quedaréis en libertad tú y tu hija, con el perdón, del rey y a salvo de toda violencia o malignidad de quienquiera que sea del reino.

La mujer se prosternó ante Tom y protestó, sollozando, de que no tenía poder para producir el milagro, pues de no ser así, salvaría anhelosamente la vida de su hija, resignándose a perder la suya, si por su obediencia al mandato del rey, pudiera alcanzar tan preciada gracia.

Tom insistió con impaciencia, pero la mujer repitió de nuevo su declaración de impotencia. Al fin el muchacho dijo:

–Me parece que esta mujer ha dicho la verdad. Si mi madre estuviera en su lugar y asumiera funciones del diablo, no habría vacilado ni un momento en desencadenar la tempestad y en dejar todo el país desolado, con tal de lograr

la salvación de mi vida. Nadie ignora que todas las madres fueron hechas con el mismo molde. Quedas libre, buena mujer..., y también tu hija, porque te creo inocente... Ahora ya no tienes nada que temer, una vez perdonada. ¡Quítate las medias, y si puedes provocar una tormenta, serás rica!

La perdonada expresó su gratitud con voz de exaltación jubilosa y se dispuso a obedecer, mientras Tom la contemplaba con expectación ansiosa y cierto temor. Al mismo tiempo, los cortesanos demostraban una intranquilidad perfectamente visible. La mujer desnudó sus pies y los de la niña e hizo cuanto pudo con fervor para recompensar la generosidad del rey con un terremoto, pero todo resultó un fracaso y una decepción completa. Entonces, Tom suspiró y dijo:

–No te molestes más, buena mujer. Está visto que tu poder te ha abandonado. Vete en paz, y si alguna vez vuelvo a verte, no me olvides y provócame una tempestad.

16. La comida regia

La hora de la comida se aproximaba, y aunque parezca extraño, esta circunstancia no hacía sentir a Tom más que una ligera contrariedad, pero no le asustaba apenas. Lo que le había sucedido por la mañana había aumentado prodigiosamente su confianza. El pobre novato estaba ya más acostumbrado a aquel singular ambiente, después de cuatro días de entrenamiento, que lo hubiera estado una persona madura después de un mes de prueba. Jamás se vio un ejemplo más extraordinario de la facilidad de un niño para acomodarse a las circunstancias.

Aprovechando nuestro privilegio, apresurémonos a pasar a la gran sala del banquete, para dar un vistazo mientras preparan a Tom para una ocasión tan solemne. Es un aposento espacioso, con columnas y pilastras doradas y paredes y techos con pinturas. En el umbral, unos guardias, gallardos mocetones, custodian la

entrada, rígidos como estatuas, ataviados con ricos y pintorescos trajes, y provistos de sus flamantes alabardas. En una galería alta, que circunda toda la sala, hay una orquesta y mucho público elegante. En el centro de la sala, encima de una plataforma, está instalada la mesa de Tom. Dejemos ahora que hable el viejo cronista:

«Un caballero entra en la estancia con una vara, y tras de él va otro con un mantel. Después de haber hincado ambos la rodilla tres veces con la mayor veneración, cubren la mesa con el mantel y se retiran luego después de arrodillarse otra vez con profundo respeto. Entran seguidamente otros dos, uno también ostentando la vara, y el otro con un salero, un plato y pan. Después de la consabida genuflexión y de colocar lo que llevan encima de la mesa, se retiran con la misma ceremonia que los anteriores. Por fin se presentan dos nobles ricamente vestidos, uno de los cuales lleva un trinchante, y después de haberse postrado tres veces con elegante y

muy respetuosa reverencia, se acercan a la mesa y la frotan con pan y sal con tan humilde cautela como si en ella estuviera ya presente el rey. »

Así terminan los solemnes preliminares. Luego, en el fondo de los corredores resonantes, repercute el toque del clarín y el grito confuso de: «¡Paso al rey! ¡Paso a Su Augusta Majestad!» Estos sonidos se van oyendo cada vez más cerca y en seguida, casi junto a nosotros, retruena el toque marcial del clarín y se repite el grito «¡Paso al rey!». Al momento, aparece la brillante comitiva y entra desfilando con medido paso. Dejemos que prosiga el cronista: «Primero vienen los caballeros, barones, condes y miembros de la Orden de la Jarretera, todos ricamente vestidos y descubiertos; les sigue el Canciller, entre dos hombres, uno de los cuales lleva el cetro real y el otro la espada del Estado en su vaina roja con flores de lis en oro. Luego se presenta el propio rey, que es saludado con el toque de doce trompetas y el redoble de nu-

merosos tambores entre un gran clamor de bienvenida. ¡Dios salve al rey! Tras él vienen los nobles más ligados a su persona, y a izquierda y derecha marcha su guardia de honor, sus cincuenta caballeros becados, con doradas hachas de combate. »

Era un espectáculo hermoso y agradable. El corazón de Tom latía con fuerza, y una mirada de júbilo iluminaba sus ojos. Su porte era esbelto y sus ademanes tenían una graciosa desenvoltura, tanto más puesto que no se daba cuenta de sus gestos, porque su pensamiento estaba absorto y embelesado con todo el esplendor y los sonidos armoniosos que le rodeaban. Recordando las instrucciones recibidas, correspondió a los saludos con una leve inclinación de cabeza y un cortés: «Gracias, mi buen pueblo. »

Se sentó a la mesa sin quitarse el sombrero ni mostrarse cohibido por ello, pues comer con la cabeza cubierta era la única costumbre regia en que los reyes y los Canty tenían en común, ya

que ninguno de ellos aventajaba a los otros en cuanto a la antigua familiaridad con la gorra y el sombrero. La comitiva se dispersó y vino a agruparse pintorescamente, con la cabeza descubierta.

Al son de alegre música entró luego la guardia de palacio, formada por los alabarderos, «los hombres más altos y más fornidos de Inglaterra, seleccionados por su apariencia»..., pero devolveremos la palabra al cronista para que nos hable de, ello:

«Los alabarderos entraron descubiertos, vestidos de escarlata, con rosas doradas a la espalda; comenzaron a ir y venir trayendo cada uno de ellos un manjar distinto servido en vajilla de plata. El catador, entonces, daba a comer a cada alabardero un bocado del plato que había traído, por temor al veneno. »

Tom comió magníficamente, a pesar de que se daba cuenta de que centenares de ojos estaban observando cada bocado que llegaba a sus labios, con un interés que no hubiera podido

ser mayor si se hubiese tratado de un explosivo mortífero v hubiera estado esperando que el rey saltara hecho añicos esparcidos por el regio aposento. Tuvo buen cuidado en no precipitarse ni hacer nada por su propia iniciativa, sino esperar que el funcionario competente hincara la rodilla y lo hiciera en su lugar. Salió, pues, del paso sin cometer el menor yerro... ¡impecable e importantísimo triunfo!

Cuando por fin la comida hubo terminado y salió de la estancia en medio de una brillante comitiva, ensordecido por el clamor feliz de las aclamaciones, de los tambores y de los clarines, Tom se dijo que si ya había pasado lo peor de la comida en público, era aquélla una prueba que no tendría el menor inconveniente en sufrir varias veces al día, con tal que con ella pudiera librarse de alguna de las más formidables exigencias de su profesión real.

17. Fufú I

Miles Hendon se dirigió apresuradamente hacia el extremo del puente por la parte de Southwark, con los ojos muy abiertos en busca de las personas que perseguía y que confiaba no tardaría en alcanzar. Sin embargo, sus esperanzas quedaron defraudadas, pues aunque a fuerza de preguntar logró seguir sus huellas hasta un buen trecho del camino a través de Southwark, perdió allí la pista y se quedó perplejo, sin saber qué hacer. Pero, a pesar de todo, continuó sus pesquisas lo mejor que pudo durante el resto del día. Al anochecer se encontró con las piernas rendidas, medio muerto de hambre y con su deseo más lejos que nunca de verse realizado. En tal situación, cenó en la posada del Tabardo y se fue a acostar, decidido a salir muy temprano a la mañana siguiente para registrar la ciudad hasta sus últimos rincones. Entretanto, tendido en la cama, razonaba de esta manera:

«Si le es posible, el muchacho se escapará de manos de aquel rufián que pretende ser su padre, y tal vez volverá a Londres en busca de su antiguo albergue. Pero no, no lo hará, para evitar que le capturen nuevamente. Entonces ¿qué va a hacer? No habiendo tenido nunca amigos ni protector alguno en el mundo hasta que me encontró a mí, procurará, naturalmente, volverme a hallar con tal que su tentativa no le obligue a acercarse a Londres, es decir, al peligro. Se dirigirá a Hendon Hall, sí, esto es lo que seguramente hará, porque sabe que yo me propongo regresar a mi hogar y allí puede esperar encontrarme. »

Sí, para Hendon el caso era sencillo: No tenía que perder más tiempo en Southwark, sino atravesar inmediatamente Kent, en dirección a Monk's Holm, registrando el bosque por todas partes y sin dejar de preguntar a quienquiera que encontrara en su camino.

Volvamos ahora al desaparecido reyecito.

El rufián a quien el mozo de la posada del puente había visto «a punto de alcanzar» al rapaz desconocido y al rey, no se unió precisamente a ellos, sino que se quedó detrás y fue siguiendo sus pasos sin pronunciar palabra. Llevaba su brazo izquierdo en cabestrillo y el ojo también izquierdo tapado con un gran parche verde. Iba cojeando un poco y se apoyaba en un bastón de roble. El rapaz condujo al rey por un camino sinuoso a través de Southwark hasta más allá de la carretera real. El joven monarca, indignado, dijo que iba a detenerse allí, porque era a Hendon a quien tocaba ir tras de él y no él tras de Hendon. No toleraría semejante insolencia y se quedaría allí mismo. Entonces el mozalbete dijo:

—¿Quieres quedarte aquí, mientras tu amigo yace herido en aquel bosque de allá abajo? Está bien, como tú quieras...

El rey cambió de actitud instantáneamente y exclamó:

—¡Herido! ¿Y quién se ha atrevido a hacerle daño? Pero ésta es otra cuestión. ¡Sigamos! ¡Sigamos! ¡Más de prisa! ¿Llevas zapatos de plomo? ¿Has dicho que está herido? ¡Aunque su agresor resulte ser el hijo de un duque, se arrepentirá de lo que ha hecho!

Quedaba todavía alguna distancia hasta el bosque, pero la recorrieron rápidamente. El rapaz miró a su alrededor, vio una rama que pendía casi tocando al suelo y que tenía un harapo atado y siguió avanzando por el interior del bosque buscando ramas en aquella misma forma para guiarse en el camino. Las iba hallando de trecho en trecho. Indudablemente eran señales para encontrar el lugar hacia donde se dirigían. Llegaron luego a un espacio despejado, desde donde se distinguían las viejas paredes ruinosas de una granja y cerca de ésta un granero que empezaba a desmoronarse. Por ninguna parte se notaban señales de vida y reinaba por doquier un profundo silencio. El rapaz penetró en el granero, seguido muy de

cerca por el rey lleno de angustia. No había nadie allí. El monarca dirigió al mozalbete una mirada punzante de sorpresa y de sospecha y preguntó:

–¿Dónde está?

La contestación fue una estrepitosa carcajada burlona. El rey, súbitamente enfurecido, cogió un tronco y se disponía a atacar al golfo cuando llegó a sus oídos otra risotada de mofa lanzada por el rufián que les venía siguiendo, cojeando, a cierta distancia. El rey se volvió, irritado, y preguntó:

–¿Quién eres tú? ¿Qué vienes a hacer por aquí?

–No te hagas más el loco –dijo aquel individuo– y cálmate. Mi disfraz no es tan perfecto como para que me puedas hacer creer que no reconoces a tu padre.

–Tú no eres mi padre, no te conozco, soy el rey. Si has secuestrado a mi criado, tráelo aquí en seguida o va a costarte muy caro lo que has hecho,

Juan Canty replicó con voz mesurada y enérgica:

–Es evidente que estás loco, y me duele castigarte, pero si me provocas te castigaré. Tu charla aquí no puede perjudicarnos, porque no hay quien pueda oír tus necedades..., pero más te valdrá que tu lengua se acostumbre a hablar con cautela, para que no pueda perdernos cuando vayamos a vivir a otra parte. He matado a un hombre y no puedo permanecer en casa, ni tú tampoco, porque necesito tus servicios. Como medida de prudencia he cambiado de nombre. Ahora me llamo Hobbs, Juan Hobbs, y tú vas a llamarte Jack... Procura no olvidarlo. Dime dónde está tu madre y tus hermanas. No se presentaron en el lugar de la cita. ¿Sabes adónde fueron?

El rey contestó malhumorado:

–No me fastidies con esos acertijos. Mi madre falleció, y mis hermanas están en palacio.

El mozalbete soltó una carcajada burlona y el rey le hubiera agredido, a no ser por Canty... o

Hobbs, como se llamaba ahora, que lo impidió, diciendo:

–Déjalo. Hugo, no le importunes. Su mente está perturbada y tus cosas le exaltan. Siéntate, Jack, y cálmate, que pronto vas a comer un bocado.

Hobbs y Hugo se pusieron a hablar en voz baja, y el rey se separó tanto como pudo de su desagradable compañía. Se retiró a la semioscuridad del rincón más apartado del granero donde encontró que el pavimento de tierra estaba cubierto con un montón de paja de un palmo y medio de altura. Allí se tendió y cubrió su cuerpo con la paja a manera de manta. No tardó en quedar abstraído con sus cavilaciones. Sufría muchas penas, pero las más leves quedaban casi olvidadas ante la más grande de todas ellas: la pérdida de su padre. El nombre de Enrique VIII producía escalofríos a todo el mundo, pues todos veían en él a un ogro, cuyas fauces respiraban destrucción y cuyas manos repartían azotes y causaban la muerte, pero

para aquel niño el nombre de su progenitor traía a su memoria sensaciones de placer. La figura cuyo recuerdo evocaba tenía una expresión de afecto y de bondad. Recordó una larga serie de escenas de cariño entre su padre y él, y se deleitó pensando en ellas, mientras asomaban las lágrimas a sus ojos, atestiguando cuán profundo y sincero era el dolor que torturaba su corazón. A medida que fue transcurriendo la tarde, el muchacho, agobiado por sus pesares, se fue quedando sumido en un sueño tranquilo y reparador.

Al cabo de largo rato (no hubiera podido decir cuánto) sus sentidos pugnaron por volver a la realidad, y mientras, con los ojos cerrados, se preguntaba a sí mismo vagamente dónde estaba y qué le había sucedido, notó un rumor confuso, el ruido de la lluvia que azotaba ininterrumpidamente el techo. Experimenté en aquel momento una agradable sensación de bienestar, inmediatamente interrumpida por un coro de chillidos burlescos y de bruscas risotadas.

Esto le sobresaltó desagradablemente y le hizo asomar la cabeza para ver de dónde procedía la interrupción. Sus ojos contemplaron un espectáculo sombrío y repulsivo. Al otro extremo del granero, en el suelo, ardía con grandes llamas una fogata y en torno de ella, fantásticamente iluminados por sus rojizos resplandores, chillaban, sacaban la lengua y se hacían caer uno a otro interponiendo las piernas, una porción de rufianes de ambos sexos que formaban grupos abigarrados, gente harapienta y soez, de la más baja calaña que el reyecito hubiera podido soñar o ver descritos en sus lecturas. Había hombres fornidos, de piel curtida por la intemperie, con largas greñas y cubiertos de andrajos; mozos de estatura regular y semblante truculento; mendigos ciegos; lisiados con piernas de palo o muletas; enfermos y heridos cubiertos de vendas; un buhonero, un afilador, un barbero, y entre las mujeres, jovencitas, casi niñas; otras viejas, verdaderas brujas arrugadas, y tanto unas como otras, todas morenas,

sucias, chillonas y deslenguadas. Además, tres niños enfermizos y un par de perros con cuerda al cuello, que servían para guiar a los ciegos.

Había llegado la noche; la pandilla acababa de cenar y comenzaba una orgía. El jarro de aguardiente pasaba de boca en boca. Se dejó oír un grito general: «¡Venga, una canción! ¡Que canten Dick y *el Murciélago* y luego los demás!»

Uno de los ciegos se levantó y quitándose los parches que ocultaban sus excelentes ojos y la tablilla que indicaba su fingida triste condición, se dispuso a cantar. A su vez, *el Murciélago* se quitó la pata de palo, y ostentando sus dos piernas sólidas, se acercó a su compañero y se preparó también para el «concierto». Su canción fue coreada por todos los presentes en estado de semiembriaguez, con tal clamor disonante que aquel estruendo de voces hizo temblar las vigas del granero.

Después comenzó con gran barullo una plática en la que quedaba demostrado que el pretendido «Juan Hobbs» no era ni mucho menos

un advenedizo, pues en otro tiempo se había adiestrado en la cuadrilla. Este les relató su última hazaña, y cuando manifestó que «por accidente» había matado a un hombre, todos demostraron gran alborozo, y al añadir que su víctima era un sacerdote, hubo grandes aplausos y la consiguiente invitación general a la bebida.

Los viejos amigos le saludaron jubilosamente y los que no le conocían se sentían orgullosos de poder estrecharle la mano. Le preguntaron la razón de su prolongada ausencia, y él contestó:

–Londres es mejor que el campo, y, desde hace algunos años, se está allí más seguro. ¡Las leyes son tan duras y se aplican con tanto rigor! A no ser por el referido accidente no me hubiera movido de la capital.

Preguntó cuántos eran los miembros de la pandilla y el jefe de ésta contestó:

–Veinticinco pillastres redomados. La mayoría de ellos está aquí, pero los demás se han

puesto en camino hacia el este. Nosotros emprenderemos la marcha, para seguirles, al amanecer.

—No veo a Wen entre toda esta gente honrada que me rodea. ¿Dónde está?

—¡Pobre chico! ¡Estiró la pata! Lo mataron en una reyerta a mediados del verano último.

—¡Qué mal me sabe! Era un hombre inteligente y valeroso.

—Lo era, ciertamente. Black Bess, su fulana, es todavía de los nuestros, pero ahora está también de camino hacia el este; una linda muchacha, de impecable comportamiento y conducta ordenada, nadie la ha visto nunca bebida más de cuatro días por semana.

—Era muy estricta, lo recuerdo bien, muy trabajadora y digna de todo encomio. Su madre era más liberal y menos escrupulosa; una vieja bruja enojosa y endiablada, pero de un ingenio fuera de lo común.

—Por eso la perdimos. Su afición a la quiromancia y otras clases de adivinación acabaron

por crearle fama de bruja. Un tribunal la condenó a morir asada a fuego lento. Me enterneció ver la gallardía con la que fue al encuentro de su fin..., maldecía e insultaba a la muchedumbre que la rodeaba en boquiabierta contemplación, mientras las llamas lamían su rostro y crujían alrededor de su vieja y gris cabeza... ¿Maldecía, he dicho?... ¡les maldecía!... podríais vivir mil años y no oírías maldiciones tan impresionantes como aquéllas. Desgraciadamente su arte murió con ella. Pueden encontrarse burdas imitaciones, pero no verdaderas blasfemias.

El jefe de la chusma suspiró, y una tristeza general tuvo un momento en silencio a los concurrentes, pero pronto un buen trago hizo recobrar el ánimo a los plañideros.

–¿Hay algún otro amigo más en desgracia?
–preguntó Hobbs.

–Sí, alguno. Particularmente los recién llegados, hambrientos y sin hogar. Vagaban por el mundo porque les quitaron las tierras para

convertirlas en campos de pasto para las ovejas. Pedían limosna y fueron azotados, atados en la parte posterior de una carreta, desnudos de cintura para arriba, hasta hacerles manar sangre. Luego, a pesar de esto, volvieron a mendigar, y esta vez sufrieron nuevos azotes y les fue cortada una oreja. Como reincidieron por tercera vez (¿qué otra cosa podían hacer los pobres diablos?), fueron señalados en las mejillas con hierro candente y luego vendidos como esclavos. Se evadieron, los pillaron de nuevo y murieron en la horca. Es una historia breve que pronto está contada. Otros lograron escapar... Aquí los tenemos: Yokel, Burns, Hodge, venid y enseñad vuestros adornos.

Estos avanzaron, se acabaron de rasgar sus harapos y dejaron al descubierto su espalda flagelada por el látigo, otro se levantó el cabello y dejó ver el lugar donde antes había tenido una oreja, luego otro mostró el estigma en forma de V, marcado con hierro candente en su

hombro y también una oreja mutilada. El tercero dijo:

–Yo soy Yokel, antiguo granjero que en otro tiempo supo lo que era la prosperidad y la dicha. Tenía una esposa que me amaba y varios hijos. Ahora mi situación es muy distinta. Mi mujer y mis hijos fallecieron. Tal vez estén en el cielo, o quizá... en otro sitio..., pero gracias pueden ser dadas a Dios porque no viven ya en Inglaterra. Mi buena madre, que era una mujer de conducta intachable, procuró ganarse el pan cuidando enfermos, pero uno de ellos murió sin que los médicos supieran la causa y mi pobre madre fue condenada a morir quemada por bruja en presencia de mis hijos que lloraban amargamente al ver el horrible suplicio. ¡Las leyes inglesas! ¡Brindemos, amigos, por las leyes misericordiosas que libraron a mi madre del infierno de Inglaterra! ¡Gracias, camaradas, gracias a todos! Yo fui pidiendo limosna de casa en casa, con mi mujer y mis hijos hambrientos, pero como en Inglaterra tener hambre

es un delito, nos desnudaron y nos llevaron por tres ciudades dándonos azotes. ¡Bebamos todos por las piadosas leyes inglesas, pues su látigo absorbió la sangre de mi María, así vino pronto su bendita libertad! Ahora ella y mis hijos, que murieron de hambre, duermen en la tierra acogedora a salvo de todo daño. Como más tarde volví a mendigar, aquí, en la mejilla, me marcaron con hierro candente una E que es el estigma del esclavo, y que podríais ver claramente si me lavara esta mancha que la cubre para disimularla.. ¡Esclavo! ¿Comprendéis esta palabra? ¡Me he escapado de mi amo y si me encuentran me ahorcarán!

De pronto, en aquel ambiente lóbrego se dejó oír una voz vibrante:

—¡No serás ahorcado! ¡Y desde hoy esta ley quedará abolida!

Todos se volvieron y se quedaron contemplando la fantástica figura del reyecito que se acercaba presuroso. Cuando salió a la luz y se

le pudo ver con claridad, hubo una explosión general de preguntas.

—¿Quién es?

—¿Qué está diciendo ése?

—¿Quién eres tú, muñeco?

El muchacho se plantó serenamente en medio de todos aquellos ojos que le miraban con sorpresa y curiosidad, y con dignidad regia, contestó:

—Soy Eduardo, rey de Inglaterra. Estas palabras provocaron un barullo ensordecedor de carcajadas, en parte de mofa y en parte de satisfacción alegre por lo graciosa que resultaba la chanza. El joven monarca se sintió espoleado y replicó severamente:

—¿Es así como agradecéis la merced real que acabo de prometeros, vagabundos groseros?

Dijo mucho más, con voz indignada y ademanes violentos, pero todo se perdió en el torbellino de risotadas y de exclamaciones burlescas. Juan Hobbs, intentó varias veces hacerse

oír en medio de aquella algarabía, y por fin lo logró, diciendo:

–¡Compañeros! ¡Es mi hijo, un soñador, un desequilibrado, un loco de remate! No le hagáis caso. Se le antoja que es rey.

–Lo soy, en efecto –replicó Eduardo, volviéndose de cara a él–, como vas a saberlo oportunamente y a tu pesar. ¡Has confesado un asesinato y por, este crimen vas a ser ahorcado!

–¿Tú me harás traición? ¿Tú? Si llego a ponerte la mano encima...

–¡Basta! ¡Basta! –gritó el fornido jefe de la pandilla, interponiéndose a tiempo para salvar al joven monarca y acentuando este servicio con un tremendo puñetazo que derribó a Hobbs–. ¿No tienes respeto ni a reyes ni a jefes? Si vuelves a ofenderme te estrangularé con mis propias manos.

Luego, dirigiéndose a Su Majestad, añadió:

–Haces mal en dirigir amenazas a tus compañeros, muchacho. Ten la lengua y guárdate de decir mal de ellos sea donde fuere. Sé rey, si eso

satisface tu locura, pero no te conviertas en un demente peligroso. No vuelvas a atribuirte el supremo título que acabas de mencionar, porque es traición. Nosotros podemos ser malos en algunas cosas de poca importancia, pero no llegamos al extremo de cometer la villanía de traicionar al rey. Sobre este punto somos perfectamente leales. Fíjate si digo la verdad. Ahora... gritemos todos juntos: ¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

–¡Viva Eduardo, rey de Inglaterra!

El grito estentóreo de la abigarrada cuadrilla fue tan estridente que el desvencijado recinto repitió el eco. Las facciones del reyecito expresaron una viva satisfacción, y con una ligera inclinación de cabeza, dijo con grave sencillez:

–Gracias, mi buen pueblo.

Esta respuesta inesperada provocó nuevamente la hilaridad bulliciosa de los allí reunidos. Cuando de nuevo reinó algo parecido al silencio, el jefe dijo con firmeza, pero con cierta afabilidad tosca:

–No me vuelvas a salir con ésas, chico, que esto no es prudente ni está bien. Si quieres salirte con la tuya, escoge al menos otro título.

Un calderero dio a gritos una idea singular:

–¡Fufú, rey de los bobos!

El título tuvo éxito instantáneo y todos vociferaron con un bramido atronador:

–¡Viva Fufú I, rey de los bobos!

A lo cual siguió una gritería mezclada con carcajadas, maullidos e interjecciones de toda especie:

–¡Traedle aquí y coronadle!

–¡Ponedle el manto real!

–¡Dadle el cetro!

–¡Sentadle en el trono!

Estos y veinte gritos más resonaron a un tiempo, y casi antes de que la pobre víctima pudiera tomar aliento, se vio coronado por una jofaina de hoja de lata, envuelto en una manta hecha jirones, entronizado encima de un tonel, y provisto, a guisa de cetro, de la barra de hie-

rrero que utilizaba el calderero para las soldaduras.

Luego cayeron todos de rodillas ante él y prorrumpieron en un coro de irónicas lamentaciones y súplicas burlonas, mientras se enjugaban los ojos con sus mangas y delantales sucios y andrajosos.

—Sé benigno para con nosotros, ¡oh, bondadoso rey!

—¡No pisotees a estos gusanos que te imploran! ¡Oh, noble Majestad!

—¡Ten piedad de tus esclavos y consuélalos con un real puntapié!

—¡Alégranos caliéntanos con tus rayos bienhechores, oh sol refulgente de soberanía!

—¡Santifica el suelo con el contacto de tu pie, para que podamos comer la mugre y ennoblecernos!

—¡Dígnate escucharnos, señor, para que los hijos de nuestros hijos puedan hablar de tu real condescendencia y se sientan orgullosos y felices á través de los siglos!

Y el calderero humorista dio prueba aquella noche de su mejor rasga de ingenio llevándose los correspondientes honores. Arrodillándose, pretendió besar el pie del rey, y fue rechazado con una patada de indignación. Entonces fue pidiendo a todos un harapo para ponérselo en la cara, en el sitio tocado por el pie del monarca, declarando que tendría que preservar aquella señal del contacto del aire vulgar y que iba a hacer fortuna enseñándola, por la carretera real, a todos los transeúntes, al precio de cien chelines por exhibición. Y se mostró tan divertidamente burlesco y chistoso que provocó la envidia y la admiración de aquella gentuza sarnosa.

Los ojos del monarca se inundaron de lágrimas de vergüenza y de indignación, mientras iba pensando: «Si les hubiera causado un tremendo agravio, no podrían mostrarse más crueles... Y sin embargo, no he hecho más que testimoniarnos mi bondad... ¡Y es así como demuestran su gratitud!. »

18. El príncipe de los vagabundos

La pandilla de vagabundos se despertó al amanecer y se puso en camino. El cielo estaba encapotado, el suelo cubierto de cieno y el aire invernal era punzante. La alegría de aquella chusma se había desvanecido. Alguno de aquellos sujetos se mostraba silencioso y huraño, otros enojados y quisquillosos y ninguno de ellos estaba de buen humor. Todos tenían sed.

El jefe dio breves instrucciones a Hugo para que se encargara de «Jack» y ordenó a Juan Canty que se mantuviera alejado del muchacho y le dejara en paz. También advirtió a Hugo que no tenía que tratar al jovencito con demasiada rudeza.

Al cabo de un rato mejoró el tiempo y las nubes desaparecieron en parte, La cuadrilla dejó de sentir escalofríos y su mal humor mejoró en seguida. Todos se fueron alegrando poco a poco y, al final, comenzaron a gastarse bromas los unos a los otros y a insultar a los transeúntes

que circulaban por la carretera. Esto demostraba que despertaban de nuevo a la exacta apreciación de la vida y sus alegrías. El temor que inspiraban a todo el mundo se descubría claramente en el hecho de que todo transeúnte les cedía el paso y toleraba sus impúdicas insolencias sin aventurarse a replicar. Una de sus hazañas consistía en arrancar la ropa blanca tendida en los setos, la mayor parte de las veces, con toda desfachatez, en presencia de su dueña, que nunca protestaba y parecía agradecer a aquellos malhechores que no se llevaran también los setos.

Luego invadieron una pequeña masía, se instalaron en ella como Pedro por su casa, y mientras el modesto granjero tembloroso y su familia se apresuraban a preparar cuanto tenían en la despensa para dar de comer a los intrusos, éstos se entretenían en acariciar la cara de la mujer y de sus hijas mientras recibían el alimento de sus manos, con ademanes y dicharachos insolentes respecto a ellas, acompañados

de epítetos injuriosos y de burdas carcajadas. Mientras iban comiendo tiraban huesos y vegetales al granjero y a sus hijos y les dedicaban continuamente indirectas mortificantes, y aplaudían estrepitosamente cuando la burla se consideraba muy graciosa. Acabaron por dar un pescozón a una de las hijas, que se indignó por sus insolencias. Al despedirse amenazaron con volver y prender fuego a la casa, con la familia dentro de ella, si llegaba a oídos de las autoridades la menor noticia relativa a sus fechorías.

A eso de las doce del mediodía, después de una larga caminata aburridísima, la pandilla hizo un alto detrás de un seto en las afueras de una población importante. Se dio una hora de permiso para descansar, y todos se diseminaron para penetrar en el pueblo por distintos puntos, con objeto de dedicarse allí a sus respectivas profesiones. «Jack» fue enviado con Hugo, y ambos vagaron largo rato en busca de una ocasión propicia para hacer algún «nego-

cio», pero como la oportunidad no se presentaba, acabó por declarar:

–No veo nada para robar. Este es un lugar mezquino y desdeñable. Tendremos, pues, que pedir limosna.

–¿Pedir limosna? Sigue tú un oficio, que bien te cuadra, pero yo no haré de pordiosero.

–¿Que no vas a hacer de pordiosero? –exclamó Hugo contemplando al rey, asombrado—. Pero, dime, ¿desde cuándo has cambiado de modo de ser?

–¿Qué quieres decir?

–¿No fuiste durante toda tu vida pidiendo limosna por las calles de Londres?

–¿Pedir limosna yo, idiota?

–Déjate de cumplidos; resérvalos para otra ocasión. Tu padre afirma que mendigaste toda tu vida. ¿Por ventura mintió? ¿Vas a atreverte a decir que lo que dijo es falso? –refunfuñó Hugo.

–Ese a quien tú llamas mi padre, sí, ha mentado.

–Bueno, amigo, deja al menos por un rato de representar tu gracioso papel de loco. Procura emplearlo para divertirte, pero no para perjudicarte a ti mismo. Si le cuento lo que acabas de decirme, te va a tostar la piel de mala manera.

–No te molestes. Se lo diré yo mismo.

–Aprecio tu valor, de veras, pero no admiro tu juicio. Bastantes palizas y trasiegos sufre uno en esta vida sin apartarse de su camino para ir a su encuentro. Pero dejemos correr este asunto. Yo creo lo que dice tu padre. No me cabe duda que es capaz, de mentir cuando lo cree conveniente, como lo hacemos todos cuando nos interesa, pero, ¿qué iba a sacar de mentir en esta ocasión? Un hombre inteligente no gasta en vano un recurso tan apreciable como lo es la mentira. Pero marchémonos de aquí, y puesto que no estás de humor para pedir limosna, ¿en qué nos ocuparemos? ¿En robar cocinas?

El rey contestó con impaciencia:

–¡Basta ya de insensateces! ¡Me estás fastidiando!

Entonces Hugo replicó con aspereza:

—Oye, compañero: No pedirás limosna, no robarás puesto que te niegas a hacerlo, pero me servirás de añagaza mientras yo vaya «actuando». ¡Niégate también a eso si te atreves!

El rey se disponía a replicar despectivamente, cuando Hugo le interrumpió, diciendo:

—¡Calla! Por ahí viene un hombre de semblante bonachón. Ahora voy a dejarme caer al suelo como si me hubiera dado un ataque. Cuando ese hombre se haya acercado a nosotros, tú empezarás a gemir y caerás de rodillas junto a mí, fingiendo que lloras desesperadamente. Luego prorrumpirás en gritos estentóreos como si tuvieras todos los diablos metidos en el cuerpo, y dirás con voz plañidera: «¡Oh, señor, es mi pobre hermano que está enfermo y estamos completamente desamparados! ¡Por el amor de Dios! ¡Tened compasión de este pobre enfermo que están contemplando vuestros ojos abandonado aquí en su horrible desgracia! ¡Dad un miserable penique a un ser desamparado de

Dios, que se halla a punto de perecer! ... » Y no olvides que no has de cesar de gemir hasta que nos haya dado el penique, pues, de lo contrario, te arrepentirás.

Inmediatamente Hugo comenzó a gemir, a gruñir, a poner los ojos en blanco y a tambalearse, y cuando el desconocido se hubo acercado, se dejó caer al suelo delante de él, al mismo tiempo que lanzaba un chillido y se retorció en el polvo, como si estuviera en los estertores de la agonía.

—¡Oh, pobrecito, pobrecito! —exclamó el compasivo forastero bondadoso, ¡Cómo debe estar sufriendo! ¡Espera..., déjame auxiliarte—, infeliz muchacho!

—¡Oh, noble caballero! ¡Dios os bendiga por ser de tan elevado linaje y tan generoso! Pero cuando me da el ataque sufro horribles dolores si alguien me toca. Mi hermano podrá explicar a vuestra excelencia cuál es mi angustia cuando me hallo en este estado. ¡Un penique, señor, un

penique para comprar algo que comer y dejadme con mi amargura!

–¿Un penique? Te voy, a dar tres, pobre chico –dijo el desconocido metiéndose la mano en el bolsillo con apresuramiento nervioso–. Tómalos, pobrecillo, y que te sirvan de alivio. Ahora tú, ven acá, muchacho, y ayúdame a llevar a tu hermano a aquella casa, donde...

–Yo no soy su hermano –repuso el rey, interrumpiéndole.

–¡Cómo! ¿Que no eres su hermano?

–¡Oh! ¡Hay que oírle! Reniega de su hermano –gruñó Hugo, sin dejar de rechinar los dientes cuando éste está con un pie en el sepulcro...

–Verdaderamente, muchacho, has de tener el corazón muy duro si éste es tu hermano. ¿No te da vergüenza? ¿No ves que apenas puede mover la mano o el pie? Si no es tu hermano, entonces, ¿quién es?

–¡Un mendigo y un ladrón! Se ha quedado con las monedas que le habéis dado y al mismo tiempo os ha robado lo que llevabais en el bol-

sillo. Haríais un verdadero milagro de curación si golpearais con vuestro bastón sus espaldas y confiarais lo demás a la Providencia.

Pero Hugo no esperó el milagro. En un abrir y cerrar de ojos se levantó y huyó rápido como el viento perseguido por el caballero y sin dejar de dar gritos mientras corría. El rey, dando gracias al cielo por haber conseguido la libertad, huyó en dirección opuesta, y no aflojó la carrera hasta que se consideró fuera de peligro. Tomó el primer camino que se le ofrecía y pronto se halló muy lejos de aquella pequeña población. Siguió andando a paso ligero, tan de prisa como podía, durante varias horas, mirando a cada momento ansiosamente hacia atrás para convencerse de que no le perseguían, pero por fin sus temores dieron paso a una sensación de seguridad que le tranquilizó. Entonces notó que tenía hambre y que estaba muy fatigado. Se detuvo en una masía, pero cuando se disponía a hablar fue interrumpido y despedido bruscamente. Su ropa le desfavorecía. Comenzó a

vagar de una parte a otra indignado y decidido a no volver a sufrir un trato tan despectivo. Pero el hambre domina al orgullo, y por eso, al anochecer hizo una nueva tentativa en otra granja, pero esta vez le dio todavía peor resultado, pues fue insultado y le amenazaron con hacerle prender como merodeador si no se alejaba de aquellos parajes inmediatamente.

Vino la noche nublada y fría, y el pobre monarca seguía andando despacio con los pies doloridos. Se veía obligado a estar continuamente en movimiento, porque cada vez que se sentaba para descansar el frío le penetraba hasta los huesos. Todas sus sensaciones y lo que le iba ocurriendo a través de la melancólica oscuridad y de la extensa vacuidad de la noche, era para él nuevo y extraño. Oía a intervalos palabras y voces que se iban acercando y luego se disipaban en el silencio, y como no distinguía de los cuerpos de las personas que las pronunciaban más que una sombra informe y móvil, todo aquello tenía algo de espectral y pavoroso

que le hacía estremecer. De vez en cuando divisaba a lo lejos una lucecita oscilante, siempre muy lejana, como si estuviera en otro mundo. Cuando oía el sonido del cencerro de una oveja, era también vago, distante, confuso. De cuando en cuando se dejaban oír los ladridos quejumbrosos de un perro a través de una gran extensión invisible de campos y de bosques. Aquellos sonidos lánguidos y lejanos hacían pensar al reyecito que toda la actividad de la vida se hallaba muy lejos de él y que se encontraba ahora extraviado y sin amigos en una soledad inconmensurable.

Siguió avanzando con la espeluznante fascinación de aquella nueva aventura, con frecuentes sobresaltos causados por el suave murmullo de la hojarasca, que producía el efecto de cuchicheos humanos. De pronto se encontró ante la luz de un farol que se hallaba al alcance de su mano. Retrocedió hasta la penumbra y se quedó esperando. El farol alumbraba la puerta abierta de un granero. El rey dejó pasar unos

momentos. No se oía el menor ruido ni se notaba el menor movimiento. El estar allí quieto le hizo sentir un frío tan intenso, y aquel granero hospitalario era tan tentador, que el muchacho, al fin, decidió arriesgarlo todo y entrar. Penetró en él ligero y de puntillas y oyó voces a su espalda. Se acurrucó detrás de un tonel dentro del granero y vio entrar a dos labradores que llevaban el farol y que comenzaron a trabajar mientras iban hablando. El rey, mientras los dos hombres iban y venían con el farol, observó detenidamente lo que parecía ser un establo bastante anchuroso en el extremo del granero, y se prometió ir hasta allí a tientas tan pronto como estuviera solo. Se fijó también en un montón de mantas para caballo a mitad del trecho que tendría que recorrer para llegar al establo, y pensó cogerlas para el servicio de la corona de Inglaterra por una noche.

Por fin, los dos hombres terminaron su labor y se retiraron, llevándose el farol y cerrando la puerta. El rey, tiritando, se dirigió hacia el lugar

donde se hallaban las mantas, con toda la presteza que le permitía la penumbra. Las cogió y, sin tropezar, llegó a tientas al pesebre. Con dos de ellas se preparó una cama y se tapó con las otras dos. En aquel momento se consideraba un monarca feliz, a pesar de que dichas mantas eran viejas y delgadas y, por consiguiente, de escaso abrigo y, además, exhalaban un sofocante hedor de caballo.

Aunque el rey estaba hambriento y muerto de frío, se sentía al mismo tiempo tan cansado y soñoliento que estas dos últimas influencias empezaron pronto a aventajar a las primeras, y el pequeño monarca quedó en seguida en un estado de semiinconsciencia. Y luego, cuando estaba a punto de quedar completamente dormido, notó que le tocaban. Aquella impresión le desveló instantáneamente por completo y dio unas boqueadas para tomar aliento. El horror frío de aquel misterioso contacto en la oscuridad detuvo los latidos de su corazón. Se quedó inmóvil y escuchó, sin respirar apenas, pero no

oyó el menor ruido; todo estaba quieto. Siguió escuchando y esperó ansioso durante unos momentos, que le parecieron interminables, pero nada se movía tampoco, y continuaba reinando el silencio más absoluto. Volvió, pues, al fin, a quedar sumido en el sopor, pero, súbitamente, sintió de nuevo el misterioso contacto. Resultaba espantoso aquel ligero contacto de una presencia silenciosa e invisible que llenó al muchacho de terror a los espectros. ¿Qué iba a hacer? He aquí una pregunta a la que no acertaba a hallar contestación. ¿Abandonaría aquel refugio confortable para huir del insondable horror que le rodeaba? Pero, ¿adónde iría? No podría salir del granero, y la idea de ir andando a ciegas de un lado para otro en la penumbra, dentro de aquel cautiverio de cuatro paredes, perseguido continuamente por aquel fantasma, que a cada momento le amedrentaría con su espeluznante contacto en las mejillas o en los hombros, le resultaba intolerable. ¿Sería verdaderamente mejor quedarse allí y soportar la

tortura de pasar una noche de muerte en vida? No. Pero, ¿qué podía hacer? ¡Ah, no había más que una solución, y era alargar oportunamente la mano para agarrar aquel cuerpo invisible! ¡No había otro remedio, lo sabía perfectamente!

La idea resultaba muy sencilla, pero lo difícil era tener valor para llevarla a cabo. Tres veces extendió un poco la mano muy tímidamente en la oscuridad, pero la retiró en seguida con un espasmo de terror, no porque hubiera tocado algo, sino porque estaba seguro de que iba a hacerlo. Pero la cuarta vez estiró algo más el brazo y su mano tropezó con algo suave y caliente. Esto le dejó casi petrificado de espanto. Tal era su estado de ánimo que le era imposible suponer que aquello podía ser otra cosa más que un cadáver todavía caliente... Pensó que preferiría morir antes que atreverse a tocarlo otra vez, pero discurría de esta manera porque ignoraba la fuerza irresistible de la curiosidad humana. Al cabo de poco rato, su mano temblorosa volvía a palpar instintivamente y con

persistencia. Entonces encontró un mechón de pelo largo. Se estremeció, pero continuó palpando y encontró algo que parecía una cuerda caliente. Siguió tanteando cuerda arriba y descubrió que ¡se trataba de una inocente ternura!... porque la supuesta cuerda no era tal cuerda, sino la cola del animal.

Entonces el rey se sintió muy avergonzado por haber experimentado terror a causa de algo tan natural y desdeñable como lo es una ternera dormida. Sin embargo, se alegró de aquella inesperada compañía, que le daba calor y consuelo en su soledad, pues se había sentido tan abandonado que agradeció la presencia de tan humilde animal. Había sido tan maltratado y mortificado por sus semejantes, que era un consuelo la compañía de aquel ser de buen natural y temperamento apacible, por más que careciera de atributos más elevados. Así pues, decidió olvidar su rango y hacerse amigo del animal.

Mientras acariciaba el lomo cálido y lustroso (pues la ternera yacía junto a él al alcance de la

mano), se le ocurrió que podría serle útil en muchos sentidos. Trasladó su camastro junto a la bestia, y se tapó con la frazada extendiéndola asimismo sobre su nueva amiga, con lo cual se halló al cabo de un momento tan caliente y confortable como en los blandos canapés del palacio real de Westminster.

En seguida acudieron a su mente pensamientos agradables que venían a alegrar su existencia. Se veía libre de las repugnantes ligaduras de la servidumbre y del crimen, lejos de brutales y villanos malhechores, cobijado bajo un techo y con calor, en una palabra, era dichoso. Comenzó a soplar impetuosamente la borrasca nocturna que hacía temblar el viejo granero destartelado. Luego la fuerza del huracán disminuía a intervalos, pero el viento seguía silbando y gimiendo por las rendijas y las esquinas. Pero todo aquello era para el rey pura música, ahora que estaba cómodo y bien abrigado. Se arrimó más a la ternera y quedó dormido como un bendito, sumido en un sueño

profundo y sin pesadillas, sereno y tranquilo. Se oía a lo lejos el aullido de los perros, el mugido melancólico de las vacas, el lúgubre silbido del vendaval y la furia del chubasco que azotaba el tejado, pero la Majestad de Inglaterra siguió durmiendo imperturbable, y otro tanto hizo la ternera, un animal manso que no se dejaba turbar por la tormenta ni sentía reparo en dormir con un rey.

19. El príncipe de los campesinos

Cuando el rey se despertó a la mañana siguiente, muy temprano, se encontró con que una rata mojada, pero comodona, se había refugiado en el granero durante la noche, y junto a su pecho se había procurado una confortable cama, pero al ver su reposo turbado por el despertar del monarca, huyó veloz, mientras el rey sonreía, diciendo para sus adentros. «¡Pobre tonta! ¿Por qué tanto miedo? Yo estoy tan desamparado como tú. Sería vergonzoso que causara daño a un ser desvalido hallándome en la misma situación que él. Además, he de agradecerle el buen presagio de tu presencia, porque cuando un rey ha ido a caer tan bajo que hasta las ratas aprovechan su cuerpo para formar con él su cama, eso significa que su suerte tiene que cambiar forzosamente, pues no cabe duda que no le es posible ir a parar a una situación más miserable. »

Se levantó y salió del establo en el momento en que oía voces infantiles. La puerta del granero se abrió y entraron dos niñas, que al verle dejaron de hablar y reír, se detuvieron y se quedaron inmóviles, contemplándole con verdadera curiosidad. Luego se susurraron unas palabras al oído, se acercaron más al monarca, volvieron a detenerse, le miraron de nuevo con ojos escudriñadores y siguieron con sus cuchicheos. Poco después se mostraron más atrevidas y comenzaron a hablar en voz alta.

–Tiene una cara muy bonita –dijo una de ellas

–Y el cabello precioso –repuso la otra.

–Pero va bastante mal vestido.

–¡Y qué aspecto tan hambriento tiene!

Se le acercaron todavía más, rodeándole tímidamente y examinándole de pies a cabeza, como si se tratara de una nueva especie extraña de animalito, y por si llegaba el caso, pudiera morder, le observaban con cautela. Finalmente se detuvieron delante de él, y dándose la mano para protegerse mutuamente le estuvieron mi-

rando largo rato con ojos inocentes. Entonces una de ellas, armándose de valor, se decidió a preguntarle con honesta franqueza:

–¿Quién eres, muchacho?

–Soy el rey –contestó éste, con gravedad. Las niñas experimentaron un pequeño sobresalto, abrieron desmesuradamente los ojos y permanecieron medio minuto sin pronunciar palabra. Pero la curiosidad rompió el silencio.

–¿El rey? ¿Qué rey?

–El rey de Inglaterra.

Las niñas se miraron la una a la otra, después le miraron a él y volvieron a mirarse entre sí con admiración y asombró.

Una de ellas exclamó:

–¿Lo has oído, Margarita? Dice que es el rey. ¿Será cierto?

–¿Por qué no va a ser verdad, Prissy? ¿Por qué tendría que mentir? Porque, oye, Prissy, si no fuese cierto, sería falso... Claro que lo sería.

Piénsalo bien. Pues todas las cosas que no son verdad, son mentira... Y no puedes figurarte que no sea así.

Era éste un argumento que no admitía réplica, y las dudas de Prissy no tenían base donde apoyarse. Reflexionó un momento y luego hizo al rey todo el honor con estas simples palabras:

–Si eres verdaderamente el rey, te creo.

–Sí, en efecto, soy el rey.

El asunto quedó, pues, resuelto. La realeza de Su Majestad fue admitida sin más preguntas ni objeciones, y las dos chiquillas comenzaron en seguida a preguntarle cómo había ido a parar a su casa, por qué iba tan mal trajeado, adónde se dirigía y otras muchas cuestiones sobre el particular. Fue un gran consuelo para el monarca poder confiar sus sinsabores a alguien que le escuchara sin dudar de sus palabras y sin burlas. Relató, pues, su historia con todo detalle y ardor, hasta el extremo de olvidar por un momento que tenía hambre. Las dos pequeñas le escuchaban con profunda y tierna

simpatía. Pero cuando les explicó la última etapa de sus aventuras, y se enteraron de las largas horas que había pasado sin comer, le interrumpieron para salir corriendo del granero en busca de alimento.

El rey se sentía ahora alegre y feliz y pensaba: «Cuando vuelva a ocupar mi puesto en palacio, honraré siempre a los niños, porque recordaré que estas dos muchachas me han tenido confianza y me han socorrido, mientras que las personas de más edad, y que se creen más inteligentes se han burlado de mí y han creído que yo era un impostor. »

La madre de las niñas recibió al rey con afabilidad y se mostró muy compasiva, porque su desamparo y su inteligencia, al parecer perturbada, conmovieron su corazón de mujer. Era viuda y bastante pobre, circunstancia que le había hecho conocer el dolor de la penuria demasiado de cerca, para no tener piedad de los desgraciados. Se figuró que el niño loco se había extraviado y procuró averiguar su proceden-

cia para devolverlo a su familia. Pero todas sus diligencias con este objeto resultaron infructuosas. La expresión del muchacho y sus contestaciones demostraban que todo aquello a que la buena mujer aludía le era completamente desconocido. El monarca hablaba con gravedad y sencillez de los asuntos de la corte, y más de una vez el llanto entrecortó sus palabras al hacer referencia al difunto rey su padre. Y siempre que la conversación versaba sobre otros temas menos elevados, el muchacho no sentía interés por la plática y guardaba silencio.

La buena mujer estaba en extremo intrigada; pero no desistía en su empeño, y mientras cocinaba empezó a meditar sobre cuál sería la mejor manera de inducir al jovencito a que revelara su verdadero secreto. Le habló de las vacas, de las ovejas, de los distintos rebaños, pero el muchacho le escuchó con indiferencia. Por lo tanto, su suposición que pudiera ser un pastor era equivocada. Le mencionó los molinos, los tejedores, los caldereros, los herreros y toda

clase de oficios y profesiones, pero el resultado fue también negativo; hizo referencia a Bedlam, a las cárceles y a los asilos, pero con todo fracasaba. Sin embargo, no se daba por vencida, pensando que no le había hablado todavía del servicio doméstico. Sí, ahora estaba segura de que se hallaba sobre una buena pista. Probablemente el muchacho era un criado. La buena mujer encauzó la conversación sobre este punto, pero quedó igualmente decepcionada. El tema de encender fuego y del aseo de la casa pareció fastidiarle, y, finalmente, la buena mujer, perdida ya casi toda esperanza, le habló de la cocina. Con gran sorpresa y no menor satisfacción vio que las facciones del rey se animaban instantáneamente.

«¡Ah! –pensó–. ¡Por fin le he cazado», y se sintió orgullosa de su perspicacia y del tacto con que había conseguido su objetivo.

Ahora, su lengua, cansada de tanto charlar, aprovechó la ocasión para descansar un momento, porque el rey, inducido por el hambre y

por el aroma que esparcían las sartenes y las ollas, tomó entusiasmado la palabra y detalló con tal exactitud elocuente ciertos platos exquisitos, que al cabo de tres minutos la buena mujer dijo para sus adentros: «Esta vez estoy segura que he acertado... ¡Ha sido pinche de cocina!»

Entonces se extendió sobre los manjares con tal exaltación y tanto acierto, que la buena mujer pensó: «¡Dios mío! Pero ¿cómo puede estar enterado de tantos y tan exquisitos platos? Porque los que él cita sólo se comen en la mesa de los potentados y de la gente de alto rango. ¡Ah! ¡Ya comprendo! A pesar de lo harapiento, tiene que haber servido en palacio antes de perder la razón. No cabe duda que habrá sido pinche en la cocina del propio rey... Voy a ponerlo a prueba. »

Ansiosa de convencerse de su astucia, dijo al rey que podría cuidarse durante un rato de la cocina y añadir, si le parecía bien, uno o dos platos a su elección y antojo. Luego, haciendo

una seña a sus hijas para que le siguieran, salió de la estancia. Entonces el monarca murmuró:

–Hubo en la antigüedad otro rey de Inglaterra que tuvo también que encargarse de un trabajo como el que yo voy a hacer ahora. No rebaja, pues, mi dignidad una ocupación que el gran Alfredo se vio obligado a desempeñar. Pero voy a procurar cumplir mí cometido mejor que lo hizo él, puesto que dejó que se quemaran los pasteles. »

La intención era buena, pero el resultado no respondió a sus esperanzas, pues este monarca, como el de antaño, no tardó en quedar abstraído con sus importantes preocupaciones y le ocurrió el mismo contratiempo: sus viandas se quemaron. La buena mujer llegó a tiempo para salvar el almuerzo de su pérdida más completa, y pronto sacó de su ensimismamiento al rey con una viva reprimenda. Pero al ver lo turbado que estaba el pobre muchacho por haber cumplido tan mal el encargo, trocó en seguida

sus frases de censura por palabras de cariño y de bondad.

Comió luego el niño espléndida y satisfactoriamente, y se sintió con ello reconfortado y alegre. Fue una comida que se distinguió por un detalle curioso, y es que ambas partes prescindieron de todo cumplido, pero sin que ninguna de ellas se diera cuenta de dicha omisión.

La bondadosa mujer tenía intención de nutrir a aquel «vagabundo» con restos de comida, como se hace con un perro, pero se arrepentía tanto de haberle regañado, que hizo cuanto pudo para compensar su violencia, y con este objeto permitió que el muchacho se sentara a la mesa con la familia y comiera con sus «superiores» en términos de igualdad muy ostensibles, y el rey por su parte lamentaba tanto haber cumplido mal su cometido, después de haberse mostrado tan bondadosa para con él la familia, que se propuso hacerse dispensar su poco cuidado humillándose ahora hasta el nivel de ésta, en lugar de exigir a la mujer y a las niñas que

permanecieran de pie y le sirvieran mientras él ocupaba su mesa en solitario, como correspondía a su nacimiento y dignidad. A todos nos favorece prescindir de cuando en cuando de la altanería. La buena mujer se sintió satisfecha de su propia condescendencia generosa para con un vagabundo, y el rey, por su parte, se sintió también muy complacido por su propia humildad benigna ante una modesta campesina.

Cuando el almuerzo hubo terminado, la hacendosa mujer dijo al rey que lavara los platos. Esta orden hizo vacilar al soberano, que estuvo a punto de rebelarse, pero pensó: «Alfredo el Grande se encargó de los pasteles, y seguramente habría también lavado los platos..., por lo tanto, probaré de hacerlo. »

Y lo hizo bastante mal, con gran sorpresa suya, porque el lavado de cucharas de madera y de cuchillos le había parecido a primera vista cosa muy fácil. Era una faena fastidiosa, pero al fin la terminó. Comenzaba a impacientarse por

continuar su viaje; sin embargo, no tenía que abandonar tan precipitada y desdeñosamente la compañía de aquella amable mujer. Esta le encargó cosas de poca importancia que él llevó a cabo con bastante lentitud y con éxito regular. Después le puso en compañía de las niñas a mondar manzanas de invierno, pero el monarca demostró tan poca traza en aquella ocasión, que la mujer le retiró de aquella faena y le dio un cuchillo de carnicero para que lo afilara. Luego le tuvo cardando lana tanto rato que el muchacho empezó a darse cuenta que había hecho extraordinariamente la competencia al rey Alfredo... Y decidió «dimitir» de su cargo. En efecto, cuando después de la comida, la mujer le presentó un cesto con unos gatitos para que los ahogara, consideró que aquélla era la ocasión oportuna para negarse a cumplir el encargo..., pero sobrevino una inesperada interrupción: Juan Canty, con una caja de baratillería a cuestas y en compañía de Hugo.

. El rey descubrió a aquellos perillanes cuando se acercaban por la verja de la fachada, antes de que ellos pudieran darse cuenta de su presencia. Por consiguiente, dejó correr lo de la dimisión, cogió el cesto con los gatitos y salió por la puerta posterior sin decir palabra. Dejó los animalitos en un cobertizo contiguo a la casa y salió a escape por una angosta callejuela.

20. El príncipe y el ermitaño

El alto seto le ocultaba ahora a la vista de quienes estaban en la casa y, bajo el impulso de un terror implacable, el muchacho echó a correr con todas sus fuerzas en dirección a un bosque lejano. No miró hacia atrás hasta que hubo alcanzado el refugio de la floresta. Entonces, al observar la lejanía, divisó a gran distancia dos figuras, que no se entretuvo en examinar detalladamente, pues su aparición fue suficiente para que el monarca reemprendiera la carrera sin aflojar su velocidad hasta que estuvo muy adentrado entre la arboleda y en la semioscuridad del crepúsculo. Entonces se detuvo, convencido de que estaba bastante a salvo. Escuchó atentamente y pudo comprobar un silencio profundo y solemne..., que incluso causaba pavor. Agudizando continuamente el oído, percibía, con largos intervalos, algún sonido, pero tan remoto, hueco y misterioso, que no parecía ser un rumor real, sino el gemido de

algún espectro que venía a aumentar el horror de aquella quietud imponente.

Al principio, la intención del monarca era quedarse allí hasta el amanecer, pero pronto un escalofrío recorrió su cuerpo sudoroso, y para recobrar el calor se vio obligado a seguir andando. Avanzó por el bosque en línea recta, esperando encontrar un camino, pero su confianza quedó defraudada. Continuó avanzando, y cuanto más andaba, la espesura del bosque parecía ser más densa. Aumentaba la penumbra y el rey comprendió que llegaba la noche oscura, y se estremeció al pensar que tendría que pasarla en un lugar tan sombrío y solitario. Procuró, pues, acelerar el paso, pero avanzaba menos aún, porque como no veía lo bastante para saber dónde ponía los pies, tropezaba continuamente con multitud de raíces y se enredaba en un sinfín de matorrales.

¡Cuál no fue su júbilo al divisar, por fin, el destello de una luz! Se acercó a ella cautelosamente, deteniéndose una y otra vez para mirar

a su alrededor y escuchar. La luz procedía de una ventana sin cristales de una pequeña cabaña destartalada. El muchacho oyó una voz y se disponía a echar de nuevo a correr y a ocultarse, pero se tranquilizó y no lo hizo, al darse cuenta de que aquella voz estaba rezando. El monarca se deslizó silenciosamente hasta la ventana, se puso de puntillas y miró al interior de la choza. La estancia era pequeña y el pavimento de tierra endurecido a fuerza de ser pisado. En un rincón se veía un camastro de junco con una o dos mantas hechas jirones, y junto a él un cubo, un cazo, una jofaina y varias ollas, cacerolas y sartenes. También había en aquel cuarto un banco estrecho y un taburete de tres patas, en el hogar quedaba el rescoldo de una fogata de leña. Ante una capillita, iluminada por una sola vela, un anciano, arrodillado, estaba orando. Tenía a su lado, encima de una caja de madera vieja, un libro abierto y una calavera. Era un hombre alto y huesudo, de cabello y barba blancos como la nieve. Vestía

una túnica de pieles de cordero que le cubría el cuerpo desde la garganta hasta los pies.

«¡Un santo ermitaño! –dijo el rey para sí–. Esta vez he estado verdaderamente de suerte.»

El ermitaño se levantó y el monarca llamó a la puerta. Una voz grave contestó:

–Entrad, pero dejad fuera el pecado, porque la tierra donde vais a poner el pie es santa.

El monarca entró y se detuvo. El ermitaño le dirigió una mirada inquieta y centelleante y le preguntó:

–¿Quién eres?

–Soy el rey –repuso el muchacho con plácida sencillez.

–¡Bien venido, rey! –exclamó el ermitaño, con entusiasmo. Y con actividad solícita, y sin dejar de repetir: «¡bien venido!, ¡bien venido!», preparó el banco, hizo sentar al rey junto al fuego, echó al rescoldo algunos troncos, y finalmente se puso a pasear de uno a otro lado de la estancia. ¡Bien venido! ¡Bien venido! –añadió–. Fueron muchos los que se presentaron aquí en bus-

ca de santo asilo, pero como no eran dignos de hospitalidad, no fueron admitidos... Pero un rey que desdeña su corona y los vanos esplendores de su alta dignidad y se viste de andrajos para dedicar su vida a la santidad y a la mortificación de la carne, un monarca de este carácter sí que es digno de penetrar en este santuario para permanecer en él hasta la hora de su muerte. ¡Bien venido!

El rey se apresuró a interrumpirle con intención de explicarle el caso, pero el ermitaño no le escuchaba, ni parecía oírle, y prosiguió su plática con energía creciente:

–Aquí podrás estar tranquilo. Nadie encontrará tu refugio y, por lo tanto, no te molestarán con súplicas para que vuelvas a esa vida insustancial y necia que Dios te ha inducido a abandonar. Te dedicarás a la oración y leerás la Biblia; meditarás sobre las locuras y las decepciones de este mundo y sobre la existencia sublime del venidero; te alimentarás de mendrugos y de hierbas y te martirizarás cada día dándote azo-

tes para purificar tu alma. Llevarás una camisa de esparto que te toque a la piel, beberás únicamente agua y podrás vivir en paz. Sí, podrás estar completamente tranquilo, porque el que venga en tu buscase marchará chasqueado. No le será posible hallarte y no te podrá molestar. El viejo ermitaño, sin dejar de pasear de un lado a otro, cesó de hablar en voz alta y comenzó a murmurar muy quedo, El monarca aprovechó la ocasión para relatar sus aventuras, con una elocuencia inspirada por la inquietud y el temor, pero el anciano siguió musitando entre dientes sin escucharle. De pronto, acercándose al rey, le dijo gravemente:

—¡Chist! Voy a revelarte un secreto.

Se inclinó para comunicárselo, pero se contuvo y se puso en actitud de estar escuchando. Al cabo de un rato se aproximó de puntillas al marco de la ventana, asomó la cabeza y miró en la oscuridad. Luego volvió otra vez de puntillas, acercó su cara a la del rey y le susurró al oído:

–¡Soy un arcángel!

El rey experimentó un violento sobresalto y dijo para sus adentros:

«¡Dios quiera que me vuelva a hallar con los malhechores porque ahora esto es peor, me veo prisionero de un loco!»

Sus temores se acentuaron y se traslucieron en sus facciones. El ermitaño siguió diciendo en voz baja, muy excitado:

–Veo que percibes mi halo. Tu semblante revela temor. Nadie puede permanecer en este ambiente sin, sentirse afectado de este modo, porque es el mismo éter del cielo. Yo voy al paraíso y vuelvo en un abrir y cerrar de ojos. Hace cinco años que en este mismo lugar fui convertido en arcángel por unos ángeles enviados del cielo para conferirme esta excelsa dignidad. Su presencia inundó este sitio de irresistible luz.. ¡Y se arrodillaron ante mí, rey! ¡Sí, se arrodillaron ante mí porque yo era más grande que ellos! Yo he andado por las regiones celestiales y he hablado con los patriarcas. Toca mi

mano; no temas... ¡Acabas de tocar una mano que fue estrechada por Abraham, Isaac y Jacob! ¡Anduve por los ámbitos celestes y vi la divinidad cara a cara!

Hizo una pausa como para dar mayor solemnidad a sus palabras, y cambiando de expresión, exclamó, indignado:

—Sí, soy un arcángel, ¡un *simple arcángel!*... ¡Yo que hubiera podido ser papa! Es cierto. Me lo dijeron en sueños desde el cielo, hace veinte años... ¡Tenía que ser papa! ¡Pero el rey disolvió mi institución religiosa, y yo, pobre anciano, ignorado y sin amigos, me vi desamparado y sin hogar en el mundo, privado de mis elevados destinos!

Dicho esto volvió otra vez a murmurar muy quedo, y comenzó a golpearse la frente con el puño, con una furiosa exaltación tan sincera como inútil, profiriendo de vez en cuando alguna maldición rabiosa y repitiendo patéticamente:

—¡Y no soy más que un arcángel, yo que hubiera podido ser papa!

Y así continuó durante una hora, mientras el pobre reyecito estaba sentado sufriendo. De repente, cesó el frenesí del anciano, y se mostró de nuevo muy afable. Su voz bajó de tono, y como cayendo de las nubes, comenzó a charlar con tanta sencillez y tal humanidad que pronto cautivó el corazón del rey. El viejo devoto hizo acercar más el muchacho al fuego para que estuviera más confortable, le curó los rasguños y contusiones con mano experta y cariñosa, y se puso a preparar la cena, todo ello sin cesar de charlar agradablemente, y acariciando de vez en cuando las mejillas o la cabeza del muchacho con tanta ternura, que poco después todo el temor y la antipatía que el monarca había sentido al principio para con el arcángel se trocaron en respeto y afecto hacia el anciano.

Este estado de felicidad siguió sin interrupción mientras los dos estuvieron cenando. Luego, después de una oración ante la capilla, el

ermitaño acostó al muchacho en un cuartito contiguo, y lo arropó con tanto celo como una madre; y así, con una caricia de adiós, le dejó, fue a sentarse junto al fuego y comenzó a atizar las brasas con aire abstraído. De pronto se quedó quieto y, reflexionando un instante, se golpeó varias veces la frente con la mano como si tratara de recordar algún pensamiento que había huido de su memoria. Al parecer, no pudo lograrlo y, levantándose vivamente, entró en el cuarto de su huésped y preguntó:

—¿Eres el rey?

—Sí —contestó el jovencito soñoliento.

—¿Qué rey?

El de Inglaterra.

—¡De Inglaterra! Entonces, ¿Enrique ha muerto?

—¡Ay! Así es, en efecto. Yo soy su hijo.

El ermitaño frunció el entrecejo y crispó sus manos huesudas con energía vengativa. Permaneció unos momentos de pie, respirando

afanosamente y tragando saliva repetidas veces, y luego dijo con voz ronca:

–¿No sabes que él nos dejó sin casa ni hogar en este mundo?

No obtuvo contestación. El anciano se inclinó y contempló con mirada escudriñadora el semblante plácido del muchacho, y su respiración acompasada.

«Duerme, duerme profundamente –dijo para sí. Y dejando de fruncir el ceño, su semblante dio paso a una expresión de satisfacción maligna. Por las facciones del jovencito dormido vagaba una sonrisa. El ermitaño murmuró–: Así pues, su corazón se siente dichoso. »

Y se apartó de allí. Comenzó entonces, furtivamente, a dar vueltas buscando algo, deteniéndose de vez en cuando para escuchar o para dirigir una mirada rápida a la cama del muchacho, sin dejar de refunfuñar. Por fin encontró lo que, al parecer, necesitaba: un cuchillo de carnicero viejo y enmohecido y una piedra de afilar. Se agachó después junto al fuego y se

puso a afilar el cuchillo suavemente mientras iba gruñendo, mascullando, refunfuñando sin cesar. El viento gemía en aquel lugar solitario, y las voces misteriosas de la noche flotaban por el espacio hasta muy lejos. Los ojos brillantes de algunas ratas y ratones atrevidos contemplaban al viejo a través de diversas grietas y rendijas, pero el ermitaño continuaba su labor, completamente abstraído y sin parar mientes en lo que le rodeaba.

A largos intervalos pasaba el dedo pulgar por el filo del cuchillo y movía la cabeza con aire de satisfacción.

–Se va afilando –decía–, sí, se va afilando...

No parecía darse cuenta del paso del tiempo y seguía trabajando tranquilamente, absorto en sus pensamientos que, a veces se traducían en frases coherentes.

–¡Su padre nos causó mucho daño, nos destruyó y ha sido arrojado al fuego eterno! ¡Sí, al fuego eterno! Se nos escapó..., pero fue la voluntad de Dios y no tenemos que quejarnos.

Pero no se ha librado del fuego eterno..., del devorador, incommovible y cruel juego... y allí sufrirán *ellos* eternamente.

Y así seguía afilando y afilando; murmuraba... de vez en cuándo reía entre dientes o profería nuevas frases:

–Su padre fue nuestra desgracia... Yo no soy más que arcángel; si él no lo hubiera impedido, sería papa.

El rey se movió y el ermitaño se acercó sigilosamente a su lecho y se arrodilló, inclinándose sobre el cuerpo del muchacho con el cuchillo levantado. El muchacho volvió a moverse y sus ojos se abrieron un instante, pero sin mirar, sin ver nada. Inmediatamente su respiración pausada demostró que su sueño volvía a ser profundo.

El ermitaño observó y escuchó un instante sin cambiar de actitud y sin respirar apenas. Luego bajó lentamente el brazo y se apartó, diciendo:

–Ya es mucho más de medianoche... A lo mejor se le antoja ponerse a gritar en el preciso momento en que pase alguien.

Se deslizó a otra habitación, recogiendo aquí un harapo, allá una correa y más allá otro harapo, y luego volvió, y con mucho cuidado, consiguió atarle los pies. Intentó después atarle también las manos, pero el muchacho apartaba a cada momento una u otra mano cuando el viejo se disponía a juntarle las muñecas para sujetarlas con la ligadura. Por fin, cuando el arcángel comenzaba ya a desesperarse, el rey cruzó las manos por sí mismo y poco después estaban ya atadas. Luego le pasó una venda por debajo de la barbilla y por encima de la cabeza, donde la ató fuertemente y con tanto cuidado y suavidad, despacio Y haciendo los nudos con tal mafia, que el muchacho siguió durmiendo tranquilamente durante la operación, sin hacer el menor movimiento.

21. Hendon acude a rescatarlo

El viejo, agachado, se apartó deslizándose como un gato acercó el banco. Luego se sentó en él, con medio cuerpo iluminado por la débil luz oscilante y la otra mitad medio oculta en las sombras; y así, con los ávidos ojos fijos en el jovencito dormido, siguió velando allí, sin preocuparse del tiempo que pasaba y sin dejar de afilar suavemente el cuchillo, mientras seguía murmurando y haciendo muecas. Por su aspecto y su actitud se hubiera dicho que era una horrible araña monstruosa que se estaba ensañando contra un pobre insecto indefenso aprisionado en su tela.

Después de largo rato, el anciano, que continuaba escudriñando con la mirada, aunque no lograba ver nada, porque su espíritu había quedado sumido en una ausencia soñolienta, notó de pronto que los ojos del muchacho estaban abiertos y que contemplaban el cuchillo con indecible espanto. Una sonrisa de satisfac-

ción diabólica animó el semblante del viejo, que sin cambiar de actitud ni de ocupación, exclamó:

–Hijo de Enrique VIII, ¿has rezado?

El muchacho luchó inútilmente contra sus ligaduras y al mismo tiempo pronunció unas palabras confusas entre dientes, pues tenía las mandíbulas sujetas, que más bien eran sonidos incoherentes, pero que el ermitaño interpretó como contestación afirmativa a su pregunta.

–Entonces reza de nuevo, di la oración de los moribundos.

El muchacho se estremeció y su rostro se puso pálido, Renovó sus esfuerzos para quedar libre, retorciéndose hacia un lado y hacia otro frenética y desesperadamente para romper sus ligaduras, pero todo fue inútil. Entretanto, el viejo ogro no dejaba de contemplarle sonriendo y moviendo la cabeza, mientras iba afilando tranquilamente el cuchillo.

De vez en cuando murmuraba:

—Los momentos que te quedan son contados; son pocos y preciosos. ¡Reza, reza la oración de la hora de la muerte!

El muchacho lanzó un gemido de desesperación y, jadeante, cesó en sus esfuerzos. Asomaron las lágrimas a sus ojos y fueron deslizándose una tras otra por sus mejillas, pero aquel cuadro lastimero no conmovió al anciano salvaje.

Se acercaba ya la hora del amanecer. El ermitaño lo advirtió y habló con dureza, pero también con cierto temor nervioso en la voz:

—¡No puedo permitir este éxtasis por más tiempo! La noche ha transcurrido ya. Parece que haya sido un momento..., sólo un instante. ¡Ojalá hubiese durado un año! Semilla del expoliador de la Iglesia, cierra esos ojos que van a perecer... Y si temes levantar la vista...

Lo demás que iba diciendo se perdió en un murmullo inarticulado. El anciano cayó de rodillas, cuchillo en mano, y se inclinó, amenazador, sobre el jovencito quejumbroso.

¡Cuidado! Se oía un murmullo de voces junto a la choza, y el cuchillo cayó de manos del ermitaño. Este echó una piel de cordero sobre el muchacho y se levantó tembloroso. El murmullo iba en aumento, y pronto las voces se convirtieron en roncos gritos de indignación. Siguieron a éstos otros gritos de socorro, ruido de golpes y de pasos rápidos que se alejaban. Inmediatamente resonaron en la puerta de la cabaña unos tremendos aldabonazos seguidos de una voz que exclamó:

—¡Ea! ¡Abrid! ¡Y más que de prisa, en nombre de todos los diablos!

¡Ah, bendita voz, mucho más agradable que toda la música que había llegado hasta entonces a oídos del rey, porque era la voz de Miles Hendon!

El ermitaño, rechinando los dientes con la rabia de la impotencia, salió del cuarto precipitadamente, cerró la puerta tras de sí, e inmediatamente el rey oyó el siguiente diálogo que tenía lugar delante de la «capilla»:

–Recibid mi homenaje y mi saludo, reverendo señor. ¿Dónde está el muchacho? ¿Dónde está *mi* muchacho?

–¿Qué muchacho, amigo?

–¿Qué muchacho? No me vengáis con mentiras ni con engaños, señor ermitaño, que no estoy de humor para aguantar gazmoñerías. Pillé por estos alrededores a los truhanes que me lo robaron, y les he obligado a confesar que el chico se les había escapado nuevamente y que le habían seguido hasta la puerta de esta cabaña. Me han enseñado las huellas de los pies del muchacho. Y no os entretengáis, porque si no me lo entregáis en seguida... ¿Dónde está?

–¡Oh, buen señor! ¿Tal vez os referís al vagabundo harapiento que vino aquí ayer noche? Puesto que una persona como vos se interesa por un granujilla como ése, sabed, pues, que le he enviado a un recado y que no tardará en volver.

–¿Cuánto tardará? ¿Cuánto tardará? Vamos, no perdamos el tiempo. ¿No puedo alcanzarle? ¿Cuánto tardará en volver?

–No hay necesidad de que os molestéis. Volverá en seguida.

–Está bien. Procuraré esperar. Pero vamos a ver..., un momento. ¿Decís que le habéis enviado a un recado? Eso es mentira, porque estoy seguro que él no habría ido. Si os hubieseis atrevido a tal insolencia, os habría tirado de vuestras viejas barbas... Y no hubiera ido a recado de ninguna especie, ni por vos ni por nadie. ¡Habéis mentido!

–Por otro *hombre* no lo hubiera hecho, pero yo no soy un hombre.

–¿Qué sois, pues, en nombre de Dios, qué sois?

–Es un secreto... Tened cuidado en no divulgarlo. Soy un arcángel.

Miles lanzó una exclamación exaltada, seguida de estas palabras:

–Esto explica perfectamente su complacencia. De sobra sabía yo que no iba a mover ni pie ni mano para servir a ningún mortal, pero incluso un rey ha de obedecer cuando un arcángel le da una orden. Permitidme... ¡Silencio! ¿Qué ha sido este ruido?

Entretanto, el reyecito había estado en su cuarto temblando alternativamente de terror y de esperanza, poniendo en sus gemidos de desesperación toda la fuerza que podía dar a su voz, confiando en hacerla llegar a oídos de Hendon, pero viendo siempre con amarga angustia que no daban ningún resultado. Por eso esta última observación de su protector llegó a sus oídos y le produjo el mismo efecto que el del hálito vivificante de la campiña en flor a un moribundo. Hizo pues, un esfuerzo supremo, en el preciso instante en que el ermitaño decía:

–¿Ruido? No he oído más que el viento.

–Quizá fue el viento. Sí, habrá sido el viento. Lo he estado oyendo débilmente mientras...

¿Otra vez? Entonces no es el viento. ¡Qué sonido tan extraño! ¡Vamos a ver qué es!

La alegría del rey era casi irresistible. Sus pulmones agotados hicieron un terrible esfuerzo con la última esperanza, pero las quijadas sujetas y la piel de cordero que le cubría ahogaron el grito. El corazón del pobre chico quedó sumido en la desesperación al oír que el ermitaño decía:

–¡Ah! Ha venido de fuera... Creo que de esos matorrales cercanos. Venid, yo os guiaré.

El rey oyó que los dos salían hablando y que el rumor de sus pasos se perdía muy pronto, y se quedó solo en un silencio lúgubre de mal, presagio.

Le pareció un siglo entero el largo rato que transcurrió hasta que se acercaron de nuevo los pasos y las voces, y esta vez oyó, además, el choque de las herraduras de un caballo, y poco después a Hendon que decía:

–No espero más, no puedo esperar más. Seguramente se habrá extraviado por la espesura

de ese bosque. ¿Qué dirección ha tomado? Decídmelo en seguida.

–Se ha dirigido..., pero esperad; iré con vos.

–Bueno, bueno. La verdad es que sois más buen hombre de lo que parecéis. Me figuro que no hay otro arcángel con mejor corazón que el vuestro. ¿Queréis montar? Podéis subir en el asno que he traído para mi muchacho o ceñir con vuestras santas piernas el lomo de esta despreciable mula que me he procurado. Y por cierto que me hubiera considerado engañado con ella, aunque me hubiese costado menos de un penique.

–No. Montad vuestra mula y conducid el asno. Yo voy más seguro a pie.

–Entonces hacedme el favor de cuidaros del animalito mientras yo arriesgo mi vida con mi intento de cabalgar encima del animal mayor.

Siguió a este diálogo un fuerte barullo de coques, saltos y maldiciones.

Luego, con dolor indecible, el rey preso y maniatado, notó que las voces y los pasos se

alejaban y se extinguían. Entonces perdió toda esperanza y sintió su corazón terriblemente oprimido por una desesperación profunda.

«Mi único amigo ha sido engañado –pensó—. Ahora volverá el ermitaño y... »

Suspiró y se puso en seguida a forcejear con afán frenético para deshacerse de sus ligaduras, hasta lograr apartar la piel de cordero que le estaba asfixiando.

De pronto, oyó que se abría la puerta y se le heló la sangre de espanto, pues le parecía sentir ya el cuchillo en su garganta. El pánico le hizo cerrar los ojos, y el mismo terror se los hizo abrir de nuevo... ¡y vio delante de él a Juan Canty y a Hugo!

De haber tenido libres las quijadas, habría exclamado: «¡Gracias a Dios!»

Un momento después, sus miembros estaban desatados, y sus capturadores, asiéndole cada cual de un brazo, se lo llevaron a toda prisa a través del bosque.

22. Víctima de una traición

Nuevamente «el rey Fufú I» se halló entre los vagabundos y malhechores, de cuyas burlas y bromas soeces volvió a ser blanco otra vez, y, de cuando en cuando, víctima del despecho de Canty y de Hugo, tan pronto como el jefe volvía la espalda. Sólo estos dos le odiaban, pues todos los demás forajidos le admiraban por su valor y firmeza, e incluso había alguno que le quería. Durante dos o tres días, Hugo, a cuyo cargo y custodia se hallaba el rey, hizo oculta-mente todo lo que pudo para fastidiar al muchacho, y por la noche, durante las orgías habituales, divirtió a los reunidos, causándole pequeñas molestias malignas, siempre fingidamente por casualidad.. Dos veces pisó los pies del rey, como sin querer, y el monarca, como convenía a su realeza, aparentó desdeñosamente no darse cuenta de los pisotones pero a la tercera vez que Hugo repitió la mofa, el, rey le derribó al suelo de un garrotazo, con gran

alegría de la tribu. Hugo, enfurecido y avergonzado, dio un salto, cogió a su vez una estaca y se lanzó furiosamente contra su pequeño adversario. Se formó inmediatamente un corro en torno de los gladiadores y comenzaron las apuestas y los vítores. Pero el pobre Hugo estaba de mala suerte. Su esgrima vulgar e inhábil no podía servirle de nada al contender con un brazo que había sido adiestrado por los primeros maestros de Europa en el arte de las paradas, ataques a fondo y toda clase de bastonazos y estocadas. El reyecito, alerta, desviaba y paraba la copiosa lluvia de golpes con tal graciosa y ágil desenvoltura, y con una facilidad y precisión tales, que causaron la admiración y el entusiasmo de los espectadores; y de vez en cuando, tan pronto como sus ojos escudriñadores hallaban la ocasión, rápido como un relámpago, descargaba un golpe sobre la cabeza de Hugo, con lo cual había que oír la tempestad de aplausos y risas que se desencadenaba entre aquella turba maravillada.

Al cabo de quince minutos, Hugo, apaleado, lleno de chichones, magullado y convertido en el blanco de un inclemente bombardeo de befas y escarnios, abandonó el campo, y el héroe indemne de la lucha fue cogido y llevado en hombros alegre y tumultuosamente por aquella chusma hasta el puesto de honor, al lado del jefe, donde con aparatosa ceremonia fue coronado rey de los gallos de pelea³.

Luego se anunció solemnemente que su título anterior de «Rey Fufú» quedaba suprimido y que quien, en lo sucesivo, lo pronunciara incu-

³ La lucha de gallos, llamada en inglés "cocks fight" o "cocks game", es un espectáculo muy popular en Inglaterra. Tiene lugar en un pequeño "ring"; los animalitos van provistos de espolones metálicos, y las apuestas no se pagan hasta que el gallo vencedor entona el canto de la victoria, señal segura de que el contrincante ha muerto, (N. del T.)

riría en la pena irremisible de ser expulsado de la cuadrilla. Sin embargo, fracasaron todas las tentativas de aquellos perillanes para que el rey prestara su colaboración en sus numerosas fechorías, pues éste se negaba a hacer nada, y continuamente intentaba escapar. El primer día después de su regreso, fue arrojado a la cocina y dejado allí sin ningún género de vigilancia, y no sólo salió de ella con las manos vacías, sino que trató de soliviantar a sus compañeros. Luego le mandaron a ayudar a un calderero, pero no quiso trabajar y amenazó a éste con el hierro de soldar. Hugo y el artesano se pasaron el rato forcejeando con él para impedir que huyera. No hacía sino lanzar amenazas, con toda la fuerza de su real autoridad, a todo aquel que coartara sus derechos o quisiera darle órdenes. Junto con Hugo, una mujer harapienta y un niño enfermo, fue enviado a mendigar por las calles, con muy pobre resultado, pues rehusó tomar parte en las actividades del grupito.

Transcurrieron algunos días, y todas las miserias, la vulgaridad, el cansancio y la bajeza de aquella existencia errante llegaron a hacerse tan insoportables para el cautivo, que éste comenzó a pensar que el haberse librado del cuchillo del ermitaño, era todo lo más un breve aplazamiento de la muerte.

Pero por la noche, en sueños, lo olvidaba todo y disfrutaba con la ilusión de verse de nuevo gobernando, sentado en su trono. Esto, naturalmente, aumentaba el desespero ante la dolorosa realidad al despertar, y así la mortificación de cada nueva mañana, de las pocas que transcurrieron entre su vuelta a la esclavitud y la pelea con Hugo, fue cada vez más amarga y más insoportable.

A la mañana siguiente después de la referida contienda, Hugo se levantó con el corazón henchido de deseos de venganza contra el rey. Entre sus mal intencionados propósitos, tenía en particular dos planes: Uno de ellos consistía en infligir a aquel muchacho una humillación sin-

gular a su espíritu altanero y a su pretendida realeza «imaginaria»; y en caso de fracasar, su otro plan era acusar al rey de haber cometido un crimen de cualquier índole y entregarlo a las implacables garras de la justicia.

Para llevar a cabo su primer plan, se propuso poner un «clima» en la pierna del rey, lo cual comprendió que le mortificaría extraordinariamente, y tan pronto como el referido «clima» surtiera su efecto, pensaba lograr la ayuda de Canty para obligar al rey a exponer la pierna a los transeúntes de cualquier camino y pedir limosna. «Clima» era el término de la jergonza que hablaban los perillanes para designar una llaga artificial que producían por medio de una pasta o cataplasma de cal viva, jabón y moho de hierro viejo, extendida sobre un pedazo de cuero y atada después fuertemente en contacto con la pierna. Esta aplicación hacía saltar pronto la piel dejando a la vista la carne viva y muy irritada. Después frotaban sangre sobre la parte llagada que, al secarse, quedaba con un color

oscuro y repugnante, y por último, aplicaban un vendaje de trapos manchados muy hábilmente, para que asomara la asquerosa úlcera e inspirara compasión a los transeúntes.

Hugo consiguió la colaboración del calderero a quien el rey había amenazado con el soldador. Lleváronse al muchacho a una fingida correría en busca de trabajo, y tan pronto como consideraron que nadie podía verles desde el campamento de la cuadrilla, le derribaron al suelo, y mientras el calderero le sostenía fuertemente Hugo le aplicó la cataplasma en la pierna.

El rey, enfurecido y entre una tempestad de protestas y de amenazas, prometió rabiosamente que les haría ahorcar a los dos tan pronto como tuviera de nuevo el cetro en sus manos. Pero los dos rufianes le sujetaron todavía con más fuerza y se divirtieron haciendo mofa de su impotente indignación y de sus amenazas.

Así continuaron hasta que comenzó a producir sus efectos la cataplasma, y poco rato des-

pués el resultado hubiera sido completo si no hubiese habido interrupción... Pero la hubo, pues el esclavo que había pronunciado el discurso censurando las leyes de Inglaterra apareció en escena y puso término a la indigna operación, arrancando y rasgando las vendas y la cataplasma.

Entonces el rey pretendió coger el palo que llevaba su libertador para calentar inmediatamente la espalda de los dos rufianes, pero el hombre aquel le aconsejó que no lo hiciera, porque su actitud podría causar disgustos y mejor sería dejar el asunto para por la noche, puesto que entonces, cuando toda la tribu estuviera reunida, la gente extraña no se arriesgaría a venir a interrumpirles para intervenir en sus asuntos. Volvieron los cuatro al campamento y el libertador del rey relató al jefe todo lo ocurrido.

Este escuchó, meditó, y finalmente decidió que no dedicaran al jovencito a mendigar, pues, evidentemente, era digno de una ocupación

mejor y más elevada... Por consiguiente, le ascendió a la categoría de ladrón.

Hugo estaba más que satisfecho, pues había procurado que el rey robara sin conseguirlo, pero ahora no podría negarse a hacerlo, pues era una orden del jefe y no iba a atreverse a desobedecer. Planeó, pues, una correría para aquella misma tarde, con el propósito de hacer caer al muchacho en manos de la ley, en forma tan hábil que pareciese casualidad y no cosa hecha adrede, porque el «rey de los gallos de pelea» era ya popular, y la cuadrilla seguramente no trataría con mucha consideración a uno de los suyos que cometiese la grave traición de entregar a un compañero al enemigo común, que era la justicia.

Hugo salió, pues, oportunamente, con su víctima en dirección a un pueblo vecino, y los dos fueron andando lentamente de calle en calle, uno de ellos esperando la ocasión propicia que ofreciera la seguridad de consecución de su miserable propósito, y el otro esperando

con no menos interés ansioso el momento favorable de poder huir y librarse para siempre de su infamante cautiverio.

Ambos se dejaron perder algunas ocasiones bastante prometedoras, porque en su fuero interior el uno y el otro estaban decididos a proceder aquella vez con toda seguridad y a no dejarse llevar nunca más por febriles impulsos de resultado dudoso.

Fue a Hugo a quien se le presentó primero la ocasión anhelada, porque al fin apareció una mujer que llevaba un gran paquete en un cesto. Los ojos de Hugo lanzaron destellos de júbilo perverso. Este dijo para sus adentros:

«¡Magnífico! ¡Si puedo acusarte de este delito, estarás bien fresco, "rey de los gallos de pelea!"»

Aguardó al acecho, al parecer con paciencia, pero en realidad con gran excitación interior, hasta que hubo pasado la mujer y consideró que había llegado ya el momento. Entonces dijo, muy quedo:

–Espera aquí hasta que yo vuelva. Y fue, cautelosamente, al encuentro de su víctima.

El corazón del rey se llenó de alegría, pues si el proyecto de Hugo llevara a éste algo lejos, él podría escaparse. Pero no tuvo esta suerte.

Hugo se deslizó detrás de la mujer, le arrebató el paquete, y volvió corriendo mientras lo envolvía en un pedazo de manta vieja que llevaba en el brazo. La mujer, al notar la disminución de peso del contenido de su cesto, se dio cuenta del hurto comenzó a dar gritos. Hugo, sin detenerse, puso el paquete en manos del rey, diciéndole:

–Ahora echa a correr tras de mí gritando: «¡Ladrones! ¡Ladrones!», pero procura despistarlos.

Un momento después, Hugo dio vuelta a una esquina, penetró en un callejón, y volvió a aparecer en seguida ostensiblemente, con perfecta indiferencia y aire inocente, y, situándose detrás de un poste, se quedó observando el resultado de su añagaza.

El ofendido rey tiró el paquete al suelo y la manta lo dejó al descubierto en el preciso momento en que llegaba la mujer robada, seguida de un tropel de gente. La mujer asió con una mano la muñeca del rey, cogió con la otra el fardo que recuperaba y comenzó a dirigir una serie de improperios al jovencito que se esforzaba en vano para desasirse. Hugo acababa de presenciar lo suficiente. Su enemigo había sido capturado y la ley se encargaría ahora del resto. Se escurrió, pues, satisfechísimo y sonriente y se encaminó hacia el campamento de la cuadrilla, mientras iba ideando una versión verosímil del suceso para contársela al jefe.

Seguía el rey forcejeando para que la mujer le soltara, y muy indignado, exclamaba:

—¡Suéltame de una vez, estúpida! No he sido yo el que te ha quitado esas mezquindades de tu pertenencia.

La multitud se agrupó en torno del rey y le dirigió un sinfín de insultos y amenazas. Un herrero muy robusto, con delantal de cuero y

arremangado hasta los codos, pretendió abalanzarse sobre él, declarando que, como lección, iba a darle una buena paliza, pero en aquel preciso momento brilló en el aire el acero de una espada que cayó de plano, contundentemente, sobre el brazo del mal intencionado herrero, al mismo tiempo que el fantástico individuo que la blandía, exclamaba:

—¡Vamos a ver, almas bondadosas! Obremos con nobleza y no con mala sangre y palabras soeces. Este es un caso que tiene que ser resuelto por la justicia y no como se le antoje a cualquiera. Soltad al muchacho, buena mujer.

El herrero se quedó un momento observando a aquel soldado fornido y se alejó refunfuñando y frotándose el brazo. La mujer soltó de mala gana la muñeca del reyecito, y el gentío miró al desconocido con poca simpatía, pero por prudencia, guardó silencio. El monarca saltó al lado de su libertador, y con mejillas encendidas y ojos centelleantes, exclamó:

–Es lamentable que hayáis tardado tanto en venir, pero al menos os habéis presentado en un momento oportuno, sir Miles. ¡Despedazad a toda esa chusma!

23. El príncipe prisionero

Hendon disimuló una sonrisa, mientras se inclinaba y susurraba al oído del rey:

–Poco a poco, poco a poco, príncipe. Mesurad vuestras palabras, aunque mejor será que no digáis nada en absoluto. Confiad en mí... que todo saldrá bien al final. –Y prosiguió, diciendo para sus adentros: «¡Sir Miles! ¡Es verdad! ¡Ya había olvidado que yo era un caballero! ¡Es maravilloso ver cómo quedan grabadas imborrablemente en la memoria de ese muchacho sus propias locuras! Mi título es ficticio y risible, y, sin embargo, es algo de lo cual me he hecho merecedor, porque a mi modo de ver es más alto honor que le consideren a uno digno de ser el espectro de un caballero en el reino de los sueños y sombras de ese muchacho, que ser lo bastante rastrero para figurar como conde en algunos de los reinos reales de este bajo mundo. »

El gentío se apartó para dar paso a un alguacil que se disponía a asir al rey por el hombro, cuando Hendon dijo:

—Andad con tiento, amigo, y retirad la mano porque él irá dócilmente. Yo respondo de ello. Andad delante y os seguiremos.

El alguacil emprendió la marcha al lado de la mujer y su paquete, y Miles y el rey fueron tras de ellos, seguido; por la muchedumbre. Él monarca sentía la tentación irresistible de rebelarse, pero Hendon le susurró al oído:

—Reflexionad, señor, que vuestras leyes son el hálito salutífero de vuestra propia realeza. Si el que las dicta se rebela contra ellas, ¿cómo va a poder obligar a los demás a respetarlas? Cuando el rey vuelva a ocupar su trono, ¿podrá por ventura humillarle pensar que cuando era, aparentemente, un particular se resignó lealmente a trocar el rey en, ciudadano y se sometió a la autoridad de las leyes?

—Tenéis razón; no digáis más. Vais a ver como sea cual fuere el padecimiento que, con arreglo

a la ley, pueda imponer el rey de Inglaterra a uno de sus súbditos, lo sufrirá él mismo mientras se halle en el lugar de un vasallo.

Cuando la mujer robada fue llamada a presencia del juez municipal, juró y perjuró que el preso que se hallaba en el banquillo era la persona que había cometido el hurto, y como no había nadie que pudiera demostrar lo contrario, la culpabilidad del reo quedó probada. El paquete fue desenvuelto, y cuando se vio que contenía un cerdito rollizo y condimentado, el Juez se sintió turbado, y Hendon palideció, al mismo tiempo que experimentaba algo así como una corriente eléctrica por todo su cuerpo y luego una sensación de desmayo, pero el rey quedó impasible porque ignoraba el caso.

El juez reflexionó un momento y preguntó a la mujer:

—¿A cuánto calculáis que asciende el valor de eso

La mujer hizo una reverencia y contestó:

–Tres chelines y ocho peniques, señor. Sí he de decir honradamente lo que vale, no puedo rebajar ni un penique. El juez dirigió una mirada intranquila al público, y luego, haciendo una señal al alguacil, le ordenó:

–Despejad la sala y cerrad las puertas.

Así se hizo, y no quedó en la sala más que el juez, el alguacil, el acusado, la acusadora y Miles Hendon. Este último estaba rígido y pálido, y de su frente brotaban gotas de sudor frío que se deslizaban ininterrumpidamente por su rostro.

El juez, dirigiéndose nuevamente a la mujer, dijo con voz compasiva:

–Ese chico es un pobre ignorante que obró tal vez inducido por el hambre, porque atravesamos unos tiempos muy penosos para los que no tienen fortuna. Fijaos en que no tiene cara de malvado..., pero cuando se está hambriento... ¿Sabéis, buena mujer, que si se roba algo cuyo valor exceda de trece peniques y medio, la ley condena al ladrón a la horca?

El monarca se estremeció y abrió desmesuradamente los ojos con consternación, pero logró dominarse y guardó silencio. En cambio, la mujer se puso en pie de un salto, y llena de espanto exclamó con voz temblorosa:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Por nada del mundo querría yo que ahorcaran al infeliz muchacho! ¡Oh, salvadle, señor! ¿Qué tengo que hacer yo para favorecerle? ¿Qué puedo hacer?

El juez mantuvo su actitud solemne y contestó sencillamente:

—Indudablemente se puede revisar el valor de lo robado, puesto que éste no está todavía escrito en los autos.

—Entonces, en nombre de Dios —repuso la mujer—, haced constar que el cerdito vale sólo ocho peniques, y ¡bendiga Dios el día en que me he visto con la conciencia libre de tan grave remordimiento!

Miles Hendon, loco de alegría, olvidó todo decoro y comedimiento, y sorprendió al rey e hirió su dignidad echándole los brazos al cuello

y estrechándolo contra su pecho. La mujer se despidió muy agradecida y se marchó con su cerdo. El alguacil le abrió la puerta y la siguió hasta el vestíbulo. El juez se puso a escribir en sus papeles, y Hendon, siempre ojo avizor, creyó conveniente averiguar por qué el alguacil había seguido a la mujer, y con este objeto salió de puntillas hasta el oscuro vestíbulo y se puso a escuchar atentamente. Lo que logró oír fue poco más o menos lo siguiente:

–Es un cerdo muy rollizo y ha de estar muy sabroso... Os lo voy a comprar. Aquí tenéis los ocho peniques.

–¡Ocho peniques! ¡Estáis de guasa! Me cuesta tres chelines y ocho peniques, en buena moneda del último reinado. ¡Id a paseo con vuestros ocho peniques!

–Son éstas vuestras razones, ¿eh? Entonces habéis jurado en falso al declarar que no valía más que ocho peniques. Venid en seguida conmigo ante el juez a responder de vuestro delito... y el muchacho será ahorcado.

—Está bien, está bien. Me conformo con todo. Dadme los ocho peniques y no digáis ni una palabra.

La buena mujer se marchó corriendo y Hendon volvió a la sala del tribunal, donde el alguacil no tardó en aparecer, después de haber escondido su adquisición en un lugar conveniente. El juez estuvo escribiendo un momento más y después leyó al rey una sentencia muy prudente y bondadosa, condenándole a un corto encarcelamiento en un calabozo común, después del cual sería azotado públicamente. El monarca, perplejo, abrió la boca y probablemente se disponía a ordenar que el buen juez fuese decapitado en el acto, pero notó una seña que le hizo Hendon y consiguió dominarse y cerrar la boca antes de que saliera de ella una sola palabra. Hendon le cogió de la mano, hizo una reverencia al juez y ambos se dirigieron hacia la cárcel, seguidos y vigilados por el alguacil. En el momento en que llegaron a la ca-

Ile, el rey, indignado, se detuvo, desprendió su mano de la de Hendon, y exclamó:

–¡Idiota! ¿Os figuráis que voy a entrar vivo en un calabozo común?

Hendon se inclinó reverente y repuso con cierta dureza:

–¿Queréis confiar en mí? ¡Silencio! No compliquéis nuestra delicada situación con palabras peligrosas. Sucederá lo que Dios quiera... Pero tened paciencia y esperad... que ya tendremos tiempo de sobra para rabiar o para alegrarnos cuando lo que haya de suceder haya sucedido.

24. La evasión

El corto día invernal tocaba casi a su fin. Las calles estaban desiertas. Sólo circulaban por ellas algunos transeúntes desperdigados, que andaban presurosos con el aire del que lleva intención de cumplir su misión lo más pronto posible para refugiarse en seguida en su casa protegido contra el vendaval creciente y la oscuridad cada vez más densa. No miraban ni a derecha ni a izquierda, ni se fijaban en nuestros personajes que, al parecer, les pasaban completamente desapercibidos. Eduardo VI se preguntaba si el espectáculo de un rey conducido a la cárcel podía haber sido contemplado alguna vez por el público con tan asombrosa indiferencia. No tardaron en llegar a un mercado desierto, que el alguacil se dispuso a cruzar, pero cuando éste llegó al centro del mismo, Hendon le puso la mano en el hombro y le dijo en voz baja:

–Esperad un momento, buen hombre. Ahora que nadie nos oye, he de deciros unas palabras.

–Mi deber me prohíbe escucharos. No me entretengáis, que se acerca la noche.

–A pesar de todo, esperad un momento, porque el asunto os interesa mucho. Volveos un momento de espalda y fingid que no veis. *Dejad que ese muchacho se escape.*

–¿A mí con ésas, señor? Os voy a prender en...

–No, no os precipitéis... Tened cuidado y no cometáis una insensatez. –Y, tan quedo, al oído del alguacil, que su voz no era más que un débil susurro, Hendon añadió–: El cerdo que habéis comprado por ocho peniques os puede costar la cabeza.

El pobre alguacil, pillado por sorpresa, se quedó mudo de estupefacción, pero instantáneamente, reaccionando, comenzó a proferir amenazas. Hendon, tranquilamente, esperó hasta que el infeliz hubo agotado todas sus lamentaciones, y entonces dijo:

–Me habéis caído simpático, amigo, y no quisiera que os ocurriera nada desagradable. Lo oí todo... Os lo puedo demostrar.

Y dicho esto, le repitió al pie de la letra toda la conversación que el alguacil sostuvo con la mujer en el vestíbulo, y terminó diciendo:

–¿Os lo he contado bien? ¿No os parece que podría comunicárselo al juez si las circunstancias lo exigieran?

El alguacil se quedó un momento callado, lleno de turbación y de miedo, pero recobrando ánimo, dijo con forzada desenvoltura:

–Dais mucha importancia a una broma. No hice más que sobornar a una mujer para divertirte.

–¿Y es también para divertirnos que guardáis el cerdo?

–Únicamente por eso, buen señor –contestó el alguacil sutilmente–. Ya os he dicho que no fue más que una broma.

–Empiezo a creerlo –repuso Hendon, con tono que expresaba media mofa y media convic-

ción—. Pero esperad aquí un momento, mientras corro a preguntar al señor juez, quien, indudablemente, por ser un hombre práctico en leyes, en chungas y en...

Se dispuso a alejarse sin dejar de hablar, pero el alguacil titubeó, lanzó una o dos maldiciones, y finalmente exclamó:

—¡Aguardad, aguardad un momento, buen señor! ¡El juez tiene tan poca simpatía a los bromistas como puede tenerla un cadáver! Venid y continuaremos hablando. ¡Maldita sea! Sin duda me he metido en un lío... y todo por una simple guasa inocente... Soy padre de familia; y mi mujer y mis hijos... Atended a mis razones,, señor. ¿Qué queréis de mí?

—Únicamente que seáis ciego, mudo Y parálitico, mientras cuento hasta cien mil... Contaré despacio —añadió Hendon, con la expresión de un hombre que no pide más que un favor razonable y de muy escasa importancia.

—¡Eso es mi perdición! —exclamó el alguacil, desesperado—. ¡Por Dios, buen señor, sed razo-

nable! Considerad el asunto en todos sus aspectos y os convenceréis de que se trata de pura chacota, de una burla sencilla y evidente. Y si alguien pretendiera demostrar que no se trata de una chanza, la mayor sanción que me podría imponer sería una amonestación de labios del juez.

Hendon replicó con una solemnidad que dejó helado el aire que respiraba el alguacil:

–Vuestra chungu tiene un nombre en la ley. ¿Sabéis cuál es?

–Lo ignoro... ¡Tal vez cometí una imprudencia! Jamás pude pensar que tuviera un nombre... ¡Cielo santo! Me figuraba haber tenido una idea original.

–Sí, tiene un nombre. En la ley este delito se califica de la siguiente manera: *Non compos mentis lex talionis sic transit gloria mundi*.

–¡Oh, Dios mío!

–¡Y se castiga con la pena de muerte

–¡Dios se apiade de este pobre pecador!

–Aprovechándoos de la situación de una persona considerada culpable y en peligro, y que se hallaba en vuestras manos, os habéis apoderado de algo cuyo valor excede de trece peniques y medio y por lo cual no habéis pagado más que una miseria, y eso, a los ojos de la justicia, de conformidad con la ley, es una fechoría que se califica: *ad hominem expurgatis in statu quo*, y la pena es la muerte en manos del verdugo, sin rescate posible, conmutación o beneficio eclesiástico.

–¡Por favor, buen señor, sostenedme, que me flaquean las piernas! ¡Tened compasión de mí! Libradme de esta sentencia, y me volveré de espaldas y no veré nada de cuanto ocurra.

–Está bien. Ahora veo que entráis en razón y sois prudente. ¿Y devolveréis el cerdo?

–Sí, lo devolveré, lo devolveré... y no tocaré nunca ninguno más, aunque me lo envíe el Cielo por mediación de un arcángel. Marchaos, que para vosotros soy ciego..., no veo nada en absoluto. Diré que me habéis atacado y que me

habéis arrancado al prisionero de las manos por la fuerza. Es una puerta muy vieja... yo mismo la derribaré después de medianoche.

25. Hendon Hall

Tan pronto como Hendon y el rey se vieron libres del alguacil, Su Majestad recibió instrucciones para que corriera hacia un lugar determinado, en las afueras de la población y esperara allí mientras Hendon iba a la posada con objeto de pagar la cuenta. Media hora más tarde, los dos amigos se encaminaban alegremente y a trote corto hacia el este, montados en los tristes solípedos de Hendon. El rey iba ya abrigado y cómodo, porque había abandonado sus ropas harapientas para vestirse con el traje de lance que Hendon había comprado en el puente de Londres.

Hendon quería evitar que el muchacho se cansara en exceso, pues comprendía que las excursiones fatigosas, las comidas irregulares y la falta de reposo habían de perjudicar a su mente perturbada, mientras que el descanso, la regularidad y el ejercicio moderado, favorecían, indudablemente, su rápida curación. Sentía el

deseo ferviente de ver bien sentada aquella inteligencia hoy desquiciada, y disipadas para siempre las fantásticas visiones de aquella cabecita trastornada. Por lo tanto, se dirigió, en etapas cortas, hacia el hogar paterno de donde se había ausentado hacía tanto tiempo, en vez de obedecer al impulso de su impaciencia y encaminarse hacia él aceleradamente, sin interrumpir su viaje ni de día ni de noche.

Cuando hubieron recorrido unas diez millas, llegaron a una población importante, donde se detuvieron para pernoctar en una buena posada. Se reanudaron entonces las acostumbradas relaciones anteriores, y Hendon volvió a situarse detrás de la silla del rey mientras éste comía, atendiéndole en todo, desnudándole al ir a acostarse, y tendiéndose él en el suelo para dormir envuelto en una manta y con el cuerpo atravesado en la puerta.

Al día siguiente y también al otro día continuaron su viaje lentamente, hablando de las aventuras que habían vivido desde su separa-

ción, y disfrutando extraordinariamente con los detalles respectivos que se relataban él uno al otro. Hendon refirió todas sus andanzas en busca del monarca, describió cómo el arcángel le condujo por todo el bosque, hasta llevarlo otra vez a la cabaña cuando al fin se convenció de que no podría librarse de él.

—Entonces —prosiguió Hendon— el anciano entró en el cuarto y volvió a salir en seguida tambaleándose y en extremo decaído y me manifestó que confiaba en que el chico habría vuelto y que estaría descansando, pero no era así. Aguardé durante todo el día en la cabaña, y cuando perdí la esperanza de vuestro regreso, fui de nuevo en vuestra busca. Y el viejo *Sanc-tum sanctorum* estaba verdaderamente desesperado por la desaparición de Vuestra Majestad. Lo comprendí por la cara que ponía.

—*Indudablemente* —repuso el rey.

Y seguidamente, relató sus aventuras. Hendon, al oírlas, se arrepintió de no haber estrangulado al arcángel.

Durante el último día del viaje, Hendon, demostró estar muy alegre. Su lengua no paraba. Mencionó su padre anciano, su hermano Arturo y explicó cosas que ponían de manifiesto el carácter generoso de ambos. Tuvo palabras de apasionamiento amoroso para su Edith y, en fin, estaba tan de buen humor y tan optimista, que hasta llegó a decir algo muy afable y fraternal para con Hugo. Se extendió en interminables consideraciones relativas a su próxima llegada a Hendon Hall. ¡Qué sorpresa para todos y qué explosión de gratitud y de satisfacción feliz habría en la familia!

Era una región hermosa, llena de masías y de huertos, y la carretera se alargaba infinitamente a través de vastas praderas, cuyos puntos más alejados ofrecían la agradable perspectiva de suaves colinas y depresiones que hacían pensar en las tranquilas ondulaciones del océano.

Por la tarde, el hijo pródigo, de regreso al hogar, se desviaba continuamente de su camino

con objeto de ver si subiendo a alguna loma, podría, a lo lejos, descubrir su casa.

Por fin lo consiguió, y exclamó con excitación entusiástica:

—¡Ahí tenemos al pueblo, príncipe, y allá se ve mi casa! Desde aquí se pueden contemplar las torres... Y aquel bosque es el parque de mi padre. ¡Ah! ¡Ahora vais a ver qué fastuosidad imponente! ¡Una mansión con setenta habitaciones! ¡Figuraos! ¡Y con veintisiete criados! Una morada propia para nosotros, ¿verdad? ¡Venid, apretemos el paso... mi impaciencia no admite más demora!

Se apresuraron, pues, todo lo posible, pero a pesar de su velocidad, ya habían dado las tres cuando llegaron al pueblo. Mientras cruzaban su calle, Hendon no cesaba de hablar:

—Esta es la iglesia..., cubierta por la misma hiedra de antes. Allí está la posada El viejo león rojo, y más allá el mercado... y el llamado «árbol de mayo»... Todo está igual, excepto la gente, pues en diez años, las personas cambian.

Creo reconocer a algunos, pero a mí no me reconoce nadie.

Llegaron al extremo del pueblo, tomaron por un camino angosto metido entre elevados setos, y avanzaron por él, ligeros, cerca de media milla, luego penetraron en un anchuroso jardín por una verja espléndida, cuyos sendos pilares de piedra ostentaban blasones. Se hallaban en una mansión de la nobleza.

—¡Bien venido a Hendon Hall, mi rey! —exclamó Miles—. ¡Ah! Este es un gran día. Mi padre, mi madre y Edith estarán tan locos de alegría que no tendrán ojos y lengua más que para mí en los primeros momentos de emoción por el encuentro. Por ello quizá os parecerá que sois recibido con frialdad..., pero no hagáis caso, pronto os convenceréis de lo contrario, pues cuando les manifieste que sois mi pupilo, y les explique el gran cariño que os profeso, ya veréis como os estrecharán contra su pecho, por consideración a mí, y os ofrecerán su casa y sus corazones para siempre.

Dicho esto, Hendon se apeó delante del amplio portal, ayudó al rey, a poner también pie a tierra, y cogiendo a éste la mano, penetró con él en la casa precipitadamente. A los pocos pasos se hallaron en una sala espaciosa. Hendon hizo sentar al rey con más prisa que ceremonia, y corrió hacia un joven que estaba sentado delante de una mesa-escritorio, junto a una buena fogata.

—¡Dame un abrazo, Hugo, y dime que te alegras de volverme a ver! Llama a nuestro padre, porque esta casa no será mi casa hasta que yo estreche su mano, vea su rostro y vuelva a oír su voz...

Pero Hugo, después de demostrar una sorpresa momentánea, se echó hacia atrás, y se quedó contemplando fijamente al intruso, con una mirada que, al principio, reveló la dignidad algo ofendida, pero como respondiendo a un pensamiento y a un propósito secreto, cambió de expresión, demostrando curiosidad y

asombro, mezclados con un aire de compasión, y dijo, con dulzura:

–¡Tu mente parece perturbada, pobre forastero! Indudablemente habrás sufrido privaciones y malos tratos en el mundo, a juzgar por tu semblante y por tu ropa. ¿Por quién me tomas?

–¿Por quién te tomo? ¿Quién puedo figurarme que eres sino quien eres realmente? Te tomo por Hugo Hendon –repuso Miles, indignado.

Entonces el otro prosiguió con el mismo tono suave:

–¿Y quién te imaginas que eres?

–No se trata ahora de imaginaciones. ¿Vas a pretender que no conoces a tu hermano Miles Hendon?

Las facciones de Hugo expresaron una agradable sorpresa:

–¿Es posible? ¿No te burlas? –exclamó éste. ¿Pueden resucitar los muertos? Si es así... ¡Alabado sea Dios! ¡Nuestro pobre muchacho perdido vuelve a nuestros brazos después de todos esos años crueles! ¿Será verdad tanta felicidad?

¡Te suplico que tengas piedad de mí y no me hagas víctima de tus burlas! ¡Pronto!... Ven a la luz y deja que te mire bien.

Asió a Miles por el brazo, le arrastró hasta la ventana, y comenzó a devorarlo con los ojos de pies a cabeza, volviéndole de uno y otro lado, y haciéndole girar vivamente para examinarlo desde todos los puntos de vista, mientras el hijo pródigo, lleno de gozo, sonreía, reía y no cesaba de mover la cabeza, diciendo:

—Continúa, hermano, continúa y no temas. No encontrarás miembro ni facción que no pueda soportar la prueba. Obsérvame hasta el último detalle tanto como te plazca, mi buen Hugo. Soy, en efecto, tu hermano Miles, el hermano perdido... ¿No es eso? ¡Hoy es un gran día! ¡Dame la mano, acerca tu cara! ... ¡Dios mío, parece que vaya a morir de alegría!

Iba a echarse a los brazos de su hermano, pero Hugo levantó la mano para detenerle, con aire de objeción, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, apenado, y dijo con emoción dramática:

–¡Ah, Dios con su bondad me dará fuerzas para sobrellevar esta terrible decepción!

Miles, perplejo, estuvo un momento sin poder hablar, pero recobró luego el uso de la palabra y exclamó:

–¿Qué decepción es ésta? ¿Por ventura no soy tu hermano?

Hugo movió la cabeza tristemente y replicó

–Pido a Dios que lo que dices sea cierto, y que otros ojos encuentren la semejanza que no descubren los míos. Pero ¡ay! Mucho me temo que la carta dijo una verdad dolorosa...

–¿Qué carta?

–La que vino hace seis o siete años de ultramar. En ella –se nos comunicaba que mi hermano había muerto en el campo de batalla.

–¡Era mentira! Llama a nuestro padre... él me reconocerá.

–No se puede llamar a los muertos.

–¿Muerto? –preguntó Miles, con voz apagada y labios temblorosos–. ¡Mi padre muerto!... ¡Oh, ésta es una noticia terrible! Mi júbilo se ha casi

desvanecido. Te ruego que me permitas ver a mi hermano Arturo... Él me reconocerá y sabrá consolarme.

–También falleció Arturo.

–¡Dios tenga piedad de mí! ¡Soy un hombre desgraciado! ¡Murieron los dos dignos y quedé yo, que soy el indigno! ¡Oh, te lo imploro! No me digas que Edith también murió...

–No Edith vive.

–Entonces, ¡alabado sea Dios!, renace mi alegría. Corre, hermano, hazla venir aquí... Y si dice que yo no soy yo... Pero no lo dirá, no, no... Me reconocerá. Sería un estúpido si lo pusiera en duda. Tráela, y haz venir también a los antiguos criados, que seguramente también van a reconocerme.

. –Murieron todos menos cinco... Pedro, Halsey David, Bernardo y Margarita.

Dicho esto, Hugo salió de la estancia y Miles se quedó un rato pensativo y comenzó a ir de un lado para otro del aposento, murmurando para sí:

–Los cinco archivillanos han sobrevivido a los veintidós leales y honrados... Me parece cosa extraña.

Siguió dando pasos de una parte a otra y hablando para sus adentros pues se había olvidado del rey, pero de pronto, Su Majestad dijo gravemente y con tono de sincera compasión, aunque sus palabras podían interpretarse como una ironía:

–No os preocupéis por vuestro infortunio, buen hombre. Hay otros en el mundo cuya identidad se niega y cuyos derechos se toman en broma. No estáis solo en la desgracia.

–¡Ay, rey mío! –exclamó Hendon, sonrojándose ligeramente–. No me condenéis. Esperad y vais a ver. No soy un impostor. Ella lo dirá. Oiréis la verdad de los más dulces labios de Inglaterra. ¿Yo un impostor? Conozco esta vieja mansión, esos retratos de mis antepasados y todo lo que nos rodea, como conoce un niño su propio cuarto. Aquí nací y aquí me criaron, señor. Digo la verdad; a vos no os engañaría. Y

aunque nadie me creyera, os ruego que vos no dudéis de mí, porque no podría soportarlo.

–No dudo de vos –repuso el rey, con sincera sencillez infantil.

–Os lo agradezco de todo corazón –contestó Hendon, con un fervor que revelaba que estaba emocionado.

Entonces el monarca añadió con la misma sencillez benévola:

–¿Y vos dudáis de mí?

Hendon se sintió dominado por una turbación culpable, respiró aliviado al ver que se abría la puerta para dar paso a Hugo, lo cual le libró de la necesidad de contestar a la pregunta del muchacho.

Una hermosa dama ricamente ataviada seguía a Hugo Y detrás de ella venían varios criados con flamante librea. La dama avanzó lentamente, con la cabeza baja y la mirada fija en el suelo. Sus facciones revelaban una profunda tristeza. Miles Hendon se precipitó hacia ella y exclamó:

–¡Oh, Edith mía, mi adorada... !

Pero Hugo le apartó con gravedad, al mismo tiempo que decía a la dama:

–Miradle. ¿Le conocéis?

Al oír la voz de Miles aquella mujer tuvo un ligero sobresalto; todo su cuerpo temblaba y sus mejillas se colorearon. Guardó silencio durante una pausa impresionante de breves momentos y luego levantó despacio la cabeza y fijó los ojos en Hendon, con una mirada fría y de espanto. La sangre fue retirándose de su rostro gota a gota, hasta que no quedó en él más que la lividez gris de la muerte; y al fin dijo la dama, con voz tan apagada como su semblante:

–No le conozco...

Y dicho esto dio media vuelta y se retiró de la estancia, temblorosa, ahogando un gemido y reprimiendo el llanto.

Miles Hendon se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos, sumido en la desesperación.

Al cabo de un rato, su hermano preguntó a los criados:

–Ya le habéis observado bien. ¿Le conocéis?

Todos movieron la cabeza negativamente, y entonces el amo dijo:

–Los criados no os conocen, señor. Temo que en esto hay algún error... Ya habéis visto que mi mujer tampoco os conoce.

–¿Tu mujer?

Hugo se vio instantáneamente clavado en la pared, con una mano de hierro en la garganta.

–¡Ah, truhán abominable! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Escribiste tú mismo la carta falsa, y mi novia y mis bienes robados han sido su fruto! ¡Largo de ahí, pillastre! ¡Porque no quiero mancillar mi honorable condición de soldado matando a un miserable muñeco tan despreciable!

Hugo, con el rostro encendido y casi sin aliento, fue tambaleándose a apoyarse en la silla más próxima y ordenó a los criados que

asieran y maniataran al criminal forastero, pero éstos vacilaron y uno de ellos dijo:

–Va armado, señor, y nosotros no tenemos armas...

–¡Armado! ¿Y qué tiene que ver siendo tantos como sois vosotros? ¡Sujetadle, os digo!

Pero Miles les advirtió que tuvieran cuidado con lo que hacían, y añadió:

–Todos me conocéis desde hace mucho tiempo... No he cambiado. Acercaos, si os parece.

Esta evocación del pasado no consiguió dar ánimo a los criados, que siguieron manteniéndose alejados.

–Entonces id a armaros, cobardes, y guardad las puertas mientras yo envío a uno a buscar a los guardias –gritó Hugo.

Y dirigiéndose a Miles, desde el umbral, le dijo:

–Mejor será que no intentéis escaparos.

–¿Escaparme? No te molestes por eso, si es sólo esto, lo que te preocupa, porque Miles Hendon es el dueño de Hendon Hall y de todo

lo que abarca esta hacienda. Se quedará, pues, aquí..., no lo dudes.

26. Repudiado

El rey estuvo sentado unos momentos, pensativo, y luego levantando la vista, dijo:

–Es extraño... verdaderamente extraño. No me lo explico.

No, no es extraño, señor. Conozco a mi hermano y considero que su conducta es natural. Ha sido un truhán desde que nació.

–¡Oh! No hablaba de él, sir Miles.

–¿No hablabais de él? Pues ¿de quién? ¿Y qué es lo que no acertáis a explicaros?

–Que no echen de menos al rey.

–¿Cómo? ¿Qué rey? No comprendo.

–¿De veras? ¿No os causa asombro que el país no esté lleno de emisarios, heraldos y proclamas describiendo los detalles de mi persona para descubrir mi paradero? ¿Por ventura no es motivo de conmoción y de dolor que el jefe del Estado haya desaparecido? ¿No tiene importancia que yo me haya disipado, que mi pueblo me haya perdido?

–Tenéis razón, mi rey, lo había olvidado –repuso Hendon, suspirando, al mismo tiempo que pensaba: «¡Pobre cerebro desquiciado! ¡Persiste en su pesadilla patética!»

–Pero tengo un plan que nos favorecerá a los dos. Escribiré un mensaje en tres idiomas: en latín, en griego y en inglés... Y mañana por la mañana lo llevarás con toda urgencia a Londres. No lo entregues a nadie más que a mi tío, lord Hertford; cuando lo vea, sabrá que yo lo he escrito, y mandará que vengan a buscarme.

–¿No sería mejor, príncipe, que esperásemos aquí hasta que yo demuestre quién soy y asegure mi derecho a mi hacienda? De esta manera me hallaría en mejor situación para...

El rey le interrumpió imperiosamente, diciendo:

–¡Callaos! ¿Qué representan vuestros pobres fines, vuestros intereses triviales, comparados con un asunto en el que está comprometido el bienestar de una nación y la integridad de un trono? –Y con voz más dulce, como si se arre-

pintiera de su severidad, añadió—: Obedece y no temas, que yo me ocuparé de que se te haga justicia y se te restituya todo lo que te pertenece, todo... y más que todo. No olvidaré tu conducta y te demostraré mi gratitud.

Dicho esto, tomó la pluma y se puso a escribir. Hendon se quedó contemplándole un momento cariñosamente y dijo para sus adentros:

«Si estuviéramos a oscuras me figuraría que, efectivamente, ha sido un rey el que ha hablado. Es innegable que cuando se le antoja lanza rayos y truenos como un verdadero monarca. ¿De dónde habrá sacado esta habilidad? Miradle trazar pretensiosamente unos garabatos sin significado de ninguna clase, figurándose que son párrafos en latín y en griego... Y como mi ingenio no me inspire un recurso afortunado para disuadirle de su propósito descabellado, mañana tendré forzosamente que fingir que salgo a cumplir el fantástico encargo que ha reservado para mí. »

Al cabo de un momento, los pensamientos de sir Miles volvieron a fijarse en el reciente episodio, y tan absorto estaba con sus cavilaciones, que cuando el rey le entregó el papel que acababa de escribir, o cogió maquinalmente y se lo metió sin darse cuenta en el bolsillo.

—¡Qué actitud tan extraña ha sido la de Edith! —dijo Hendon entre dientes, Yo creo que me ha conocido, pero por otra parte me parece que no me ha reconocido... Comprendo perfectamente que estas opiniones son contradictorias, sin embargo, no me es posible reconciliarlas ni desechar ninguna de las dos. El caso se presenta simplemente de esta manera: ha de haber reconocido mis facciones y mi voz... ¿Cómo no iba a ser así? Y no obstante, dijo que no me conocía, y esto es una prueba irrefutable, porque no puede mentir. Pero, reflexionemos... Creo que empiezo a ver las cosas claras. Tal vez él habrá influido en ella, y le habrá ordenado..., obligado a mentir. Es eso, no cabe duda. El enigma está descifrado. Parecía muerta de te-

rror... Sí, se hallaba bajo la coacción de Hugo. La buscaré, la encontraré. Ahora que él está fuera, podré hablar con ella y me confesará la verdad, pues siempre fue honrada y leal.

Se dirigió hacia el umbral ansiosamente, y en aquel preciso momento la puerta se abrió y apareció lady Edith. Estaba muy pálida, pero andaba con paso firme, y aunque seguía con el mismo aire de profunda tristeza, su continente ofrecía su gracia peculiar y su gentil dignidad.

Miles se precipitó hacia ella lleno de confianza, pero ella le contuvo con un gesto casi imperceptible, y él se quedó como clavado en el suelo. La joven tomó asiento e invitó a Hendon a que también se sentara. En esta forma sencilla hizo perder a éste la sensación de compañerismo y le convirtió en un desconocido y en un huésped.

—Señor —dijo lady Edith—, he venido para haceros una advertencia: los locos no pueden quizá ser disuadidos de sus ilusiones maniáticas, pero no hay duda de que se les puede con-

vencer de que eviten los peligros. Supongo que vuestro sueño os parece sinceramente realidad y, por consiguiente, no cometéis delito, pero no os empeñéis en quedaros aquí con vuestra idea insensata, porque es peligroso... –Y añadió con tono impresionante y mirándole a Miles la cara con fijeza—. Tanto más cuanto que os parecéis extraordinariamente al que hubiera sido nuestro hermano, si hubiera vivido.

–Pero ¡por Dios, señora, si soy precisamente el mismo!

–Creo sinceramente que lo decís de buena fe, caballero. No pongo en duda vuestra honradez, pero os aviso, y nada más... Mi esposo es el amo de esta región; su poder es casi ilimitado; la gente, aquí, prospera o muere de hambre según sea su voluntad. Si no os parecierais al hombre que pretendéis ser, mi marido podría permitiros disfrutar de vuestro sueño fantástico, pero le conozco bien y sé lo que hará: dirá a todo el mundo que no sois más que un impostor demente, y todos, al unísono, irán por do-

quier repitiendo lo mismo. –Volvió a contemplar el rostro de Miles con la misma fijeza, y añadió–: Si fueseis Miles Hendon y él lo supiera, y estuviera también enterada de ello toda la comarca... reflexionad bien lo que digo y aquí latad mis palabras; correríais el mismo riesgo y vuestro castigo no sería menos cierto. Mi esposo renegarla de vos y os denunciaría, y nadie se atrevería a salir en vuestra defensa.

–Estoy convencido de ello –repuso Miles amargamente–. El que puede ordenar a una mujer que traicione Y reniegue de un amigo de toda la vida, y es obedecido por ella, bien puede esperar obediencia de aquellos que al desatenderle se jugarían el pan y la vida, sin tener en cuenta vínculos de lealtad y de honor, más frágiles que telarañas.

Un débil rubor coloreó un momento las mejillas de la dama, que bajó la vista al suelo, pero su voz, al proseguir, no reveló la menor conmoción:

—Os he advertido, y tengo todavía que aconsejaros que os vayáis de aquí, de lo contrario ese hombre será vuestra perdición. Es un tirano que desconoce lo que es la piedad. Yo, que soy su esclava encadenada, lo sé perfectamente. El pobre Miles, y Arturo, y mi querido tutor, sir Richard están libres de su sujeción y descansan en paz. Más os valdría estar donde están ellos que quedaros aquí, entre las garras de ese malandrín inclemente. Vuestras pretensiones son una amenaza para su título y sus bienes. Además, le habéis agredido en su propia casa... Si os quedáis aquí, estáis perdido. Marchaos, no vaciléis. Si os hace falta dinero, tomad esta bolsa, y os suplico que sobornéis a los criados para que os dejen salir... ¡No desoigáis mi consejo, pobre desgraciado, y huid antes de que sea tarde!

Miles rechazó la bolsa con un ademán resuelto, y se levantó diciendo:

—Concededme una cosa. Fijad vuestros ojos en los míos, para que yo pueda comprobar que

están serenos. Así... Ahora contestadme: ¿Soy Miles Hendon?

–No, no os conozco.

–¡Juradlo!

La contestación fue pronunciada muy quedo, pero muy claramente:

–¡Lo juro!

–¡Oh, esto es inconcebible!

–¡Huid! ¿Por qué desperdiciáis un tiempo precioso? ¡Huid y salvaos!

En aquel preciso momento entraron los alguaciles y se entabló una lucha violenta, pero Hendon no tardó en ser dominado y preso. El rey fue también detenido, y ambos, fuertemente maniatados, fueron conducidos a la cárcel.

27. En la cárcel

Como las celdas de la cárcel estaban todas ocupadas, los dos amigos fueron encadenados y pasaron a una sala espaciosa donde se tenía encerradas a las personas acusadas de delitos leves. Tenían compañía, porque había allí unos veinte reclusos de ambos sexos y distintas edades, con esposas y grilletes, una chusma soez y tumultuosa. El rey se lamentaba amargamente de la indignidad a que se veía sometida su realeza, pero Hendon estaba irritable y taciturno. Se sentía completamente desconcertado. Había llegado a su hogar, como un hijo pródigo feliz y jubiloso, con la esperanza de que todos le iban a recibir locos de alegría al verle regresar, y en lugar de eso se veía acogido con frialdad y conducido a la cárcel. Su ilusión y la realidad eran tan distintas, que el contraste le dejaba aturdido; no hubiera podido decir si resultaba trágico o grotesco. Su caso era algo así como el de un hombre que hubiera estado bailando

gozoso, en espera de ver aparecer el arco iris, y se sintiera inesperadamente herido por un rayo.

Pero gradualmente sus pensamientos confusos y revueltos comenzaron a adquirir cierta hilación, y entonces todo su espíritu se concentró en Edith. Reflexionó sobre su actitud en todos sus aspectos, pero no consiguió poner nada en claro. Sin embargo, finalmente, comprendió que la joven le había reconocido, pero le repudiaba por razones interesadas. Hubiera querido maldecir su nombre, pero éste había sido tanto tiempo sagrado para él, que su lengua se negaba a profanarlo.

Envueltos en mantas de calabozo, sucias y hechas jirones, Hendon y el rey pasaron una noche terrible. Un carcelero sobornado procuró licores a algunos de los presos, naturalmente éstos empezaron cantando canciones obscenas y acabaron peleándose y gritando con una algarabía ensordecedora. Por fin, poco después de medianoche, un hombre agredió a una mujer, y la dejó medio muerta, golpeándole la cabeza

con las esposas, antes de que el carcelero tuviera tiempo de acudir para salvarla. Este restableció el orden propinando al preso un tremendo vapuleo, y entonces cesó el barullo y pudieron dormir todos los que no hacían el menor caso de los lamentos de los dos heridos.

Durante la semana siguiente, los días y las noches fueron de una igualdad monótona en lo que concierne a los acontecimientos. Individuos cuyas facciones recordaba Hendon más o menos distintamente, se acercaban de día para contemplar al «impostor» y para repudiarle e insultarle; y por la noche la gran juerga con sus riñas consiguientes se repetía con regularidad matemática. Sin embargo, por fin se produjo un hecho nuevo. El carcelero hizo entrar a un anciano, y le dijo:

–El villano está en esta sala. Mira a todo el grupo y a ver si consigues dar con él.

Hendon levantó la vista y experimentó una sensación agradable por primera vez desde que estaba en la cárcel. «Este es Black Andrews –di-

jo para sí— que fue toda la vida criado de la familia de mí padre. Es un hombre honrado, y tiene buen corazón; es decir, lo era antes, porque ahora todos se han vuelto embusteros. Me reconocerá, pero negará mi personalidad como lo han hecho todos los demás. »

El viejo dirigió una mirada escudriñadora por toda la sala, observando uno a uno todos los rostros de los allí presentes, y al final dijo:

—No veo aquí más que rufianes, la inmundicia de las calles... ¿Quién es él?

El carcelero se echó a reír y exclamó:

—Fíjate bien en ese animalote y dime qué te parece.

El anciano se acercó a Hendon, le examinó de pies a cabeza —durante largo rato y dijo:

—Este no es Hendon ni lo ha sido nunca...

—Exacto. Tus ojos, aunque viejos, ven claramente todavía. Si yo fuese sir Hugo, agarraría a ese perillán y...

El carcelero terminó su frase haciendo un ruido gutural que imitaba la estrangulación, al

mismo tiempo que se ponía de puntillas como si le levantara una cuerda imaginaria. El viejo exclamó con tono rencoroso:

–Ya podrá dar gracias a Dios si no le cae en suerte algo peor... Si yo fuese el encargado de darle su merecido, o no soy hombre o le haría morir tostado.

El carcelero soltó una carcajada perversa y dijo:

–Entiéndetelas con él, amigo..., como lo hacen todos, y te divertirás de lo lindo.

Dicho esto, salió de la sala y desapareció. Entonces el anciano cayó de rodillas y susurró al oído de Hendon:

–¡Gracias a Dios que habéis vuelto, amo mío! ¡Durante siete años os creí muerto, y ahora os veo vivo! Os he reconocido en cuanto os he visto, y muy difícil me ha sido conservar el semblante impasible, fingiendo que únicamente veía a truhanes y la hez de la calle. Soy viejo y pobre, sir Miles pero dadme una orden y saldré

a proclamar la verdad a los cuatro vientos, aunque corra el peligro de que me ahorquen.

–No –replicó Hendon–, no lo hagáis. Os perderíais y favoreceríais muy poco mi causa. Pero os doy las gracias porque habéis hecho que vuelva a tener un poco de fe en el género humano.

El viejo criado resultó ser muy útil a Hendon y al rey, pues se presentaba varias veces para «insultar» al primero y siempre entraba de contrabando algunos manjares exquisitos para mejorar la bazofia de la cárcel. También le traía las noticias que circulaban por la población.

Hendon reservaba aquellos buenos bocados para el rey, pues, de lo contrario, Su Majestad no habría sobrevivido, porque le era imposible comer la mezquindad de odiosas vituallas que repartía el carcelero.

Con objeto de no despertar sospechas, Andrews tenía que contentarse con visitas breves, pero en cada una de ellas se las compuso astutamente para dar bastantes noticias; informa-

ción que procuraba en voz muy baja y que disimulaba intercalando entre ella epítetos insultantes que profería a gritos para que los demás los oyeran.

De esta manera, poco a poco, Hendon fue enterándose de la historia de su familia. Hacía unos seis años que Arturo había fallecido. Esta pérdida, unida a la falta de noticias de Hendon, empeoró la frágil salud del padre, el cual, al comprender que sus horas de vida eran contadas, quiso ver a Hugo y a Edith unidos en lazo matrimonial antes de su muerte. La joven suplicó fervorosamente un aplazamiento de la boda, confiando en el regreso de Miles... Y fue entonces que se recibió la carta con la noticia del fallecimiento de éste. El terrible disgusto dejó a sir Richard postrado en cama, y dándose cuenta de que iba a expirar, insistió con Hugo sobre la conveniencia de celebrar la boda inmediatamente. Entonces Edith rogó que esperaran un poco más, y le fue concedido un mes de demora, luego otro, y finalmente otro, pero

por fin el matrimonio se celebró junto al lecho de muerte de sir Richard. No fue un matrimonio feliz. Se decía por la comarca que poco después de las nupcias, la recién casada encontró entre los papeles de su esposo un borrador incompleto de la fatal misiva, y le acusó de haber precipitado la boda y también la muerte de sir Richard con una miserable falsificación. Todo el mundo andaba dando detalles sobre el modo cruel que Hugo trataba a Edith y a los criados, pues desde el fallecimiento de su padre se había quitado la careta que le hacía parecer amable, y se mostró tal como era en realidad: un amo inclemente para con todos aquellos que de un modo u otro dependían de él o tenían que ganarse la vida prestando servicio en sus dominios.

Hubo una parte de las revelaciones de Andrews que el rey escuchó con vivo interés.

—Corre el rumor de que el rey está loco, pero, ¡por Dios!, guardaos de hablar de este asunto o de decir que yo os lo he comunicado, pues la

sola mención de este caso se castiga, según dicen, con la pena de muerte.

Su Majestad miró al anciano y dijo:

–El rey no está loco, buen hombre, y más os valdrá hablar de cosas que os conciernan más de cerca que esta charla sediciosa.

–¿Qué quiere decir este muchacho? –preguntó Andrews, sorprendido ante aquel vivo ataque que surgía de un lugar insospechado.

Hendon le hizo una seña y el viejo no insistió en su pregunta y siguió dando sus noticias.

–El difunto rey será enterrado en Windsor dentro uno o dos días... el 16 de este mes. .. y el heredero será coronado el día 20 en Westminster.

–Me parece que ante todo tendrán que encontrarlo –dijo Su Majestad entre dientes, y luego añadió confiado–: Pero ya se preocuparán de hallarle... y de eso también me preocuparé yo...

–En nombre de...

Pero el anciano no terminó su frase al ver que Hendon volvía a hacerle una seña para llamarle la atención, y continuó su serie de noticias.

–Sir Hugo asistirá al acto de la coronación con grandes esperanzas, pues confía en volver a su hacienda convertido en todo un *Par*⁴, porque cuenta con el apoyo del lord protector.

–¿Qué lord protector? –preguntó Su Majestad.

–Su gracia el duque de Somerset.

–¿Qué duque de Somerset?

–¡Toma, pues no hay más que uno! ... Seymour, conde de Hertford.

–¿Desde cuándo es duque y lord protector? –preguntó indignado el rey.

–Desde el último día de enero.

⁴ *Peer*, traducido al español por *Par*, es, en Inglaterra, un título nobiliario de alta dignidad, equivalente al Grande de España. (N. del T.)

—¿Y quién le confirió tal nombramiento?

—El mismo y el Gran Consejo... con el beneplácito del rey.

—¿Del rey? —exclamó Su Majestad con violencia—. ¿Qué rey, buen hombre?

—¡Cómo qué rey! (Pero, ¡Dios mío! ¿Qué le pasa a ese muchacho?) Puesto que no tenemos más que uno, la contestación no es difícil. Su sacratísima Majestad el rey Eduardo VI, que Dios guarde... Sí, y es un joven muy gentil y simpático. Y tanto si está loco como si no lo está; además, dicen que va mejorando de día en día, todo el mundo le dedica las mayores alabanzas, le bendice y reza para que reine durante mucho tiempo en Inglaterra, porque ha comenzado a gobernar humanamente, salvándole la vida al viejo duque de Norfolk, y ahora se propone abolir las leyes más crueles que empobrecen y oprimen al pueblo.

Esta noticia dejó a Su Majestad mudo de asombro y sumido en una cavilación tan profunda y melancólica, que no ovó nada más de

lo que iba diciendo el anciano. Se preguntaba si el joven gentil y simpático sería el pordiosero que dejó en palacio vestido con sus propias ropas. No lo creía posible, porque pronto sus modales y su lenguaje le hubieran descubierto si hubiese pretendido hacerse pasar por el príncipe de Gales, y en seguida le hubieran echado fuera de palacio para ir en busca del verdadero príncipe. ¿Sería posible que la corte hubiese puesto en su lugar a cualquier vástago de la nobleza? No, porque su tío no lo habría consentido, mucho más puesto que era omnipotente y querría y podría desbaratar semejante sedición. Las reflexiones del muchacho no le sirvieron de nada, pues cuanto más procuraba descubrir el misterio, mayor era su pasmo, más le dolía la cabeza y más intranquilo era su sueño. Su impaciencia por llegar a Londres iba de hora en hora en aumento, y su cautiverio se le hacía insoportable.

Todas las artes de Hendon fracasaron con el inconsolable rey. Mejor consiguieron calmarle

dos mujeres que se hallaban cerca de él encadenadas, y en cuyas tiernas palabras y buenos consejos encontró sosiego y cierto grado de paciencia. Les preguntó por qué estaban en la cárcel, y cuando le manifestaron que eran anabaptistas, sonrió y exclamó:

—¿Por ventura es eso un delito para que le encierren a uno en la cárcel? Ahora me entristezco al pensar que voy a perder vuestra compañía, porque no os tendrán mucho tiempo aquí por una culpa tan leve.

Ellas no contestaron, pero el rey se sobresaltó por algo que notó en su semblante, y les preguntó con viveza:

—No habláis... Sed buenas conmigo y decidme: ¿No habrá otro castigo? No hay cuidado, ¿verdad?

Las dos mujeres trataron de cambiar de conversación, pero los temores del rey se habían despertado y siguió diciendo:

—¿Tal vez os azotarán? No, no serán tan crueles. Decid que no...

Las mujeres se mostraron confusas y apenadas, pero como no había manera de esquivar la contestación ` una de ellas dijo:

–¡Oh, nos estás destrozando el corazón, alma inocente!... Pero Dios nos ayudará a soportar...

–¡Con esto quieres decir que esos verdugos empedernidos van a azotarte! –dijo el monarca–. Pero no llores, porque no puedo sufrirlo. Ten valor... Volveré a ocupar mi puesto a tiempo para salvarte de esta amargura.

Cuando el rey se despertó a la mañana siguiente, las dos mujeres habían desaparecido.

–¡Se han salvado! –exclamó lleno de júbilo, pero añadió en seguida, melancólicamente– Pero ¡ay de mí!, ellas eran mi consuelo.

Cada una de las reclusas había dejado un pedazo de cinta prendido en las ropas del rey, como recuerdo. El joven monarca se dijo que conservaría siempre aquellos dos testimonios de simpatía y que no tardaría en poder buscar a aquellas dos buenas amigas para ponerlas bajo su protección.

En aquel preciso momento se presentó el carcelero con algunos de sus ayudantes, y dispuso que los presos fueran conducidos al patio de la cárcel. El rey se sintió alborozado porque era una cosa sublime y deliciosa volver a ver el azul del firmamento y respirar de nuevo el aire fresco. Se impacientó y, refunfuñó por la lentitud de los carceleros, pero por fin le tocó el turno y se vio libre de sus cadenas, con orden de seguir con Hendon a los demás reclusos.

El patio era cuadrado con pavimento de piedra y descubierto. Los presos penetraron en el mismo por una maciza arcada de mampostería y fueron colocados en fila, de pie y con la espalda contra la pared. Fue tendida una cuerda delante de ellos, y quedaron custodiados por los carceleros. La mañana era fría y desapacible, y una ligera nevada, que había caído durante la noche, había dejado cubierto de blanco aquel gran espacio vacío, añadiendo una nota triste al aspecto general de aquel recinto.

Soplaba de vez en cuando una ráfaga de viento invernal, que esparcía la nieve en pequeños remolinos.

Había en el centro del patio dos mujeres atadas a dos postes. Con una sola mirada comprendió el rey que se trataba de sus dos buenas amigas, y pensó: «¡Ay! ¡No han sido liberadas como yo creía! ¡Es indigno que dos mujeres como éstas sufran el castigo del látigo en Inglaterra, no en la cafrería sino en la Inglaterra cristiana! Van a azotarlas, y yo, a quien ellas han consolado y alentado bondadosamente, habré de presenciar esta vergüenza exasperante. Es inexplicable, completamente inexplicable que yo, que soy la misma fuente del poder en este extenso reino, me vea imposibilitado de protegerlas. Pero dejemos ahora que se recreen esos rufianes perversos, que ya llegará el día en que yo les pediré estrecha cuenta de su proceder inhumano. Por cada golpe que den ahora recibirán después ellos cien azotes. »

Una gran verja se abrió para dar paso a una multitud de ciudadanos que se agruparon en torno de las dos mujeres, ocultándolas a la vista del rey. Entró un sacerdote que avanzó entre la muchedumbre y quedó también oculto por ella. Luego el rey oyó hablar en frases que parecían ser preguntas y respuestas, pero no pudo conseguir saber lo que se decía. Poco después se produjo gran barullo con los preparativos y las idas y venidas de los carceleros. Luego se produjo un fuerte siseo, se hizo el silencio y, atendiendo una orden, el gentío se separó a ambos lados del anchuroso patio. Entonces el rey presenció una escena que le heló la sangre en las venas. Fueron amontonados unos haces de leña en torno de las dos mujeres, y unos individuos, arrodillados, les prendían fuego.

Las desdichadas mujeres tenían la cabeza inclinada y se cubrían el rostro con las manos. Las llamas empezaron a trepar por entre la leña que chisporroteaba, y unas guirnaldas de humo azul se elevaron en el espacio y se disiparon

con el viento. En el preciso momento en que el sacerdote alzaba las manos y comenzaba a rezar una oración, llegaron dos niñas que atravesaron corriendo la gran verja, y lanzando gritos desgarradores, se abalanzaron hacia las dos infelices que iban a ser quemadas. Inmediatamente los carceleros las arrancaron de allí, y una de ellas fue sujeta fuertemente, pero la otra consiguió desasirse, gritando que quería morir con su madre, y antes de que pudieran detenerla quedó de nuevo abrazada al cuello de una de las víctimas. Fue instantáneamente arrancada de allí con su ropa en llamas, pero la niña pugnaba por liberarse y voceaba desesperadamente que quedaba sola en el mundo y rogaba que la dejaran morir con su madre. Las dos pequeñas gritaban sin cesar y se esforzaban en desasirse, pero de pronto aquel tumulto fue ahogado por unos gritos desesperados de mortal agonía. El rey miró a las dos muchachitas frenéticas y a los postes fatales, y luego, apar-

tando la vista, ocultó su rostro lívido contra la pared y no volvió a mirar.

«Lo que acabo de ver en este momento –se dijo el rey– no se borrará jamás de mi memoria. Lo estaré viendo todos los días y lo soñaré todas las noches hasta la hora de mi muerte. ¡Ojalá Dios me hubiese hecho ciego!»

Hendon, que no había dejado ni un momento de observar al monarca, pensó con satisfacción feliz: «Su enfermedad mental mejora. Su carácter ha cambiado, es más afable. Si su manía hubiese persistido, seguramente habría colmado de improperios a esos sayones, proclamando que él era el rey y que ordenaba que dejaran libres a las dos pobres mujeres. Pronto su ilusión quedará olvidada y su lamentable cerebro sanará. ¡Dios quiera que esto sea pronto!»

Aquel mismo día entraron varios presos que sólo tenían que pasar la noche en la cárcel para luego ser trasladados quién sabe dónde. El rey habló con varios de ellos y se sintió indignado por la injusticia de sus condenas inhumanas.

Como la de una pobre mujer medio idiota que había robado unos metros de tela a un tejedor, e iba a ser ahorcada por ello; o la de un hombre, acusado de robar un caballo, que había quedado en libertad por falta de pruebas, pero en cuanto se creyó a salvo, fue arrestado de nuevo por matar un venado en el parque real, y esta vez con testigos, por lo que era enviado al cadalso. El caso de un aprendiz de mercader era aún más triste; éste le explicó al rey que, habiendo encontrado un halcón, al parecer sin dueño, se lo había llevado a casa creyendo poder apropiárselo con todo derecho, pero el tribunal le había hallado culpable de robo y le había condenado a muerte. El monarca; furioso, quería evadirse de la cárcel con Hendon para ir a Westminster a ocupar su trono y blandir su cetro, movido de compasión hacia aquellos desventurados, a quienes anhelaba salvar la vida.

«¡Pobre muchacho! –suspiró Hendon—. Las terribles historias que le han contado esos nue-

vos reclusos, han hecho que se recrudezca su locura... ¡Ay! A no ser por esta desdichada circunstancia, habría recobrado la salud en muy poco tiempo. » Entre aquellos presos había un abogado viejo, un hombre de rostro enérgico. Hacía tres años que escribió un libelo contra el lord canciller; fue acusado de prevaricación, y por ello se le castigó con la pérdida de ambas orejas en la picota y degradación del foro y, además, con la multa de tres mil libras. Algún tiempo después reincidió en el delito, y, por consiguiente, se le había sentenciado ahora a perder *lo que le quedaba de las orejas*, a pagar una multa de cinco mil libras, a ser marcado con el estigma en ambas mejillas y a cadena perpetua.

–Estas cicatrices me honran –le dijo apartando el cabello canoso y enseñándole los restos completamente mutilados de lo que habían sido sus orejas.

Los ojos del rey centellearon de indignación.

–Nadie cree en mí –dijo–, ni tú creerás tampoco, pero no me importa. Dentro de un mes

estarás libre. Las leyes que te han deshonrado y que deshonraron también el nombre de Inglaterra serán abolidas. El mundo está mal constituido. Los reyes tendrían que ir a la escuela a estudiar sus propias leyes y, al mismo tiempo, a aprender un poco de caridad.

28. El sacrificio

Mientras tanto Miles se iba sintiendo cada vez más irresistiblemente cansado del confinamiento y la inacción, pero por fin llegó la vista de su causa, con gran satisfacción suya, y pensó que cualquier sentencia le sería grata, con tal que no consistiera en un nuevo encarcelamiento, pero en esto iba equivocado, y se enfureció cuando se vio acusado de ser un vagabundo profesional y sentenciado a estar sentado durante dos horas en la picota por esta razón y por haber agredido al dueño de Hendon Hall. Lo que alegó respecto a que era hermano de su perseguidor y heredero legítimo de los títulos y de la hacienda de Hendon fue objeto de una desatención desdeñosa, pues ni siquiera fueron tomadas en consideración por el tribunal.

De nada le valió ir rabiando y amenazando cuando le conducían al castigo. Los alguaciles que le custodiaban le contenían rudamente, y

de vez en cuando le atizaban una bofetada por su conducta irreverente.

El rey no pudo atravesar por entre la chusma que se agrupaba detrás de ellos, y se vio obligado a ir detrás de ella, separado de su amigo y fiel servidor. El rey estuvo a punto de ser condenado también a la picota por ir con tan mala compañía, pero en atención a su corta edad, quedó libre, después de una severa reprimenda. Cuando al fin se detuvo la turba, el rey fue febrilmente de un lado a otro en busca del modo y del lugar por donde poder atravesarla y, por fin, después de muchas dificultades y demoras logró cruzar la compacta multitud. Allí estaba su pobre servidor, sentado en la denigrante picota, expuesto a la chunga y a las bur-las de un gentío inmundo. ¡El, el servidor del, rey de Inglaterra! Eduardo había oído pronun-ciar la sentencia, pero no entendió ni la mitad de lo que verdaderamente significaba. Su ira iba en aumento a medida que se percataba de la nueva indignidad de que le hacían objeto, y

llegó al paroxismo cuando vio que un huevo cruzaba el aire y venía a estrellarse en la mejilla de Hendon, mientras la multitud rugía alborozada ante aquel episodio. El rey cruzó el círculo abierto en torno del preso, y poniéndose delante del alguacil que le custodiaba, le gritó:

–¡Esto es vergonzoso! ¡Es mi criado! ¡Dejadle libre! Yo soy el...

–¡Callad, por Dios! –exclamó Hendon aterro-
rizado—. ¡Callad, que vais a perderos! No le
hagáis caso, alguacil. Está loco.

–No os preocupéis por si le hago o no caso,
buen hombre, porque no me interesa. Por lo
que sí siento interés es por darle una lección...

–Y volviéndose a un subordinado, le dijo—:
Hazle probar el látigo a ese pequeño idiota, una
o dos veces, para que aprenda a comportarse
mejor.

–Más valdrá hacérselo probar media docena
de veces –intervino sir Hugo, que acaba de lle-
gar a caballo para ver cómo imponían el casti-
go.

El rey fue sujetado sin oponer resistencia, pues quedó paralizado por la perplejidad ante la mera idea del monstruoso ultraje que, se pretendía infligir a su sagrada persona. La historia ya había sido mancillada con el recuerdo de un rey inglés azotado con el látigo... Y resultaba intolerable que él tuviera que ser la segunda edición de aquella vergonzosa página. Lo tenían aprisionado, y no había quien le defendiera. No tenía, pues, más remedio que resignarse a sufrir el castigo o suplicar que se le perdonara... ¡Terrible dilema! Recibiría los azotes, porque, un rey puede sufrirlos, pero jamás debe implorar.

Pero, mientras tanto, Miles Hendon estaba resolviendo la dificultad.

—¡Dejad en libertad al pobre muchacho..., perros desalmados! ¿No veis cuán joven y frágil es ese pobre niño? ¡Dejadle marchar y dame a mí los azotes que pretendíais atizarle a él,

—¡Bravo! ¡Excelente idea que hay que agradecer! —exclamó sir Hugo, con el rostro iluminado

por una satisfacción sarcástica—. Dejad a ese golfillo en paz y propinadle a ese hombre una docena de azotes contundentes.

Se disponía el rey a formular una enérgica protesta, pero sir Hugo le redujo al silencio con esta observación:

—Sí, habla y desahógate, pero no olvides que por cada palabra que pronuncies recibirás seis latigazos más.

Hendon fue sacado de la picota y le desnudaron la espalda, y mientras le daban los tremendos azotes, el pobre reyecito volvió la cara y dejó que unas lágrimas poco propias de un monarca rodaran por sus mejillas.

«¡Ah, corazón intrépido y generoso! —se dijo—. Este acto de lealtad no se borrará jamás de mi memoria. Nunca lo olvidaré..., pero ellos tampoco», añadió, iracundo.

Mientras meditaba, el proceder magnánimo de Hendon iba adquiriendo en su mente un grado cada vez más alto de admiración y de gratitud. Y de pronto, dijo para sus adentros:

«El que salva a un príncipe de cualquier herida o de la muerte probable..., y eso es precisamente lo que ha hecho él por mí... Lleva a cabo un gran servicio, pero eso no es nada, menos que nada, comparado con una acción que salva al príncipe de la más bochornosa de las vergüenzas. »

Hendon sufrió los azotes sin proferir ni un solo grito, resistiendo los terribles latigazos con una entereza marcial. Esto, unido al hecho de haber librado al pequeño del sufrimiento, sometiéndose voluntariamente a aquel tormento, le valió el respeto de aquella gentuza abyecta y brutal, reunida allí, y sus mofas e improperios cesaron hasta tal punto que se hizo el silencio y sólo se oía el chasquido de los latigazos. La quietud que reinaba en aquel lugar, cuando Hendon se encontró de nuevo en la picota, formaba extraordinario contraste con el clamor insultante que poco antes había atronado el espacio. El monarca se acercó cautelosamente a Hendon y le susurró al oído:

–Los soberanos no pueden ennoblecerte, ¡oh, alma grande y generosa!, porque un Ser que está más alto que los reyes lo ha hecho ya, pero un rey puede confirmar tu nobleza ante los hombres.

Dicho esto, cogió el látigo del suelo, tocó ligeramente con él la espalda ensangrentada de Hendon, y murmuró:

–Eduardo, rey de Inglaterra, te confiere el título de conde.

Hendon se sintió conmovido y sus ojos se bañaron en lágrimas, pero al propio tiempo, relativamente tragicómico de la situación y de las circunstancias minó de tal manera su gravedad, que tuvo que hacer grandes esfuerzos para que no se trasluciera al exterior ninguna señal de su júbilo interno. Verse súbitamente desnudo y ensangrentado, elevado desde la picota de los delincuentes hasta la altura alpina y el esplendor de un condado, se le antojaba la cosa más descabellada entre todas las posibilidades de lo grotesco. «¡Bonitamente adornado con inespe-

rados oropeles me veo ahora! –se dijo–. El caballero espectral del reino de los sueños y de las sombras se ha convertido en un conde fantasmagórico... ¡Vaya vuelo vertiginoso para unas alas entumecidas! Si esto continúa, no tardaré en ir más adornado que el árbol de mayo⁵, lleno de fantásticos colorines y colmado de honores ostentosos. Pero sabré apreciarlos, a pesar de lo vanos que son, por amor al que me los concede. Esas ilusorias dignidades mías que vienen sin pedir las de unas manos puras y de un espíritu equitativo, son más apreciables que las dignidades verdaderas, generalmente compradas

⁵ El árbol de mayo o *May-pole*, en Inglaterra consiste en un árbol parecido al de Navidad (*Christmas-tree*), que se adorna con plantas silvestres, cintas y serpentinas, como alegoría de la primavera, al llegar esta agradable estación. (N. del T.)

por servilismo a un poder perverso e interesado. »

El temido sir Hugo hizo dar vuelta a su caballo, y mientras se iba alejando, la muralla humana se separó en silencio para darle paso, y con la misma quietud volvió luego a unirse y así permaneció, callada, y aunque nadie se aventuraba a hacer ni una sola advertencia en favor del preso, ni a pronunciar una palabra de ponderación a su noble actitud, el hecho de que se hubieran suprimido los insultos era ya un homenaje muy significativo y suficiente. Un curioso rezagado que se presentó en aquel momento, ignorando las circunstancias concurrentes, se permitió dirigir una frase de escarnio al «impostor», arrojándole al mismo tiempo un gato muerto, y fue derribado al suelo instantáneamente y despedido a puntapiés en medio del más completo mutismo. Y volvió a reinar la más profunda calma.

29. Hacia Londres

Cuando hubo terminado el tiempo fijado para el castigo de Hendon en la picota, éste se vio libre y recibió la orden de salir de la comarca y no volver más por aquellos parajes. Le fue devuelta su espada y también su mula y su asno. Se puso, pues, en marcha seguido del rey, por entre la multitud que les abrió paso con silencioso respeto. Esta se dispersó luego y cada cual se fue por su lado.

Hendon quedó pronto absorto en sus pensamientos. Tenía que contestarse a sí mismo preguntas de gran importancia: ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde podría dirigirse? Era necesario encontrar en alguna parte una ayuda poderosa o renunciar a su herencia y resignarse a sufrir la acusación de impostor. ¿Dónde podía esperar hallar aquella ayuda poderosa? Esta era la pregunta más difícil de contestar. De pronto, se le ocurrió un pensamiento que parecía ofrecer una posibilidad... la posibilidad más dudosa, en

efecto; pero, a pesar de todo, digna de tenerse en cuenta, a falta de otra más esperanzadora. Recordó lo que Andrews había manifestado relativo a la bondad del joven rey y de la generosidad que demostraba al convertirse en paladín de los desgraciados y de los perseguidos injustamente. ¿Por qué no intentar verle para pedirle justicia? ¡Ah, sí! Pero ¿sería posible que un pobre estafalario fuese admitido a la augusta presencia del soberano? Mas ¿qué importa? Ya se vería luego lo que resultaría de su tentativa... porque era un puente que no se hacía necesario cruzarlo hasta que se llegaba al pie del mismo. Hendon estaba de antiguo acostumbrado á las campañas y a idear toda clase de estratagemas, artimañas y expedientes. No cabía duda que hallaría la manera de llevar a cabo su propósito. Se dirigiría a la capital. Quizá le ayudaría sir Humphrey Marlow, el antiguo amigo de su padre, el bondadoso sir Humphrey, lugarteniente jefe de la cocina del difunto rey, o de las caballerizas, o de algo por

el estilo, porque Miles no podía recordar lo que era con toda exactitud.

Ahora que tenía algo en qué dedicar sus energías, un fin concreto que cumplir, la niebla de humillación y de desánimo que envolvía su espíritu se disipó... Levantó, pues, la cabeza y miró a su alrededor. Le extrañó ver la gran distancia que habían recorrido, porque la aldea quedaba muy atrás. El rey seguía a su lado, montado en el asno, cabizbajo, porque, como Hendon, iba absorto en sus planes y cavilaciones. Una preocupación recelosa vino a turbar la reciente jovialidad de Hendon. ¿Consentiría el muchacho en regresar a la ciudad donde su breve vida no había sido más que una serie ininterrumpida de malos tratos y de necesidades apremiantes? Pero tenía forzosamente –que preguntárselo; no era posible evitarlo.

–Olvidé preguntaros adónde vamos, señor –dijo Hendon–. Estoy a vuestras órdenes.

–A Londres.

Reemprendió Hendon la marcha, muy satisfecho de la contestación del jovencito, pero no menos extrañado de la misma.

Hicieron todo el viaje sin aventura digna de mención, pero al final surgió una, inesperadamente: Serían alrededor de las diez de la noche del 19 de febrero cuando llegaron al puente de Londres, en medio de un gentío imponente que no cesaba de vitorear, y cuyos semblantes, alegros por la bebida, se veían claramente iluminados por un sinfín de antorchas... y en aquel momento la cabeza desmedrada de un ex duque o noble de otro título fue a caer entre ellos, chocando contra el codo de Hendon y rebotando entre toda la confusión de pies de aquella muchedumbre. ¡Tan pasajeras e inestables son las obras humanas en este mundo! Sólo hacía tres semanas que el rey había fallecido y únicamente tres días que estaba enterrado y ya caía la efigie de la gente elevada que él con tanto celo había mandado colocar en su noble puente... Un ciudadano tropezó con dicha ca-

beza y dio con la suya contra la espalda de alguien que tenía delante, el cual se volvió y derribó de un puñetazo a la primera persona que se puso a su alcance. Era la mejor ocasión para una lucha al aire libre, porque las festividades del día siguiente, en que se celebraba la coronación del «príncipe heredero», comenzaban ya. Todo el mundo se sentía henchido de patriotismo y, sobre todo, de bebidas fuertes. A los cinco minutos la batalla campal tenía lugar en un gran espacio de terreno, y a los diez o doce minutos alcanzaba una considerable extensión y se había convertido en un loco tumulto fragoroso. En tal momento desconcertante, Hendon y el rey se vieron inevitablemente separados y perdidos en medio de aquel impetuoso torbellino humano. Y en esta situación vamos a dejarles.

30. Los progresos de Tom

Mientras el verdadero rey vagaba por sus dominios, miserablemente vestido y alimentado, unas veces con esposas, otras burlado por truhanes o en compañía de ladrones y asesinos en una cárcel, y con frecuencia calificado de idiota y de impostor por toda una multitud, Tom Canty, el falso rey, era el héroe de aventuras muy distintas.

Cuando le vimos por última vez, la realeza comenzaba a tener para él un aspecto favorable y brillante. Era una fase de esplendor que cada día iba volviéndose más deslumbrante y deliciosa. El muchacho se veía ahora libre de los temores que sentía al principio, y todos sus celos se habían por fin desvanecido. Su carácter cohibido y sus reparos dieron paso a una desenvoltura y una confianza absolutas. Cada día aumentaba para él el beneficio que le reportaba la mina representada por el «niño de los azotes.»

Mandaba llamar a su presencia a la princesa Isabel y a la princesa Juana Grey, cuando deseaba jugar o pasar el rato conversando, y cuando creía haber estado ya bastante con ellas las despedía en la forma peculiar del que está familiarizado en tales relaciones. No le dejaba, pues, confundido como antes ver que aquellas jóvenes encopetadas, al retirarse, le besaban la mano.

Empezó a sentirse muy complacido con que todas las noches le acompañaran al lecho pomposamente y le vistieran por la mañana con diversas ceremonias complicadas y fastuosas. Ir a comer acompañado de una brillante comitiva de funcionarios del Estado y de gente armada le era tan sumamente agradable, que llegó al extremo de doblar su escolta, que consistía ahora en un centenar de caballeros marciales.

Le gustaba el son de las trompetas y clarines que resonaba por los largos corredores y la voz de «¡Paso al rey!» que repercutía solemne. Llegó incluso a aficionarse a sentarse en el tro-

no para presidir el Consejo, durante cuyas sesiones experimentaba ahora la satisfacción de ser algo más que el mero portavoz del lord protector Hertford. Gozaba con las recepciones y con los mensajes que le enviaban ilustres monarcas que le llamaban «hermano»; disfrutaba, en fin, con toda la grandeza cortesana que le parecía color y música de cielo. ¡Oh, feliz Tom Canty, ex vecino mísero de Offal Court!

Estaba encantado con sus espléndidas vestiduras, y mandó que le hicieran más. Encontró que cuatrocientos servidores eran pocos para su grandeza, y los triplicó. La adulación de los cortesanos era música celestial para sus oídos.

Siguió siendo bondadoso para con todos los infelices honrados y enemigo implacable de las leyes injustas, y al enojarse sabía volverse de cara a un conde, o aunque fuera de un duque, para dirigirle una mirada de reproche que le hacía temblar.

¿Tom Canty no se preocupaba ya por el pobre príncipe legítimo, que tan bondadosamente le

había tratado y que con tan fervoroso celo se lanzó a vengarle contra el insolente centinela que le maltrató en las puertas de palacio? Sí. Durante los primeros días y las primeras noches de su reinado cruzaron por su cerebro mil penosos recuerdos del príncipe desaparecido, y ansiosos deseos sinceros de que regresara a palacio para verle dichosamente recobrar sus derechos y sus honores de cuna real, pero a medida que fue transcurriendo el tiempo sin que se presentara el heredero del trono, el espíritu de Tom fue viéndose cada vez más embargado por sus nuevas aventuras de magnificencia fantástica, y poco a poco acabó por olvidar al pequeño monarca perdido. Finalmente, cuando alguna vez volvía a pensar en él, se le antojaba que era un espectro molesto porque le hacía sentirse culpable y avergonzado.

La pobre madre y las hermanas de Tom siguieron el mismo camino para alejarse y desaparecer de su memoria. Al principio se consumía por ellas, pero más tarde, la idea de que

un día podrían presentarse con sus andrajos y su suciedad y descubrirían su baja condición con sus besos, arrancándole de su puesto elevado y arrastrándole a la miseria y a la vergüenza de su situación primitiva, le hacía estremecer. Por fin dejaron casi por completo de turbar sus pensamientos, y el muchacho se sintió contento y hasta satisfecho, porque cada vez que sus semblantes tristes y acusadores se alzaban ante él le hacían sentirse cada vez más despreciable que los gusanos.

El 19 de febrero, a medianoche, Tom Canty estaba dormido en su rico lecho, custodiado por sus vasallos leales y rodeado de toda la pompa de la realeza; un niño feliz, porque el día siguiente era el señalado para su solemne coronación como rey de Inglaterra. A aquella misma hora, Eduardo, el verdadero rey, hambriento y sediento, sucio y tiznado, rendido por el cansancio del largo viaje y envuelto en ropas andrajosas, completamente hechas jirones a consecuencia de la pelea general, se veía apre-

tujado entre una turba y observaba con vivo interés algunas cuadrillas de obreros presurosos que entraban y salían de la abadía de Westminster, atareados como hormigas. Estaban llevando a cabo los últimos preparativos para el acto de la coronación.

31. El desfile de la coronación

Cuando Tom Canty se despertó al día siguiente por la mañana, resonaba por el espacio un bullicio atronador, que en todas direcciones alcanzaba muy larga distancia. Aquello era para el muchacho una música muy agradable, porque tal bullicio significaba que el pueblo inglés se había lanzado a la calle para festejar el gran día con júbilo y lealtad.

No tardó Tom en verse de nuevo convertido en la primera figura de un magnífico festival flotante sobre las aguas del Támesis, porque por tradición el desfile de la ceremonia tenía que empezar en la Torre, a la que se dirigía Tom para luego atravesar la capital.

Cuando llegó a ella, los muros de la venerable fortaleza parecieron agrietarse de pronto en mil lugares y por cada hendedura asomó una roja lengua de llamas y una nube blanca de humo. Se oyó luego una explosión ensordecedora, que ahogó las aclamaciones de la multitud e hizo

temblar la tierra. Los fogonazos, las detonaciones y la humareda se repitieron una y otra vez con celeridad asombrosa, hasta tal punto, que a los pocos momentos la silueta de la vieja Torre desapareció en la bruma espesa de su propio humo, excepto el pináculo de la llamada Torre Blanca. Esta, con sus banderas, se erguía sobre la densa masa de vapor, como sobresale por encima de las nubes la cúspide puntiaguda de una montaña.

Tom Canty, espléndidamente ataviado, montó en un fogoso corcel de guerra, cuyos ricos arreos tocaban casi al suelo. Su «tío», el lord protector Somerset, montado en idéntica forma, se situó detrás de él. La guardia del rey formó en hileras a ambos lados, ostentando sus bruñidas armaduras. Seguía al protector una procesión al parecer interminable de nobles encopetados, acompañados de sus vasallos; luego venía el alcalde y el cuerpo de regidores con sus túnicas de terciopelo carmesí y con la cadena de oro en el pecho, y por fin los digna-

tarios y miembros de todos los gremios de Londres, elegantísimos portadores de los lujosos estandartes de las diversas corporaciones. Figuraba en el cortejo, como guardia de honor especial, la antigua y honorable compañía de artilleros, cuerpo que contaba ya en aquella fecha trescientos años de antigüedad, y era el único organismo militar de Inglaterra que gozaba del privilegio (aún conservado en nuestros días) de ser independiente de los mandatos del Parlamento. Era un espectáculo brillante, que fue acogido con estruendosas aclamaciones entusiásticas durante todo el curso de la procesión. Dice el cronista:

«Al entrar en la ciudad, el rey fue recibido por el pueblo con oraciones, gritos de bienvenida, palabras cariñosas y con toda clase de demostraciones que revelaban un amor ferviente de los súbditos para con su soberano; y el rey, con su semblante de satisfacción para que lo vieran todos los que se hallaban a distancia, y con palabras afables para los que estaban cer-

ca, se mostró muy complacido por aquel ardoroso testimonio popular de simpatía al monarca.

«A los que exclamaban ¡Dios salve al rey!, contestaba ¡Dios os salve a todos!, y daba a cada cual las gracias de todo corazón. El pueblo se sentía verdaderamente entusiasmado por las cariñosas contestaciones y por los ademanes de afecto que le dedicaba Su Majestad. »

En la calle Fenchurch habían construido un estrado, sobre el cual un niño, «ricamente ataviado», dio la bienvenida al monarca. Los últimos versos de su alocución fueron los siguientes:

*Te damos la bienvenida, oh rey,
del fondo de nuestros corazones.*

*Te damos la bienvenida,
con nuestras mejores palabras.*

*Con frases alegres y animosos corazones,
rogamos a Dios que te proteja
y te dé felicidad.*

El pueblo prorrumpió en un grito de entusiasmo, repitiendo al unísono las palabras del niño.

Tom Canty contempló aquel agitado mar de rostros exaltados y sonrientes y su corazón se llenó de orgullo. Pensó en aquel momento que lo único por lo cual valía la pena de vivir en este mundo era ser rey y ser el ídolo de una nación. Súbitamente descubrió a cierta distancia dos de sus camaradas harapientos de Offal Court; uno de ellos era el que representaba el papel de lord gran almirante en su corte fantástica de otros tiempos, y el otro, el lord de la alcoba real en la misma pantomima. Al verlos, su orgullo aumentó más que nunca. ¡Ah, si pudieran reconocerle ahora! ¡Qué gloria indecible sería si vieran que el monarca fingido de los barrios miserables se había convertido en un verdadero soberano! Pero tenía que cuidar de que no le reconocieran si no quería perderlo todo, y por ello apartó la cabeza y dejó que los

dos golfos siguieran gritando con entusiasmo sin sospechar a quién prodigaban sus aclamaciones.

A cada momento se dejaba oír la súplica de: «¡Una dádiva! ¡Una dádiva!» y Tom correspondía lanzando un puñado de monedas relucientes para que el populacho se las disputara frenéticamente.

El cronista sigue relatando: «En el extremo superior de la calle Gracechurch, frente al emblema del águila imperial, había sido erigido un flamante arco de triunfo, bajo el cual podía verse una tarima que se extendía de uno a otro lado de dicha calle. Había allí una representación histórica de los inmediatos progenitores del joven monarca: Isabel de York y a su lado Enrique VII. Ambos, con las manos entrelazadas, mostraban ostentosamente su respectivo anillo de boda. Había también los retratos de Enrique VIII, de Juana Seymour, madre del nuevo rey, y del mismo Eduardo VI, sentado en el trono con imponente majestad. Toda la ale-

goría iba adornada con guirnaldas de rosas rojas y blancas. »

Este insólito y colorido espectáculo entusiasmó de tal modo a la jubilosa multitud, que sus aclamaciones cubrieron la voz del niño encargado de describírselo al rey en elogiosas rimas. Pero a Tom Canty no le importó, pues para él ese cordial alboroto era una música más dulce que la mejor de las poesías.

Cada vez que en medio del júbilo de la muchedumbre Tom volvía la cara a uno u otro lado, el pueblo reconocía la exactitud del parecido de su efigie y estallaban nuevas salvas de aplausos inacabables.

«En todo Cheapside cada ventana estaba adornada con banderas y gallardetes y los más ricos tapices, alfombras y brocados cubrían el pavimento y las paredes de las calles, como demostración de la gran magnificencia de sus tiendas, y aquel lujo de la vía pública era imitado y, a veces, superado en otros barrios. »

«¡Y todo ese maravilloso boato me lo dedican a mí!», pensaba Tom Canty.

Las mejillas del falso rey estaban coloreadas por la excitación, sus ojos centelleaban y todos sus sentidos se abandonaban a un placer delirante. En aquel punto se hallaban las cosas, cuando en el momento de levantar la mano para echar un puñado de monedas, se fijó, de pronto, en un rostro pálido y perplejo que asomaba en la segunda hilera de personas que formaban aquella multitud inmensa, y que le miraba con fijeza. El muchacho se sintió dominado por una terrible consternación. ¡Había reconocido a su madre! Y ocultó sus ojos con las manos con un gesto involuntario que le era habitual en su época de miseria. Poco después su madre salió de entre el gentío y avanzó por donde había los guardias. Se echó a los pies del muchacho y abrazándole apasionadamente las piernas, las cubrió de besos y exclamó:

—¡Oh, hijo mío, amor mío!

Y volvió hacia él su cara transfigurada por el júbilo y el entrañable cariño maternal. Inmediatamente un oficial de la guardia real la arrancó de allí con una maldición y la envió de un empujón, tambaleándose, al sitio de donde había salido. Los labios de Tom Canty estaban balbuceando las palabras: «No te conozco, mujer...» cuando el guardia brutal tuvo el ademán inclemente, pero se lo partió el corazón al ver aquellos malos tratos a su madre, y cuando ésta le volvió a mirar por última vez, mientras iba desapareciendo entre la muchedumbre, pareció tan herida, tan desconsolada, que el muchacho se sintió dominado por una vergüenza que redujo instantáneamente su orgullo a cenizas y deslució su usurpada realeza. Toda aquella fastuosidad quedaba sin valor y parecía desprenderse de él como harapos inmundos.

La comitiva regia se puso de nuevo en movimiento entre esplendores cada vez más deslumbrantes y aclamaciones más y más atronadoras, pero Tom Canty no veía ya ni oía. La

realiza había perdido su encanto y su dulzura; su pompa se había convertido en un reproche. El remordimiento roía el corazón del muchacho.

«¡Ojalá me viera libre de mi cautiverio!», decía Tom para sus adentros.

Inconscientemente había vuelto a la fraseología y a los sentimientos que le animaban en los primeros días de su grandeza obligada.

El brillante cortejo seguía su marcha, pero Tom, con los ojos extraviados, no veía otra cosa más que la expresión afligida de su madre.

«¡Una dádiva, una dádiva!», repetía la gente. Pero ahora esta súplica iba dirigida a unos oídos sordos.

«¡Viva Eduardo Rey de Inglaterra!»

La tierra parecía estremecerse con aquel estruendo, pero no se obtenía respuesta alguna del monarca.

Este estaba absorto; en su conciencia acusadora no cesaban de resonar aquellas vergonzosas palabras: «No te conozco, mujer...»

Esta frase martilleaba el alma del «rey» como el tañido fúnebre, de una campana martillea el alma de un amigo infiel recordándole secretas traiciones de que hizo víctima al difunto.

Nuevos esplendores se ofrecían a cada esquina... Retumbaban los estampidos de las baterías y arreciaba el entusiasmo de la multitud impaciente, pero el rey no daba señales de enterarse de nada y la voz acusadora que seguía reprochando en su cerebro era el único son que llegaba a sus oídos.

Repentinamente, el júbilo que demostraba la plebe cambió y se convirtió en algo así como una ansiedad angustiosa. Al mismo tiempo pudo observarse que las ovaciones iban disminuyendo. El lord protector no tardó en notarlo y en descubrir su causa. Por ello corrió al lado del «monarca», se inclinó ante él con la cabeza descubierta, y dijo:

—Señor, ésta no es ocasión propicia para soñar. El pueblo está observando vuestra cabeza inclinada, vuestro semblante preocupado y lo

interpreta como un mal presagio. Sed prudente; descubrid el sol de la realeza y dejad que brille sobre esos nubarrones sombríos y los disperse. Levantad la cabeza y sonreíd a las gentes.

Y dicho esto, el duque esparció a derecha e izquierda un puñado de monedas, después de lo cual volvió a ocupar su puesto. El falso rey hizo maquinalmente lo que le habían aconsejado que hiciera, pero su sonrisa era forzada, aunque pocos los ojos que estaban lo bastante cerca para observarlo o que tenían la suficiente penetración para descubrirlo. Los movimientos de su sombrero de plumas al saludar a sus súbditos estaban llenos de gracia y de gentileza y las dádivas que su mano prodigaba eran verdaderamente espléndidas. De esta manera se desvaneció la ansiedad del pueblo que volvió a prorrumpir en aclamaciones tan entusiásticas como antes.

Nuevamente, cuando la procesión iba a terminar, el duque se vio obligado a acercarse al rey para dirigirle un reproche.

–¡Oh, poderoso y temido soberano! Apartad de vos vuestro fatal mal humor, porque los ojos del mundo están clavados en vos, señor.

–Y añadió con marcada energía–: ¡Maldita sea esa pordiosera loca! Ha sido ella la que ha venido a perturbar vuestro espíritu.

El falso rey miró al duque fijamente, pero con ojos sin brillo, y dijo, con voz apagada:

–¡Era mi madre!

–¡Dios mío! –suspiró el protector, tirando de las riendas de su caballo para volver a su puesto–. ¡La predicción resultó cierta! ¡Se ha vuelto loco otra vez!

32. El día de la coronación

Retrocedamos algunas horas y situémonos en la abadía de Westminster a las cuatro de la mañana de aquel memorable día de la coronación. No nos faltará compañía, porque si bien todavía es de noche, encontraremos las galerías iluminadas por medio de antorchas, llenas ya de gente que va colocándose poco a poco y se dispone a quedarse allí siete u ocho horas esperando precisar lo que no espera ver dos veces en su vida: la coronación de un rey. Sí, Londres y Westminster han comenzado a agitarse desde que ha resonado el estampido de los cañonazos de aviso a las tres de la mañana, y ya una gran multitud de personas acaudaladas, pero sin título, que han adquirido el privilegio de un lugar en las galerías, se agrupan ahora afanosas ante la entrada reservada a su clase.

Las horas transcurren con bastante aburrimiento. Hace ya largo rato que ha cesado toda actividad y movimiento, porque las galerías

están ya llenas de bote en bote. Ahora podemos sentarnos y mirar y pensar a nuestras anchas. En el vago crepúsculo de la catedral, podemos divisar por doquier porciones de numerosas galerías y balcones repletos de público, porque las demás partes nos las impiden ver las columnas y salientes arquitectónicos que se nos ponen por delante. Tenemos ante los ojos la totalidad del gran crucero de la parte norte, vacío aún, y que ha de ser ocupado por los privilegiados de Inglaterra. Vemos también la anchurosa plataforma cubierta de rica alfombra sobre la cual se alza el trono. Este se halla en el centro de la referida plataforma a la que dan acceso cuatro anchos escalones. En el asiento del trono va ajustada una piedra plana, llamada «la piedra de Scone» en la que muchos reyes de Escocia se sentaron para recibir la corona, por lo cual, con el tiempo, se la ha considerado lo bastante sagrada para que los príncipes herederos ingleses la hicieran servir con el mismo objeto.

Por fin amanece y comienzan a verse claramente todos los nobles rasgos del gran edificio, pero de un modo suave y lento, como entre sueños, porque el sol está ligeramente velado por las nubes. A las siete se produce la primera interrupción en aquella monotonía soporífera, porque al dar la hora entra la primera dama noble en el crucero, ataviada con tanto esplendor como Salomón, y es conducida al lugar que le ha sido destinado por un dignatario vestido de raso y terciopelo, mientras otro dignatario va sosteniendo la cola del vestido de la dama. Luego, cuando ésta se ha sentado, coloca el escabel conforme a sus deseos y pone su corona al alcance de su mano para cuando llegue la ocasión de la coronación simultánea de los nobles

La escena es ya bastante animada. Las damas van desfilando en brillante séquito y los oficiales van de un lado a otro, solícitamente, sentándolas e instalándolas a su comodidad. Por todas partes hay movimiento, vida y colo-

rido. Al cabo de un rato, renace la calma: todas las damas se hallan en su lugar. Forman como un parterre de flores variopintas en el cual resplandece, aquí y allá, el fulgor de las piedras preciosas, brillantes como estrellas. Se ven mujeres de todas las edades, incluso viudas arrugadas y canosas que pueden retroceder en el camino del tiempo y recordar la coronación de Ricardo III; hay hermosas señoras de edad madura y lindas doncellas inexpertas que probablemente se pondrán sin gesto elegante su enjoyada corona cuando llegue el momento solemne, porque aquella ceremonia será cosa nueva para ellas y sus nervios constituirán un gran obstáculo. Sin embargo, es posible que esto no suceda, porque el cabello de todas las damas ha sido peinado en forma especial que permite la colocación rápida y garbosa de la corona cuando se dé la señal convenida.

Los rayos del sol bañan ahora toda la hilera de damas llenas de joyas, lo cual produce un maravilloso centelleo deslumbrante y, de pron-

to un enviado de algún país del lejano Oriente, que llega con el cuerpo de embajadores extranjeros, cruza aquella esplendorosa franja de luz solar y nosotros quedamos anonadados ante el fulgor que irradia en torno de él, porque va, de pies a cabeza, cubierto de gemas, y al menor movimiento produce un bailoteo de mil colores refulgentes que deslumbran.

Cambiamos ahora el tiempo del verbo para mayor comodidad y mejor efecto de nuestro relato. Transcurrió una hora, dos horas, dos y media, y, súbitamente, el estampido del cañón anunció que por fin había llegado el rey y su brillante comitiva. Entonces, la multitud que esperaba impaciente se entregó al jolgorio. Todo el mundo sabía que aún había para rato, porque el monarca tenía que prepararse para la solemne ceremonia, pero esta demora no iba a resultar aburrida con la aparición de los pares del reino con sus magníficos trajes de gala. Estos fueron conducidos solemnemente a sus asientos y se les puso su respectiva corona al

alcance de la mano. Mientras tanto, la muchedumbre que ocupaba las galerías ardía de interés, porque muchos de los allí presentes veían por vez primera todos aquellos encopetados personajes, cuyos nombres ilustres figuraban ya en la historia desde hacía cinco siglos. Una vez todos se hubieron aposentado, el espectáculo, visible desde las galerías y todos los puntos elevados, quedó completo.

Luego los altos dignatarios de la iglesia, con sus ropajes y mitras, desfilaron junto a sus acólitos y tomaron asiento en los lugares reservados para ellos. Detrás iban el lord protector Hertford y otras autoridades, seguidos de un destacamento de guardias acorazados.

Hubo una pausa de espera. Después, obedeciendo una señal, sonó una música triunfal, y Tom Canty apareció en el umbral con largo manto de brocado y subió a la plataforma del trono. Toda la multitud, de pie, presenció, respetuosa, la ceremonia de la coronación. Una inspirada antifona llenó la abadía con la sober-

bia armonía de sus notas solemnes, y así precedido y saludado, Tom Canty fue conducido al trono. Tuvieron entonces efecto las antiguas ceremonias con fastuosidad emocionante, y cuando iban a tocar a su fin, Tom Canty se puso cada vez más pálido, y un profundo remordimiento invadió su alma y su corazón y le hizo sentir un malestar y una desesperación irresistibles.

Llegó por fin el acto final. El arzobispo de Canterbury levantó la corona de Inglaterra del almohadón en que estaba colocada y la puso aparatosamente sobre la cabeza temblorosa del falso rey. En aquel mismo momento una radiación de arco iris recorrió el espacioso crucero, producida por todos los nobles que levantaron su respectiva corona de título nobiliario y, poniéndosela en la cabeza se quedaron en aquella postura. Un prolongado siseo se dejó oír por toda la abadía. En aquellos instantes de emoción apareció súbitamente en escena un inesperado personaje, cuya presencia no notó la mu-

chedumbre absorta hasta que, de pronto, se presentó en la gran nave central. Era un muchacho con la cabeza descubierta, mal calzado y cubierto de prendas plebeyas ordinarias y que pendían de su cuerpo hechas jirones. El muchacho levantó la mano con una solemnidad que no concordaba con su lamentable aspecto, y pronunció serenamente estas palabras:

—Os prohibo poner la corona de Inglaterra a esa cabeza indigna. Yo soy el rey.

Instantáneamente varias manos de personas airadas cayeron sobre el jovencito, pero inmediatamente, Tom Canty, con sus regias vestiduras, dio un paso hacia adelante con viveza y exclamó con voz vibrante:

—¡Deteneos y soltadle! ¡Es el rey!

Una especie de pánico y de perplejidad se extendió por toda la asamblea. Todos se levantaron de sus asientos, se miraron unos a otros asombrados, aturdidos como preguntándose si estaban soñando. El lord protector estaba tur-

bado como los demás, pero se repuso en seguida y con voz imperiosa, exclamó:

—¡No hagáis caso a Su Majestad, pues su dolencia le ha vuelto a atacar! ¡Prended a ese vagabundo!

Habría sido obedecido, pero el falso rey golpeó enérgicamente el suelo con el pie y gritó:

—¡Guardaos de hacerlo! ¡No le toquéis! ¡Repeto que es el rey!

Todo el mundo quedó como paralizado, sin saber qué hacer ante tan extraña situación. Mientras todos los presentes trataban de serenarse, el muchacho siguió avanzando con firmeza, con aire arrogante y expresión llena de confianza. No se había detenido ya desde un principio y mientras los cerebros trastornados seguían vacilando sin saber qué hacer ni qué pensar, Eduardo subió a la plataforma y el falso rey salió a su encuentro con semblante jubiloso, y, postrándose de rodillas ante él, dijo:

—¡Oh, mi señor y rey! Dejad que el pobre Tom Canty sea el primero que os jure fidelidad y os

diga: «Ceñid la corona y recobrad lo que os pertenece. »

Los ojos del lord protector se clavaron con aguda severidad en el rostro del recién llegado, pero instantáneamente la severidad se desvaneció para dar paso a una, expresión de pasmo maravillado. Lo mismo les ocurrió a los demás palaciegos. Miráronse unos a otros y retrocedieron un paso por un impulso común e instintivo. Todos pensaban en aquel momento lo mismo:

¡Qué extraño parecido!

–Con vuestra venia, señor, deseo haceros ciertas preguntas que...

–Yo las contestaré milord.

El duque le hizo entonces diversas preguntas relativas a la corte del difunto rey, al príncipe y a las princesas, y Eduardo las contestó con acierto y sin vacilar. Describió las habitaciones y salas de recepción de palacio, y los aposentos de Enrique VIII y los del príncipe de Gales.

¡Qué caso extraño! ¡Qué cosa inexplicable se decían todos los que acababan de oír lo que Eduardo había detallado! Y comenzaba de nuevo la marea y a aumentar la esperanza de Tom Canty, cuando el lord protector movió la cabeza y dijo:

–No se puede negar que es maravilloso, pero no es ni más ni menos que lo que puede hacer nuestro señor el rey.

Esta observación y esta referencia a Tom todavía como monarca entristecieron al muchacho que vio con pesar que sus esperanzas se disipaban.

–Esas no son pruebas suficientes –añadió el lord protector.

La marea volvía aceleradamente, en extremo rápida, pero hacia otra dirección, y dejaba al pobre Tom Canty atascado en el trono y al otro nadando desesperadamente en pleno oleaje. El lord protector reflexionó un momento e inducido por una idea que le preocupaba, movió la cabeza y dijo:

—Resulta altamente peligroso para el Estado y para nosotros que continúe sin descifrarse un enigma como éste, que podría dividir a la nación y socavar el trono. —Luego, volviéndose, añadió resueltamente—: Sir Thomas, prended a ese... Es decir, no, ¡esperad! —acabó diciendo con voz animada. Y dirigiéndose al candidato harapiento le preguntó—: ¿Dónde está el Gran Sello? Contestando exactamente a esta pregunta, el enigma quedará descifrado, porque sólo puede responder sobre este punto el príncipe de Gales. De una cosa tan fútil depende nada menos que un trono y una dinastía.

Fue una pregunta, afortunada, una idea luminosa. Que así lo consideraban los altos dignatarios, lo demostró la mirada de absoluta aprobación que dirigieron éstos al lord protector. Sí, nadie más que el verdadero príncipe podía poner en claro el misterio del Gran Sello desaparecido. Aquel pequeño impostor había aprendido muy bien su lección, pero en este punto iba a fracasar porque ni su mismo maes-

tro era capaz de contestar a tal pregunta: «¡Ah, excelente idea! ¡Ahora vamos a vernos libres de este engorroso asunto que ofrece tanto peligro!» Y pensando así, movieron todos la cabeza de un modo casi imperceptible y sonriendo con satisfacción. Todas las miradas quedaron fijas en el muchacho para ver si se manifestaba atacado por la parálisis de la confusión culpable. Pero cuál no fue su sorpresa al observar que no experimentaba ninguna turbación y que, por el contrario, contestaba con voz serena y confiada:

—La solución de esto que llamáis enigma no tiene nada de difícil.

Y sin pedir autorización a nadie, se volvió y dio la siguiente, orden, con la desenvoltura propia del que está acostumbrado a ser obedecido:

—Milord Saint John, id a mi gabinete particular, pues nadie lo conoce mejor que vos, y muy cerca del suelo, en el rincón del lado izquierdo más distante de la puerta que da a la antecámara, encontraréis en la pared la cabota de un cla-

vo de bronce. Apretadlo y se abrirá un cofrecito de joyas que ni siquiera vos conocéis ni conoce nadie en el mundo más que yo y el artesano leal que lo construyó por orden mía. Lo primero que veréis, al abrirlo, será el Gran Sello. Traedlo.

Todos los allí presentes quedaron perplejos al oír estas palabras, y más aún al ver que el muchacho se dirigía a, aquel alto personaje sin vacilación ni aparente temor de equivocarse, y le llamaba por su nombre, con la plácida convicción de conocerle de toda la vida. El par se quedó tan pasmado que se dispuso casi a obedecer, y llegó incluso a hacer un ademán como para alejarse, pero no tardó en recobrar su tranquila actitud habitual y un ligero sonrojo en sus mejillas vino a confesar su torpeza. Tom Canty se volvió hacia él y le dijo con aspereza:

—¿Por qué vaciláis? ¿No habéis oído el mandato del rey? ¡Id!

Entonces lord Saint John hizo una profunda reverencia, que se notó hacía con significativa

cautela, pues no la dirigía verdaderamente a ninguno de los dos dudosos monarcas, sino al espacio neutral que quedaba entre ellos, y se retiró discretamente.

Se produjo un movimiento lento y apenas perceptible entre aquel grupo oficial ostentoso, pero tenaz y persistente; un movimiento como el que produce un calidoscopio cuando se hace girar lentamente, y con el cual los componentes de un grupo se disgregan y se unen uno a otro grupo, un movimiento que, poco a poco, en el caso que nos ocupa, dispersó los grupos que había junto a Tom Canty para reagruparlos en torno del recién llegado. Tom Canty se quedó, pues, casi solo. Hubo luego una pausa, una breve espera impaciente, durante la cual los pocos que todavía se hallaban al lado de Tom Canty fueron gradualmente armándose de valor para atreverse a deslizarse uno por uno y unirse a la mayoría. Tom, con su manto real y sus joyas, se quedó, pues, por fin, solo y aislado

del mundo, era una figura conspicua que ocupaba un vacío muy elocuente.

De pronto se vio aparecer de nuevo a lord Saint John, y cuando éste avanzó por la nave central, el interés que todos sentían era tan intenso, que el tenue murmullo de las conversaciones de la concurrencia se apagó por completo y fue sustituido por un siseo, general y una quietud absoluta que permitía oír el rumor de las pisadas del que todos esperaban ansiosamente. Todas las miradas se clavaron en él mientras avanzaba.

Lord Saint John llegó a la plataforma, se detuvo, un momento y dirigiéndose a Tom Canty, dijo con tono de profunda obediencia:

—Señor, en el lugar indicado, no está el Sello.

No se aparta nunca un grupo de gente de unapestado con más rapidez que el bando de pálidos y temerosos cortesanos se alejó del lado del andrajoso pretendiente a la corona. En un abrir y cerrar de ojos se quedó éste completamente solo sin un amigo ni paladín, y como

blanco contra el cual era lanzado ahora un fuego graneado de miradas de odio y de desprecio.

El lord protector exclamó, furioso:

—¡Sacad de aquí a ese mendigo! ¡Echadle a la calle y azotadle por toda la ciudad sin ninguna clase de consideración, pues no la merece!

Unos oficiales de la guardia se precipitaron hacia Eduardo, obedeciendo la orden, pero Tom Canty los apartó con un gesto enérgico y dijo:

—¡Atrás! ¡El que le toque, pone en peligro su propia vida!

El lord protector, asombrado en grado sumo, dijo a lord Saint John:

—¿Habéis mirado bien? Pero huelga preguntarlo... No obstante, todo esto es muy extraño. Las cosas de poca importancia, las futilidades, se le escapan a uno de la memoria, pero ¿cómo puede haber desaparecido una cosa tan importante como el Sello de Inglaterra, sin que nadie logre saber dónde fue a parar? Sobre todo

tratándose de un objeto voluminoso... Un disco de oro macizo.

Tom Canty, con ojos centelleantes, avanzó y se puso a vociferar:

–¡Callad! ¡Con esto ya basta! ¿Era redondo y grueso y tenía grabados emblemas y letras? Entonces ya sé lo que es el Gran Sello de que tanto se ha venido hablando. Si me lo hubierais descrito detalladamente, haría ya tres semanas que obraría en vuestro poder. Ahora sé perfectamente dónde está.

–Pero no fui yo quien lo puse allí por primera vez.

–¿Quién lo puso, pues?

–Ese jovencito que está ahí, el verdadero rey de Inglaterra. Y él mismo podrá deciros dónde está el Sello, y os convenceréis de que lo sabe porque fue él mismo quien lo colocó en aquel lugar. Recordad, rey mío, haced memoria... Fue lo último, lo último que hicisteis aquel día antes de salir de palacio vestido con mis andrajos

para castigar al soldado que me había maltratado.

Se hizo el silencio, que no interrumpió ni un movimiento ni un cuchicheo, y todos los ojos fijaron sus miradas en Eduardo, que frunciendo el ceño y cabizbajo, se esforzaba en hacer venir a su memoria, entre el tumulto de desagradables recuerdos que absorbían su pensamiento, un hecho sencillo del que no conseguía acordarse y del que dependía la recuperación del trono, pues teniéndolo olvidado seguiría siendo un pordiosero, un miserable proscrito. Transcurrían los minutos y el muchacho seguía cavilando, esforzándose en silencio, sin dar señales de éxito.

Pero al fin movió lentamente la cabeza, y dijo con labios temblorosos y voz afligida:

–Recuerdo la escena. –Hizo una pausa, y levantando los ojos, añadió, con dignidad–: Millores y caballeros, si queréis despojar a vuestro verdadero soberano de lo que le pertenece por la falta de una prueba que no puede presenta-

ros, no me opondré a vuestras pretensiones porque me veo en la imposibilidad de hacerlo, pero...

—¡Oh, eso es un tremendo desatino, rey mío!
—exclamó Tom Canty, dominado por el terror, ¡Esperad, pensad, no desmayéis, que vuestra causa no está perdida! No lo está, no. Escuchad lo que os digo y fijaos bien en mis palabras... Voy a recordaros aquella mañana y todo lo que ocurrió entonces: Os hablé de mis hermanas Nan y Bet... ¡Ah, sí! Eso lo recordáis... Y de mi abuela anciana y de los juegos de los chiquillos de Offal Court... Sí, también lo recordáis... Seguid escuchando mi relato y acabaréis por acordaros de todo. Me disteis de comer y de beber, y con regia cortesía despedisteis a vuestros servidores para que no me avergonzara yo delante de ellos por mi mala crianza. Sí, todo eso lo recordáis.

A medida que Tom Canty exponía estos detalles y Eduardo movía la cabeza asintiendo, el elevado auditorio les miraba y oía con asom-

bro. Aquello parecía ser una historia verdadera, pero ¿cómo había tenido lugar el casi imposible encuentro entre un príncipe y un muchacho pordiosero? Jamás se vio gente reunida más aturrullada, más intrigada y estupefacta que aquélla.

—Cambiarnos en broma nuestros vestidos, príncipe, y luego nos pusimos delante de un espejo y éramos tan iguales que los dos nos dijimos que parecía que no hubiéramos cambiado... Sí, indudablemente, recordáis todo eso. Después os fijasteis en que el soldado me había herido en una mano. Mirad, aquí está todavía la señal y ni siquiera puedo escribir, porque tengo los dedos rígidos. Entonces disteis un salto, señor, y corristeis hacia la puerta... Pasasteis junto a una mesa en la cual había eso que llamáis el Sello... Lo cogisteis y mirasteis ansiosamente a vuestro alrededor, buscando un sitio donde esconderlo... Entonces os fijasteis en...

—¡Esto me basta! Este detalle es suficiente... ¡Alabado sea Dios! —exclamó el pretendiente

harapiento, muy excitado—. Id, mi buen Saint John —añadió—, y en un brazo de la amadura milanesa que pende de la pared encontraréis el Sello.

—¡Eso es, rey mío, perfectamente! —exclamó Tom—. Ahora el cetro de Inglaterra os pertenecerá. Id, mi buen lord Saint Jolin, poned alas en vuestros pies.

Todos los presentes estaban de pie, con una expectación ansiosa y un temor inquieto que les torturaba. Se produjo en seguida un barullo ensordecedor de conversaciones frenéticas, y transcurrieron unos minutos sin que nadie oyera, supiera o se interesara por nada, como no fuese por lo que su vecino le decía a. grandes gritos al oído o lo que uno indicaba, voceando, al vecino. Por fin se extendió por todo el recinto un prolongado susurro, y en el mismo momento apareció en la plataforma lord Saint John, enarbolando el gran Sello del Estado. De repente, todo el mundo dio el grito de:

—¡Viva el verdadero rey!

Durante cinco minutos resonaron en el espacio ininterrumpidas aclamaciones y los sonidos armónicos de numerosos instrumentos de música, al mismo tiempo que se velan flotar en el aire millares de pañuelos, y en medio de toda aquella exaltación entusiástica, un muchacho andrajoso, situado en el centro de la anchurosa plataforma del trono, permanecía de pie, arrogante, rodeado de los vasallos que ante él hincaban la rodilla. Luego todos se levantaron, y Tom Canty declaró solemnemente:

—Ahora, ¡oh, rey! ¡Recobrad estas prendas reales y devolved al pobre Tom, vuestro humildísimo servidor, esos andrajos que le pertenecen.

—Desnudad a ese rufián y metedlo en la Torre —dijo el lord protector, enojado.

—Nada de eso —replicó el verdadero monarca—, a no ser por él yo no hubiera recobrado la corona. Que nadie le ponga la mano encima para hacerle el menor daño. Y en cuanto a vos, mi buen tío y lord protector, vuestro proceder no demuestra gratitud para con ese pobre mu-

chacho, porque según tengo entendido, os confirmó el título de duque (el lord protector se ruborizó), a pesar de que no era todavía rey. Por lo tanto, ¿de qué vale ahora tu elevado título? Mañana, por mediación de él, me pediréis que os lo confirme, de lo contrario no seréis duque, sino sencillamente conde.

Ante tales reproches, Su Gracia el duque de Somerset se retiró un momento de la primera línea.

El rey entonces se volvió a Tom y le dijo cariñosamente:

–Querido muchacho, ¿cómo pudo ser que recordaras, dónde escondí el Sello, si ni yo mismo lograba recordarlo?

–¡Ah, rey mío! Me fue muy fácil, porque lo he estado utilizando con frecuencia.

–¿Lo utilizaste y no podías explicar dónde estaba?

–Ignoraba lo que era. No me lo describieron, Majestad.

–Entonces ¿para qué lo usabas?

Las mejillas de Tom se colorearon de rubor, bajó los ojos y guardó silencio.

–Habla, muchacho, y no temas –prosiguió el soberano–. ¿Para qué utilizaste el Gran Sello de Inglaterra?

Tom Canty vaciló un momento, y por fin, con patética turbación, declaró:

–¡Para cascar nueces!

¡Pobre chico! La tempestad de risas que provocó esta confesión ingenua y graciosa le dejó anonadado de vergüenza. Y si quedaba alguna duda en la mente de alguno de los cortesanos respecto a que Tom Canty no era el verdadero rey de Inglaterra, esta contestación chocante la disipó por completo.

Entretanto, el suntuoso manto real había sido retirado de los hombros de Tom para pasar a los del rey, cuyos harapos quedaron cubiertos y disimulados por el mismo. Se reanudaron las ceremonias de la coronación, y el verdadero rey fue ungido. Le fue puesta la corona en la cabeza, mientras los cañones atronaban el espacio

con su estampido anunciador del magno acontecimiento y toda la ciudad de Londres vibraba en medio de continuas aclamaciones.

33. Eduardo, rey

Miles Hendon ya tenía un aspecto bastante pintoresco antes de meterse en la bullanga habida en el puente de Londres, pero éste se acrecentó mucho más cuando salió de ella. Poco dinero tenía al entrar en el alboroto, pero ni un céntimo al salir del mismo, pues los rateros, en el río revuelto, le habían robado hasta la última moneda. Pero poco importaba con tal que consiguiera encontrar al muchacho. Como era soldado, no se dispuso a emprender sus diligencias y su busca al azar, sino que preparó meditada y meticulosamente todo su plan de campaña. ¿Qué era lo natural que hiciera el muchacho? ¿Y adónde podía lógicamente haber ido? Lo natural –se decía Miles– es que se hubiese dirigido a su antigua pocilga, porque tal es el instinto de los dementes cuando se ven sin hogar ni amparo, como el de los cuerdos. ¿Dónde se hallaba situada su primitiva cova-cha? Sus andrajos, unidos al recuerdo del ru-

fián que parecía conocerle y que incluso pretendía ser su padre, indicaban que el lugar debía encontrarse en alguno de los barrios más miserables de Londres. ¿Iba a ser larga y difícil la busca? No, al parecer resultaría fácil y breve. No se lanzaría a la caza del chico, sino a la caza de la muchedumbre, Porque no cabía duda que en el centro de una multitud, pequeña o grande, tendría, tarde o temprano, que encontrar a su amiguito, pues el populacho sarnoso seguramente se entretendría molestando e insultando al pequeño, que, como de costumbre, se le antojaría proclamarse rey. Entonces Miles Hendon dejaría maltrechos a algunos de los mal intencionados perillanes y se llevaría a su protegido, a quien, como otras veces, consolaría y alegraría con palabras cariñosas y del cual ya no volvería a separarse.

Emprendió, pues, Miles sus pesquisas, y hora tras hora, fue recorriendo angostos callejones y calles inmundas, a la zaga de grupos y de multitudes, y los encontró incontables, pero no des-

cubrió en ninguna parte ni una sola huella del muchacho. Esto le extrañó muchísimo, pero no logró desanimarle, porque no influía en su plan de campaña. Lo único mal calculado era que ésta iba a resultar bastante más larga de lo que se figuró al principio.

Había recorrido en un día numerosas calles y observado muchos grupos sin más resultado que un gran cansancio, bastante hambre y no menos sueño. Necesitaba desayunar, pero no hallaba medio de conseguirlo. No se le ocurrió pedirlo como limosna, y en cuanto a empeñar su espada, antes habría consentido en despojarse de su honor. Podía prescindir de alguna de sus ropas... sí, pero sería más fácil encontrar un cliente para una enfermedad que para prendas como las que él usaba.

Al mediodía andaba aún por entre la multitud de curiosos que seguía a la comitiva regia, convencido de que aquella fastuosidad de la realeza tenía que llamar la atención y atraer al pobrecito muchacho demente. Siguió, pues, al

real cortejo por todo el camino hasta llegar a Westminster y a la abadía. Iba de un lado a otro entre la muchedumbre que se apretujaba en aquellas inmediaciones, y quedó siempre chasqueado y estupefacto hasta que finalmente decidió alejarse de allí para modificar y mejorar sus pesquisas. Cuando despertó de sus meditaciones observó que la ciudad quedaba muy atrás y que se aproximaba el crepúsculo. Se encontraba cerca del río y en el campo, en una comarca pintoresca, llena de hermosas fincas, y, por consiguiente, no era un distrito adecuado al lamentable traje que él vestía.

Como no hacía frío, se tendió en el suelo junto a un seto, con objeto de descansar y poder reflexionar tranquilamente. No tardó en sentirse dominado por el sueño. Pero oyó unas salvas atronadoras y se dijo: «Están coronando al nuevo rey... » e inmediatamente se quedó dormido. Hacía más de treinta horas que no dormía ni descansaba. No volvió a despertarse hasta media mañana del día siguiente.

Se levantó cojeando, entumecido y hambriento; se lavó en el río, dio a su estómago el «consuelo» de unos sorbos de agua y se dirigió hacia Westminster, regañándose a sí mismo por haber perdido tanto tiempo inútilmente. El hambre le indujo a trazar un nuevo plan, que consistía en procurar ponerse al habla con el viejo sir Humphrey Marlow y pedirle unas monedas con las cuales... Pero de momento aquello ya era bastante, como primera parte de su proyecto; luego ya vendría lo demás...

A eso de las once se acercó a palacio, y aunque se vio rodeado por un grupo de personas encopetadas que seguía el mismo camino, no pasó, naturalmente, desapercibido, pues su traje se encargó de llamar la atención. Miles observó atentamente las facciones de toda aquella gente en la confianza de hallar un alma caritativa que se prestara bondadosamente a comunicar al viejo teniente su deseo de entrevistarse con él, porque era en vano penetrar personalmente en palacio.

De pronto, pasó por su lado el «niño de los azotes» que dio media vuelta, y quedándose mirándole con ojos escudriñadores, se dijo:

«Si éste no es el vagabundo que tanto preocupa a Su Majestad, soy un asno..., aunque creo que también lo he sido antes. Responde a la descripción exacta de un harapiento. Si encontrase una excusa para hablarle...»

Pero Miles Hendon le sacó del apuro, porque, como ocurre cuando alguien se siente magnetizado por un hipnotizador que le mira insistentemente por la espalda, se volvió de cara al muchacho, y al notar el interés con que le miraba éste, se encaminó hacia él y le dijo:

—Acabas de salir de palacio, ¿verdad? ¿Vives en él?

—Sí, señor.

—¿Conoces a sir Humphrey Marlow?

El chiquillo se sobresaltó y dijo para sus adentros:

—¡Santo Dios! ¿Mi difunto padre? —Y contestó en voz alta—: Le conozco mucho, señor.

–¡Magnífico! ¿Está dentro?

–Sí –repuso el muchacho. Y añadió para sí:
«¡Dentro de la tumba!»

–¿Puedo pedirte el favor de que vayas a decir
e que deseo hablar con él, y le digas mi nombre?

–Voy inmediatamente, señor.

–Entonces manifiéstale que Miles Hendon,
hijo de sir Richard, está esperando aquí fuera.
Te lo agradeceré mucho.

«El rey no le ha citado por este nombre
–pensó el muchacho, desilusionado–. Pero no
importa, porque éste ha de ser su hermano ge-
melo, y apuesto a que puede dar noticias del
otro a Su Majestad. »

Así pues, dijo a Miles:

–Esperad aquí un momento, señor, hasta que
yo vuelva para daros una contestación.

Retiróse Hendon al lugar indicado, que for-
maba como un hueco el muro de palacio, con
un banco de piedra que servía de garita a los
centinelas cuando hacía mal tiempo. Apenas se

había sentado cuando pasaron por allí unos alabarderos al mando de un oficial. Este le vio, detuvo a sus hombres y ordenó a Hendon que le siguiera. Obedeció éste y fue inmediatamente detenido como sospechoso que merodeaba por los alrededores de palacio. Las cosas empezaban a ponerse feas. El pobre Miles se disponía a explicarse, pero el oficial le impuso silencio con brusquedad y mandó a sus hombres que le desarmaran y le cachearan.

«¡Dios haga que encuentren algo en mis bolsillos! –pensó el infortunado Miles–, pues yo por más que los registre no encuentro nada en ellos, a pesar de que mi necesidad es mucho mayor que la de esos guardias.»

No le encontraron más que un documento. El oficial lo desplegó, y Hendon reconoció los garabatos trazados por su amiguito desaparecido aquel día desgraciado que estuvieron ambos en Hendon Hall. Las facciones del oficial se ensombrecieron al leer los párrafos ingleses, y

Miles palideció al oír las palabras que aquél pronunciaba:

—¿Un nuevo pretendiente a la corona? —dijo el oficial—. Parece que éstos crecen hoy como conejos. Sujetad a ese perillán, muchachos, y procurad que no se mueva de aquí mientras yo voy a entregar este precioso papel a Su Majestad.

Y dicho esto entró precipitadamente en palacio, dejando al preso en manos de los alabarderos.

«Ahora se habrá acabado, por fin, mi mala suerte —se dijo Hendon—, porque seguramente voy a ser ahorcado a causa de ese maldito papelucho. ¿Y qué será entonces de mi pobre amiguito? ¡Sólo Dios lo sabe!»

De pronto vio que el oficial volvía corriendo, y se armó de valor para afrontar ja situación como corresponde a un hombre valiente y sereno. El oficial ordenó a los alabarderos que soltaran al detenido y devolvió a éste su espa-

da. Luego, saludándole respetuosamente, él dijo:

–Dignaos seguirme, señor.

Hendon le siguió mientras iba pensando:

«Si no me viera camino de la muerte y del Juicio Final, y por consiguiente, ante la conveniencia de evitar los pecados, le apretaría el gaznate a ese bellaco por su cortesía burlona. »

Atravesaron los dos un patio lleno de gente y llegaron a la entrada principal de palacio, donde el oficial, con otro saludo, entregó a Hendon en manos de un cortesano lujosamente ataviado, quien, después de recibirle con profundo respeto, le condujo a través de un anchuroso vestíbulo a cuyos lados se alineaban elegantes y rígidos lacayos (que a su paso, hicieron una gran reverencia, pero se partieron de risa disimuladamente al ver aquel estrafalario espantajo tan pronto como éste volvió la espalda) y le llevó por una escalera en medio de un gentío ricamente trajeado, hasta que, finalmente, le introdujo en un gran salón, donde le hizo pasar

por entre los grandes nobles de Inglaterra allí congregados; luego, con extrema afabilidad, le indicó que tenía que descubrirse y le dejó de pie en medio de la espléndida sala, donde fue el blanco de todos los ojos, que le dirigían miradas de indignación o de mofa.

Miles Hendon estaba completamente azorado. Allí se hallaba el joven monarca bajo un suntuoso dosel a cinco pasos de distancia, con la cabeza inclinada hacia un lado y conversando con una especie de ave humana del paraíso, quizá un duque.

Hendon pensaba que ya era bastante terrible verse sentenciado a muerte en la flor de la vida, sin sufrir aquella humillación pública tan bochornosa. Deseaba que el rey despachara pronto, pues alguno de los encopetados personajes que le rodeaban se estaba poniendo ya inaguantable. En aquel momento, al levantar el rey ligeramente la cabeza, Hendon pudo verle la cara y experimentó tal impresión que se quedó sin poder apenas respirar. Se quedó con-

templando al monarca, como paralizado, y exclamó:

–¡Caramba! ¡El gran señor de los sueños y de las sombras en su trono!

Murmuró algunas frases entrecortadas, sin dejar de mirar y de asombrarse, y luego volvió los ojos a su alrededor para ver la brillante concurrencia y el efecto deslumbrante de aquel salón fastuoso.

«Pero éstos son de veras –se dijo–, no cabe duda que son seres reales. No es un sueño. » Y mirando de nuevo al soberano, pensó: «¿Es un sueño o se trata, en efecto, del rey de Inglaterra y no del pobre vagabundo desdichado que yo equivocadamente le creía? ¿Quién me va a resolver este jeroglífico?»

Cruzó su cerebro una idea repentina que le indujo a dirigirse hacia la pared, y allí, cogiendo una silla, la plantó con firmeza en el suelo y tomó asiento.

Inmediatamente se oyó un murmullo de indignación, y una mano asió con brusquedad un

hombro de Hendon, al mismo tiempo que una voz exclamaba:

–¡Levántate, payaso mal educado! ¿Te atreves a sentarte en presencia del rey?

Este incidente llamó la atención de Su Majestad, que extendió al mano y dijo:

–¡No le toquéis! ¡Está en su perfecto derecho!

Los cortesanos apiñados retrocedieron estupefactos. El rey prosiguió:

–Sabed todos, damas, lores y caballeros, que éste es mi leal y muy querido servidor, Miles Hendon que interpuso su excelente espada y salvó a su príncipe de un daño corporal y tal vez de la muerte... Por esta razón es caballero por nombramiento del rey. Sabed también todos que por un servicio más elevado, con el cual salvó de los azotes y de la vergüenza pública a su monarca haciéndose dar los latigazos que correspondían a éste, le ha sido conferido el título de par de Inglaterra y de conde de Kent y tendrá el oro y las tierras a que le da derecho su dignidad. Es más: el privilegio que

acaba de ejercer le corresponde también por concesión real, porque hemos ordenado que tanto él como sus condescendientes y sucesores legítimos gocen y conserven el derecho de sentarse en presencia de Su Majestad de Inglaterra, en lo sucesivo, de generación en generación, mientras subsista la corona. No le molestéis.

Dos personas que por retraso no habían llegado del campo hasta aquella mañana y no hacía más que cinco minutos que se hallaban en el gran salón, se quedaron escuchando aquellas palabras y mirando alternativamente al monarca y al espantajo estrafalario con extraordinario azoramiento. Eran sir Hugo y Edith. Pero el nuevo conde no les vio porque estaba todavía contemplando al soberano completamente atontado, y murmurando entre dientes:

«¡Torpe de mí! ¡Este es el mendigo, éste es el loco! ¡Este es aquel a quien pretendía yo demostrar lo que era la grandeza, haciéndole ver las setenta habitaciones de mi casa y sus veintisiete criados! ¡Este es el que yo creía que nunca

había tenido por traje más que andrajos, puntapiés por consuelo y despojos por alimento! ¡Este es el que yo quería adoptar para hacerle respetable! ¡Dios me dé un saco para poder ocultarme en él, avergonzado!»

De pronto, pensó en sus modales y se postró de rodillas ante el trono, con las manos entre las del rey, y le juró fidelidad y le rindió pleitesía y homenaje por sus tierras y sus títulos. Se levantó luego y se retiró respetuosamente a un lado, pero continuó siendo el blanco de todos los ojos, la mayor parte de los cuales le miraban con envidia

En aquel momento el rey se fijó en sir Hugo y exclamó con voz solemne y ojos centelleantes:

–Despojad a ese ladrón de sus falsas prendas e insignias ostentosas, y metedle entre rejas hasta que yo tome la resolución conveniente.

Sir Hugo fue sacado de la sala del trono custodiado por guardias.

De pronto se oyó barullo en el otro extremo del salón. Todos los cortesanos se separaron

para dar paso a Tom Canty que, ricamente ataviado, aunque de una manera muy singular, avanzó entre dos muros vivientes, precedido de un ujier. Hincó la rodilla ante el rey, y éste le dijo:

—Me he enterado de todo lo ocurrido durante estas últimas semanas y estoy muy satisfecho de ti. Has gobernado el reino con acierto y benignidad. ¿Encontraste de nuevo a tu madre y a tus hermanas? En este caso se les procurarán los medios para que puedan vivir holgadamente, y si tú lo deseas y la ley lo permite, tu padre será ahorcado. Todos los que estáis oyendo habéis de saber que, desde hoy, los que están asilados en el Hospicio de Cristo y disfruten los beneficios de la bondad del rey, serán educados del mismo modo que son alimentados, y este muchacho vivirá allí toda su vida y presidirá la honorable junta de aquella institución benéfica. Y teniendo en cuenta que ha actuado de soberano, es justo que goce de ciertos privilegios, y por ello, fijaos en que lleva traje de gala distinto

de los demás para que con él sea reconocido, traje que nadie podrá copiar y que recordará a las gentes que este joven actuó de rey durante algunos días. Nadie podrá negarle el más reverente respeto ni dejar de rendirle homenaje. Cuenta con la protección del trono y ostentará el honroso título, de «pupilo del rey».

Tom Canty, orgulloso y feliz se levantó, besó la mano del monarca y se retiró con humildad respetuosa.

No quiso desperdiciar ni un momento y fue volando a ver a su madre para relatarle lo sucedido lo que contó también a Nan y a Bet, para que compartieran con él la alegría de aquella circunstancia dichosa.

CONCLUSIÓN

Justicia y recompensa

Cuando quedaron aclarados todos los misterios, se supo, por propia confesión de Hugo Hendon, que la esposa de éste había repudiado a Miles por imposición suya y que, igualmente, obedeciendo bajo amenaza de muerte la orden de su marido, Edith tuvo que fingir que no conocía a Miles cuando éste se presentó últimamente en Hendon Hall. En los primeros momentos la joven se rebeló contra aquella criminal exigencia, diciendo que prefería perder la vida, que en nada apreciaba, antes que renegar de Miles. Pero entonces Hugo replicó que no era a ella a quien mataría, sino a su hermano, al cual haría asesinar. Esta última amenaza fue la que le decidió a dar palabra de consentimiento y a cumplirla exactamente.

Hugo no fue perseguido por sus amenazas ni por la usurpación de los bienes y títulos de su hermano, pues ni éste ni su esposa quisieron

acusarle, y al primero no le hubieran permitido declarar aunque ella lo hubiese requerido. Hugo abandonó, pues, a su esposa y partió para el continente, donde no tardó en morir, y poco tiempo después, el conde de Kent se casó con la viuda.

Se celebraron en el pueblo de Hendon grandes fiestas cuando los novios hicieron su primera visita a la casa solariega.

Del padre de Tom Canty no se volvió a saber nada en absoluto.

El rey hizo buscar al labriego que fue marcado y vendido como esclavo, le separó de la cuadrilla, y apartándole de su camino de perdición, le puso en situación de poderse ganar la vida honradamente.

También sacó de la cárcel al viejo abogado, a quien perdonó la multa que le había sido impuesta. Mandó que se dispusieran hogares confortables para las hijas de las dos desgraciadas mujeres anabaptistas que vio quemar vivas y castigó severamente al alguacil que descargó

los inmerecidos azotes sobre la espalda de Miles Hendon. Salvó de las galeras al muchacho que capturó al halcón perdido y testimonió su gratitud al juez que se compadeció de él cuando fue acusado de haber robado un cerdo. Tuvo más tarde la satisfacción de verle adquirir fama entre las gentes y convertirse en un hombre equitativo e insigne.

El rey, durante toda su vida, gustó de relatar sus aventuras muy detalladamente, desde el momento en que el centinela le apartó de un empujón de las verjas de palacio hasta la noche final en que astutamente se mezcló con un grupo de obreros atareados que trabajaban en la abadía, y así penetró allí y se ocultó junto a la tumba del Rey Confesor, donde estuvo durmiendo tanto rato que poco faltó para que llegara tarde a la ceremonia de la coronación. Declaraba que el recuerdo de lo que ocurrió iba a servirle de provechosa lección, cuyas enseñanzas veía claro que beneficiarían notablemente a su pueblo; y así, mientras viviera, seguiría con-

tando la historia con objeto de conservar su significado en la memoria y la piedad en su corazón.

Miles Hendon y Tom Canty fueron los favoritos del rey durante el breve reinado de éste, y cuando falleció, lo lloraron sinceramente. El bondadoso conde de Kent tenía sobrado talento para abusar de sus privilegios especiales, pero los ejerció en dos ocasiones, después del ejemplo que hemos visto, antes de su muerte: una cuando el advenimiento al trono de la reina María, y otra cuando la coronación de la reina Isabel. Uno de sus descendientes lo ejerció también cuando fue coronado Jacobo I. Transcurrió casi un cuarto de siglo antes que al hijo de este descendiente le fuera dable usar de su derecho, por lo cual el «privilegio de los Kent» se había borrado de la memoria de la mayor parte de la gente de aquella época. Así pues, cuando el Kent de aquellos tiempos se presentó ante Carlos I y su corte y se sentó en presencia del monarca, con objeto de afirmar y perpetuar

el derecho de su noble familia, se produjo gran revuelo, pero pronto fue explicado el caso y el derecho en cuestión quedó confirmado. El último conde de aquella vieja estirpe cayó luchando en defensa del rey en las guerras de la república, y con él tocó a su fin el singular privilegio.

Tom Canty vivió hasta una edad muy avanzada que le daba un aspecto grave y benigno de anciano simpático, con todo el cabello canoso. Durante toda su vida, después de su infancia, se le tributaron los debidos honores y reverencias porque su traje llamativo y peculiar recordaba a todo el mundo que de joven actuó de rey; y por ello, dondequiera que se presentaba, todos los que se hallaban en su presencia le abrían paso y se decían entre sí: «Descubríos ante él... ¡Es el pupilo del rey!» Y le saludaban respetuosamente, a lo cual él correspondía con una sonrisa amable que todos tenían en mucha estima, dada la honrosa historia de aquel cuyos labios la perfilaban.

Sí, el rey Eduardo VI vivió pocos años, el pobre, pero los vivió provechosa y dignamente. Más de una vez, cuando algún gran dignatario, algún encumbrado vasallo de la corona, oponía alguna objeción a la lenidad del soberano, alegando que alguna de las leyes que éste se proponía modificar era ya lo bastante suave para su objeto, y no podía decirse que ocasionara sufrimiento ni opresión dignas de consideración, el joven monarca le dirigía una mirada elocuente y melancólica y con tono de emoción compasiva, le decía:

—¿Y qué sabéis vos de los sufrimientos y de la opresión? De eso sólo podemos dar razón yo y mi pueblo, pero vos no.

El reinado de Eduardo VI resultó ser muy clemente en aquellos tiempos rigurosos. Y ahora que, terminada la historia, vamos a dejar de hablar de él, procuremos conservar en nuestra memoria el recuerdo imperecedero de su elevada figura.

FIN